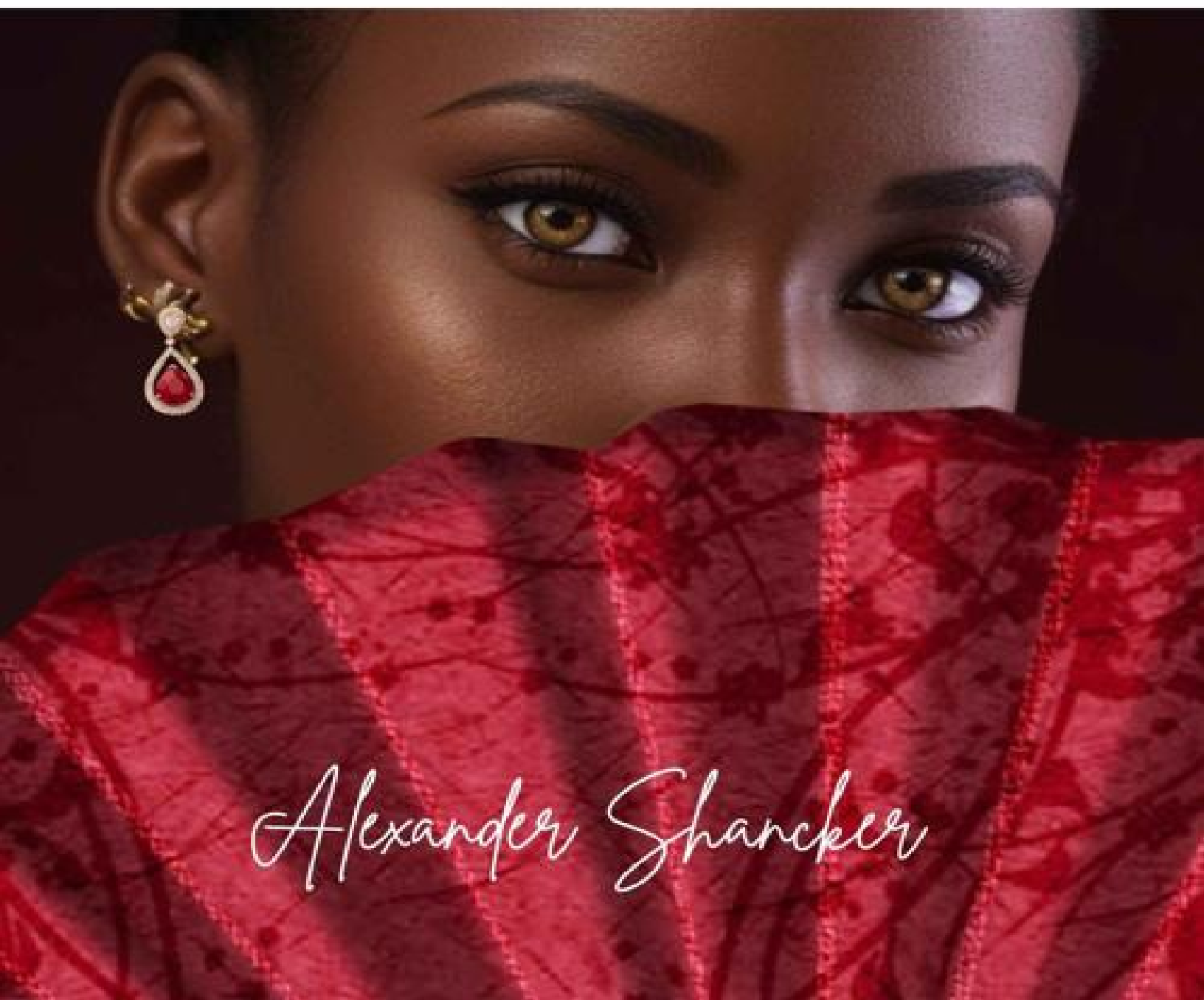


LA REINA

Novela histórica romántica



Alexander Shancker

LA REINA

Escrita por Alexander Shancker

Sinopsis:

En 1864, durante la guerra civil entre República Dominicana y España, Reina, una joven criolla y afrodescendiente, trabaja como plañidera bajo el yugo de su padre blanco, que no la reconoce como hija.

Soñando con una vida mejor, acepta llorar al difunto esposo de Felippa, una viuda rica en la capital. Felippa planea utilizar a Reina como falsa amante de su difunto marido para ganar la simpatía del nuevo marqués, Víctor Fernández de Alcácer, su antiguo amor. Sin embargo, el marqués se enamora de Reina, quien, a pesar de sus sentimientos, huye debido a las amenazas de Felippa.

A medida que los eventos se desarrollan, Reina y Víctor se encuentran envueltos en un juego de poder y engaño. Reina deberá decidir si enfrenta los peligros que la rodean o si renuncia a su sueño de libertad y amor verdadero.

CAPÍTULO 1

1864

SAN FRANCISCO

República Dominicana

Los gritos de dolor se escuchaban intensos bajo el calor del día, los miembros vestidos de negro veían a la mujer con caras de angustia sin poder aliviar el dolor que llevaba en su pecho aquella pobre desdichada. Cuando cerraron la tapa del ataúd estalló en histeria.

—¡Pablo, no me dejes, Pablo! —decía abrazando el ataúd.

Dos hombres la tuvieron que arrastrar lejos, la llevaron hasta una carroza y cerraron la puerta. De inmediato la mujer detuvo sus llantos y miró a la otra mujer que estaba presente mientras le sonreía y le mostraba una bolsita de monedas.

—Pensé que me dejarían ahí para siempre —dijo abriendo la bolsa—, ¿¡280 cuartos!?

—Hiciste buen trabajo, muchacha, nos salvaste la vida. Si no fuese por ti, la gente diría que mi padre no tuvo dolientes en su funeral —dijo abanicándose con presteza.

—Gracias, señorita —dijo apretando los dientes mientras pensaba que los ricos mientras más dinero tenían más tacaños eran.

Mientras la carroza se movía, la mujer regordeta no paraba de hablar de lo terrible que había sido su padre con ella y sus hermanos, en la fiesta que pensaba hacer, o los viajes que haría con la herencia. A Reina no le importaba ni en lo más mínimo y tampoco hacía amagos en disimular su poco interés, en vez de eso, miraba por la ventana. En aquellas horas los granjeros sacaban su ganado, las mujeres cargaban las bolsas del mercado, los niños jugaban y los pájaros volaban por todas partes.

—... una noche, el viejo infeliz quiso...

—¡Aquí me quedo!

La carroza se detuvo y ella abrió la puerta para saltar de inmediato.

—¿Segura que no quieres que te lleve más lejos? —dijo la mujer.

—¡Bonito día! —dijo Reina sin siquiera mirar atrás.

Estaba que la llevaba el diablo, caminó lo más pronto que pudo por lo tarde que estaba. Prefería salir antes que seguir escuchando a una riquilla quejarse de su destino y sus millones mientras le pagaba con una miseria, había estado en ese velorio por horas y luego en aquel entierro, su garganta estaba seca y su voz ronca de tanto llorar a alguien que no conocía, ¿y todo por qué?

—Por 280 cuartos —se dijo entre dientes.

Cuando vio a un joven que venía pasando quedó paralizada del susto, aun así corrió de inmediato a esconderse tras un árbol. Se quedó ahí por varios segundos con el corazón a punto de estallar. Andaba sudada, desgredada y vestida de viuda, ¿qué pensaría si la viera de esa manera? ¿Qué preguntas le haría?

Cuando se sintió bastante segura se dignó a verificar si ya se había ido, pegó tremendo grito al saber que la miraba en medio de la calle polvorienta.

—Reina, Reinita, ¿de qué te escondes?

Tras no poder sentirse más humillada tuvo que salir de una vez y acercarse.

—Sergio...

—¿Qué hacías ahí? —le dijo sin ocultar su sonrisa burlona.

—Me estaba escondiendo del sol un rato —dijo con una risilla incómoda.

—Escogiste el árbol perfecto.

Ella miró atrás y se mordió la lengua al darse cuenta de que era un árbol seco y sin sombras.

>>¿Te escondías de mí?

Ahora ella quería plantarle un puñetazo en la cara para borrar su sonrisa.

—¿Esconderme de ti? ¿Yo? —dijo con altanería— Ya quisieras.

—Me alegra el día el poder verte.

Su nivel de mal humor cambió drásticamente y no pudo evitar sonreír, solo Sergio encontraba la forma de hacer algo así. Apartó la mirada para ocultar el placer de verlo.

—¿Y tú a donde vas?

—Iba a buscar a mi capataz, la granja tiene problemas... ¿Vienes de un entierro?

Ella se maldijo al mirar su largo vestido negro hasta los tobillos y sus botas marrones de punta, trató de arreglar su encrespado y largo cabello. Cuando estaba frente a ese hombre sentía que le faltaba medio cerebro.

—Sí, estaba en el funeral de un pariente.

—Reina —dijo mientras alzaba su mejilla para que lo mirase a los ojos—, ser plañidera no debería darte pena, es un trabajo.

—¿¡Desde cuando lo sabes!?

—¿En serio? Ya te he visto salir de luto, no sé cuantas veces. Además, dicen por ahí que eres muy buena.

—Me quiero morir —dijo ocultando su cara entre sus palmas.

Sergio tomó sus manos y las besó, ella sintió un cosquilleo por todo el cuerpo.

—No deberías tratar de ocultar esos ojos tan bonitos que tanto me gusta ver.

—¿Mis ojos?

—Quisiera verlos todos los días.

Sintió que empezaba a flotar con esas palabras. Sergio siempre le dedicaba palabras así cuando estaban a solas, pero ella siempre trataba de mantenerse con los pies en la tierra. La tomó por la espalda y la guio hasta un caballo cerca de una caseta.

—¿A dónde me llevas?

—A tu casa.

—¡Por Dios! —dijo acordándose.

Sergio subió al caballo y luego la ayudó a subir, ya en su espalda pudo sentir la colonia cara que siempre se ponía. Él tomó sus manos y las posó en su abdomen.

—Agárrate fuerte.

El caballo salió disparado y ella se apretó más a su espalda. Si fuese otra mujer, jamás se subiría en el caballo de un hombre sin estar casada, pero siendo alguien como Reina no tenía tanta importancia. La casa quedaba a unas pocas cuadras de 7 minutos a caballo, pero ella deseó que fuese eterno.

Las vecinas la veían llegar y se ponían a cuchichear, el caballo se detuvo en frente del rancho y la ayudó a bajar con presteza.

—Devuelta a su palacio, mi reina.

—Gracias por traerme, ¿no te quedas a comer? Mi padre se alegrará de verte por aquí.

—Debo volver, tengo asuntos pendientes con la ascienda.

—Ah, claro —dijo un poco decepcionada.

Él tomó su mano y la besó, ella no pudo evitar reír como tonta. Lo vio irse a toda prisa y solo se dignó a suspirar mientras lo veía a lo lejos.

—¿Qué diría tu señor padre si te ve llegar con un hombre en caballo, muchacha? —dijo una de las vecinas observándola desde su galería.

—Ocúpense de sus vidas y yo me ocupo de la mía —dijo cruzando el portón.

Fue corriendo evitando entrar por la puerta de en frente hasta la cocina, se puso el mandil y tomó carbón para encender el fuego de la estufa de piedra, luego fue al patio para atrapar un pollo, correteó por todas partes intentando ponerle las garras a la escurridiza ave, cuando por fin lo logró escuchó risas. Una joven de tez muy blanca y pelo azabache la miraba desde el otro lado de la verja. Se abanicaba constantemente bajo su sombrilla.

—Nunca me canso de verte detrás de las aves y puercos. ¿Por qué no está lista la comida?

—Estaba en el pueblo —dijo caminando hasta una mesa.
—¿Por qué vistes de luto?

Reina se fijó en la ropa que aún no se había cambiado y se maldijo a sí misma. Además de que era el único par decente que tenía, lo estaba ensuciando, y lo peor es que se olvidó cambiarlo para evitar preguntas.

—Fui al funeral de una amiga. No se preocupe, la comida estará lista en breve.
—Papá está a punto de llegar, tienes máximo unos 30 minutos para preparar la comida y cambiarte.
—¿Cambiar para qué? —dijo posando la cabeza del ave sobre la mesa.
—Es una sorpresa. Y por cierto, yo no quiero pollo, prepara queso fresco para mí.

Reina tomó el hacha y cortó la cabeza de cuajo, la sangre se esparció por todas partes mientras el cuerpo del ave se sacudía en forma violenta, se manchó su vestido, pero sonrió por dentro al ver a la joven echar a correr mientras gritaba horrorizada por las manchas de sangre que habían salpicado su costoso vestido blanco.

>>¡Lo hiciste a propósito!

Al día siguiente Reina echaba las ropas en la olla hirviendo cerca del río, había montículos por lavar, sacaba unas sábanas y las golpeaba con un palo como las demás mujeres que estaban en el área. Todas se esmeraban en dejarlas sin ninguna suciedad. Las manos de Reina dolían y se habían vuelto callosas, las telas hirviendo y el mucho restregar la dejaban destrozada, manos y espaldas llevaban la peor parte. Tuyo que parar enderezar sus huesos, en el proceso miraba al cielo preguntándose si aquella sería toda su vida, ¿estaría condenada a ser una esclava de su familia? Se rehusaba a creerlo, pero el tiempo seguía pasando.

—Mujer, así no vas a terminar —le dijo una de las comadres.
—¿Estás pensando en el novio? —dijo otra.
—Ella no tiene prometido —dijo otra.
—¿Y quién dijo que prometido? Hace unos días la vi llegar a caballo con don Sergio Nazario —dijo la segunda.

Reina miró a la mujer con ojos cortantes por la imprudencia, las demás empezaron a hablar como pericos.

—¿Hiciste algo indebido con él?
—¿Se propasó?
—Ya dejen mi vida en paz, entre el señor Nazario y yo solo existe amistad.
—Una muchacha decente no se monta a caballo con un hombre que no es su esposo.
—¿A usted qué le importa? Yo me mantengo sola y con mi vida hago lo que quiera.

—Se me olvidaba que eras hija bastarda.

Reina tomó el palo y amenazó con golpear a la mujer, pero las demás lo impidieron.

—¡Una sola palabra más y le saco los dientes!

Tomó su montículo de ropa y siguió lavando, de espaldas a las mujeres se le escapó una lágrima de indignación. Estaban en lo cierto, ella era producto de un engaño marital. Su madre era una mujer haitiana que se acostó con su patrón y la tuvo a ella, don Pedro nunca la reconoció como hija, en vez de eso, cuando murió su madre en el parto la crió como una criada más del hogar. Más que nada, tenía que ver que fuera una negrita, o eso pensaba.

Cuando terminó con la ropa puso todo detrás de un burro y marchó a casa. En el camino estaba agotada, solo quería llegar y echarse a dormir, pero sabía que era imposible. Llegando debía preparar la comida y entrar a los puercos al corral. Justo al llegar vio unos caballos aparcados en la entrada, uno de ellos le pareció conocido, cuando entró por el salón casi queda congelada y prefirió haber entrado por la puerta de atrás. Sergio y su padre estaban sentados en los muebles con su padre.

—Reina, por fin llegas —dijo don Pedro—, ve a la cocina y ayuda a Esther que no llega.

En ese momento apareció Esther cargando una bandeja de quesos en palillos, lo único que sabía hacer. Traía su vestido más caro e iba muy bien arreglada como los demás, la única en desentonar era ella con su ropa y pelo hechos un desastre. No sabía qué pensar, o más bien, no quería entender. Sergio no le quitaba la mirada de encima y parecía muy apenado con la situación.

—¿A qué se debe la visita? —dijo por fin.

—El señor Nazario vino a pedir la mano de Esther, ¡tenemos boda en una semana!

En ese momento Sergio dejó de mirarla, Reina quedó sin aliento, fue como si le dieran una puñalada en la boca del estómago.

—¿¡Se van a casar!?

—Sí, ¿qué te parece? —dijo Esther mostrándole el anillo.

El viejo padre de Sergio la miró de pies a cabeza con una sonrisa pícara.

—Veo que esta niña también ha crecido bastante, hace años debería estar casada.

—No, no lo está, ¿por qué?

—Don Pedro, soy un viejo solo, mi hijo ya se va a casar y se irá, y yo necesito la compañía de una hembra. Su hija me vendría bien.

—¡Papá! —dijo Sergio con horror e indignación.

—¿Qué? Estoy en lo cierto, hijo.

—Tiene razón, don Antonio, esta muchacha tiene 24 años, debí casarla hace tiempo, pero está

sana y pura hasta donde sé.

Reina escuchaba la plática como si fuese una espectadora, no podía creer lo que oía. El viejo se levantó y se dirigió a ella para pedir su mano. Abrió su boca y mostró sus dientes amarillos y putrefactos por el tabaquismo, el mal olor la dejó horrorizada.

—Muchacha, hoy es tu día de suerte, permíteme tu mano —dijo tomándola de la mano para besarla.

—¿En serio quiere la mano de una negra campesina?

—Si es una hembra como tú, hay excepciones.

Reina miró a Sergio quien observaba expectante, con su mirada parecía suplicarle que dijera no. Su padre parecía sorprendido y a la vez dichoso con la sola idea de que sus dos hijas se casaran con los señores más prósperos de la ciudad, y Esther parecía que en cualquier momento estallaría en risas, sabía que no estaba feliz con la situación.

—Mi mano no está en venta —dijo apartando su mano con sutileza acompañada de una sonrisa política.

—¿Cómo?

—¿No le da vergüenza? ¡Debe tener como la última edad de Matusalén!

—¡Pero qué muchacha insolente...!

—Si algún día me caso no será para comer pellejos.

—¡Reina! —dijo don Pedro levantándose enfurecido— ¡Discúlpame con el señor!

—Esta muchacha es más potra de lo que pensé —dijo don Antonio con una sonrisa de oreja a oreja—, solo hay que domarla —dijo pellizcando su cintura.

El viejo no vio venir la bofetada tan fuerte que le sacó volando al suelo la pieza de dentadura postiza. Se dirigió a su cuarto de inmediato.

—¡Ven acá, muchacha! —dijo Pedro dirigiéndose furioso hasta ella.

—Señor —dijo Sergio interviniendo—, será mejor que la deje en paz, se supone que este es mi pedido de compromiso, no el de mi señor padre.

Reina lo miró con ojos rojizos antes de desaparecer por otra puerta, se encerró en su cuarto y fue directo a su cama. No tardó en desbordarse en lágrimas, todo lo demás no le importaba, lo único que invadía sus pensamientos era el compromiso de Sergio, ¿por qué eligió a su hermana? En algún momento pensó que en verdad él sentía lo mismo que ella. Tal vez aquello no dolería tanto si no fuese por el matrimonio con su propia hermana, la mujer que siempre la humilló de todas las formas posibles. Esther lo había tenido todo, ¿era justo que también tuviera al amor de su vida?

Escuchó golpes en la puerta.

—Abre la puerta —dijo su padre.

Al no obtener respuestas se escucharon sonidos de llaves, luego la puerta se abrió y don Pedro invadió el diminuto aposento.

—¿Se puede saber qué fue eso?

Ella se sentó en la cama y lo miró con desdén.

—Eso le pregunto yo a usted, ¿cómo pudo estar de acuerdo con las tonterías de ese hombre?
¿Estaba dispuesto a casarme con ese viejo?

—Ya quisiera yo, pero era una broma, no sé como pudiste creer que un señor como Antonio Nazario querría a una negra bastarda como esposa, solo a ti se te ocurre.

—Pero soy su hija, ¿cómo pudo dejar que se burlara de mí?

—Entre él y yo no hay muchos secretos, sabe que eres bastarda.

—¡Y eso qué! ¡Soy su hija también!

—Una hija engendrada por una criada haitiana descendente de esclavos.

—Pero no la vio como tal a la hora de llevarla a su cama.

El hombre no pudo evitar la risa.

—¿A mi cama? Eso jamás, fuiste engendrada en la caseta de los puercos, entre lodo y otras mugres, era mi lugar favorito para jugar con los encantos de Eloísa.

—¿Usted no me quiere ni un poquito?

—Yo quiero a mis hijos, y esos son Andrés y Esther, ¿entendiste? Deberías estar agradecida con todo lo que te he dado, y ha sido bastante.

Reina se levantó de golpe para enfrentarlo.

—¿Y qué me ha dado!? Siempre he tenido que conformarme con migajas, trabajo de sol a sol para esta familia como si fuera esclava. Lavo, cocino, limpio la casa, atiendo el ganado... Mis manos me duelen y lo único que consigo es techo, comida, y la ropa que Esther ya no quiere.

—No eres esclava, ahí está la puerta, eres libre de irte.

Reina quedó sorprendida, se sentó al borde de la cama como si le hubiese dado un ultimátum.

—¿Entonces era por eso? ¿Me ha tratado así porque siempre ha querido que me vaya?

Don Pedro no dijo nada, solo la miró unos instantes para luego salir. Reina no quería seguir llorando, un odio fuerte y puro empezaba a gestarse por esa gente, un odio que nunca pensó sentir por quienes siempre consideró su familia.

Semanas Después

SANTO DOMINGO

Felippa entró al cuarto para encontrar al padre frente a la cama, el cadáver ya estaba cubierto por la sábana blanca. Ella se acercó y no lo pensó dos veces a la hora de descubrirlo. El hombre tenía tres agujeros en el pecho y su cara estaba hinchada e irreconocible.

- No me dio tiempo siquiera de que se confesara, hija.
- ¿Qué más da? No había mucho que hacer —dijo saliendo del cuarto.
- Pero, ¿no vas a despedirte de tu marido, hija?
- Ya está muerto, padre —dijo sin mirar atrás.

Justo en el pasillo la esperaba una criada.

- La señora Montes de Oca vino a darle el pésame, está en el jardín.

Felippa abrió su abanico para tratar de enfriar el calor, aquel parecía ser un día de perros, y aunque contenta, también estaba muy nerviosa por los acontecimientos. Bajó los escalones y fue directo hacia el jardín donde la esperaba una joven mulata ya sentada mientras tomaba el té.

- Que bueno que llegas, todo pasó muy rápido.
- Mejor para ti, ¿no es lo que querías?
- Onirys, ¿qué tal si alguien lo descubre?
- Mis hombres trabajan muy bien, por eso no te preocupes. El trato está hecho y me debes el único favor que puedes darme.
- No se me olvida, tenlo por seguro —dijo tomando asiento.
- ¿Él va a venir?
- ¿Víctor? Claro que sí, ha de haber recibido la carta hoy en Madrid, no va a faltar al funeral de su hermano.

La mujer la miraba con suspicacia mientras tomaba de la tasa.

- No te veo con lágrimas, no sabes llorar.
- ¿Cómo crees que voy a llorar por ese alacrán? Si no fuera por él ahora mismo estaría casada con Víctor.
- Pero igual él quería y respetaba a su hermano, no se va a lanzar a tus brazos solo porque murió.
- No me asustes, claro que lo hará, Víctor nunca ha dejado de quererme.
- Es militar, esos hombres tienen un alto grado de lealtad, y más si se trata de sangre —bajó la voz—. Deberías hacer algo más que solo darle un empujón al otro mundo a su hermano.
- ¿Como qué?
- Inventar que tenía una querida, que faltó a su palabra como marido, eso le quitaría el respeto

que haya quedado por él y te compadecería más a ti. Se va a frustrar por haber dejado que se case contigo, y se va a acercar más a ti sin arrepentimientos. Además, no sabes llorar, ¿qué dirán si no lloras en todo el funeral?

La cara de Felippa se iluminó ante tales ideas.

—Sí, pero las palabras no bastarán. Debemos conseguir a una mujer, una muy guapa que se haga pasar por su querida.

—Exacto, sería mejor si se aparece en el funeral para armar una escena, sería cosa de pocos minutos de conmoción, eso te dejaría bien parada.

—La cosa es dónde conseguir a esa mujer.

—Creo que... se me ocurre una. Hace unos días se murió el padre de una de mis criadas, le dejó una fortuna miserable que ella cree muy valiosa —dijo riendo—. En fin, me dijo que contrató a una plañidera muy buena, además era muy bonita, de esas que le gustaban a Orlando.

—¿Puedes hacer que venga?

—Claro, vive en San Francisco de Macorís, así que debemos hacer las gestiones urgentemente para que se presente mañana.

Ya era tarde en la noche, el sol se estaba yendo y no era más que unas pocas pintadas naranjas en el cielo, las gallinas y pájaros subían a los árboles para descansar, y las casas vecinas encendían sus lámparas y velas. Reina solo se dignaba a ver el horizonte con el ceño fruncido.

—Te he estado mirando largo rato y pareces estatua.

Ella miró atrás y sonrió al ver a su hermano acercarse con su caballo.

—A veces es bueno pensar.

—¿Y en qué piensas? —dijo besándola en la mejilla.

—En mi futuro.

—¿Es por lo que te dijo el viejo? No le hagas caso, tú eres valiosa. Ya hablé con él y le advertí más respeto hacia ti.

—¿Para qué? Quién sabe si te deshereda por enfrentarlo.

—Ya no soy el mismo de antes, el viejo ya no me da miedo, tengo 30 años y sé lo que quiero. Además... soy su único varón, ¿verdad?, que aguante.

—Andrés...

—¿Quieres que te busque marido?

—No, no es necesario, en este pueblo no hay nadie que valga la pena, el único que existía ya tiene dueña.

—Sergio. No entiendo cómo se fue a fijar en Esther, yo lo veía, estaba con los ojos puestos en ti.

—Pero no se atrevió, nunca se atrevió a cruzar la línea conmigo porque sabía que no valía la pena. Eso no es amor, tal vez mera atracción y ya.

No pudo evitar derramar unas lágrimas, su hermano le extendió un pañuelo.

>>Gracias. No dejo de pensar en mi futuro, Andrés, ¿será que esto es todo? Tengo 28 años y no he logrado salir de aquí con un marido, ya no soy una jovencita y estoy tarde para casarme, no quiero morir aquí como esclava, y mucho menos viendo a Esther todos los días construyendo una vida con el único hombre que me importa.

—Hay muchos hombres, y mejores, hombres que valen mil veces más la pena que ese inútil de Sergio. Y no digas tonterías, todavía eres joven y bonita, en este pueblo no he visto mujer más bonita que tú.

—Gracias por los ánimos —dijo intentando sonreír.

—No son ánimos, es la verdad. Mañana te vas a levantar y vas a ir a esa boda con la cabeza en alto.

—Ni siquiera fui invitada.

—Pues vas a ir conmigo o no voy.

—Pero eres un padrino, tendrás que ir sin mí porque yo no voy.

La tomó por las mejillas y la miró a los ojos.

—Pues yo tampoco —dijo volteando para irse.

—Andrés...

Se terminó alejando sin más. Reina se dispuso a seguir viendo al horizonte, pero ya no había mucho que ver, el cielo ya estaba negro y los grillos ya estaban cantando. De pronto se maravilló al ver montones de luciérnagas azules y verdes iluminando la negrura, pero algo más captó su atención al divisar una silueta acercándose, iba a gritar cuando se dio cuenta de que era una cara conocida.

—¿Sergio?

—Estaba viéndote desde lejos, tenía que venir a verte.

Reina no pudo creer aquello, tenía a Sergio tan presente en sus pensamientos a cada minuto que cuando aparecía creía que era una aparición. Su piel morena brillaba un poco y su pelo húmedo se pegaba a su frente, y su aliento olía a alcohol.

—¿Dónde estabas?

—Vine corriendo antes de que entraras, pero no te preocupes, estoy sobrio. Reinita, tenía que hablar contigo, no quería que pensaras que en verdad me quiero casar con tu hermana.

—¿Entonces qué? ¿Lo que hiciste hace semanas fue qué? —dijo algo molesta.

—Ni sabía a qué venía, mi papá no me dijo nada, solo dijo que debíamos venir aquí, mi viejo y el tuyo ya habían planeado nuestro casamiento, pero te juro que no sabía.

—¿Y para qué me lo dices? Tú y yo no somos nada —dijo cruzándose de brazos.

—Reinita —dijo tomando sus manos—, sabes que tú y yo nos gustamos desde hace años, desde que te vi cuando eras adolescente, tus ojos nunca salieron de mis pensamientos.

—Insisto, ¿para qué me lo dices ahora? —dijo molesta pero incapaz de soltar el agarre.

—Tal vez por cobardía, nuestros mundos son muy distintos y yo...

Reina rompió el agarre y lo empujó.

—¿Nuestros mundos son distintos? ¿Por qué? ¿Porque tú eres el señor dueño de tierras y yo una vil campesina prieta?

—Yo no dije eso.

—¡Lo dijiste, sí! —dijo bajando la voz.

—Reinita, por mucho tiempo pensé que una vida contigo sería imposible, pero...

—Pero soy pobre, campesina y prieta —dijo entre lágrimas.

—¿¡Quieres dejar de poner palabras en mi boca!? —dijo tomándola por los hombros— En este pueblo los títulos importan, y para nadie es un secreto que eres una hija bastarda. Mi padre está consciente y quiere que me case con Esther para emparentar, pero a mí Esther no me gusta, me gustas tú. Lamentablemente mi papá dirige su propia fortuna, y no dudo que si no hago lo que desea me puede desheredar.

—Ah, ya veo, el dinero —dijo con decepción.

—Lo dices como si no fuese nada, Reinita, en este mundo el dinero importa. Quiero para mis hijos y mi mujer una vida austera y de privilegios, y eso no será posible si empiezo desde cero.

—Pero ya escogiste, Sergio, estuviste de acuerdo y esa mujer no soy yo.

—Por ahora.

—¿Cómo así?

Él respiró hondo y bajó sus manos hasta sus caderas haciendo que Reina se estremezca, sus ojos hacían contacto con los suyos de forma intensa.

—Quiero que me esperes un año, en ese tiempo podré trabajar fuerte para hacer dinero independiente de mi padre, negocios a mi nombre. Luego de eso no me importará su herencia, tendré el dinero suficiente para darte la vida de reina que mereces.

—Pero eso para mí no es importante...

—Eres mujer, reina, tal vez no lo entiendas ahora, pero lo he visto muchas veces, cuando hay hambre el amor sale por la puerta trasera. Y mira tus preciosas manos, ¿crees que no me he dado cuenta? —dijo tomando su mano para besarla— Estas manos maltratadas no deben hacer oficios de criadas, pues son las manos de una reina.

—¿Y qué harás con Esther? —dijo entre suspiros.

—Haré lo posible por no preñarla, luego de la desaparición no estará desprotegida, tendrá dinero suficiente para vivir holgadamente y volver a casarse si quiere, todavía será joven. Solo te pido un año, Reinita, un año.

Lentamente, se acercó y sus labios se unieron en un beso dulce y cálido, el pecho de Reina latía con fuerza y aunque sabía que aquello no debía ser de pronto se sentía la mujer más dichosa del mundo. Su hombre se le había declarado. Las luciérnagas se formaron en círculo alrededor de ellos, como si la magia de pronto existiera, y los cuentos de hadas cobraran sentido. Un año, eso era todo lo que necesitaban, un año y nada más.

—¿Entonces te propuso matrimonio a ti? —dijo Andrés mirándose al espejo mientras amarraba

su corbata.

—Más o menos —dijo Reina muy sonriente mientras amarraba con una cinta el largo pelo de Andrés—, me espera un año para poder dejarlo todo en su lugar y no depender de su padre, así podrá dejarla y casarse conmigo.

—¿No pudo haber pensado en eso mucho antes? —dijo volteando para verla con desaprobación.

—Bueno, la propuesta de su padre lo tomó por sorpresa, nunca pensó que algo así pasaría. Lo hubieras visto, estaba desesperado y había bebido, ¿te das cuenta?

—De lo que me doy cuenta es que es un sinvergüenza, ¿me estás diciendo que ese infeliz se piensa casar hoy con mi hermana más joven para después dejarla botada en un año por la más mayor?

—Mejor no te lo hubiese contado —dijo borrando su sonrisa.

—¿Cómo quieres que me ponga? Por más que la odiamos es nuestra hermana más pequeña, Reina. ¿Y después qué? Va a dejarla deshonrada porque el marido se fue con su hermana, ¿cómo deja eso la honra de mis dos hermanas?

—Andrés, no me importa lo que piensen, nadie ha hecho nada por mí, mi vida entera he sido como una esclava y...

—Eso no justifica lo que ese...

—¡La vida no me ha dado nada!

Hubo tensión en el cuarto mientras ambos se miraban, Andrés intentó tocarla, pero ella se apartó.

>>¿Alguna vez te has puesto en mi lugar? Ustedes lo han tenido todo y yo nada, mi mamá se murió en el parto, me crié con los criados lejos de la casa grande. A veces me asomaba por la ventana en las navidades y los veía a todos reunidos en la mesa elegante, ustedes con su madre y padre, y yo comía las sobras con los criados.

—No quise... —dijo tocando su hombro.

—Mi hermana se casa hoy con el hombre que quiero, se casa con 19 años, yo vieja con 27, parece que estoy destinada a pudrirme aquí. La vida se me escapa, Andrés, me imaginaba ahora casada y establecida con un hombre solvente que ame, con Sergio, un hombre que jure protegerme como yo a él. A veces pienso si esto es todo lo que Dios tiene para mí.

—No digas eso, no vas a morir sierva.

—¿Tú lo crees? —dijo sentándose sin ánimos— Mi abuela nació esclava, se supone que mi madre era una mujer libre, pero murió siendo criada, una sierva. Me contaron que antes de morir me puso Reina porque auguraba una vida distinta para mí, cuando era más joven creí que sería un augurio, pero aquí sigo.

—Cuando el viejo muera te prometo darte tu lugar y lo que te toca por derecho.

Ella se levantó mientras reía de remordimiento y tristeza.

—El viejo me odia, Andrés. Ya me dijo que alguno de ustedes intentase darme un peso de la herencia, todo el dinero les será quitado e irá a la caridad.

—¿¡Te dijo eso!? —dijo Andrés bastante furioso.

—Además, su dinero no me importa, lo único que quería de él era reconocimiento, que me quisiera como la hija que soy, pero me queda claro que es imposible. ¿Me entiendes, Andrés? Esta es la única luz al final del túnel, mi hombre me dijo que me quería y está dispuesto a pelear

por mí, poco me importa lo que piensen, poco me importa Esther. Capaz y el viejo la envíe a España o a Francia a encontrar marido, pero yo ahora debo pensar en mí.

Andrés se acercó y la abrazó.

—A mí tampoco me importa lo que piensen, pero no estoy contenta... contento con el proceder de Sergio.

—¡Reina!

Ella se levantó en seguida y le hizo señas de complicidad para que guardara el secreto, Andrés se lo juró. Cuando salió al pasillo se encontró con su padre ya vestido elegante mientras abotonaba sus puños.

—¿Señor?

—Las criadas están ocupadas abajo, tu hermana necesita ayuda con el vestido.

—Ya voy.

—¿Y el mariquita sigue peinándose?

—Está en su cuarto —dijo alejándose.

Cuando entró al opulento cuarto de Esther se quedó sin aliento. Estaba de espaldas con un largo vestido ancho color hueso, realmente parecía una princesa.

—Ven a amarrarme la espalda —dijo mirándola a través del espejo.

Se acercó despacio intentando no mirarla, de repente sentía que sus ojos se aguaban, mientras amarraba el vestido no pudo parar de recordar cuando apenas era una bebé o una niña que jugaba con muñecas. Aunque aquella mocosa siempre fue una déspota, no podía dejar de sentir simpatía, después de todo era su hermana. Sentía como ella temblaba por los nervios de lo que estaba a punto de hacer, entonces entendió por qué la llamó. Tal vez no quería a una criada cualquiera en esos momentos, sino a la única mujer que compartía su sangre; una mujer que le dijera las más bellas palabras antes de salir para siempre del hogar que la vio nacer y crecer.

—Tranquila, estás muy bonita. Rocío se hubiese sentido orgullosa de verte así, a punto de ir al altar. No tienes por qué...

—No tengo todo el día, haitiana, sé más rápida.

Tuvo que morderse la lengua para no decirle sus tres verdades, nunca tardaba en mostrar su veneno de niña mimada.

—Listo.

—Ponme el velo, ya.

—¿Dónde está?

—¡Encima de la cama, haitiana! ¡Por Dios!

Reina no dijo una palabra, tomó el velo y cuando lo puso en su cabeza parecía surreal. Ahora sentía más ganas de llorar, no por ella, sino por Sergio, su Sergio se casaría con otra, nada más y nada menos que con su hermana. Esther tomó sus flores y salió de la habitación, pero al llegar a la puerta se detuvo a ver su cuarto por última vez.

—¿Lo quieres? —dijo Reina de repente.

—Por supuesto, siempre supe que me casaría con él —dijo ella con voz resulta.

—¿Siempre?

—Ya sé que él te gusta, no nos hagamos las tontas, pero eso nunca me preocupó, la diferencia entre tú y yo es que yo siempre obtengo lo que quiero.

—¿Qué hay de su amor? ¿Eso se compra?

Esther solo le sonrió con acritud para luego terminar de salir.

—Nos tendrás que ver todos los días en el pueblo, vas a comprobarlo tú.

Aquello desestabilizó a Reina, tenía razón, ¿qué le garantizaba que en un año Sergio no se terminaría enamorando de Esther? Tuvo que sentarse para poder respirar, sintió una fuerte presión en el pecho. Estaba llena de coraje, miedo, y dolor. Esther era una niña muy elegante y mejor letrada, ¿cómo competir con ella? No soportaría verlo andar con ella a todas partes como su mujer, ¿soportaría los celos y la desdicha?

Cuando bajó a la planta baja la vio subir al carruaje para ser llevada a la iglesia, Andrés, quien había sido obligado, la acompañaba con cara de pocos amigos.

—Te vas a quedar para organizar el banquete —dijo su padre apareciendo tras ella—, ayuda a los otros criados, no vamos a tardar tanto, una hora a lo mucho.

—Sí, señor —dijo sin ánimos.

Su padre notó su malestar.

—Cambia esa cara que no es un velorio.

Cuando por fin se fue se permitió llorar, quería estar lejos de allí, ¿cómo iba a enfrentar ver a Sergio llegar casado con otra? No podría soportarlo. La casa estaba llena de flores y más elegante que nunca, los camareros llegaban y la comida empezaba a ser ordenada. De un momento a otro se encontró dando las indicaciones a los trabajadores.

Estaba en el jardín ayudando a ordenar las sillas blancas cuando alguien elegante apareció.

—¿Usted es Reina Antoine Boyer?

—Para servirle —dijo secándose el sudor—, si viene a la boda, le digo que ha llegado muy temprano, todos están en la iglesia.

—Perdón, no sabía que tenían casamiento. En verdad vengo a llevármela a usted.

—¿A mí?

—Sí —dijo entregándole una carta.

“Srta. Reina, espero y esté muy bien con el favor de Dios. Soy la primera dama de la alcaldía de Santo Domingo. Le escribo estas líneas como algo confidencial, de hecho, fui informada de que no es iletrada y confío en que no difunda la presente con nadie más. Necesito sus servicios de plañidera para una estimada cuyo marido está por fallecer; me han contado que es muy buena en sus servicios, prometo pagarle una cantidad generosa, si acepta, se le pagará de inmediato la mitad. Deberá venir a la mayor brevedad.

ATT: Sra. Onirys Montes de Oca.”

En ese momento el hombre me entregó una bolsita de monedas, al abrirla quedó boquiabierta. ¡No eran cuartos, eran puros reales!

—¡Debe haber unos 100 reales aquí!

—Señorita, debe aceptar venir ahora o la oferta será declinada.

—¡Pero eso está en Santo Domingo, señor, allá están los españoles! —dijo en voz baja.

—Será muy bien remunerada, por ser un asunto confidencial deberá aceptar en el acto o deberé marcharme.

Ella miró a su alrededor y no lo pensó mucho, no lo podía creer, aquella era la señal que esperaba para salir corriendo de allí. Ignoraba lo que los españoles querían con ella, aunque por su trabajo no debía ser asunto tan misterioso.

Minutos más tarde salió del rancho con una bolsa de ropa, las miradas de las vecinas chismosas eran un poema, las habladurías empezarían y tal vez su padre no le permitiera volver después de dejar tirada la fiesta, pero poco le importaba ya. Tenía un respaldo económico con el cual empezar lejos.

El carruaje recorrió el pueblo y ella no dejaba de ver por la ventana con una sonrisa amplia. Ahora que lo pensaba, nunca había ido a la gran ciudad, rogaba porque las cosas salieran bien. Cuando pasaron por la iglesia esa sonrisa se borró, los esposos salían de la iglesia mientras la multitud aplaudía. Sacó la cabeza por la ventana para seguir viendo Sergio mientras se hacía más pequeño por la distancia.

—Un año y nada más, amor mío, un año y nada más —se dijo a sí misma.

CAPITULO 2

SANTO DOMINGO

El día estaba pintado de gris, el cielo estaba totalmente gris y las casas, aunque pintadas de colores varios, parecían del mismo color. En el ambiente se sentía un aire pesado, las personas no caminaban resueltas, además que había muy pocas en las calles. Era el terrible peso de la guerra, una guerra que no sentía tan palpable desde su provincia. Aun así, la modernidad no dejaba de asombrarla, había edificios por todas partes, y casas grandes, pero en la mayoría se podían ver grietas y poco mantenimiento.

El carruaje se detuvo frente a una casa grande de dos niveles, entraron por un enorme jardín que también estaba un poco descuidado por el caer de las hojas. Una criada la hizo pasar por la puerta de atrás hasta un pequeño salón. Dos mujeres jóvenes y bien vestidas la esperaban de pie.

—Presteza —dijo algo nerviosa.

—Presteza, tú debes ser Reina —dijo la mulata mirándola de pies a cabeza—, soy la señora Montes de Oca. Tranquila, sé que estás nerviosa, pero solo quería contratar tus servicios de plañidera, me dijeron que eres muy buena.

—Sí, eso entendí —dijo un poco más aliviada.

—Es un placer, me llamo Felippa. El servicio que queremos que hagas no es cualquier servicio —dijo la rubia.

Reina la miró con admiración, era una mujer de piel opaca y pómulos rosa, casi como aquellas representaciones de arte barroca, sus grandes ojos negros y de mirada gentil contrataban con todo lo demás, eran tan negros y fríos que parecían abismos que te devolvían la mirada, no dejaba de tocar su larga y lisa melena dorada.

>>Mi marido murió hace un par de horas.

—Ah, lo siento mucho, señora...

—Yo no, espero y se esté revolcando de dolor en el infierno.

Reina quedó perpleja ante tal frialdad de las palabras, a aquella mujer nada parecía perturbarla, pues no perdía su temple de total quietud. Simplemente no entendía.

—Bueno... no sé qué decir...

—Nada. Solo quiero que entiendas que no amé a mi señor marido, y por lo tanto, no puedo derramar lágrimas por él.

—En realidad, nunca llora —dijo su amiga detrás con una risa.

—El caso es que no quiero fingir llorar en el velorio o el entierro, más bien quiero que me quites esa molestia.

—Con mucho gusto, señora.

—No he terminado. Además de eso, quiero ensuciarle, aunque no tanto, el que un hombre tenga amantes es motivo de orgullo para ellos.

—No estoy entendiendo —dijo Reina frunciendo el ceño.

—Quiero que tú te presentes en el funeral como su querida, quiero armes un escándalo y digas que solo te amó a ti, planeaba dejarme por ti... Quiero pasar a ser yo la víctima.

Hubo un silencio en el ambiente, Reina se quedó sin habla. ¿Cómo es que una mujer de rostro angelical e inocente podía ocultar tanta podredumbre? Quería salir corriendo de allí antes de querer abofetearla.

—¿¡Ustedes quieren que yo manche la memoria de un difunto!?

—Así es —contestó Felippa sin perturbarse.

—Esa es una falta de respeto, a los muertos, sean quienes sean, se les respeta. ¡Ya está muerto y no puede defenderse!

—Mejor así, ¿no cree?

—Miren señoras... —dijo tratando de respirar para contener la rabia—, será mejor que me vaya antes de perder la paciencia.

Reina se dirigió a la puerta, pero al abrirla se encontró de cara con el mensajero cuan alto y corpulento era. Quedó pálida cuando lo vio sacar un arma para apuntarle.

—¿Qué es esto? —dijo con voz temblorosa.

—Esto, querida, es un asunto confidencial —dijo Onirys mientras se abanicaba con tranquilidad en un sofá—, si sales de aquí ahora vas a regresar a tu casa pero en ataúd.

—¡No pueden hacerme algo así!

—Ya lo hicimos y tú aceptaste, ¿no te dijo nada el que tuvieras que venir a territorio español? Estamos en una guerra civil. El marido de mi comadre murió a manos de los salvajes dominicanos, ¿qué crees que dirán los tuyos si saben que estás aquí? ¿Una espía?

—Pero señora, usted también es dominicana, ¿no cree que...?

—Estoy casada con un militar español, poco me importan estas tierras de gente iletrada y salvaje. Velo por mis intereses. Además —dijo levantándose—, ¿por qué tanto drama? Solo vas a presentarte, lloriquear, hacer un escándalo, y luego irte a tu casa en unas horas con tu bolso lleno de reales. ¿Qué tan difícil es?

Reina sabía que no tenía opción alguna, estaba metida en un problema muy extraño del cual ya dudaba fuese tan sencillo salir. “¿Por qué no me quedé en mi casa?”, pensó con temor. No pudo evitar derramar unas lágrimas a la vez que asentía.

—Sí, lo voy a hacer y después me voy lo más pronto posible.

—Obvio —dijo Felippa con sonrisa burlona, la miró de pies a cabeza a la vez que asentía—. Muy bonita, sin duda alguna, como tanto le gustaban a Orlando. Pero no podemos dejar que se presente en esos harapos.

—Sí, tu marido era un hombre muy clasista, Víctor no se tragará el cuento de que tuvo una aventura con una campesina capa puercos.

—Tiene buenos dientes, blancos como perlas —dijo Felippa abriendo su boca.

Reina se sintió extraña al notar que hablaban de ella como una cosa, un producto que habían alquilado. “En cierta forma, ¿no es eso lo que he sido siempre?”, se dijo mientras pensaba en sus

años de servicio en la casa de su padre, sus antepasados habían sido esclavos, pero en cierta forma ella seguía siendo esclavizada, en esos momentos ni siquiera era libre de rechazar aquella propuesta indecorosa e irse por su voluntad.

Llamaron a unas criadas y le ordenaron llevarla a otro lugar escoltada por aquel mensajero, que más que mensajero, al parecer, era su hombre de confianza. El hombre quedó a las puertas y las dos entraron a un cuarto más amplio, allí había otra esperando ante una silla y una batea.

Cuando se sentó, ambas tomaron su pelo enmarañado y vertieron vinagre con leche de cabra, lo desenredaron de a poco y volvieron a verter un líquido tibio con olor a naranjas y especias. Quedó horrorizada cuando una sacó un huevo de avestruz y lo vertió en una olla para removerlo y luego añadirlo al pelo. Mientras hacían la labor, ninguna de las dos hablaba, así que había silencio aparte del sonido que hacían con los materiales e ingredientes. Cuando una de ellas sacó una bolsa y la vertió en otra olla, le llegó un hedor terrible. La mujer lo movió y le agregó algo amarillo a la mezcla para luego ponérselo en la cara con una brocha, pero Reina se apartó.

—¿¡Qué es eso!?

—Caca y orina de vaca —dijo con toda tranquilidad.

—¿¡Y ustedes creen que me voy a poner caca y orina de vaca en la cara!?

—Ayuda a rejuvenecer la piel y dejarla brillante, suave como trasero de bebé.

—¡No voy a ponerme eso!

—¿Quiere que llame a la señora Montes de Oca? Son órdenes tuyas —dijo la más vieja con cara de hartazgo.

Reina tuvo que tragar sus palabras sin oponer más resistencia. “Solo un par de horas y podré irme”, se dijo con resignación. Cerró sus ojos con tensión y sintió con asco el pasar de la brocha hedionda sobre su cara. Cuando estuvo totalmente pintada la llevaron al baño y le quitaron la ropa, la hicieron sentar en una batea y la llenaron de agua tibia y leche de cabra, con una esponja restregaron su piel tan fuerte que pensó le arrancarían la piel. Luego procedieron a lavar su pelo con leche de coco, zumo de naranja, y por último, la embadurnaron de aceite de coco. Volvieron a dividir su pelo con varas de madera, y el resultado final fue una cabellera voluminosa, saludable, brillante y llena de rulos más definidos.

Al lavar su rostro con zumo de naranja, efectivamente sintió la piel más suave y gentil. De repente, como siendo avisada, entró Felippa e hizo salir a las criadas. No le dijo nada mientras observaba el resultado, Reina, estando totalmente desnuda, se sintió invadida, pero luego la mujer empezó a sacar ropas del ropero, todas negras, las ponía sobre la cama e hizo que se las probara todas. Eran ropas exquisitas que nunca se había puesto, se sentían muy suaves al tacto en comparación con las telas duras que solían regalarle. Estuvieron minutos interminables haciendo pruebas que parecían no gustarle a Felippa la cual parecía cada vez más frustrada.

—Quiero que te veas indecorosa, pero no demasiado —dijo ella mientras miraba los resultados.

—¿Ah, por eso no me está poniendo vestidos anchos?

—Nada de vestidos anchos, quiero que marquen tu cuerpo, que vean por qué Orlando me engañó contigo. Pero no sé... Ninguno de estos vestidos hacen justicia con lo que pienso.

—Pero este vestido está muy ajustado —dijo tocando su cintura estrecha.

—Sí, pero no muestra carne.

Felippa tomó unas tijeras y procedió a cortar las mangas largas que tenía, el resto de las mangas abullonadas las bajó hasta dejar sus hombros desnudos, y cortó tela del pecho para dejar expuestas a las frondosas niñas.

>>Mucho mejor.

Pintó sus labios de rojo, y pasó un poco de delineado dorado debajo de sus cejas para destacar sus ojos de igual color, recogió su pelo en un moño alto, y por último, dos pendientes de rubí y un collar de perlas.

>>Si pierdes esto te mato, son joyas muy caras. Vas a ser escoltado por Guillermo, él te llevará a mi casa en pocos minutos, ya sabrás lo que tienes que hacer.

—Sí, señora —dijo apretando los dientes de rabia y resignación.

MADRID, España (hace dos días)

Palacio Real de Madrid

Estaba la reina Isabel con postura pensativa mientras leía con disgusto el montículo de papeles que tenía sobre la mesa, en ese momento un guardia irrumpió y entró en pose militar.

—¡Ilustrísimo marqués de Alcácer!

Un hombre alto y robusto entró enfundado en su traje militar rebosante de medallas para hacer una reverencia.

—Majestad.

—Siéntese, Alcácer.

—Gracias, Majestad. ¿Para qué me necesita?

—Han estado ocurriendo sucesos, cosas no muy halagüeñas en La Hispaniola, estamos perdiendo terreno nueva vez, Alcácer.

—Sí, he sabido de las noticias.

—Ni siquiera el marqués de las Carreras pudo con ellos.

—Precisamente me lo informó Pedro Santana —dijo con mirada impaciente.

La reina trataba de no mirarlo y eso lo impacientaba más, sabía que quería decirle algo sin encontrar el cómo, pero no quería apresurarla.

—Alcácer —dijo al fin—, sabe que siento una profunda admiración por su familia, sus padres y su hermano eran para mí...

—Perdón, ¿eran? ¿Qué pasó con el Capitán Orlando?

—Está mal —dijo tras respirar hondo—, muy mal, tres disparos en el pecho, se augura que no sobreviva por mucho.

Hubo un silencio en el lugar, la reina obviamente quería darle unos segundos para digerir la noticia, pero a Víctor esa noticia no le movía ni un pelo, aunque sí valoraba las intenciones de la reina.

—Es una pena —dijo sin perder la postura.

—Quisiera enviarlo a la isla y que releve a su hermano en el grado de teniente general.

—Será un honor.

La reina había recuperado su aplomo y dejó el lado maternal para mirarlo con autoridad.

—Será un trabajo difícil como comprende, los civiles están como el demonio y han puesto de presidente a un tal Pepillo Salcedo, pero por él no se preocupe, en secreto está de nuestro lado.

Viajará hoy mismo hacia Santo Domingo. Es todo, teniente.

Víctor se levantó y entró en pose militar.

—Haré lo imposible por recuperar el control de su isla, mi reina.

PRESENTE

Mientras el carruaje se acercaba a su destino, Víctor no dejaba de pensar en los terribles sucesos familiares del pasado, había enterrado su conflicto desde hacía dos años, pero nunca pudo perdonar a Orlando, siempre pudo más su resentimiento que el afecto desde la infancia.

No pudo evitar sonreír al recordar a Felippa, su prometida y su gran amor de adolescencia, si las cosas no hubiesen terminado como terminaron, hoy estaría casado con ella, y si su hermano no hubiese intervenido no llegaría a odiarlo tanto como aún lo seguía odiando. Solo pensar en ver a Felippa nueva vez le provocaba ansiedad. “¿Aún me sigue amando?”, pensó con más preocupación de la que pensó posible, no sabía qué pasaría.

Cuando el carruaje aparcó frente a la propiedad, se dio cuenta de que estaba pensando en tonterías. “Deberías estar pensando en la seriedad de esta guerra y en vez estás pensando en asuntos personales. ¡Bravo, teniente!”, se dijo con disgusto a sí mismo. Observó la enorme propiedad de tres niveles de aspecto rural, no se oía ni un alma por dentro.

Cuando entró se encontró con varios guardias que le hicieron reverencia militar, había más gente de la que pensó, los presentes hablaban entre ellos como si fuese en secreto. No tardó en divisar a Felippa quien hablaba de espaldas con otra mujer cerca del ataúd, mientras se acercaba la otra mujer lo divisó y pareció advertirle a Felippa quien se giró de inmediato. Ella corrió hacia él y lo abrazó con fuerza mientras lloraba.

—¡Víctor, oh, Víctor!

—Ya estoy aquí —dijo sin saber bien qué hacer a continuación.

—Fue terrible, le dispararon como a un animal tres veces en el pecho, tiene signos de tortura...

—Lo sé, lo sé, perdón por no haber venido antes —dijo observando su rostro, había olvidado lo bonita que era, tanto como aquellas muñecas de porcelana. Solo pensaba en tomar su cara entre sus palmas y besar esos labios.

—Fue una emboscada —dijo la otra mujer.

—¿Cómo? —dijo él ya saliendo de sus pensamientos.

—Los rebeldes lo emboscaron a él y a sus hombres camino a otra provincia, solo vivieron 4 de 32 hombres.

—Perdón —dijo Felippa—, Víctor, ella es Onirys, Onirys, Víctor.

—Mucho gusto —dijo besando su mano.

—Ella es... esposa del general de la Gándara.

—¿Esposa? —dijo extrañado.

—Teniente Alcácer.

Víctor se giró al escuchar una voz áspera como trueno tras de él, el general de la Gándara lo miraba con condescendencia. Con su prominente panza y su barba gris parecía un abuelo bonachón, a pesar de contar con 45 años, los estragos de la guerra lo habían avejentado más de lo que debía.

—General —dijo dándole una reverencia.

—Descanse, teniente. Su hermano fue un hombre muy valiente, hizo un gran papel en estas gestiones, todos lamentamos su pérdida. Mis condolencias.

—Gracias, general. Estoy a plena disposición para lo que se presente y recuperar el territorio.

—No ha sido fácil, Alcácer...

De repente oyeron gritos, todos los presentes giraron en dirección a la puerta, no tardó en entrar una mujer de negro cubierta con un velo del mismo color, se abrió paso de entre ellos y corrió hasta el ataúd como si su vida dependiera de ello, se detuvo frente a la caja y levantó sus manos temblorosas para tocarla como si temiera romperla, luego abrazó el ataúd.

—¡No te vayas, cielo mío, no me dejes!

Todos quedaron conmocionados sin saber qué hacer. Como todos los presentes, Víctor miró a Felippa la cual miraba a la mujer con ojos desorbitados.

—¿¡Usted quién es, mujer!?

La recién llegada la miró sin dejar abrazar el ataúd.

—Yo soy su mujer —dijo con dientes apretados como retándola—, la única mujer a quien ha querido de verdad.

—¿¡Cómo se atreve!? ¡Orlando era un hombre íntegro y me quería solo a mí!

—¡Tengo tanto derecho de estar en su funeral como todos aquí!! —se acercó a Felippa y la enfrentó— ¡Orlando se iba a casar conmigo e iba a dejar a su mujer por mí! Podía estar casado, sí, pero su corazón ya tenía dueña.

Felippa pareció entrar en un ataque ansiedad mientras respiraba irregularmente a punto de llorar.

—¿¡Podéis por favor sacar a esta indecorosa de aquí!?

Víctor no esperó más y tomó el brazo de la mujer con cuidado, pero ella se zafó con presteza y los miró con altanería.

—¡Nadie me saca de aquí! ¡Tengo más derechos que todos ustedes!

Luego la mujer empezó a llorar de nuevo, pero esta vez de un modo que no pudo evitar la conmoción de los presentes, eran sollozos que derretían cualquier corazón de granito y que partían el alma en dos.

—Aunque él esté casado con otra, su corazón siempre será para mí, ¡la vida no puede ser tan mala conmigo para quitármelo!

—Señorita... —dijo él volviéndola a tomar de la mano con más gentileza. Ella se quitó el velo y levantó la mirada hacia él, le mostró los ojos más bellos que había visto jamás, sus labios rojos y

semiabiertos mostraban unos dientes blancos como perlas, era una mujer joven, muy hermosa, tan hermosa que sus lágrimas dolían de ver.

—Señor, ¿qué haría usted si el amor de su vida se casa con otro sabiendo que en realidad lo ama a usted? El dinero no puede comprar ese amor, no me importaría estar en la mazmorra con él...

—dijo con voz quebradiza.

Víctor no pudo evitar ofrecerle su pecho, ella lo aceptó sin reticencias y lloró como niña pequeña, su cuerpo temblaba contra el suyo. De repente, Víctor notó el silencio de los demás al ver la escena, Felippa lo miraba con sorpresa.

—¡Por favor, que alguien saque a esta mujer! —dijo Felippa muy cabreada.

—Felippa, puedo entenderte —dijo Víctor aun abrazándola—, pero esta mujer también sufre la pérdida de Orlando.

—¿¡Qué sufre su pérdida!? ¡Es una ramera que obviamente lo buscaba por dinero! ¡Mira como anda vestida, ¿qué clase de mujer dolida se pondría joyas y se vestiría así en el funeral de... el hombre que supuestamente ama!?

La mujer se acercó a Felippa y la encaró con indignación.

—Orlando me cubría de joyas y las ropas más finas porque así lo quería, vine vestida así para él, ¡para nadie más!

—¿Qué carajos...? —dijo Felippa sin creer lo que escuchaba.

—Por favor, no podemos irrespetar la memoria de Orlando de esta forma —dijo el general Navarro—, Víctor, por favor, lleve a la dama afuera para que se calme.

—¿¡Dama!? —dijo Felippa ya fuera de sus casillas — ¿¡Dama!?

Víctor tomó a la joven y la llevó al jardín, el día amenazaba con llover, las aves volaban escandalosas mientras llegaban a los árboles.

—Respire profundo.

La mujer miró al horizonte mientras se abanicaba.

—Gracias.

—Siento mucho la pérdida, en verdad.

Ella volteó y lo miró con sorpresa.

—¿Siente mi pérdida? Pensé que me echaría a patadas de aquí.

—No tendría por qué hacerlo, de todos modos no fue culpa suya. Orlando era un hombre de faldas y tengo constancia, si se metió con dos mujeres a la vez la culpa era suya. Sé que prometió quedarse con usted.

La mujer abrió los ojos en grande.

—¿Cómo dice?

—Orlando y yo teníamos nuestras diferencias por riñas del pasado, pero últimamente no dejaba de enviarme cartas hablando del infortunio de su matrimonio con Felippa. Me dijo que tenía otra mujer aquí a quien amaba de verdad, esa era usted.

Notó la forma en que la mujer trató de gesticular palabra, pero no podía.

—Bueno...

—¿Cómo se llama?

—Reina —dijo mirando a otro lado.

—Reina, Orlando tenía un profundo respeto y amor por usted, en casi todas las cartas me hablaba de usted, aunque nunca dijo su nombre, solo la llamaba "mi florecita".

—Florecita, sí —dijo sonriendo.

—¿De dónde viene, Reina?

—San Francisco.

—San Francisco, eso quiere decir que se arriesgó al venir aquí, con las revueltas de los rebeldes pudieron detener su carruaje a la entrada. Han matado a muchas criollas que han mantenido estrechez con españoles.

—Estoy consciente, sí.

—Y aun así arriesgó la vida para venir al funeral, eso es amor.

Víctor se mordió la lengua, no entendía por qué trataba de proteger a la querida de su hermano, pero algo en ella pedía protección a gritos, además, era una dama.

>>No creo que sea propicio que vuelva a San Francisco en estos momentos, según escuché mientras venía, las revueltas están creciendo a las puertas de cada provincia, casi todas están siendo vigiladas.

—Tengo constancia, señor, me vuelvo ahora mismo, solo quería despedirme de mi Orlando y ya lo hice, no quiero causar más disgustos en su funeral —dijo con aplomo.

—Señorita...

—Gracias, señor, pero yo puedo cuidarme sola.

La mujer echó a andar hasta dar la vuelta y llegar a la entrada principal, Víctor la seguía, pero ella parecía incómoda con su presencia, algo que no podía entender, pues había sido gentil.

—Señor, ya no me siga.

—¿En qué carruaje vino?

Ella volteó y se puso pálida.

—No está.

—Me imagino que el cochero se impacientó, puede irse en el mío.

—No, ¿cómo cree?

—No será problema, aunque hubiese preferido que no se fuese hoy.

Víctor se dirigió al cochero, quien abrió la puerta enseguida, ayudó a la joven a entrar y esta no dejaba de mirarlo con extrañeza.

—Gracias.

—Es un placer —dijo tomando su mano para besarla.

El cochero cerró la puerta y se dispuso a conducir a la dirección que le dijo la joven. Víctor se quedó viendo como desaparecía al doblar por una esquina, algo en él se removió, pues sentía que quería pasar más tiempo con aquella mujer. “Es una de las viudas de tu hermano” se recordó mientras volvía a entrar.

Nada más aparecer, todos lo miraron con miradas interrogantes.

—¿Dónde está la joven? —preguntó el general Navarro.

—Ya se fue, no quería seguir importunando por la memoria de Orlando, solo quería despedirse.

—Felippa está muy mal —dijo Onirys acercándose.

—¿Dónde está? —dijo con preocupación.

La llevó hasta otro pequeño salón donde estaba sentada en el mueble, sus ojos estaban rojos de tanto llorar. Al verlo, ella le extendió su mano y él la tomó al sentarse.

—Tenía una amante —dijo con voz quebradiza—, mi marido tenía una amante, ¿por qué me hizo algo así?

—Las personas son impredecibles, Felippa. Me hubiese gustado que no tuvieras que pasar por esto. Orlando... ya me había contado de ella.

Felippa lo miró sorprendida, de pronto sus manos empezaron a temblar.

—¿Te había contado de ella? ¿Cuándo?

—Unos meses atrás.

—¿Y por qué no me lo dijiste!?

—¿Disculpa? —dijo retirando su mano— Tú te fuiste con él por tu propia voluntad, yo me aparté de la vida de los dos, se llama respeto.

—¡Pero vosotros os hablabais, y yo ni...!

—No nos hablábamos, él me escribía, pero yo no respondía porque no quería interferir en vuestras vidas, y en parte porque todavía le guardaba rencor.

—Entonces..., sí tenía una querida —se dijo pensativa.

—Claro que la tenía, la acabas de ver.

—Claro, claro, ¿adónde se fue?

—Su cochero no estaba así que le presté al mío, cuando regrese le preguntaré cual fue la dirección donde la dejó, según sé, vive en San Francisco de Macorís.

—¿Por qué quieres verla!?

—Hay cosas que no quedaron claras, hasta donde sé, Orlando le contó secretos, ella sabía muchas cosas sobre la revuelta que eran valiosas, necesito averiguar.

Felippa quedó pálida, tan quieta como si estuviera petrificada.

—Víctor, no busques más a esa mujer —dijo tomando su mano.

—¿Por qué no? —dijo con ojos afilados.

—Bueno... es criolla y podrías meterla en un lío serio con los suyos, podrían matarla por traición.

—Me impresiona tu repentina preocupación por ella.

—No soy una mala mujer, ante todo soy buena católica y no me gusta guardar rencor.

—Sí, tienes muy buen corazón, no lo dudo, pero estoy aquí para llevar a cabo una misión, y esa es restaurar el poder de la reina en todo el territorio. ¡Madre de Dios! De hecho... —dijo pensativo—, bajo ningún concepto debí dejar que se fuera nada más con mi cochero, hay una enorme bandera española encima.

Se levantó de prisa sin decir nada más.

—¿A dónde vas?

—Vuelvo enseguida.

—¡Víctor!

Reina todavía permanecía asustada, solo tenía vista al frente mientras trataba de entender lo que pasó.

—Un militar, ese hombre era un militar español, y el otro era el general Navarro, ¿en qué lío me metieron esas dos? —se decía frenéticamente una y otra vez.

Solo pedía a gritos que no la buscaran, porque mientras estaba allí su cabeza no pensaba con claridad, había dicho en qué provincia vivía, ¿qué tal si la buscaban? Pensaba quedarse en una dirección muy lejos del rancho para que el cochero no supiera la dirección. “¿Sería suficiente?”. Si la verdadera querida aparecía no le importaba, pero esperaba a que no la buscaran. “¿Para qué te van a buscar, tonta? Solo estás paranoica”, se dijo.

En ese momento oyó un disparo y quedó fría de la impresión, pensó que hubo sido su imaginación, pero no tardó en oírse otro, y otro. Reina se agachó, el vehículo aumentó de velocidad, quedó sin aliento al notar por la ventana a hombres a caballo queriendo alcanzarlos. Reina gritó de horror.

Los disparos continuaron y el carruaje empezó a sacudirse violentamente hasta volcarse. Sintió golpes por todos lados, y luego un silencio sepulcral, el coche se había volcado boca abajo. Abrió la puerta como pudo y trató de salir a toda prisa, pero cuando por fin pisó el pasto pudo comprobar con horror que el cochero estaba tendido en el suelo a pocos metros con manchas de sangre, el caballo por igual. No tardaron en aparecer tres hombres montados a caballo apuntándole con un arma. Ella levantó las manos sin poder gesticular palabra, su mente estaba en blanco. Los hombres se desmontaron y el más viejo y panzón se acercó.

—Entonce' la muchacha e' linda —dijo en marcado acento criollo—, ¡hay que echársela primero! —¡No, no! —dijo ella entrando en pánico.

Mientras los hombres se abrían las braguetas, el más viejo la abofeteó y cayó al suelo, pero entonces se oyeron tres disparos. Reina presenció con horror como los tres hombres cayeron al suelo casi al mismo tiempo. Por un momento no pudo entender lo que pasó, pero luego notó que sus cabezas estaban abiertas por detrás, gran parte de sus cráneos habían explotado para dejar sus cerebros expuestos con un agujero enorme. Puso sus palmas en la boca para no gritar histérica. Sintió el agarre de alguien y empezó a golpearlo con todas sus fuerzas.

—¡Tranquila, tranquila, soy yo!

Al mirar arriba notó una cara conocida que no podía divisar entre las lágrimas, pero luego, y con mucho alivio, se dio cuenta de que se trataba de aquel militar. No pudo evitar levantarse de un brinco para abrazarlo mientras lloraba entre gritos, más que un abrazo era aferrarse al salvavidas cuando hace poco tenía asegurada la muerte inmediata. No supo cuánto tiempo estuvo llorando,

pero fue reconfortante sentir su mano en su espalda.

—Calma, calma.

—¡Me iban a violar y luego a matarme!

—Lo sé, ya pasó, pero debemos irnos de aquí ahora, no es bueno quedarse por estos lugares.

La dirigió hasta su caballo y la subió con avidez, él subió por delante e hizo que lo abrazara.

>>Agarrese fuerte.

De inmediato partieron a gran velocidad. Mientras lo abrazaba Reina no dejaba de pensar en el terrible suceso, su mente todavía no podía procesar nada, pero poco a poco fue cayendo en cuenta de lo afortunada que había sido. La cola azabache del militar ondeaba con el viento y en su cara, podía notar que olía a eucalipto fresco. Recostó su cabeza sobre su espalda y trató de olvidar el infierno vivido, se sentía a salvo.

En pocos minutos llegaron a una casa de dos niveles, al bajar del caballo Reina se dio cuenta de lo tenso que aún estaba su cuerpo, sus piernas casi no le respondían. Se las arregló para caminar con él hasta llegar al interior. El lugar parecía acogedor y con decorados muy elegantes. Una mujer gorda no tardó en aparecer.

—Pensé que llegaría más tarde, patrón.

—Ayude a la joven a instalarse en el aposento libre, llévele agua caliente para que se relaje.

—¿¡Esta es su casa!? —dijo ella con sorpresa.

—Me asignaron este lugar al llegar, no se preocupe, solo quiero que descanse.

—Pero...

—Si le molesta las habladurías, tenga en cuenta que nadie sabrá que está aquí, solo hay que esperar el momento propicio para que vuelva a su provincia.

—No, pero señor...

—Carmen, llévela al aposento, por favor —dijo dándose la vuelta para salir.

Ya con la cabeza fría, Reina no quería quedarse allí bajo ningún concepto. ¿Qué había pasado realmente? Eso no lo sabía y no quería pensar en ello, el solo recordarlo le daba escalofríos. Siguió a la criada escaleras arriba, la hizo entrar a un cuarto bastante amplio y bien acomodado; había alfombras preciosas, candelabros dorados, jarrones, una cama amplia, las paredes pintadas de un amarillo pastel, pero en una de ellas le llamó la atención el cuadro de una mujer robusta y vestida con los más finos ropajes.

—¿Quién es esa mujer?

—Es nuestra señora, la reina Isabel segunda.

—Ah, entonces esa es la famosa reina de la que todos hablan, la que tiene a todo el país en caos —dijo mordiéndose la lengua al darse cuenta de su imprudencia.

—Pensé que ya conocía a la reina de cara —dijo mirándola con ojos filosos de pies a cabeza—, se ve tan distinguida que pensé era simpatizante de la corona.

—No quiero hablar de eso —dijo cortante.

—Sí, perdón señorita. Permítame —la hizo voltear para desabrocharle el corsé—. Ahora voy por el agua.

—Gracias —dijo sintiéndose libre otra vez.

Cuando la mujer se dio la vuelta y cerró la puerta sintió que pudo respirar, aquella no le daba buena espina como las mujeres de su pueblo. Se dirigió al balcón y desde ahí observó el pueblo, las pequeñas gotas ya caían sobre la ciudad, pero aun con ese día pudo apreciar la belleza de la ciudad; las calles estaban pavimentadas en adoquines, las casas (aunque poco cuidadas por la guerra) eran modernas y fuertes, podía ver farolas en cada esquina, algo que en su pueblo no había.

La criada volvió a entrar con el agua caliente y preparó la bañera.

—Listo, señorita. ¿Desea algo más?

—Es todo, gracias —dijo extrañada de sí misma, pues nunca nadie le había servido.

Entró al baño y quedó deslumbrada con la opulencia, había velas aromáticas que iluminaban las paredes rojas. Entró con cuidado en la bañera y no pudo evitar gemir de placer, todos los músculos del cuerpo parecieron agradecerle por los años de maltrato. Mientras lavaba su cara echó a reír, era una sensación bastante diferente, el agua despedía espuma y un aroma exquisito que la relajaba, pero de pronto sus ojos se inundaron, empezó a llorar y llorar.

—¡Qué día! —se dijo sin poder creer aún la cadena de sucesos. El casamiento de su amado, la invitación indecorosa, la amenaza de muerte de las dos señoras, el enredo político en el que ahora era partícipe, y para coronar, lo cerca que estuvo de la muerte.

Echó la cabeza atrás y cerró los ojos, iba a pensar en Sergio, pero lo primero que se le vino a la mente fue el militar español. “¿Cómo llegó en el momento justo? ¿Acaso me seguía?”, pensaba con incomodidad, pues no sabía qué más quería, pero pensando que era la supuesta querida de su hermano (caso prometida) no era algo que podía pasar desapercibido. Era un hombre extraño, de palabras refinadas y raras, y de expresión casi nula. Era alto, vigoroso, de ojos celestes, y rasgos marcados, no le extrañaba por qué la señora Felippa quería enmarañarlo para traerlo a su lado. Abrió los ojos de golpe ante la idea. “Estaría con ella ahora consolándola”, supuso sin entender su propia cuestión cuando el asunto era obvio. “Tampoco debería importarme” se dijo antes de volver a cerrar los ojos y quedarse dormida.

Mientras la llovizna caía en la ciudad, Víctor, quien había vuelto del entierro, se encontraba platicando con el general de la Gándara en el palacete.

—¿Cree que podrían ser cuatreros o rebeldes?

—No, rebeldes no creo, Alcácer, ninguno se atrevería a pisar el área, y cuatreros tampoco, puesto a que mataron al animal..., es extraño. De todas formas ya envié a mis hombres a que recojan los cuerpos, así los identificamos.

—Gracias, mi general.

—¿Pero y la moza, cómo está?

—Está en mi casa.

—No la pierda de vista, debe retenerla, si es verdad que tiene información valiosa debería dársela, no nos vendría mal una espía en estos tiempos.

—Trataré de sacarle todo lo que sabe.

—Eso espero, Alcácer, siento mucho que deba trabajar de forma inmediata tras la muerte de su hermano —dijo tras un suspiro de cansancio.

—Mi misión es ayudarlo a renovar el control del territorio, mi general, no estoy aquí por nada más.

La mujer del general lo llamó con gestos zalameros y este sonrió como niño pequeño, sin despedirse de él se fue con ella. Aquello fue algo cómico y a la vez extraño para Víctor viniendo de la máxima fuerza, pues no entendía como una mujer podía doblegar a un hombre de tan alto temple. Aunque no podía juzgarlo, pues una vez estuvo a punto de caer de la misma forma por una.

Sus ojos no pudieron creer cuando vio a Felippa acercarse justo cuando pensaba en ella, al parecer decidió ir a la casa del gobernador en vez de la suya. Cuando aparecía ya no sabía qué pensar o sentir, pues las emociones venían como ola, aún no podía olvidar el que se fuera con su propio hermano, pero también sentía su corazón a punto de estallar al recordar los buenos tiempos.

—Víctor —dijo aún con ojos llorosos—, ¿cómo te sientes?

—Debería preguntarlo yo a ti, tú eres la viuda. ¿Estás bien?

—Pues —dijo acariciando su larga melena— ya no sé, adolorida de muchas formas, todavía no supero enterarme así de la traición de Orlando.

—Ya veo —dijo sin querer agregar nada más.

—Víctor, ¿a qué saliste tan repentinamente?

—A hacer cosas confidenciales concernientes a mi trabajo, por lo tanto, no puedo contarte.

Notó su cara de disgusto a la vez que mil preguntas seguían gestándose en sus ojos, sabía que no estaba cómoda.

—Pensé que estarías en tu casa.

—No quiero estar sola, así que el general y su esposa me dejarán quedarme con ellos un tiempo hasta que vuelva a Madrid, y más con esta guerra no es bueno que esté sola.

—Ya veo, buen acto del general.

—Tu actitud es muy fría, casi no te reconozco. Sé que todavía no me perdonas, ni a mí, ni a Orlando, pero todo lo que pasó fue porque...

—No tienes por qué explicarme nada, te fuiste con él porque lo amabas, ¿verdad? ¿O fue por dinero?

—¡No, claro que no! —dijo con ojos desorbitados— Ocurrieron circunstancias que...

—No tiene caso.

—¿¡Me dejas explicarte!?

—No tiene caso, ¿qué crees que pasará luego? Lo hecho ya pasó, y el pasado no me interesa.

—Víctor... —dijo tomándolo de la mano—, yo todavía te amo, nunca dejé de amarte.

Víctor sintió fuego en todo el cuerpo, quería tomarla de su estrecha cintura y besarla, lo quería desde el primer segundo en que volvió a verla, pero en vez de eso apartó su mano con mucha fuerza de voluntad.

—¿Acabas de enterrar a tu marido y esto es lo que dices?

—Yo nunca lo quise, no como a ti. Me duelen tus palabras, ¿en serio ya no sientes nada por mí?

Pareció pensarlo por unos segundos, pero en vez de contestarle se dio la vuelta, se subió al caballo y galopó fuera del palacete.

Mientras cabalgaba a gran velocidad, su cabeza pensaba mil cosas, maldecía y volvía a maldecir. El odio que sentía por su hermano no hacía más que quemar, pero lo que más lo atormentaba era no saber si la odiaba a ella también. Debía concentrarse en su misión y aquello lo sacaba de sus casillas, pero al recordar a la querida de su hermano sintió un poco de alivio, debía hacer lo posible por sacarle toda la información posible.

Las calles estaban bañadas por aquel brillo característico que dejaba la llovizna, la tarde oscura de azul crepuscular ya estaba por dar paso a la noche, y los faroleros ya encendían las luces de los faroles para iluminar las calles desiertas. Llegó a la propiedad y se desmontó de inmediato, al amarrar el caballo sintió unos olores agradables provenientes del interior, nada más entrar apareció la criada con gesto alterado.

—¡Ay, patrón, qué bueno que llega!

—¿Pasó algo?

—Es la joven, no quiere salir de la cocina y se puso a cocinar y a limpiar desde hace horas.

—Ah, ¿y es algo malo?

—Bueno, no, pero... vaya usted a verla.

Caminó directamente hasta la cocina y tuvo que abrir los ojos en par al ver la cantidad de cosas que había sobre la mesa, habían bollerías muy apetitosas; tartas, pan, galletas... un pavo estaba en el centro acompañado de legumbres, ensalada, arroz, y otras cosas creativas que nunca había

visto. Pero no estaba sorprendido por ello, sino por la persona agitada que los hacía, ella se movía frenética mientras trabajaba otros platos como si estuviese preparando la demanda de un restaurant o de las fiestas de la misma reina.

La veía muy concentrada en su labor mientras parecía a punto de explotar, aquella actitud le hubiese sorprendido si no la hubiese visto ya con anterioridad, pues eran muchos los soldados que volvían de las guerras con estrés postraumático. Cuando se acercó, ella pudo reparar en él y pareció sorprenderse, pero luego sonrió. En cuestión de segundos su agitación había terminado, y Víctor entendió el por qué, lo veía como su salvador y su ancla, alguien cuya presencia le hacía sentirse protegida. Víctor tomó la sartén de su mano y la puso sobre la mesa.

—¿Qué hace?

—Hacía la cena —dijo mirando lo que había hecho—, aunque creo que no me medí. Sé que es demasiado, pero solo quería ayudar.

—Demasiado es poco —dijo mirando la mesa rebosante con media sonrisa—, pero no te preocupes, es normal que te sientas así.

—¿Así cómo?

—¿Quiere hablar de lo que pasó? —dijo poniendo su mano sobre su hombro.

—No hay nada de qué hablar, ya estoy bien —dijo sonriendo mientras volvía a agitarse— ¿No tiene hambre? Yo le sirvo.

—Usted habla como si fuese criada.

—No, pero así me criaron, ¿le sirvo?

—Por favor —dijo tomando asiento.

—Patrón... —dijo la criada desde la puerta.

—Déjenos solos, Carmen —dijo sin mirarla.

—Sí, patrón —dijo ella mirando con desaprobación a Reina antes de salir.

Ella le sirvió con mucha maestría, movía las manos de una forma delicada como si cada movimiento estuviera previamente ensayado. Mientras lo hacía notó lo peculiarmente hermosa que se veía con el pelo suelto, los rizos brillantes caían sobre su costado, dándole un aspecto salvaje y a la vez inocente. Cuando sus miradas se cruzaron, ella rompió el contacto visual de inmediato, lo cual era una pena porque sus ojos eran particularmente preciosos, en parte por su color y en parte por la dulzura que reflejaban.

Mientras probaba del plato no podía evitar abrir los ojos en par, sabían mejor que las exquisiteces que se servían en el palacio de la reina, y eso ya era mucho decir. Sin verlo venir ya se había terminado el plato, no había probado bocado desde que había arribado desde hacía horas.

—¿Quiere decir que le gusta?

—Está infinitamente exquisito todo, la felicito —dijo sirviéndose más.

—Gracias. Estaba pensando que ya no me acuerdo de su nombre —dijo comiendo pan.

—¿Cómo? Pensé que mi hermano le hablaba de mí.

—Sí, bueno... no mencionaba su nombre —dijo evitando su mirada.

Víctor dejó de comer y se dedicó a estudiarla, pues aquella mujer parecía ser muy manipuladora, ¿qué le garantizaba que ella no hubiese orquestado la muerte de Orlando con los rebeldes? Sabía por experiencia que cuando la gente no quería mirar a los demás a la cara era porque usualmente escondían algo.

—¿Reina, usted guarda secretos?

—¡No, ¿por qué!? —dijo un poco alterada.

Víctor se arrepintió por ser tan directo demasiado rápido, pues aquella mujer aún no se había recuperado de su reciente experiencia cercana a la muerte, decidió cambiar de estrategia.

—Perdón, lo digo porque todos tenemos secretos. Mi nombre es Víctor Fernández de Alcácer, para servirle,

—Víctor. Lo voy a recordar como el hombre que salvó mi vida —dijo con sonrisa franca—, muchas gracias.

—No tiene por qué.

—¿Pero qué hacía por esos lugares?

—En el coche habían banderas españolas, no hubiese sido propicio que los rebeldes la encontrasen con ellas.

—Gracias a Dios y a usted, si no lo hubiese pensado ahora mismo ya estuviera muerta —dijo con expresión perturbada.

—¿Usted amaba mucho a Orlando? —dijo muy serio.

Ella bajó la mirada con aquella particular sombra de preocupación en sus ojos, pero luego cerró los ojos y sonrió.

—Era... un hombre increíble, solo que él no lo sabía, siempre fue muy caballeroso conmigo. Siempre buscaba la forma de hacerme incomodar para solo apagar mi enojo con un beso en la mejilla y un abrazo —suspiró—, y parecía que me iba a derretir solo con eso. Estuve loca por él, siempre pensé que nos casaríamos, y ahora...

Víctor la miraba derramar lágrimas y sintió un apretón en el pecho, sentía la urgencia de revivir a Orlando y volverlo a matar con sus propias manos. “¿Qué le veían todas las mujeres?”, pensó con hartazgo.

>>Todos los días moría de ganas de solo verlo, y cuando no lo veía simplemente soñaba con volverlo a ver. Me llamaba su reinita...

—Creí que la llamaba Rosita.

Cuando Reina volvió a abrir los ojos se sobresaltó al verlo.

—Sí, pero eso vino después. ¿Dije algo malo?

—No, ¿por qué lo dice? —dijo cortante.

—Es que me está mirando muy feo.

Víctor respiró profundo y se maldijo por siempre ser tan obvio con sus emociones.

—Perdón, no estoy enojado con usted, es solo que me gustaría cobrar la muerte de mi hermano —mintió.

—En fin, mañana buscaré la forma de volver a mi provincia.

—Claro, está en su derecho, yo arreglaré su viaje.

—Gracias —dijo levantándose mientras tomaba su plato, pero la mano de Víctor se posó en su muñeca con tacto suave.

—¿Qué hace? —dijo levantándose para mirarla de frente, sintió como volvía a tensarse.

—Debo limpiar —dijo mirando a otra parte.

—Déjelo, ese es trabajo de Carmen.

—Pero yo...

—Usted es mi huésped, Reina, eso no se discute.

Ella lo volvió a mirar extrañada y volvió a bajar la mirada a su mano, la cual aún tenía su agarre. En el momento en que Víctor rompió el contacto, ella se giró y se fue sin decir más. Pero él no pudo evitar sonreír, aquella mujer no le era indiferente a pesar de que estaba de luto por su hermano, aunque por sus palabras sabía que su amor por él fue verdadero, pero debía revertir aquello a su favor, pues una mujer apasionada era capaz de cualquier cosa. Debía lograr que le contara secretos, y para ello no debía dejarla.

CAPÍTULO 3

Onirys entró al jardín con una sonrisa de oreja a oreja, era un día brillante en que los pájaros cantaban y las mariposas volaban por todas partes; abrió los brazos y respiró profundo antes de caminar a la mesa donde se encontraba Felippa con mirada perdida.

—¿Por qué esa cara? ¿Quién se murió? Parece que no es día de celebración en todo Santo Domingo —dijo tomando asiento.

—Perdón, feliz cumpleaños —dijo con un intento de sonrisa.

—Vaya entusiasmo —dijo con cara de hartazgo mientras se servía café—. ¿Víctor otra vez?

—Está extraño —dijo pensativa y mirando a ningún lado—, no parece el mismo, apenas me habló ayer.

—Por tus ojos veo que lloraste toda la noche —dijo sirviéndose café—, ¿qué querías? Los hombres son orgullosos como el infierno, si lo dejaste por su hermano no creas que vendrá con brazos abiertos contigo.

—Pero pensé que entendería.

—¿Qué vas a hacer? Según me dijo mi esposo, Víctor ocupó el cargo que tenía Orlando.

—¿¡Qué!?

—Ajá, la reina se lo concedió, así que si tenías planes de irte ten presente que él se quedará.

—¿¡Por qué!? ¿Será que nunca voy a salir de esta maldita isla?

—¿Eso quiere decir que te quedarás?

—No me queda de otra, donde esté Víctor, ahí estaré, no puedo dejar que se me escape.

—Ahora debes pensar en cosas más importantes que eso. Ayer los escuché platicar, Víctor te confesó que Orlando efectivamente tenía una querida.

—Sí, en efecto, ese alacrán ni siquiera me respetaba.

—¿Y cómo no, si ya no querías compartir el lecho? Pero bueno —bajó la voz— el hecho es que tuve que mandar a matar a la plañidera.

—¿Y eso por qué? —dijo tomando de la taza con tranquilidad.

—A veces pareciera que tienes medio cerebro.

—¿Por qué?

—Se supone que la querida sabe secretos de los rebeldes y estaba dispuesta a cooperar con Orlando en varias operaciones, Orlando murió, pero Víctor tomó su lugar, ¿qué crees que querrá hacer con la plañidera esa? La tendrá ubicada para que le ayude de igual manera.

—Pero si lo hace... puede descubrir que la plañidera es una farsante —dijo cayendo en cuenta con horror—. ¡Mi Dios! ¿¡Y qué pasó!?

—Mi marido se involucró y mandó a investigar la escena, al parecer Víctor se fue tras ella y mató a mis hombres.

—¿Y ella? —dijo expectante.

—Está viva.

—¿¡Y dónde está!?

—Esa es la cuestión, José me contó que tu amado Víctor tuvo la indecencia de llevársela a su residencia.

Felippa dejó caer la taza y se levantó lentamente.

—¿Que hizo qué?

Reina dejaba que el sol le llegara a la cara mientras veía la mañana azul y brillante, los pájaros cantaban y la gente estaba por todas partes en la ciudad. Mientras dormía creyó que todos los sucesos del día anterior fueron solo un sueño, cuando abrió los ojos pensó que estaría en su diminuto cuarto, en vez de eso estaba en un aposento en que jamás pensó estar ni siquiera en sus más alocados sueños con Sergio.

—¿Señorita?

—Pase, Carmen.

La criada entró y la miró de pies a cabeza tratando de ocultar su cara de pocos amigos.

—Le traje este vestido por parte del patrón.

Tomó el vestido y notó que era un vestido negro y simple, sonrió de gusto al saber que no repetiría aquel vestido ya sucio y sudado.

>>No necesitaré de mi ayuda, no llevaba corsé.

—Dígale que gracias.

—Bueno, eso dígaselo usted, me mandó a buscarla para que baje a desayunar.

—Me doy un baño y bajo enseguida.

—Voy y le caliento el agua...

—No, gracias, no es la primera vez que me baño con agua fría.

—¿Agua fría una señorita?

La criada la miró con ojos filosos y salió en seguida. Reina sabía que aquella mujer había servido a gente importante y sabía diferenciar a una dama de una campesina aunque se vistiera de seda. Pero eso a ella no le importó, saldría de aquella ciudad ese mismo día.

Cuando bajó los escalones la abordó un fuerte olor a café recién hecho. Se tomó su tiempo para apreciar mejor el lugar, pues a mejor luz parecía más deteriorado que ayer, era una mezcla extraña entre elegancia y rusticidad. Cuando llegó al comedor se topó con Víctor, quien ya estaba vestido de militar mientras leía unos papeles. No pudo evitar detenerse para apreciarlo mejor, Su melena estaba perfectamente recogida con un lazo, la chaqueta negra estaba adornada con toda clase de medallas que pudieron haberle costado sangre. Particularmente solía posar su puño sobre su mandíbula cuadrada cuando algo parecía llamarle la atención. De repente alzó la mirada y ella se sobresaltó como si la hubiese pillado haciendo algo indebido.

—Oh, buenos días —dijo con una sonrisa política mientras dejaba los papeles.

—No quería interrumpirlo —dijo acercándose con timidez.

—Tranquila, yo la llamé —dijo levantándose para sacarle la silla.

—Gracias, muy amable.

—Se ve muy bonita hoy.
—Ah, favor que me hace, señor.
—¿Cómo se siente?
—Mejor, ya estoy lista para volver a mi provincia.

Notó su silencio repentino mientras le servía café, su pastel de manzana estaba sobre la mesa acompañada de otras cosas que preparó la criada. Le sorprendió notar que solo comía el pastel y lo otro estaba intacto.

—Sí, sobre eso, me temo que no será posible que abandone la ciudad.
—¿¡Por qué!? —dijo sin aliento.
—Me han llegado notificaciones, las conexiones a otras ciudades están muy vigiladas por los rebeldes, el nuevo presidente, un tal Pepillo está como loco y tiene cercado a Santo Domingo. No es que no podamos repelerlos, pero para una señorita no será bueno exponerse.
—Señor, yo soy dominicana, no puedo quedarme aquí, nada resultó como lo planee. Quiero volver a mi casa y olvidarme de todo lo que pasó.
—La entiendo, Reina, pero primero está su seguridad.
—¿Y por qué debe importarle mi seguridad?
—Mi hermano la quiso mucho, por lo tanto, es mi deber protegerla para honrar sus deseos.
—Pues yo no lo necesito, señor...
—No es por nada, pero ayer me necesitó bastante, señorita.
—Sí, sí, perdón, no quería decir eso, pero es que... —se estaba haciendo un nudo en la garganta
—yo no pertenezco aquí, mi gente está del otro lado.
—La entiendo perfectamente, pero debe entender cuáles son las circunstancias. No quiere que se repita lo de ayer, ¿verdad?
—No —dijo con mirada perdida.
—Pues debe hacerme caso, déjeme protegerla, le prometo que a la mayor brevedad la entrego sana y salva en su provincia. ¿Trato?
—Ya no tengo nada, solo lo que traigo encima, ¿qué voy a hacer? —dijo aún con mirada perdida mientras pasaban muchas cosas en su mente.
—De eso no se preocupe.

Se oyeron caballos aparcando frente a la propiedad, Víctor la hizo levantar para ir a la sala, Reina estaba demasiado perturbada como para hacerse preguntas, actuaba como hipnotizada, pues parecía no estar allí. ¿En serio quería estar lejos de Sergio porque se había casado? ¿Cómo podría hacer para no verlo todos los días si era como una droga? ¿Qué estaría pensando él ahora al enterarse de que se había marchado? Sergio era un hombre muy patriota y con un profundo odio a los españoles y a la reina, ¿qué pasaría si se llegase a enterar de que estaba en casa de uno de ellos?

Sus divagaciones fueron rotas cuando llegaron a la sala y vio a un hombre llegar con varios ayudantes con varios cofres.

—¿Monsieur Alcácer? —dijo con fuerte acento francés.
—Ese soy yo.

—Me llegó una nota hace una hora diciendo que solicitaba mis servicios urgentemente.
—Son para ella.

El hombre se acercó a Reina y con mucha educación tomó sus medidas sin decir más.

—Su esposa tiene medidas perfectas, como obras del renacimiento.
—No soy su esposa.
—Ah —dijo tras un silencio incómodo—, es muy bonita, precisamente cuatro de los cofres que traje tienen sus medidas y diseños con colores que favorecen a su piel —miró a Víctor—, y usted señor quedará encantado.
—Quiero que ella sea quien quede encantada.

Mientras Carmen guiaba a los hombres a cargar el los cofres al cuarto, Reina lo miró con ojos desorbitados y sin entender nada como quien busca una respuesta, pero Víctor la ignoró.

—Gracias, monsieur Debois, es una pena que tenga que partir hoy mismo, pero a la vez tuve suerte.
—Las cosas no están muy agradables por aquí, muchos de mis clientes se fueron y la guerra no hace más que empeorar.
—Esta situación acabará pronto.
—Dios lo escuche, me gusta este país y es una pena dejarlo, espero que puedan arreglarlo pronto. Enfin, ¡au revoir!

Reina esperó a qué se fueran para volver a mirarlo buscando respuestas.

—¿Tres cofres de ropa? Son las ocho de la mañana, ¿cómo decidió todo eso tan rápido?
—Soy un hombre de acciones rápidas, señorita. Ahora, si me disculpa.
—Pero señor, esto es...
—Debo ir a mi primer día de trabajo, señorita, se queda en su casa.
—Señor Alcácer, esto es... —dijo siguiéndolo a la salida.
—Hablamos luego, Reina —se detuvo para mirarla a los ojos—, en mi ausencia es usted la señora de la casa, haga lo que desee.

Luego de dejarla sin comentarios lo vio subir a su caballo para luego irse a todo galope.

—Dios mío —dijo aún más confundida.

Se dio la vuelta y volvió a entrar, subió de dos en dos los escalones y fue directo a su cuarto para encontrar a Carmen observando con fascinación lo que había en un cofre.

—¿Qué hace?

La mujer se sobresaltó y cerró el cofre de golpe a la vez que se levantaba.

—Perdón, señorita, ¿no quiere que le ayude a acomodar todo en el armario?

—No gracias, yo lo hago —dijo con desconfianza.

—Como guste —dijo borrando su sonrisa para salir con una falsa dignidad.

La cara de aquella mujer parecía un amasijo de egoísmo y perspicacia, con disfraz de encanto, era grande y corpulenta, de nariz redonda y orificios anchos como cerdo, su enorme trasero y masivas tetas bamboleaban cada vez que daba sus ásperos pasos. Se fijó en sus tetas antes de salir, porque entre ellas podía notar un abanico escondido.

Reina le restó importancia a aquella mujer, si podía soportar a las mujeres de su pueblo, una criada así era el cielo. Cuando abrió el primer cofre no pudo evitar un suspiro. Habían abanicos, muchos, de todos los colores y diseños, tocó el primero, uno plateado con incrustaciones de perlas y no pudo evitar llorar. ¿Cuántas veces no había soñado con tener su propia colección de abanicos? Las lágrimas seguían llegando a borbotones ya sin saber por qué si estaba feliz, pero luego recordó que todo aquello lo había vislumbrado con Sergio, tuvo que razonar que prácticamente todo su futuro rondaba con Sergio.

“Me dijo que tenía otra mujer aquí a quien amaba de verdad, esa era usted”. Aquel recuerdo la trajo de vuelta. ¿Quién era esa tal Rosita? ¿Habría aparecido en el funeral y presenciado el espectáculo o podría aparecerse de improviso? Lo dudaba, pues Orlando ya estaba muerto y una querida siempre es temerosa de las represalias sociales, pero eso no era garantía de nada. Reina sabía que debía salir de allí de inmediato antes que las cosas se salieran de control con ella en el medio.

Víctor entró a la oficina general y se encontró con unas instalaciones en descuido, los oficiales iban y venían, muchos de ellos llevaban impregnado el miedo en los ojos, y una pesadez llenaba el lugar. Un hombre joven parado en una puerta lo miraba, inmediatamente hizo su pose militar.

—General de división Torres, para servirle mi teniente general.

—Descanse. ¿Dónde está el general de la Gándara?

—Salió a investigar unos asuntos concernientes a unas revueltas en el este.

—Para variar —dijo con desaprobación al entrar a la oficina—. Torres, si vamos a trabajar juntos quiero que me diga todo de lleno, ¿qué ha sucedido estos días?

—Tenemos alrededor de 40 bajas al día, los rebeldes cada vez más toman más territorios y nosotros pronto estaremos cercados si seguimos con la racha.

Víctor tomó asiento y sacó un mapa que puso sobre la mesa, se las dio a Torres y el hombre empezó a marcar las áreas que les habían ganado, cuando Víctor lo vio no pudo creerlo.

—No es para nada halagüeño, ¿8 mil muertos a la fecha? Es obvio que necesitamos más refuerzos y mejores armamentos para abrírnos paso, ganar la guerra a como vamos sería un milagro.

—¿Puede hacer que envíen más hombres y armas? —dijo el hombre muy expectante, como un niño que espera un regalo.

—La situación en España no pinta de colores tampoco, podría haber una guerra civil también, la reina no quiere arriesgarse tanto. Prácticamente, yo soy la última ayuda que ha enviado por ahora.

Pudo ver el semblante del hombre tensarse y bajar la cabeza como a quien le hayan dado una sentencia, pero luego volvió a levantar la cabeza con vigor.

—Vamos a luchar con lo que tengamos.

—Precisamos de estrategias nuevas, precisamos de aliados. Me han dicho que el tal Pepillo Salcedo coquetea con la anexión.

—Así es, pero nadie lo ha contactado. ¿Le enviamos una carta?

—Por favor, es el presidente interino de la república, los rebeldes podrían leerlo primero, por aquí se acostumbra eso.

—¿Qué propone entonces?

—Debemos enviar a alguien, pero no uno de nosotros, obviamente, debe ser un dominicano del que nadie sospeche para que pueda comunicarle el mensaje.

—Me está gustando la idea —dijo el hombre acomodándose mientras seguía escuchándolo con atención.

Un alma entró a la iglesia y caminaba por los pasillos con cabeza gacha mientras sollozaba, era una mujer rubia, alta y guapa, de caderas estrechas, su intenso maquillaje la hacía parecer una mujer no muy digna entre las damas, pero sí muy bien recibida entre los caballeros. Se sentó en el confesionario y esperó.

—Ave María, purísima.

—Sin pecado concebida, purísima, hija.

—En el nombre del padre, del hijo y del espíritu santo.

—El Señor esté en tu corazón para que te puedas arrepentir y confesar humildemente tus pecados. Hija, ¿desde cuándo no te confiesas?

—Mucho tiempo ya.

—¿Cuáles son tus pecados?

La joven respiró hondo y trató de no mirarlo mientras derramaba sus lágrimas.

—Es complicado, padre, prácticamente nací maldita, siento que soy... una abominación de Satanás.

—Todos somos hijos de Dios, y todos somos pecadores ante sus ojos, pero no pertenecemos al enemigo.

—Pues yo sí, padre, sé que he sido buena católica toda mi vida, pero no es suficiente, he nacido maldita y es lo que más me duele, el no poder cambiar el hecho.

—¿De qué pecado hablas?

—Odio a mi señor padre y a veces lo quiero matar.

—Hija...

—Lo sé, es terrible, pero él me hizo lo que soy ahora, tomó decisiones por mí que no le competían y me ha obligado a llevar una vida que no escogí, por consecuencia he hecho muchas cosas impuras. Tuve que escapar de su yugo.

Más tarde la mujer salía de la iglesia un poco repuesta, pero aún decaída, miró al día brillante y sonrió mientras se enjugaba las lágrimas. Al abrir su sombrilla un viento se la llevó escaleras abajo, al ir detrás de ella, un hombre la tomó y se la extendió.

—Casi se me va, muchas gracias —dijo tomándola.

—Es un placer —dijo el hombre mirándola fijamente.

Era un militar, la mujer estaba tan absorta con el hombre que no notó que iba acompañado de un segundo, el cual parecía sonreír con la situación. Ambos extremadamente atractivos y varoniles, no pudo evitar sonrojarse y ponerse nerviosa.

—Con permiso —dijo tratando de alejarse con prisa.

—¿Va a algún lugar?

—¿Por qué debería decirles? —dijo de pronto a la defensiva.
—Podría ayudarla, no parece de por aquí, ¿por qué estaría una doncella caminando sola?
—No recibo ayuda de extraños y no necesito de nadie para caminar —dijo girando para irse.
—Perdón —dijo alcanzándola para ofrecerle la mano—, Omar Torres para servirle.

La joven miró la mano y luego las medallas en sus pechos, volteó y siguió su camino de prisa como alma que lleva el diablo.

De vuelta al destacamento, Víctor fue directo a la oficina del general.

—¿Me quería ver, mi general? —dijo luego de su pose militar.

—Tome asiento, Alcácer —dijo dejando de lado unos papeles para ser todo atención.

—Me dijeron que estaba en el este esta mañana.

—Sí, tuve que volver, las cosas están peores, más de lo que pensé. Los rebeldes nos están quitando la zona.

—Lo comentaba con el general Torres esta mañana, son demasiados y nosotros muy pocos, no podemos combatir con la fuerza como hasta ahora, debemos armar una mejor estrategia, cada día se pierde más hombres.

—¿Qué sugiere? Porque yo ya no tengo ideas. La reina está renuente a facilitarme más hombres.

—Recomiendo formar alianza con el presidente José Antonio Salcedo.

—¿El tal Pepillo?

—Sí, he sabido que simpatiza con nosotros a pesar de todo, en secreto, claro. Debemos buscar la forma de comunicarnos con él personalmente, es adicto al poder y sé que le encantaría la idea.

—¿Entonces sugiere que lo hagamos un senador del reino como Pedro Santana? Vamos, Alcácer, esta gente tampoco es tonta.

—Será de forma sutil, nos dará tiempo a reponernos de la baja, Pepillo es español también y por su sangre corre el amor a la corona.

—Ese hombre nos pertenecía y prefirió aliarse con ellos —dijo pensativo mientras daba una bocanada a su puro—, mató a uno de los nuestros y no quiso tener tratos con la corona en su momento. ¿Por qué confiar en él?

—Vamos, general —dijo reclinándose—, ese hombre está arrepentido con creces y desea volver a tener tratos con la corona, no perdemos nada con intentarlo.

—¿Cómo sabe que está arrepentido?

—El alma no se cambia ni se vende, es solo hablar con él para ver cómo están las aguas, estoy seguro de que querrá ese título.

El general lo pensó varios segundos mientras golpeaba las yemas de sus dedos sobre la mesa con impaciencia. De pronto su semblante cambió y sonrió.

—¿Cómo está la querida de Orlando?

—La dejé un poco repuesta esta mañana —dijo extrañado por el repentino cambio de tema.

—Es una lástima lo que le pasó, sabe que tengo queridas en muchas partes.

—Me consta, señor, pero esta es algo distinta, se nota bastante ingenua.

—Ah, si es su querida, ni es casta, ni es tan ingenua, menos después de como me la describió Orlando en nuestras pláticas, es una mujer de guerra y temple, capaz de infiltrarse y conseguir secretos.

—¿A qué se refiere?

—Es una mujer muy guapa, demasiado diría yo, es más fácil una mujer infiltrada que un hombre en estos casos —dijo tomando su taza de café.

—Sea directo, general —dijo muy serio.
—Quiero enviarla con Pepillo.
—General... —dijo levantándose en el acto.
—Es una de ellos, nos facilitará la tarea.
—Pero, general, no...
—¿Por qué tantos peros, teniente? Esa mujer ya estaba dispuesta a todo antes que mataran a su amante.
—Tal vez lo hacía por amor, pero ahora que el teniente Orlando falleció puede que ya no esté tan dispuesta.
—Pues hágaselo saber y que ella tome la decisión —lo miró con seriedad—, y más vale para usted que acepte, después de todo es su deber ayudar con la misión, para eso lo envió la reina. Es todo, teniente.
—Mi general —dijo en pose militar antes de salir.
—Alcácer —dijo antes de que abriera la puerta.
—¿Sí, mi general?
—Tráigala esta misma noche a mi casa, mi esposa estará organizando su fiesta, yo mismo quiero platicar con ella. No faltéis.

Víctor salió del despacho hirviendo en furia con aquel hombre. Se quedó paralizado frente a la puerta con puños apretados, dudando de si volver a entrar y partirle la cara.

—¿Alcácer?
—¿Qué? —dijo mirando a Omar.
—Lo veo perturbado.
—Vamos a comer algo —dijo caminando de prisa a la salida.
—¿A su casa?
—No, no quiero ir ahora.

Más tarde llegaron a un restaurante lleno de múltiples ventanas, de modo que la brisa acondicionaba el lugar y el sol iluminaba en los lugares correctos con frescura. La gente bien vestida, la comida y el decorado barroco denotaba lo prodigioso del lugar.

Víctor no hacía más que tomar tragos y tragos, Omar tuvo que quitarle el vaso.

—Aún está en servicio, ¿qué está pasando?
—El general quiere involucrar a una mujer en lío de hombres.
—¿¡A una mujer!? —dijo con la boca abierta.
—Nunca pensé que fuera tan deshonesto, esas cosas no se hacen.
—No es de caballeros, pero ¿qué mujer es?
—La querida de mi hermano.
—Ah, y ¿dónde está?
—En mi casa.

Omar frunció el ceño tratando de entender.

—En su casa, ¿qué hace en su casa?
—Es una larga historia, el hecho es que está en mi casa porque alguien la quería matar.
—¿Secretos? ¿Sabe secretos? —dijo acercándose.
—Es muy probable, pero no quiero involucrar a una mujer en esto, no es de caballeros.
—Dios mío, la querida de tu hermano fallecido en tu casa —dijo pensativo—, ¿es bonita?
—Mucho, es una negra mestiza de ojos pardos, cara y cuerpo agraciado... pero no es el punto...
—La forma en la que la describes... —dijo con sonrisa pícaro y ojos perspicaces.
—Calla, nada de eso. El hecho es que no sé qué...
—¿Qué? —dijo Omar notando que quedó frizado.
—¿No es esa la mujer de esta mañana que le llamó la atención?

Omar giró y vio a la mujer sentada sola mientras tomaba de una copa. Su melena dorada y rizada parecían hebras de oro desparramadas a un costado y dejando el otro lado del cuello al descubierto.

—Alcácer —dijo Omar sin quitar sus ojos de ella.
—¿Ajá?
—Creo que me enamoré.
—Eso creí —dijo tratando de no reír—, mándale una botella.

Omar hizo lo propio y envió al camarero a enviarle la botella más cara. Cuando le llegó, ella muy sorprendida preguntó quién había sido, y cuando el camarero le indicó sus miradas se cruzaron y el tiempo pareció detenerse entre los dos. Un rayo de sol tenue que bañaba a la joven se posaba en ella halo divino, haciendo que su melena dorada brillara con más intensidad, sus ojos grandes y verdes estaban muy abiertos, poco menos que sus carnosos labios rosa entreabiertos.

Víctor los miraba y se preguntaba cuándo romperían contacto visual, pero lo que sí parecía era que la joven estaba algo asustada y a la vez maravillada, parecía entre querer levantarse e irse y a la vez quedarse y conocerlo. Finalmente, vio a Omar levantarse y caminar en su dirección con mirada zalamera. Él se volvió a presentar extendiendo su mano y ella, aunque un poco reticente, aceptó a que se la besara. Lo único que llegó a escuchar de los labios de ella es que su nombre era Raisa. Víctor sonrió y decidió pagar la cuenta para irse.

Reina cerró el libro que estaba leyendo al oír los pasos del caballo entrar a la propiedad, pensó que llegaría al ponerse el sol, pero aún eran las 5 de la tarde. Se descubrió a sí misma respirando profundo como si su llegada la aliviase de algo. “Me salvó la vida, pero no es un dios” se repitió a sí misma, necesitaba dejar de verlo como su protector, pero era casi imposible, no podía evitar sentir peligro en todas partes desde aquel incidente.

Cuando la puerta se abrió se detuvo de golpe al verla parada en medio del salón como si no la esperase allí.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes —dijo jugando con sus dedos.

Él se acercó y la miró de pies a cabeza.

—Veo que no ha probado su ropa, ¿no ha salido hoy?

—¿A dónde voy a salir? No conozco a nadie aquí y no me siento segura con tantos militares en la calle.

—Pero si hay militares, al contrario, debería sentirse protegida, ¿no cree?

—He escuchado cosas mientras vivía en casa de mi padre, de militares que han abusado de su poder contra nosotros. Soy criolla, señor, ¿se olvida?

—Reina —dijo sonriendo—, los españoles estamos aquí para servir y proteger, no somos cavernícolas, servimos a la reina, y la reina a su vez quiere hacer cosas grandes en este país, traer modernidad y avance para todos.

—¿A cambio de qué? ¿De nuestra libertad?

—Reina, vosotros ya sois libres, podéis hacer lo que queráis, podéis...

—¿Entonces, por qué no nos dejan en paz para gobernarnos nosotros mismos? ¿Por qué nos han invadido?

Víctor suspiró a la vez que estrujaba su cara, Reina veía como trataba de buscar palabras, palabras que sabía no la convencería.

—Mire... sé que es difícil para usted ver lo positivo desde su perspectiva, el miedo habla por ustedes...

—Mucha gente se ha ido al campo por temor a la esclavitud, han dejado sus casas y se internaron en los montes por ya no sentirse seguros, los rancheros han tenido pérdidas por toda esta crisis...

—Ha sido porque así lo han querido ellos, os habéis dejado llevar de divulgaciones mal sanas, os hemos dicho mil veces que el plan de la reina no es traer opresión y esclavitud.

—Ah, claro que sí —dijo bastante incómoda mientras le daba la espalda, a ese punto ya no quería ver su cara.

—La reina ha traído modernidad a España como no se imagina usted, hace poco logró traer el ferrocarril a muchísimas zonas, la productividad se ha disparado. Eso mismo quiere traer aquí.

Imagine a los campesinos no teniendo que exportar víveres o caña de azúcar con bueyes y mulas, imagine la rapidez y la cantidad de productos que se podría trasladar, o las personas que deban trasladarse... Son muchos beneficios.

—No es lo que dicen las autoridades, la reina quiere someter al país y robar los recursos como pasó con Colón.

—La situación no es la misma de la era de Colón, este es otro reinado. Y no crea, las autoridades dominicanas no actúan así por un deber de patriotismo.

—¿Ah, no? —dijo volteando molesta con cara de incredulidad fingida.

—No, actúan por intereses muy personales, los más pudientes temen perder sus tierras y riquezas ante la corona y actúan bajo el temor. Yo conozco a la reina Isabel, no solo como súbdito, sino como amiga, y créame que ella no permitiría que se violenten vuestros derechos.

Reina lo miraba por primera vez con algo de credulidad, por primera vez se permitió dudar de la movida, pero aún tenía muchas dudas.

—Sigo pensando que lo mejor para un país es su independencia, su... —dijo cruzándose de brazos.

De pronto notó que la miraba muy fijamente, tanto que empezaba a ponerla nerviosa, aquella mirada solía ser muy glacial, pero en aquellos momentos parecía muy suave, sentía que hurgaba en lo más profundo de su alma y calentaba su pecho para dejarla sin aliento sin siquiera haberla tocado.

>>¿Por qué me mira así?

—Es usted muy bonita, perdón si a veces me pierdo en su belleza.

Aquello la tomó completamente por sorpresa, al intentar alejarse hacia atrás sus rodillas le fallaron tras unos pocos pasos, casi cae si no fuese por su rápido intervenir, sintió sus grandes manos alrededor de su diminuta cintura.

—¿Está bien?

—Sí, un pequeño mareo —dijo sin aliento.

Sus caras estaban muy cerca y él parecía acercarse cada vez más, tanto que podía oler su colonia. Pero luego, un atisbo de claridad llegó a su mente, pues se suponía era prometida de su propio hermano, así que se obligó a alejarlo con su mano. Aquel acto fue más difícil de lo que pensó, pues se encontró anhelándolo sin saberlo, fue como perder una parte de sí.

—Por favor, respete mi duelo.

—Claro, claro, perdón —dijo alejándose sin quitarle la vista de encima—, usted amaba mucho a Orlando.

—Sí, mucho —dijo queriendo enterrarse viva por tener que seguir con aquella burda mentira.

—Pues me resulta curioso, Orlando solía enviarme cartas hablándome de usted y de lo mucho que lo ayudaba con la causa. ¿Por qué estaba dispuesta a ayudar a España antes?

Reina quedó sin palabras ante aquello, no sabía qué decir.

—Pues... yo... he estado recapacitando al respecto.

—¿Luego de que muriera Orlando? ¿Qué me asegura que usted no tuvo nada que ver con la emboscada que le hicieron?

Reina sintió pánico, ¿una sospechosa de traición en territorio enemigo? Su primer impulso fue abofetearlo y dejar caer unas lágrimas con una mirada llena de indignación.

—¿Cómo se atreve?

—Sí, me disculpe —dijo sin inmutarse con la misma expresión—, pero no entiendo por qué el cambio drástico a darnos la espalda si estaba tan dispuesta. Dijo que usted sabe secretos.

—¿Secretos? —dijo tratando de ocultar su alarma.

—Secretos que nos podrían ser útiles.

—No puedo confiárselos ahora, solo confiaba en Orlando, ¿quién me garantiza seguridad?

—Yo, lo he hecho una vez y así seguiré, le doy mi palabra.

—Orlando dijo lo mismo y ya está muerto.

—Yo no soy Orlando, no me compare, además, ¿quiénes lo mataron? Los rebeldes, si usted quiere, podríamos darle residencia permanente en Madrid con todas las comodidades a cambio de sus favores.

—¿Quién le dijo que quiero abandonar mi país? —dijo recordando las veces que se vislumbraba viajando a España.

Él se alejó de espaldas con expresión de tregua.

—No quiero disgustarla, solo piénselo. Por lo pronto la invito a salir esta noche, me imagino que ha estado aburrida todo el día.

—¿Esta noche? ¿Dónde?

—Una fiesta de cumpleaños de alguien importante.

—¿Pero quién...?

—Tenemos dos horas para salir —dijo subiendo los escalones de dos en dos.

Reina quedó allí sin saber qué hacer, definitivamente no quería salir, no estaba de humores después de todo lo ocurrido, prefería estar bajo perfil hasta llegado el momento de partir. “Pero por lo pronto estás aquí recibiendo comida, obsequios y cobijo” se dijo a sí misma, pues no quería ser descortés con rechazar una invitación.

—¿Carmen?

La mujer apareció de inmediato, pero no le sorprendió, sabía que ella estaba cerca tratando de escuchar la conversación.

—¿Diga? —dijo con cara agria.

—Ayúdeme a vestirme, por favor.

Minutos más tarde se encontraba frente al espejo mientras la criada trataba de asfixiarla amarrando fuerte el corsé.

—Menos apretado, Carmen, por favor —dijo tratando de ser modesta.

—¿¡Qué es lo que quiere, señorita!? —dijo soltando el corsé con fastidio.

—Casi no puedo respirar.

—¡Para eso son los corsés! ¿¡No lo sabía!? Una muchacha fina estaría acostumbrada.

—¿Qué insinúa que soy, Carmen?

—Una muchacha rica no es, más bien tiene formas de criada como yo, y las manos de usted me lo dice.

Reina quedó sin habla, no porque la llamase criada, sino por su obvia envidia hacia ella, con esa confesión lo confirmaba.

—¿Le molesta servirme? Si es así puede irse.

—Ah, ¿para qué? ¿Para que le vaya con el chisme a don Víctor?

—Entonces haga su trabajo, Carmen. Cuando yo servía lo hacía sin quejarme.

—Ah, entonces sí era criada —dijo sorprendida con ojos muy abiertos—, ¿cómo se echó encima a los hermanos?

Reina tuvo la urgencia de sacar a esa mujer a patadas, pero respiró profundo y le dio la espalda, lo cierto es que estaba en apuros y no podía vestirse sola, tampoco sabía.

—Aflójelo un poco y puede irse.

—Como ordene, “señorita”.

Era un vestido strapless ajustado de corte sirena con varios ribetes formando una larga cola, bordados de plata, y lentejuelas en la parte superior.

—Está muy pesado —se quejaba mientras se ponía los guantes.

—Así son todos los vestidos caros, debería estar acostumbrándose.

Carmen tomó su largo cabello y rápidamente le hizo un moño alto que sostuvo con un broche de plata; y cuando terminó de maquillarla, Reina no podía creer la destreza de aquella mujer que parecía tener prontitud y efectividad en lo que hacía.

—Ya está pronta —dijo saliendo sin más.

—Gracias, Carmen —dijo apresuradamente, pero la criada no volteó ni contestó.

Reina abrió la puerta del balcón, y cuando la abrió la golpeó un helado y agradable aire, respiró lo que pudo atrapada en aquel vestido y miró la ciudad. El sol ya había caído y no era más que unos pocos destellos a lo lejos, el farolero de la cuadra ya encendía los faroles de las calles mientras repetía la hora y el estatus del ambiente; “Son las 7 y todo sereno!!!” De repente sintió otro golpe de culpa y angustia por no haberle dicho a Sergio donde estaba, podría estar preocupado por ella al no tener noticias desde la boda. Tenía planes de enviarle cartas todos los

meses. “Mañana haré el intento” se dijo tratando de no derramar lágrimas. Volvió al aposento y abrió la maleta de abanicos, tomó uno negro y se dispuso a bajar.

Víctor ya estaba en el salón esperando, traía un humor de perros, sabía perfectamente lo que el general tenía en mente y no le agradaba mucho la idea, lo peor de todo es que no podía desobedecer a su superior, pero involucrar a una dama en pleitos de hombres no estaba en su moral, si lo iba a hacer debería ser de una manera que no la pusiese en riesgo. Y, por otro lado, estaba Felippa, la cual podría estar en aquella fiesta, rezaba porque su luto no la hiciese bajar para no tener que encontrársela. Todos esos pensamientos le calentaban tanto la cabeza que empezaba a tener migrañas, pero eso lo olvidó al ver a la mujer aparecer por los escalones, quedó frío de la impresión, pues había olvidado lo hermosa que era.

—Ya estoy lista, señor Víctor.

—Luce preciosa —dijo ayudándola a bajar los últimos tramos.

—Favor que me hace usted —dijo con su típica expresión neutral mientras evitaba su mirada.

—Parece deprimida, como si la estuviese llevando a la horca.

—No, no es por usted.

—Perdón, soy un inconsciente, la estoy arrastrando a una fiesta cuando aún está de luto.

—Hace lo mejor que puede, no hace nada malo.

Se sintió como excremento cuando dijo eso, ¿en verdad no había nada malo? ¿Qué pensaría cuando sepa para qué la lleva? Trató de sacarle una sonrisa con aquello que nunca fallaba en una mujer, tomó un estuche de una mesita cercana y la abrió, vio con satisfacción como sus ojos dorados se abrían en par. Un collar de perlas y dos pendientes de diamante.

—¿Y eso qué?

—Son para usted.

—No, eso no es mío —dijo un poco indignada—, a decir verdad, nada de esto es mío, y no sé por qué lo hace.

—Disculpe, no imaginé que mis obsequios le ofendieran —dijo fingiendo no entender.

—No, señor Víctor —dijo de repente tratando de ser amigable—, pero debe entender que es extraño para una mujer encontrarse en casa de un hombre extraño, y peor aún, recibir obsequios. Fui la querida de su hermano por las circunstancias, pero no soy una cualquiera.

—No digo que sea una cualquiera, señorita, me ofende usted a mí al pensar eso, antes que nada soy un caballero y le prometo que no existen segundas intenciones.

—¿Entonces por qué lo hace?

—Mi hermano me dijo... que si algo le pasaba le hiciera el favor de buscarla y no dejarla desprotegida.

—¿Su hermano dijo eso? —dijo muy sorprendida.

—Lo dijo —dijo mintiendo—, todo lo que hago por usted es para honrar su voluntad.

Se dispuso a ponerle las joyas sin decir más, pero mientras se ponía detrás para ponerle el collar sintió que algo en él empezaba a despertar, lo hizo lentamente mientras acercaba su nariz cerca de su cuello para oler el suave perfume, resistió el fuerte impulso de besar su cuello.

—¿Ya terminó?

—Listo —dijo guiándola a la salida.

Cuando llegaron al carruaje le abrió la puerta y la ayudó a subir, y cuando ya ambos estaban dentro sintió un ambiente peculiar y agradable, como si aquello fuese algo repetitivo. El carruaje arrancó y veían las calles iluminadas.

—Parecemos marido y mujer.

—Por favor, señor Víctor...

—De acuerdo, sé que le incomoda, pero no se lo tome tan en serio, es solo un chiste blanco. De todas formas, no se preocupe, a mí usted no me gusta.

Con su máscara neutra sonrió por dentro al sentir como ella lo miró de repente con ojos en par, aquella palabra siempre le dolía a toda mujer que conocía, hasta a las más desinteresadas. Había aprendido que el ego femenino era muy, muy frágil, cada vez que quería a una mujer tenía que cortarle las alas de alguna manera.

—¿Ah, no?

—No, me gustan las mujeres blancas y doradas como las pinturas renacentistas italianas, algo así como Simonetta Vespucci.

—Entiendo, es uno de esos.

—No soy racista, no la he tratado mal, ¿o sí?

—No —dijo algo incómoda.

—Son solo gustos personales...

—Sí, sí, no tiene que explicarme.

Su incomodidad era un poco más visible, por varios segundos más estuvo pensativa hasta que volvió a dirigirle la palabra.

>>La señora Felippa se parece a Simonetta Vespucci, ¿qué hay de ella?

—¿Qué hay de ella qué? —dijo fingiendo ver las calles.

—¿Tuvo... algún interés por ella?

—Fue la mujer de mi hermano —dijo mirándola con seriedad.

—Perdón, no fue...

—Aunque sí, fue mi novia también.

Notó como sus ojos volvían a abrirse en par, lo cual le divertía y encantaba a la vez, pues realmente eran ojos muy bonitos.

—¿Su novia?

—Sí, nos íbamos a casar y todo, pero acontecieron cosas que no permitieron esa realidad, luego se casó con Orlando.

—¿Y aun la ama?

—Veo que de pronto le interesa mi vida privada —dijo arqueando una ceja

—No —dijo sin mirarlo—, solo es curiosidad.
—Entiendo —dijo fingiendo volver a mirar por la ventana.

Pasaron otros segundos en silencio y parecía más impaciente e incómoda, golpeaba sus zapatos en el suelo constantemente, de pronto volvió a mirarlo.

—Me parece perfecto, porque a mí tampoco me gustan los hombres como usted.
—¿Ah, no? —dijo fingiendo sorpresa.
—No, me gustan más maduros, hombres que saben lo que quieren.
—Como Orlando.
—Ajá —dijo abanicándose.
—Era el hombre de las mil virtudes.
—Maravilloso, sí.
—Ahora podemos relajarnos, ninguno gusta del otro, podemos hasta ser amigos.
—Así es —dijo con una sonrisa incómoda.

Cuando el carruaje se detuvo, él abrió la puerta de inmediato y la invitó a salir, nada más poner un pie afuera y notar donde la había traído lo fulminó con la mirada.

—¿¡Me trajo a la casa del general!?
—¿Conoce el palacete?
—¡Claro que sí, lo suficiente para saber que la esposa del alcalde es amiga de la señora Felippa!
—¿Teme encontrarse con ella?
—No le temo a nadie, pero me parece un irrespeto por parte de usted.

Víctor sabía que tenía razón, pero estaba allí para obedecer.

—Usted es una mujer con derechos, ¿sí o no?
—Por supuesto que sí.
—¿No le parece que tiene derecho de ir donde quiera? Usted es mi invitada, ¿o me va a decir que no se siente digna?

Notó una lucha interna dentro de ella, todo le advertía que en verdad no quería estar allí, pero antes de que se arrepintiera él le brindó su brazo.

Habían músicos ambientando el lugar, candelabros que llenaban todo de luz, bocadillos y bebidas servidas por camareros, perfumes exquisitos e invitados que no escatimaban en vestimentas. Raisa aceptó una copa de Omar.

—No crea que va a emborracharme, mayor —le dijo sonriendo con sus labios rojos.

—No me atrevería a propasarme con una dama, si es lo que piensa.

—¿Entonces por qué no deja de mirar mis pechos? —le dijo con coquetería mientras tocaba sus rizos dorados.

—Suposiciones tuyas, madam —dijo tragando su copa de un golpe.

—Ah, entonces no le intereso —dijo haciendo pucheros.

—Señorita Raisa, es claro que usted me interesa como mujer —dijo acercándose.

Ella rompió en risas mientras trataba de alejarlo.

—Más obvio no puede ser, mayor general, pero si me trajo aquí pensando que iba a obtener aquello está equivocado.

—¿Usted es mujer de...? Disculpe, ¿se acuerda de mi amigo de esta tarde? Acaba de llegar.

En realidad, Raisa no quería interrupciones, aquel hombre de casi dos metros no le quitaba los ojos de encima y eso le gustaba. La depresión que cargaba hacía unas horas él se las había llevado. Cuando volteó a ver al amigo recién llegado le dirigió una sonrisa cordial, pero esa sonrisa se borró cuando vio a la mujer que lo acompañaba.

La mujer también pareció sorprendida mientras Omar los presentaba, pues no le quitaba los ojos de encima, pero luego ambos hombres se alejaron un poco para hablar algo en secreto. La mujer, aún sorprendida aprovechó, la tomó por el brazo y se la llevó a una esquina.

—¿Qué estás haciendo, Andrés?

CAPÍTULO 4

Reina no podía creer que tenía en frente a su propio hermano vestido como mujer, su corazón parecía latir a mil por horas a la vez que miraba a los militares aun hablando.

—¿Qué crees que pasará si ese hombre te descubre? —dijo en voz muy baja.
—Omar no va a descubrir nada porque no lo voy a dejar. Por cierto, me estoy quedando en el Marioti, Omar me ayudó con las maletas —dijo de pronto restándole importancia mientras se abanicaba muy sonriente.
—¿Omar? ¡Omar, como le llamas, te va a matar! ¿Crees que estos hombres andan por ahí disparando caramelos? Ese de ahí mató a tres hombres en un respiro.
—Ah, es muy guapo, ¿cómo es que sales con ese hombre?
—Andrés...
—Mírate —dijo como dándose cuenta por primera vez—, pareces aristócrata y todo, ¿cómo es que caíste aquí? Todo el mundo estuvo preocupado en la boda.
—¿Por todo mundo a quiénes te refieres? —dijo como olvidando por completo el primer tema.
—Bueno, hablo de papá, pero Sergio no paraba de preguntarme por ti.

Se le iluminaron los ojos al escuchar su nombre, de repente pareció que el mundo se detuvo, un atisbo de felicidad la iluminó, y de repente se encontró sonriendo sin saberlo.

—¿Cómo está Sergio? —su sonrisa se fue borrando cuando notó la pronta seriedad de su hermano— ¿¡Qué le pasó!?
—Nada, todavía, pero... se enlistó en la milicia.
—¿¡Cómo!? —dijo sin poder evitar alzar la voz.
—Baja la voz. Los revolucionarios están reclutando a los jóvenes de todas partes para sumarse a la milicia, estos días fueron a la provincia y se llevaron a rastras a muchos, aunque no querían, pero Sergio se fue por su propia voluntad, aunque podía pagar para evitarlo.
—¡Pero debería estar en su luna de miel!
—No tuvo tiempo de nada, fue la misma semana pasada.
—¿Pero, y tú...?
—El viejo quería lanzarme con ellos, pero yo me negué, cuando supe que fue a por ellos para que me llevaran, tomé mis cosas y me escapé hasta aquí. Es el único lugar donde no me buscarían, y menos me encontrarán así.
—En la milicia —dijo con mirada perdida—, ¿por qué haría Sergio algo así?
—Sabes que siempre fue un hombre patriota...
—¿Pero si lo matan qué? ¿Qué hay de la promesa que me hizo? Se supone que iba a hacer todo lo posible para amasar dinero y poder casarse conmigo.
—Alguna razón tendrá, ¿no crees? —dijo viendo a los hombres— Ahí vienen, si se te ocurre llamarme Andrés, te saco los ojos, desde ahora soy Raisa.
—¿Raisa? —mirándolo sorprendida.
—Damas —dijo Víctor acercándose—, disculpen, debíamos hablar cosas de trabajo.
—¿Cosas de trabajo en una fiesta, teniente? —preguntó Raisa.
—Sí, lo sé, a veces es inevitable —dijo tratando de sonreír.
—Parece muy perturbado, teniente.

Reina la miró y quería jalarle los pelos, pero tenía razón, Víctor de pronto no parecía muy calmado como antes, y estaba sudando. Reina se le acercó y trató de abanicarlo, él la miró con aquellos ojos y pareció volver a ser el mismo en cuestión de segundos.

—¿Está bien? —dijo ella tratando de romper aquel silencio entre los dos.
—Estoy mucho mejor con sus cuidados —dijo aun sin romper contacto visual.

Aquellas palabras sonaron tan íntimas que pareció desnudarla con la mirada. Incómoda trató de mirar a otro lado, pero la idea fue peor, Omar y Raisa los miraban tratando en vano de no sonreír, pero su sorpresa fue más grande cuando vio a Felippa hermosamente vestida de negro desde las escaleras, su cara era un poema, parecía una muñeca de cerámica a punto de romperse.

En ese momento se oyeron aplausos, la música se detuvo, la festejada bajaba los escalones en un hermoso y ancho vestido dorado con incrustaciones de brillantes, aunque sus senos parecían saltar de sus pechos en cualquier momento. El general se acercó a ella y besó su mano.

—¡Mi esposa, damas y caballeros!

Tras otra lluvia de aplausos la música volvió, y los invitados se amontonaban para saludarla, abrazada a su esposo, la mujer parecía flotar de alegría a la vez que trataba de mantener distancias con una sonrisa política. Reina solo quería salir de allí de inmediato.

—Parece que todos simpatizan con esa mujer —dijo Raisa.
—No creas todo lo que ves —dijo Omar—, a veces las personas se acercan a los poderosos para aumentar sus opciones.

Cuando Víctor empezó a caminar con ella hacia la pareja la tomó desprevenida, pero no podía decir nada.

—Debemos saludar por igual o no se verá muy ético.
—Pero, señor...
—Estamos aquí por la festejada, Reina.

Cuando estuvieron cerca y la mirada de ambas mujeres se encontraron, la sonrisa de Onirys no se desvaneció, pero sus ojos la fulminaron con frialdad a pesar de que su mirar siempre parecía exento de expresividad, justo como alguien que recién despierta de un pesado sueño, pero ella veía y calculaba todo con avidez.

—Madam —dijo Víctor besando su mano—, feliz cumpleaños.
—Ah, gracias, teniente... Veo que trajo a esta mujer.
—De hecho, yo la invité —dijo el general.
—¿Cómo dices? —dijo mirando a su marido con ojos filosos
—Digamos que la señorita aquí presente ha pasado por mucho, y no vamos a despreciarla.
—¿Era necesario traer a esta mujer sabiendo que yo estaría presente? —dijo Felippa acercándose.
—Si gustan puedo retirarme —dijo Reina rogando por salir.
—No —se apresuró Onirys para sorpresa de los caballeros—, es mi fiesta y no quiero más escándalos, además, es bueno hacer las paces, perdonar como lo dicta el santo Cristo.
—¿De qué hablas? —dijo Felippa mirándola con sorpresa y furia contenida.

—Las damas debemos hablar a solas un momento —dijo Onirys dirigiéndose al despacho.

Víctor miró a Reina para ver si estaba de acuerdo, pero ella acudió sin pensarlo, siguió a ambas hasta el despacho con valentía, a pesar de que imaginaba que no sería una plática de damas amistosas. Onirys cerró tras ella y los sonidos de afuera fueron cortados, un silencio sepulcral era interrumpido solo por los tacones. Felippa no tardó en encararla, pero ella evitó mirarla.

—Explícame en este preciso momento cómo es que ambos estáis juntos.

Reina respiró profundo para tratar de hablar calmadamente, aquella mujer parecía a punto de prender en fuego. Sus largas uñas se clavaban aún en su brazo como garras de águila en su presa.

—Hubo complicaciones, tuve un accidente en la carretera, no encontré al cochero y él se ofreció a ayudarme, tres delincuentes casi me matan si no fuese por la intervención del señor Víctor. Me ofreció...

—Te ofreció de todo según veo, te ofreció techo, ropa cara, joyas... ¿A cambio de qué?

—No, no, esto es un préstamo, me prestó ropa porque no puedo...

—¿¡Crees que nací ayer!? Ya te acostaste con él.

—Le juro que no hice nada de lo que...

—¡Por favor, ¿te ofreció de todo a cambio de nada?! ¡Te acostaste con él! ¿¡A qué juegas, campesina!?

—¡No me acosté con nadie, más respeto!

—Más respeto deberías tener por nosotras —intervino Onirys mientras le pellizcaba el brazo—, te contraté para darle luz a mi amiga ante los ojos de Víctor, y ahora vemos que te comiste tú el pastel.

—Esa no fue mi intención.

—¿Te crees muy inteligente, campesina?

—¡Yo solo quiero volver a mi casa y acabar con esto de una vez! Ustedes me metieron en esto

—dijo tratando de apartarse de ambas.

Felippa se le acercó mientras la miraba con aquellos ojos negros y abismales, su rigidez demostraba que trataba de calmarse.

—Mañana mismo tendrás a un cochero esperándote en la calle 5ta a las dos de la tarde, será mejor que te presentes para largarte de una vez, el pago estará ahí.

—Ahí estaré —contestó sonriendo aliviada e incómoda.

—Y será mejor que no intentes nada, no juegues con nuestra paciencia.

—¿Es una amenaza? —dijo Reina de pronto cobrando compostura.

—¿Tú qué crees? —dijo Onirys— Te hemos investigado, eres una campesina sin papeles legales, una hija bastarda que nadie va a extrañar si desaparece, hay barcos traficando negros aún para ser esclavizados en Norteamérica, ¿te gustaría ser esclava?

—También tienes familia, ¿sabes de qué podríamos ser capaces?

Reina quedó sin habla, si podían hacer eso no lo podía poner en duda, los ricos tenían poder de hacer lo que quisieran, eso lo sabía, ella misma era el fruto de la violación de un patrón a una

señorita casi indigente. Siendo pobre, ella misma estaría a merced de sus tretas. ¿Qué le harían a su familia? A ese punto no le quedaban dudas de que aquellos hombres fueron enviados por ellas para matarla? ¿Cómo pensar que una invitación de trabajo que parecía llegada en el momento correcto se convertiría en esa pesadilla?

En ese momento la puerta se abrió y sintió alivio de ver a Raisa entrar.

—¿Qué está pasando? —dijo mirándolas con frialdad.

—Plática de damas —dijo Onirys con sonrisa política.

—Pues esta plática se acabó —dijo tomando a Reina para sacarla de allí.

Víctor tomó otra copa y la tomó de un golpe, Omar se le acercó y tomó su copa para pasársela al mozo.

—A este punto vas a terminar borracho.

—No debí aceptar esa propuesta.

—¿La del general? ¿Acaso tienes opción? —dijo sin poder contener la risa— Estamos para servir, colega.

Vio por fin a las mujeres salir de aquella plática, el general tomó a Reina del hombro y trató de volverla a meter al despacho, la moza estaba visiblemente sorprendida, pues no parecía entender, Víctor vio como lo buscaba con la mirada por todas partes, como tratando de buscar a su salvador. No pudo evitar sonreír amargamente por dentro por aquello último, “yo te metí en esto, mujer” se dijo mientras se dirigía con ellos.

—¿Para qué quiere hablar con ella, señor? —dijo Raisa muy a la defensiva.

—No será a solas, no tiene de qué preocuparse —le dijo a Reina con una sonrisa.

—No entiendo qué tengo que platicar con usted que no pueda decirme aquí y ahora.

—Debemos entrar al despacho, Reina, no te preocupes.

Cuando ella lo vio pudo palpar la forma en que su rostro tenso se relajó de inmediato.

—Ah, perdón, es que... estoy un poco alterada últimamente.

—Te entiendo, ¿entramos? No tomará mucho.

Antes de entrar los tres, Onirys tomó a su esposo del brazo.

—¿Qué es lo que deben a hablar a solas con esta mujer?

—Cosas privadas que no te competen, mujer.

—José, José... —dijo con discreción tratando de retener a su marido sin éxito.

Víctor tomó a Reina del hombro y la hizo entrar, cuando las puertas se cerraron tras ellos por el general se hizo un silencio casi absoluto por dentro, un silencio que detestó de inmediato. Miró a aquella mujer que le sonreía con aspecto un poco relajado, aunque su semblante permanecía interrogante. Y cuan hermosa se veía bajo aquella luz, las joyas que la adornaban no le hacían justicia.

—Bueno, ya estamos solos —dijo el general yendo directo tras la mesa—, sentaos.

—¿Para qué quiere hablar conmigo, señor? —dijo Reina tomando asiento.

—Según Orlando, usted pretendía ayudar con nuestra causa, usted sabe secretos.

Reina miró a Víctor sin entender nada, él la miró a los ojos y fue directo.

—Usted fue directa en las cartas que le enviaba a Orlando, haría lo posible con tal de ayudarlo a ganar la guerra.

—Pero, yo... —dijo casi sin aliento— no pueden pedirme esto ahora.

—¿Por qué no? —dijo el general con severidad.

—Estaba... Estaba dispuesta a hacerlo por él, pero ya partido, mi compromiso era con él.

—Sí nos vamos con esas, voy a pensar que estuvo involucrada en el asesinato del teniente.

—¿¡Cómo dice!?

—Usted es dominicana, razones no faltan para pensar que en realidad estuvo del otro bando, que arregló una emboscada al teniente general.

—Le juro que no fue así, yo amaba a Orlando —dijo con la vista gacha como a punto de llorar.

El hombre no se inmutó por ella, solo la analizaba como se le mira a un criminal. Víctor estuvo a punto de estallar.

—Eso no es prueba de nada, podría retenerla si no coopera como lo prometió.

—General... —dijo con cólera retenida, aquello estaba llegando muy lejos.

—¿Me van a encarcelar si no coopero? —dijo abanicándose.

—Téngalo por seguro.

—General —dijo con una voz demasiado fuerte y sonante para la calma que pretendía mostrar—, no vamos a involucrar a una dama en pleitos de hombres.

—No soy déspota con las damas, teniente, pero cuando hay involucrados en las guerras no importa el género.

—Pues no soy una criminal, no tiene por qué hablarme de esos modos —dijo con una firmeza y fuerza repentina.

—Usted decide, o ayuda a la causa, o es encarcelada como criminal de guerra.

—General, no podemos pretender que...

—Acepto.

Víctor la miró con el ceño fruncido, aunque la había oído, no entendió su respuesta.

—¿Cómo?

—Acepto ayudar —dijo abanicándose con vasta calma, como si aquella moza frágil hubiese sido reemplazada por otra—, ¿en qué sería buena?

El general sonrió y la miró como a un hombre que le ha confesado sus crímenes, sacó unas fotos y se las mostró.

—¿Conoce a este hombre?

Ella tomó la foto casi blanca y frunció el ceño.

—¿El presidente Salcedo?

—Veo que está informada, queremos acercarnos a él, podríamos contactarlo por medio de cartas, pero sería aún peligroso, no para nosotros, para él.

—¿Para él por qué?

—Verá, no creemos que Salcedo esté completamente del lado de la conquista, a fin de cuentas es más español que criollo, su lealtad a la corona era más que palpable cuando estuvo por España.

—¿Es un traidor?

—Depende de en qué lado esté la cara de la moneda.

—No veo cómo pueda ayudarles con el presidente.

—Claro que puede, usted es mujer, es dominicana, y lo más importante, es muy hermosa. A Pepillo le encantan las faldas, las mujeres bonitas y refinadas como usted lo dejan idiota. Si usted logra llegar es más probable que pueda escucharlo y darle nuestro mensaje con todo detalle, nosotros no podemos colarnos hasta él por obvias razones, pero una dominicana sí.

—Dios mío —dijo ella asimilando todo mientras tocaba su pecho palpitante.

—Irá a la provincia de San Francisco en dos días.

—¿San Francisco?

—Hemos oído que los rebeldes se han asentado por allí, estará ofreciendo una fiesta por su cumpleaños 48, usted acudirá.

—Ya tienen rato que no salen —dijo Raisa aun mirando la puerta.

Omar la miraba con fascinación, pero a la vez con extrañeza.

—Dime una cosa, ma poupée, ¿desde cuándo la conoces?

—Es mi hermana —dijo distraída.

—¿Tu hermana?

—Sí —dijo mirándolo sorprendida al darse cuenta de lo dicho—, mismo padre, distintas madres. ¿Por qué?

—La forma en que te preocupas por ella, no hubiera imaginado el parentesco, aunque viéndolo mejor, sí hay mucho parentesco. Las dos son très, très beau.

—¿No lo viste venir por el color?

—Más o menos, pero da igual.

—La gente nunca lo cree, lo cierto es que nuestro padre siempre fue un patán busca faldas, quién sabe si hay otros hijos bastardos por ahí.

—¿Es bastarda?

Ella lo miró con ojos en grande, muy consciente de que había hablado demasiado de los asuntos privados de la familia. Pero otra cosa la tenía muy inquieta.

—¿Sabes qué es lo que quiere el general con mi hermana? He pensado y pensado y no se me ocurre nada.

—Tendrás que preguntarle directamente —dijo señalando la puerta que se abría.

Los tres salieron muy sonrientes, aunque conocía muy bien a su hermana, aquella sonrisa suya más tensa no podía estar. Aunque la música era fantástica y la gente bailaba, se sentía una pesadez en el ambiente que no la dejaba disfrutar. Raisa se acercó a su hermana casi de inmediato.

—Reina, ¿qué pasa?

—Esta gente me da asco —le dijo por lo bajo y con disimulo a la vez que parecía romper a llorar.

—¿Te hicieron algo ahí adentro? —dijo con tono de alerta.

—No, nada de eso, hablo de se creen dueños del mundo.

—¿Hablas de Víctor incluido? —dijo mirando al hombre acercarse.

—Ese es otra hiena con doble cara—dijo yendo a la salida antes de reencontrarse con él.

Cuando Víctor pasó cerca de Raisa, ella lo detuvo.

—Oye, ¿qué pasa con mi hermana?

—Ahora no —dijo liberándose de su mano a la vez que se dirigía a la salida con prisa.

Ella volvió a acercarse a Omar con el ceño fruncido.

—Esto está raro, de pronto ya no me siento tan bien aquí.

—Debe ser porque conociste a las señoras.

—Por lo visto no les cae bien mi hermana.

—¿No lo sabías?

—¿Saber qué?

Ella notaba una pequeña sonrisa en sus labios que no le gustó, una lucha entre decírselo o no.

—Tu hermana se apareció en el funeral del hermano de Víctor, era el exmarido de Felippa.

—La rubia aquella —dijo mirando a Felippa desde lejos, quien aún no quitaba sus ojos lacerantes de Reina.

—¿No lo sabías?

—Algo le oí decir —dijo armando el rompecabezas mentalmente, su hermana seguía siendo plañidera y por eso se fue.

—Se está quedando en casa de Víctor porque no tiene donde quedarse, le ocurrió un accidente mientras volvía a su distrito.

—No hables más, será mejor que me lo cuente ella personalmente.

—Entiendo —dijo acercándose bastante—, pensé que esta noche sería diferente y se convirtió en un asunto familiar, ¿cuándo me invitas a tu posada?

—Omar, esas no son pláticas para una dama —dijo a modo de broma.

—Pero sé que no te importan las etiquetas y se nota que ya has vivido.

—Dices que soy una zorra —dijo con poca importancia en su voz.

—¿Para qué ponerle etiquetas a las cosas? Si tú eres zorra, yo sería el más zorro, o peor aún, un rastrero, ¿no crees?

Ella estalló en risas y trató de apartarlo sin éxito mientras él trataba de besarla, la gente alrededor de pronto los miraba con prejuicios. Pronto se dio cuenta de que las miradas iban más para ella que para él, ahora lo estaba viviendo en carne propia, “una aparente señorita de clase comportándose como una cualquiera”, pensó con ironía.

—¿Qué me ven? —dijo entre risas a un par de señoras que cuchicheaban.

—No les hagamos caso —dijo besándola con lujuria en medio de todo el salón ante los ojos incrédulos.

Reina salió a la noche fría y caminó hasta el carruaje sin detenerse ante la voz de Víctor, quien la seguía detrás. El cochero le abrió la puerta y no tardó en subir sin mirarlo, Víctor no tuvo más remedio que subir también, pero justo cuando cerraba la puerta alguien más la retuvo, era Raisa.

—Quiero hablar con mi hermana.

—¿Es tu hermana?

Reina miró a Raisa afuera y se sintió culpable, sabía que las cosas podían cambiar drásticamente de mal a peor.

—Mañana hablamos, Raisa.

—¿Mañana? ¿Pasa algo contigo? ¿Qué está pasando?

—Por favor, ahora no, mañana.

Raisa continuó observándola extrañada, tras una mirada fulminante hacia Víctor tuvo que volver a cerrar la puerta y alejarse, aquello la hizo sentir peor.

El carruaje echó a andar y se aventuraron a las calles ahora casi a oscuras, la lluvia empezó a caer y las gotas se estrellaban contra el cristal. Traía una un humor de perros que no sabía cómo desatar, así que cuando escuchó la voz de Víctor cerró los ojos y contó hasta 10.

—No piense que todo esto lo planeé.

Notaba que su mirada no se apartaba de ella en todo el trayecto, y minutos después, cuando quiso tomar su mano desde su regazo la tomó desprevenida, abrió los ojos al instante y lo miró con ojos en grande. La miraba fijamente, sin decir nada mientras acariciaba su mano, aquello se sintió muy íntimo, más poderoso de lo que jamás pensó, parecía como si su alma desnuda entrara a su cuerpo y la poseyera.

Tras reunir toda su fuerza de voluntad, rompió el contacto con brusquedad.

—¿Qué es lo que pretende?

—No pretendo nada, todo esto se dio de una forma...

Cuando el carruaje estacionó, ella abrió la puerta y saltó del vehículo, abrió la puerta de la casa, caminó directo a los escalones y casi tumba a Carmen, quien ya venía bajando.

—¡Oiga, niña, qué grosera!

De inmediato Víctor apareció tras ella y subió los escalones de dos en dos y la alcanzó en el pasillo.

—¿En verdad pretende no hablarme?

—¿Hablar con usted para qué?

—No soy su enemigo, las cosas se dieron así, además, ¿cuál es el problema? Usted estaba dispuesta a todo, ¿o acaso le mintió a Orlando?

—¡Usted no sabe nada de mí! —dijo volteándose para quitar su mano de su hombro.

—Sí, tiene razón, no sé nada de usted. ¿Cuál es el misterio? ¿¡Siempre estuvo dispuesta a ayudar o solo le mentía a Orlando!?

—¿Cómo se atreve a hablarme así? Además, que no se le olvide, no soy española, mi única lealtad era para Orlando y nadie más, y menos para alguien como usted.

De repente la tomó con fuerza de los hombros y empezó a sacudirla.

—¿¡Entonces estaba dispuesta a traicionar a su gente por dejar que Orlando le alzara la falda!?

¿¡A tanto estaba dispuesta por un revolcón con él!?

Reina quedó en shock, él estaba casi sobre ella como un animal salvaje, pero se deshizo de su agarre y le plantó una cachetada a mano llena. Pero él la contrajo con fuerza contra la pared mientras aprisionaba sus muñecas como grilletes.

—Si eso es lo que desea, yo puedo dárselo, así estará dispuesta a traicionar hasta el mismo Cristo

—dijo acercándose a sus labios.

—No se atreva a tocarme —dijo casi aliento.

Víctor la besó con fuerza desmedida, sin importarle su lucha. Reina se sintió sin fuerzas e indefensa, no importaba cuanto tratara de zafarse del agarre o del beso, era imposible, su corazón latía a mil por hora a causa del horror, y no tuvo otra opción que morder su labio. El agarre cedió y la liberó al instante, exhausta y sin aliento, lo miró con profunda decepción.

—¿Quién cree que soy? ¿Cree que soy una cualquiera y que puede poseerme solo porque me salvó la vida y me dio cobijo? —dijo decepcionada de sí misma al notar que tenía los ojos inundados de lágrimas.

Se quitó los pendientes y el collar de perlas para arrogárselos. Pudo ver un cambio repentino en su expresión, pero a ese punto ya nada le importaba, su repudio hacia él había aumentado a niveles irremediables.

—Reina, perdóneme, no sé...

—No soy una cosa, señor, no estoy a la venta de nadie, ni su posición, ni sus títulos, ni las joyas que me puso encima me pueden comprar. Mañana le devuelvo el vestido —dijo dándose la vuelta para alejarse.

—Reina, espere, por favor...

La siguió hasta la planta baja, pero ella no lo quiso mirar, no cabía en sí de furiosa que estaba. Abrió la puerta de golpe y salió a la noche lluviosa directo a las calles, pero en ningún momento él dejó de seguirla mientras trataba de llamar su atención. Cuando notó que se quitaba la gabardina para ponérsela encima y resguardarla de la lluvia, sintió como si un volcán hiciera

erupción. Tomó la gabardina y tiró al suelo.

—¡Ya basta! ¡No quiero que me siga, ¿no lo entiende?!

—Solo quiero que me disculpe, además, ¿a dónde va con esta lluvia?

—Ese es problema mío, no suyo, quiero alejarme de usted porque si sigo en el mismo techo sería capaz de matarlo, o no sé lo que usted mismo me haría a mí. ¡Lo quiero lejos de mí!

Por su expresión pareció llegarle el mensaje, quedó tan frío como una roca mientras ella retomaba su camino y se alejaba con un fuerte dolor en el pecho. La lluvia no era tan abundante, pero los vientos eran terribles.

Pocos minutos después llegó a entrar a un hotel bastante elegante, y después de hablar con el recepcionista pudo conseguir anunciarse. No pasó mucho para que Raisa bajase por los escalones como rayo.

—Estás toda mojada, ¿qué acaba de pasar?

Reina se dirigió hacia ella y empezó a llorar como nunca lo había hecho, no conseguía decir una sola palabra mientras subían los escalones hacia el aposento. Tras quitarse la ropa mojada y secarse, ambas se miraron prolongadamente sin decir nada.

—Tómate el té de jengibre para que te calientes.

—Gracias —dijo aceptando la taza y mirando el lugar—. ¿Cómo es que puedes pagar todo esto?

—Mi señora madre me dejó gran parte de la herencia, ¿recuerdas? Cuando cumplí 20 hace 4 años lo primero que hice fue reclamarla, nunca me confié del viejo —dijo pensativa.

Reina tomó un sorbo y agradeció el repentino calor que entró a su cuerpo, su mente pareció despejarse y su cuerpo se relajó. Pero aun en su situación, no podía dejar de ver a su hermana con el ceño fruncido de preocupación.

—Siento mucho todo lo que te hizo papá, estaba obsesionado con tener un hijo. Cuando naciste pegó un grito que se escuchó por todo el vecindario, lo recuerdo como hoy.

Raisa no dijo nada por largo rato, solo trataba de asimilarlo sin derramar lágrimas sin éxito.

—Bueno, no tuve culpa de nacer así, ¿quién nace con un pene y una vagina?

—Pensó que eras varón, todos lo pensamos excepto la partera, mi abuela.

—¡Ah, por favor! —dijo levantándose para caminar— Un bebé que nace con un pene y una vagina donde deberían estar los testículos, ¿eso es normal? Decidió que sería hombre porque así lo decidió y punto, él sabe que soy diferente.

—No lo creo, el viejo no entiende de esas cosas. Además, tu historia con ese hombre me preocupa, ¿qué tal si descubre lo que eres?

—¿Y qué soy? Ni siquiera yo sé lo que soy, sé que nací maldita, eso no es de Dios.

—No digas eso...

—Pero —dijo volviendo a sentarse mientras se secaba las lágrimas—, te conozco muy bien, no

me cambies el tema ahora, ¿qué fue lo que pasó?

Reina puso la taza sobre la mesa y la miró con seriedad, volvió a sentirse sin aliento otra vez. Le contó todo de principio a fin, para cuando había terminado, Raisa la miraba como estatua mientras apretaba los puños.

—Entonces casi te matan.

—Sí no fuese por él, hoy estaría muerta como esos hombres.

—¿Y todavía no ves los patrones?

—¿Qué?

—Esas mujeres planearon matarte.

Reina quedó pasmada y horrorizada.

—¿Matarme? No creo, fue algo...

—Premeditado, eso es lo que fue, solo de ver a esas mujeres puedo sentir que se lavan la cara con veneno de cobra. Reina, esas mujeres no son de confiar, para ellas no eres más que una campesinilla criolla y ellas se creen la crema innata. Despierta.

—Pero mañana...

—Mañana nada, pueden intentar rehacer lo que no pudieron aquel día.

—¿Y Víctor qué?

—Ese no me cae bien, no después de lo que supe, además, te retuvo para usarte, no porque sea buena gente.

—Fue muy caballeroso los primeros días, pero hoy actuó de una forma que jamás pensé, es como si fuera otro.

—Quiere que cometas traición, ¿sabes lo que pasaría con tu cabeza si saben que ayudas al presidente a que se vean?

—Ni me lo digas —dijo levantándose del susto.

—Te van a fusilar, es mejor que lo vayas sabiendo.

—¿¡Entonces qué hago!? Estoy entre la espada y la pared.

—Te dije mil veces que dejaras ese trabajo de plañidera, es denigrante, ahora mira hasta donde te ha llevado.

—¿Y qué querías que hiciera? —dijo visiblemente enojada— El viejo me tenía trabajando de sol a sol, casi sin días de descanso, y solo por techo y comida. Yo necesitaba ahorrar para salir de esa casa, cuando vi esta oportunidad no me resistí.

—Demasiado bueno para ser cierto, ¿qué te costaba pedirme dinero para mudarte?

—No gracias, no me gusta la caridad.

—“No me gusta la caridad” —dijo mofándola—, pero vaya que aceptas quedarte en la casa de un extraño y que te compre ropa cara, ¿verdad?

—No, eso es diferente, no tuve opción, ya te dije como pasaron las cosas.

Se hizo el silencio y ninguna sabía qué más decir, con la cabeza llena de preocupaciones, Reina fue hasta la ventana para ver la lluvia caer y así disipar la mente, pero solo puso pensar en una cosa.

—¿Cómo viste a Sergio?

—Ya te dije, solo lo vi una vez, lo segundo que supe de él por parte de Esther es que se había enlistado otra vez por cuenta propia.

—¿Qué más te preguntó de mí? —dijo sin querer parecer muy obvia.

—¿A qué vienen las preguntas? Se casó con nuestra hermana, te guste o no, ¿planeas robarle el marido?

Cuando notó el silencio se levantó de la cama y fue hacia ella para hacer que la mirase a la cara

—¿Planeas robarle el marido a tu propia hermana?

—¡Ella me lo robó a mí! — dijo soltando el agarre.

—No lo puedo creer, ¿te das cuenta del desastre que eso sería? ¿Sabes cuánto va a hablar la gente de las dos? ¡El viejo se va a morir de un infarto!

—Sí eso pasara, todo eso no podría importarme menos, a mí nadie me ha dado nada, lo único que sentía mío, ella me lo quitó. Podía aguantar todo de Esther, pero eso no.

—No lo puedo creer, ¿qué es lo que tiene el Sergio, que no tengan otros? ¿Cuántos jóvenes y guapos no hay por ahí?

—¿Omar por ejemplo?

—¿Qué tiene Omar?

—Que ya te pusiste roja.

Raisa sonrió con incomodidad y se fue la cama, Reina la siguió.

—Lo conociste hace poco y te pones así, yo conozco a Sergio desde hace años y me pides que lo olvide así por así.

—Pero él ya se casó, es de tu hermano, toca mirar para otro lado. Y ahora tienes asuntos muy importantes en los cuales pensar, tu vida depende de ello.

—No sé qué hacer.

—Pues yo sí. Ven y te cuento.

Al día siguiente la luz del sol anaranjado y fresco entraba por la ventaja, ambas se despertaron por los golpes en la puerta. Cuando Reina abrió el botones le sonrió.

—Buenos días, madame. El teniente general Alcácer lo espera abajo.

—¿Cómo así? —dijo muy sorprendida.

—Solo me dio esa orden, señorita. ¿Algún mensaje que quiera comunicarle?

—No, gracias —dijo cerrando la puerta de inmediato.

—¿Escuché bien? —dijo Raisa ya despierta.

—¿Cómo supo que estaba aquí? —dijo aún sorprendida.

—A veces me sorprendes —dijo levantándose—. Él y Omar son compañeros, Omar sabe que me hospedo aquí, ¿a quién ibas a acudir?

—Claro —dijo con cara de preocupación.

—Pero eso da igual, desde que vine me fijé en la cantidad de militares que hay en las calles, ya te han de tener bien vigilada, así que si piensas escapar te recuerdo que no es opción.

Víctor encendía y apagaba su mechero en espera, no tenía como encararla, pero igualmente debía estar enfocado en cumplir con su trabajo. Después de dar vueltas en la cama toda la noche había llegado a la conclusión de que no podía dejar que sus intereses personales ofuscaran los profesionales. Su mente se había nublado por completo al ver una vez más a otra mujer que le atraía derramando lágrimas por Orlando hasta después de muerto. Cada vez que ella le hablaba de él sentía ganas de desenterrar su tumba y pegarle fuego.

Se había robado a Felippa, y eso casi lo conduce a la locura, y ahora que empezaba a sentir algo por otra mujer también le pertenecía a él.

—¿Y qué siento yo por esa mujer? —se preguntó a sí mismo.

La verdad es que no lo tenía muy claro, pero aquella mujer parecía estar en su vida desde siempre.

—No pensé verlo tan temprano.

Al alzar la vista la vio en frente como si se hubiera materializado. Su pelo abundante y rizado se desparramaba sobre su costado, cuan brillante era, traía un sencillo vestido gris de algodón que marcaba sus pechos y su generosa silueta. Sin dudas se había arreglado con lo primero que encontró, pero la hacía ver más angelical. Su cara era un poema a la frialdad, y sus ojos dorados brillaban bajo la luz del sol como llamas. Se levantó de inmediato para tratar de sacar su asiento, pero ella se le adelantó y se sentó por sí sola.

—Tengo manos y pies, gracias —dijo con sequedad—, díganme a lo que viene.

Víctor respiró hondo y trató de no aparentar perturbado, así que hizo lo mejor que sabía hacer, no mostrar emociones.

—Me disculpo por lo que pasó ayer.

—¿A eso vino?

—Bien, entonces cambiemos de tema.

—Bien —dijo mostrándose algo sorprendida y decepcionada.

—La misión debe llevarse a cabo mañana, Pepillo tendrá celebrará su fiesta el martes, así que no podemos perder tiempo.

—¿Tiene que ser ese día?

—Siempre está rodeado de gente, gente que no lo deja solo, en una fiesta todos los hombres están de guardias bajas para disfrutar, y las nuevas caras para felicitar nunca faltan.

—¿Tanto alboroto para darle a un hombre un simple mensaje?

—Un mensaje que podría ser suicida, cualquier paso en falso, y podrían matar al mismo Pepillo, o al mismo mensajero.

Notó lo tensa que se puso al escucharlo, sintió ganas de morder su lengua, pero también debía ser transparente.

—Entonces podrían matarme por ese mensaje —dijo tomando un vaso con agua.

—No voy a dejar que eso suceda, puede confiar en mí —dijo tratando de tocar su mano, pero se libró de su agarre.

—Claro, confiar en el hombre que planeó meterme en esta suciedad desde un principio.

—Si los rebeldes se enteran de esta movida —dijo retomando el tema—, las revueltas podrían acalorarse mucho más, y no podemos darnos ese lujo. No puede parecer que estamos buscando al presidente, sino él a nosotros. ¿Entiende?

—¿Qué es lo que voy a decirle exactamente a Pepillo? —dijo con resignación.

—Los detalles se hablarán más tarde, pero irá acompañada por dos militares en incógnito.

—Para vigilarme.

—Para vigilar que todo salga sin inconvenientes.

—Bien, ¿es todo?

No había más que decir, y siguiendo con las órdenes, no podía creer lo que estaba a punto de decir.

—Debe... volver a mi casa hoy mismo.

—¿Cómo? ¿¡Por qué!?

—Es lo más seguro.

—Lo más seguro, ¡claro que sí! —dijo tras una risa nerviosa.

—Es eso o la cárcel, el general quiere tenerla bajo la mira, él quería ponerla en una celda decente, pero le dije que en mi casa podría estar mejor y bien vigilada. No puede haber peros, es lo mejor que pude conseguirle al abogar por usted.

—Soy una rehén, una prisionera, ¿es eso? ¿¡Y todo porque le dije a Orlando que lo ayudaría!?

—Su poca voluntad a cooperar no le gusta al general, después de todo Orlando hablaba de su propio deseo de no querer que la corona rompa lazos con el estado, ¿por qué ahora cambió de opinión?

—Debe entender que las cosas...

—No importan las excusas, todo está hecho. La espero en mi casa para antes de medio día.

Se levantó para darle la mano, pero ella lo miró como se mira a algo nauseabundo, acto seguido se levantó y se fue. Aquello le pegó fuerte, algo que no creyó posible.

CAPÍTULO 5

Cuando el carruaje aparcó frente a la vivienda, Reina y Raisa bajaron en silencio, ninguna sabía qué esperar de aquella situación. Aunque el día era brillante y los pájaros cantaban, se sentía un aire de pesadez. Dos criados llegaron de inmediato para tomar sus cofres y maletas.

—Lleve esas a la habitación del final del pasillo, por favor. Gracias —dijo Reina sin sonar muy segura.

—¿Para qué le dan a un solo hombre una casa tan grande? —preguntó Raisa viendo la fachada con indignación.

—Es su dinero, sabrá por qué —dijo muy en sus pensamientos.

—No, a ellos se los prestan mientras están en servicio, adivina quién.

—¿La corona?

—Exacto, prácticamente les resuelven sus vidas.

—Pero en tierras ajenas y a costa de sus vidas —dijo cruzándose de brazos a la vez que suspiraba.

—¿Qué?

—¿Y si no quiere que te quedes? A fin de cuentas es su casa.

—Pues va a tener que aguantarme aquí también, no pienso dejarte sola con ese loco animal —dijo jalándola del brazo para adentrarla.

Justo al entrar apareció Carmen desde la cocina, secando con urgencia sus manos para ver lo acontecido. Miró a ambas con cara de pocos amigos, y al aparecer los hombres bajando los escalones se dirigió al mayor de ellos.

—¿Qué acaban de subir?

—Las pertenencias de las señoritas —contestó el hombre como si hubiese roto un plato.

—¿De quiénes son las pertenencias? —preguntó a las dos.

—Son mías, ¿algún problema?

—Vayan y vuelvan a bajar esos trastos, nadie dio autorización de subir nada, ¿entendido? —le dijo a los hombres.

—Pero aquí la patrona dijo...

—¡Aquí la patrona soy yo! ¿¡Quieren ser despedidos o qué!?

Los hombres se apresuraron a la planta superior, y ella se dignó a mirarlas con ojos filosos.

—¿Quién te dijo que podías traer amigas aquí? —le preguntó a Reina.

—Pero... ¿por qué te pones así, Carmen? —dijo en tono conciliador.

—Creo que esas son cosas que mi hermana tendría que hablar con el patrón, no con la criada.

—¡Pues mientras el patrón no esté aquí quien manda soy yo! ¿¡Quedó claro!?

—dijo con aparente calma, pero con ojos desorbitados.

Los hombres volvieron a bajar con las cargas y Raisa se indignó.

—Puede gritar lo que quiera, pero la patrona no es, y no le permito sacar mis cosas hasta hablar con él —dijo Raisa con manos en cintura.

—Recibí órdenes específicas de no dejar pasar a nadie más que a la señorita aquí presente, solo ella puede quedarse.

—Carmen, ella es mi hermana, necesito que se quede conmigo —dijo Reina tratando de no sonar muy dura.

—¿Y quién es usted para dar órdenes? —dijo mirándola de pies a cabeza— Aun con ropas finas, sus manos me cuentan que es tan criada como yo, pero peor, manos de jornalera llena de cayos.

—Ya quisiera ser usted la mitad de bonita y joven que mi hermana —dijo Raisa acercándose para invadir su espacio personal.

—Al menos no soy prieta.

Justo cuando Raisa le iba encima, oyeron el trotar de caballos acercarse y detenerse. Las tres hicieron silencio a la vez que miraban la puerta. No tardó en aparecer Víctor con un ramo de flores en mano, se detuvo en seco al verlas en medio de la sala mirándolo.

—Buenos días, ¿qué acontece?

—Usted dio órdenes de no dejar entrar a nadie a la casa —dijo Carmen en tono servicial—, esta mujer trajo a su hermana con sus maletas y cofres, no podía dejarla pasar e instalarse.

—Le agradezco por sus buenos servicios, Carmen, pero revoco esa orden. Desde ahora, cualquier asunto concerniente a esta casa queda expensas de la señorita Reina mientras yo no esté. ¿Vale?

—Sí, patrón —dijo observando a las mujeres por el rabillo del ojo antes de retirarse.

Reina notó la mirada visceral de la mujer y no pudo evitar sentirse afligida por ello, pues le había caído bien desde el primer día. Cuando volvió a mirar al frente se encontró con Víctor extendiéndole las flores, quedó sin aliento.

—¿Son para mí?

—Quiero que llevemos la fiesta en paz.

—Pues eso será muy difícil —dijo con acritud—, solo estoy aquí por la situación en la que me ha metido, no tengo opción.

—Entiendo, pero quiero que comprenda que nada de esto fue planeado por mí. Esto es por lo de anoche —dijo volviendo a extenderle el ramo.

—No, gracias, ¿será que puedo irme arriba o tengo órdenes de quedarme?

—Puede —dijo con gesto de rendición.

Ella subió a trompicones a la vez que sentía ardor en el pecho por la rabia que sentía. Estaba cautiva a kilómetros de su casa por gente pudiente que no hacía más que involucrarla en sus líos. Sentía ganas de gritar y salir corriendo, estaba en la boca del lobo y había llegado sin darse cuenta. Al entrar al aposento lo primero que hizo fue tomar pluma y papel para escribirle una carta de auxilio a Sergio, pero al momento de empezar a escribir se congeló. “¿Y si lo matan?”, pensó con temor al probar la posibilidad de ver a Sergio llegar solo para ser emboscado y muerto

a tiros.

—Dios mío —dijo llorando mientras se ponía a rezar por su destino gris.

Momentos después, Raisa todo tocó la puerta y entró sin esperar respuesta con una gran sonrisa que se borró al verla llorar.

—¿Y ahora qué?

—Estoy cansada de tantas amenazas por causa de esta gente, creen que puedan hacer lo que quieran conmigo.

—Tú y tus dramas —dijo poniendo las flores en un jarrón con agua.

—¿Por qué traes eso? —dijo enojada y confundida.

—Porque estuve hablando con él un rato, no es tan malo como decías que era.

—¿Cómo dices? No estoy escuchando bien —dijo con sarcasmo.

—¿No estás viendo la realidad del asunto?

—¿¡Cuál realidad!? ¿¡No ves en donde me tiene!? Me tiene prisionera aquí, no me dejan volver porque quieren convertirme en traidora.

—Claro, te tiene prisionera en una casa enorme, con un cuarto para ti sola, sirvientes, ropas y joyería. ¡Pobre de ti! —dijo en tono burlón mientras echaba agua al jarrón.

—¿Te pusiste de su lado porque te dejó quedar?

—Yo solo digo que vi otra cosa muy, muy diferente a lo que me contaste, Reina.

—¿¡Y qué vio la vidente Raisa!?

—Vi a un hombre profundamente enamorado.

Aquello la tomó desprevenida y quedó sin habla, trató de hilar lo que dijo su hermana, pero no le encontró sentido.

—¿Cómo así?

—¿En serio no te has dado cuenta de que siente algo por ti? Eso se ve a diez kilómetros, mujer.

—Son tonterías tuyas.

—Eres terca, siempre lo has sido. ¿No ves que vino con la guardia baja para entregarte flores?

Parecía cachorro de orejas caídas —dijo Raisa con voz risueña.

—No lo conoces, se hace el gentil para luego clavarte la daga por la espalda.

—O para clavarte otra cosa.

—¿Qué cosa? —dijo con absoluta inocencia.

—No, nada —dijo tomándola de las manos para sentarla en la cama—. Mira, yo sé que tienes miedo, pero creo que estás peleando contra la corriente equivocada. Víctor ha estado abogando por ti, él no quiere que vayas a verte con Pepillo Salcedo, pero debemos estar de acuerdo en que estás involucrada en una maraña de mentiras orquestada por esas mujeres, mentiras que se hicieron más grandes.

—Él es uno de ellos, ¿por qué debería de confiar en su palabra? Ya no puedo confiar en ninguno de ellos.

—Estás siendo injusta, porque “ellos” no son él, simplemente recibió una orden superior que te involucra, y ya sabes por qué. Él debe cumplir órdenes del superior, ¿qué querías que hiciera?

¿Revelarse?

—Trató de violarme ayer —dijo viéndola muy a los ojos como intentando encontrar excusas.

—Te forzó a besarlo. Claro, eso no fue de caballeros.

—Claro que no.

—Pero tampoco fue violación, fue solo un beso, un impulso de hombre enamorado y celoso —terminó con una risilla.

—¿¡Celoso de qué!?

—¿No le hablaste de su hermano fallecido? Según me contó Omar, Víctor estaba comprometido con Felippa. Víctor pertenecía a una clase social muy alta y allegada a la reina. Los Alcácer y la realeza siempre compartían entre sí. Gracias a eso, Felippa fue introducida a la corte de la reina y se hicieron amigas, pero lo enviaron a una misión en Sevilla, una revuelta en contra de la reina, lo dieron por muerto. Se dice que Felippa lloró como Magdalena. Solo dos semanas después se casó con Orlando en una ceremonia grande y lujosa en el castillo real, la familia de Felippa no quería perder la oportunidad de emparentar con los Alcácer, y ya que Orlando la buscaba no perdieron oportunidad. Algunos creyeron que se casaba una princesa, pues acudieron los más grandes de Madrid.

Cuando Víctor volvió se llenó de odio contra su hermano, tomó su rifle y cuando iba a salir en busca de Orlando, su madre murió de un infarto por la suerte de los hijos. Fue entonces cuando Orlando decidió alejarse un tiempo y salir de España a la misión de la Española. Los hermanos nunca más se volvieron a ver.

Reina quedó en silencio al escuchar aquello.

—Vaya tragedia —dijo pensativa—, ¿entonces por eso me contrató ella? Creyó que si descubría que su hermano le era infiel con una querida, eso le haría olvidar todo y la vería como víctima.

—Ahora entiendes, ese hombre trajo a Felippa a la isla con tal de no dejarla en España para que se viera con Víctor, o para que Víctor no la buscase. Lo cierto es que no soporta oír hablar de él siquiera en su muerte, y menos si la otra mujer de la que se enamoró también lo prefiere a él bajo todo concepto.

—¿Esa otra soy yo?

—No, querida, soy yo —dijo con sarcasmo.

—No, aun así no puedo siquiera pensar en un hombre que me haya tratado como me trató anoche. Lo hubieras visto, estaba fuera de sí.

—¿Te gustó, sí o no?

—¿Cómo dices algo así? Yo amo a Sergio y es con él con quien me voy a casar.

—Sergio ya se casó, no es algo seguro. Tienes a un hombre joven, adinerado y guapo a tu disposición, ¿y piensas en el Sergio que se casó con tu hermana?

—Pues sí, me iría hasta el fin del mundo con él.

—Tienes 27 años, Reina, ya no eres una jovencita que puede esperar y esperar. Se te puede ir el tren, tu belleza y juventud no te van a acompañar hasta la venida de Jesucristo. ¿Si no se te da lo que quieres, vas a volver con el viejo a ser esclava?

—Ya basta, basta.

Unos toques en la puerta las silenciaron.

—El patrón quiere verla —dijo Carmen del otro lado.

—Dígale que ya voy.
—Es ahora.
—¡Dígale que ya voy!

La mujer pareció alejarse de inmediato, pero Reina se llevó las manos a la boca después de gritarle.

—No debí gritarle así, estoy fuera de mí.
—¿A quién? ¿A esa vieja metiche? Deberías quedar de ojos bien abiertos con esa mujer.
—No quiero bajar con él —dijo con desespero.

Raisa se levantó, abrió la puerta y la sacó al pasillo.

—Pues vas a ir, tienen mucho de qué hablar.

Reina bajó los escalones queriendo volver sobre sus pasos, pero sabía que no valdría la pena. Lo encontró en el comedor sentado a la mesa con el ceño fruncido, cuando la vio se levantó de inmediato para sacar su asiento, ella agradeció el gesto a regañadientes a la vez que se sentía abochornada por aquel gesto. La mesa estaba puesta y llena de comida extravagante para alguien como ella, pero suponía que para él debía ser algo habitual.

—Disculpe si no invité a su hermana a comer, pero debemos de hablar sobre asuntos muy privados.
—Descuide —dijo poniendo los codos sobre la mesa.

Notó que se sentó sin poder evitar sonreír, de repente parecía más relajado, y fue entonces que la alta guardia de Reina se desvanecía a la vez que se cuestionaba aquello que le había contado Raisa. Ya no sabía si exageraba demás con él. Él empezó a comer y ella hizo lo mismo, se había olvidado de que le salvó la vida y eso ya era mucho decir, si en realidad aquel hombre estaba sintiendo cosas por ella, no quería ser injusta, pero tampoco quería darle alas. Ya no sabía qué pensar sobre nada, su cabeza era un lío. Tomó el pescado asado y lo desmenuzó para llevarlo a la boca, pero antes de comerlo miró a Víctor solo para notar que ahora estaba sonriendo con labios apretados a la vez que giraba la cabeza.

—No.
—¿No qué?
—No debe comer así a la mesa. Si tiene la oportunidad de cenar con Pepillo él se fijará en esos detalles.
—¿Quiere decir que soy una marrana? —dijo tratando de camuflar su vergüenza a la vez que tomaba los cubiertos.
—No, para nada, pero Pepillo es un hombre que sí se interesa por la distinción, todo lo que tenga que ver con la alta clase le atrae. Por eso nunca se le ha visto con campesinas...

Reina, llena de hartazgo, soltó de golpe los cubiertos sobre la mesa, Víctor se replanteó de inmediato.

>>Por supuesto, no apunto a que sea una campesina, pero...

—Soy campesina, tiene razón, no sé por qué me molesto, disculpe —dijo tratando de enmendar su sangre caliente.

No quería mirarlo siquiera, pero tuvo que hacerlo al notar que el silencio se prolongó. Encontró a Víctor observándola muy sorprendido.

—¿En serio es campesina?

Reina cerró los ojos al darse cuenta de sus palabras. Se le había olvidado que aún era la supuesta querida de su hermano, un hombre al que tampoco le gustaban las mujeres de clase baja.

—Bueno, es que... —dijo sin saber qué decir.

—Sí sé que Orlando se metía con prostitutas de vez en cuando, pero nunca me hubiese imaginado que se involucrase en serio con una campesina, no como lo leía en las cartas. Me decía que era una mujer muy refinada y bonita, de familia acomodada.

—Lo de “muy refinada” tal vez lo decía por cómo me veía —se apresuró a decir—, el hombre enamorado deja de ver muchas cosas. Los que tienen dinero son mi familia, no yo.

—¿Cómo puede ser? Si su familia tiene dinero, usted también ha de tenerlo, su hermana también parece muy refinada al igual que usted.

—Mi hermana sí es refinada, yo no, soy hija bastarda, nunca recibí una buena educación. Bueno, no recibí ninguna. Mi hermana fue quien me ayudó a leer y a escribir. Nuestro padre es un hombre muy rico, pero a la vez muy déspota.

—¿No la reconoció a usted?

—No, tampoco piensa hacerlo, solo trabajo para él —dijo maldiciéndose al darse cuenta de que se enjugó una lágrima. Aquello siempre la ponía muy sensible.

Sintió la mano de Víctor sobre la suya y tuvo que apartarla de inmediato. Se sintió terrible al saber que se estaba convirtiendo en una gran mentirosa. Mezcló su situación real con la ficticia, estaba segura de que pronto recibiría castigo divino, si es que ya no lo estaba recibiendo.

—Mire, haga esto primero. No ponga los codos sobre la mesa...

Observó a Víctor poner un pañuelo sobre su regazo, le mostró a tomar cada cubierto para cada plato y todo un abanico de protocolos que no creyó posibles. Mientras platicaban, cada vez más se sentía culpable por haberlo tratado con la punta del pie, creyó en su inocencia y esa realidad le cayó como un ladrillo en la garganta cuando se encontró sonriendo con sus anécdotas.

—¿Sabe? —dijo al terminar— Siempre pensé que mi hermano era de una forma, pero ahora me doy cuenta de que ni siquiera lo conocía.

—¿Por qué?

—Porque no creí que se enamoraría perdidamente de una mujer de origen humilde. Y veo que se enamoró de una buena mujer que sí lo amaba con locura —dijo con melancolía.

—¿Usted... todavía ama a Felippa? —dijo con cautela.

—Veo que hablasteis mucho sobre mí —dijo levantándose un poco molesto.
—No, no, es solo que...
—Venga conmigo —dijo dándole la mano.

Se dirigieron a la parte trasera y salieron al jardín. Reina apreció por un momento el verdor del pasto y los colores de las rosas, y el mar a lo lejos brillaba como cristales al sol.

—No quiero que Carmen nos escuche detrás de las paredes. Lo que voy a decirle es muy serio. No voy a mentirle, la misión de mañana podría fallar, y si falla la podrían ejecutar.

Reina sintió un ardor en el pecho con una mezcla de terror y rabia.

—¿Cree que no lo sé? Me van a echar a los lobos y a cruzar los dedos para que no me maten, ese es su plan.

—Yo estoy a cargo de ese plan, y voy a hacer todo lo posible porque salgamos airosos. Lo que usted va a hacer es hablar con Pepillo acerca del plan, y para eso debe llevarlo a un lugar discreto para platicar. Podrían pasar muchas cosas, podría pensar que lo engañan para probar su lealtad, así que deberá convencerlo mostrándole esto —dijo pasándole un anillo de oro con un discreto grabado de la corona española.

—¿Qué significa?

—Solo pocas personas tienen esto, son dados por la reina a sus hombres y damas de confianza, él lo sabe. Si por alguna razón se niega a ayudarnos, eso podría significar su muerte.

—Mi muerte —dijo sopesando la posibilidad.

—Pero un hombre de confianza estará cerca de usted para ayudarla a escapar si algo sale mal.

—Pero un hombre no es nada contra decenas de hombres armados —dijo con hastío— ¿Qué les hace pensar que Pepillo pueda estar interesado en ayudarles?

—Por muy patriota que suenen sus discursos, Pepillo es español, y mientras estuvo en España mostró bastante interés por formar parte de la caballería real. Más que eso, era un hombre muy ambicioso, y lo más alto es llegar a estar cerca de la corona.

—La reina —dijo en suspiro.

—Así es.

—Aun así, no entiendo el por qué deben enviar a una mujer, hay muchas formas de hacerle llegar el mensaje...

—¿Cómo cuáles?

Reina quedó sin habla, sabía que estaba dando largas a la posibilidad de ir allí, pero sabía que no habría elección.

—Como ya le dije, ya no sabemos de las intenciones de Pepillo, si está con la reina o con los rebeldes. Nos ha sido muy difícil llegar a él, ya que siempre está rodeado de su gente. Entre ellos hay un hombre muy intuitivo, se llama Gregorio Luperón.

—Sí, he leído sobre él.

—Pues debes estar atenta si está cerca, puede oler las rencillas desde lejos. Sé que todo esto puede asustarla un poco, pero...

—¿Un poco?

—... no será tan difícil como cree.

—¿Cómo sabe?

—Porque es mujer, y es bonita, eso baja las defensas de cualquier hombre. Ya verá que no durará mucho.

El que le recordaran constantemente que era bonita era nuevo para ella. Antes nadie se lo decía, pero intuía que dejar de vestir harapos a usar ropa bonita harían a cualquiera lucir mejor. Ni en un millón de años se hubiese considerado bonita, y ahora allí estaba recibiendo cumplidos de extraños, lo cual la hacía pensar si en verdad aquel hombre se hubiese fijado en ella si la hubiera conocido vistiendo harapos, porque el único hombre que sí lo hizo era Sergio. “Mi Sergio”, pensó con una sonrisa.

>> Esa sonrisa me gusta, le aseguro que todo saldrá bien.

—Sí —dijo ya harta y esperando a que terminara.

Estuvieron un minuto en silencio hasta que por fin se despidió de ella.

—Bueno, nos vemos más tarde —dijo alejándose.

—¿Qué pasará conmigo después?

—¿Cómo dice? —dijo volviéndose con el ceño fruncido.

—Cumpló con lo pactado, ¿y qué pasará después? ¿Quedaré libre para irme a mi casa? A fin de cuentas estaré en mi provincia.

Su expresión había cambiado de relajada a pasmado, y esa expresión no le gustó para nada.

—¿Es una sorpresa para usted? Lógicamente, si cumpló con lo pactado deberían dejarme libre, no quiero tener nada más que ver con ustedes.

—Bueno... eso se discutirá después.

—¿¡Qué!? ¿¡Cómo que después. Tienen que dejarlo claro!?

—Y va a quedar libre, pero lo hablamos después.

—¿¡Hablar de qué!?

Lo vio irse a toda prisa sin dar reparos en más nada, algo en ella quiso estallar por indignación, así que entró a la casa y lo siguió hasta plantarse frente a él para impedirle el paso.

—Por nada del mundo voy a arriesgar mi pellejo por nada, quiero mi libertad inmediata una vez concluida esta perorata.

—¿Qué le hace pensar que no obtendrá su libertad?

—Sí evasiva, por ejemplo —dijo con manos en cintura.

—Habla como si fuese una prisionera en esta casa, ¿tan mal la he tratado?

—No se trata de usted —dijo tratando de ser un poco más suave—, se trata de mí. No es por ser malagradecida, agradezco infinitamente el que me haya salvado la vida, pero tampoco es mi intención quedarme aquí.

—Pero yo quiero que se quede, no hay problema.

—Vamos a ser claros —dijo cruzándose de brazos—, ¿a cambio de qué?

—Pues sí, entonces podemos ser claros —dijo acercándose más a ella—. A cambio de que sea mi esposa.

Eso la tomó por sorpresa y tuvo que dar unos pasos hacia atrás como si le hubiese propinado una bofetada.

—¿Esposa? —dijo con garganta seca.

—Sí —dijo con aire resuelto—, quiero que sea mi mujer.

—¿Y me lo dice así como si nada?

—¿Cómo quiere que se lo diga? ¿Montado en unicornio con un coro de ángeles?

—No, ¿pero cómo se atreve a pedirme matrimonio?

—¿Por qué no?

—¡Era la querida de su hermano!

—Mi hermano está muerto y usted no era su esposa, ¿cuál sería el problema?

—Ni siquiera lo amo a usted.

—El amor va y viene, nada quita que se enamore de mí después, a fin de cuentas todas lo hacen.

No pudo evitar romper en carcajadas, era increíble como aquel hombre le parecía ridículamente egocéntrico y narcisista.

—Sucede, señor, que yo no soy todas, no soy como las demás mujeres que lo frecuentan.

—¿Por qué? ¿Está usted hecha con polvo de ángeles?

Reina tuvo que respirar profundo para conseguir calmarse.

—Mire, no me interesa casarme con usted. Una, porque no me interesa como hombre, y dos porque... —tuvo que frenar ante lo que iba a decir. ¿Cómo explicar que estaba enamorada de otro hombre que no era su hermano?

—¿Dos?

—No pienso casarme con nadie más.

—Entiendo, Orlando era el único hombre que podía desposarla —dijo con acritud.

—Así es, Orlando será el único hombre en mi vida, y ahora que ya no está, prefiero consagrarme a Cristo —dijo sin el menor reparo.

Lo vio salir sin decir más nada, subió a su caballo y arrancó a todo galope. Reina quedó viéndolo alejarse en el umbral de la puerta, preguntándose si no había sido muy dura.

Felippa salió al jardín para encontrarse con Onirys quien leía una carta mientras tomaba el té.

—Anoche no pude dormir —dijo nada más sentarse.

Onirys la miró, levantó la vista y la miró con jocosidad al extenderle la carta.

—Es la plañidera, dice que no va a irse en la carrera que le mandamos para irse a su mugrosa provincia.

—¿¡Cómo!? —dijo leyendo con avidez— ¿Qué se marcha mañana por asuntos ajenos a su voluntad? ¿Qué asuntos puede tener una plañidera?

—¿Cómo voy a saber?

—No me gustan esos misterios —dijo dejando la carta sobre la mesa con cara pasmada.

—Creo que tiene que ver con eso que hicieron los tres en el despacho —dijo pensativa.

—Cierto, ¿qué habrán querido hablar tu marido y Víctor con ella a solas? Eso no pudo salir de mi cabeza en toda la noche. ¿No le pregunté a tu marido?

—Él no suelta asuntos así de fácil, es hermético en muchas cosas, las más herméticas conciernen a todo lo que tenga que ver con su trabajo.

—¿Trabajo? ¿Qué trabajo puede haber que concierna con ella?

—Es lo que debemos averiguar —dijo tomando el té con toda la calma.

Felippa la miró con acritud y consternación.

—Me prometiste que harías lo posible porque Víctor esté conmigo, pues han tres días que llegó y no parece querer nada conmigo.

—¿Cómo dices? —dijo abanicándose mientras la veía con ojos penetrantes— ¿Crees que soy bruja, una casamentera, o qué? Dije que voy a hacer lo posible, lo tuyo con ese hombre no es cosa fácil, sabes por qué. De igual forma no lo hago gratis.

—Sí, lo sé —dijo mirando a otra parte.

—Ya te he dicho que quiero salir de aquí, quiero llegar a España y llegar a la reina, tú eras una de sus damas de honor, así que espero que aún tengas esa influencia.

—Nunca te he preguntado, ¿qué es lo que quieres lograr con eso? Ser dama de la reina tampoco es nada comparado con ser esposa de un general de la reina misma.

—Eso lo puedes decir tú que naciste en cuna de oro, lo mío es llegar a lo más alto, ¿y qué puede ser más alto que Dios y la reina? No llegué donde estoy hoy codeándome con los más pequeños.

—Pero tu esposo conoce muy bien a la reina por igual.

—¿Quieres deshacer el trato o vas a seguir cuestionando?

—No, disculpa.

—Tú cumple con tu parte, y yo con la mía. Tendré que enviar a alguien para que averigüe qué están planeando.

—¿Qué pasa si la plañidera abre la boca o no sale de la casa de Víctor?

—¿Qué pasa con los que no obedecen? Cosas malas.

—¿Mandarla a matar otra vez? —dijo en voz baja.

—No, eso fue demasiado, no puedo ser tan radical y cruel, hay un dios en el cielo. Pero sé sería perfecta como esclava en el extranjero.

Mientras la noche caía y los grillos cantaban, Reina no paraba de mirar por la ventana con el ceño fruncido.

—¿Todavía preocupada? —dijo Raisa entrando al cuarto.

—¿Preocupada por qué?

—Tú sabrás —dijo sentándose en la cama— ¿Qué pasó entre ustedes?

—Me pidió matrimonio.

—¿Y lo dices así!? —dijo levantándose de golpe— ¿Dijiste que sí?

—No, y ya sabes por qué.

Raisa la miró anonadada mientras giraba la cabeza de indignación.

—A veces no creo que seas mi hermana, ¿cuán ciega puedes ser?

—¿Se te olvida que él cree que soy otra persona? Es un hombre que le tiene envidia a su propio hermano aun después de muerto, no dudo que quiera tenerme solo porque cree que estuve perdidamente enamorada de él, quiere demostrarse que pudo poseer algo que era de Orlando, así como le quitó a Felippa. Es gente enferma, quiero alejarme lo más que pueda de estas personas.

—Estoy segura de que si le explicas a tiempo lo va a entender.

—¿Entender qué? Pareces no entender la gravedad del lío en que estoy metida. Y es más, tú deberías salir del paso para que no te ligen conmigo por si pasa cualquier cosa.

—Paranoica es lo que eres. Pero si te vas mañana me voy contigo a San Francisco.

—¿Y te vas vestida así?

—¿Cuál sería el problema?

—Que allá te conoce medio pueblo, y ya sabes lo que puede pasar.

—Pues que pase lo que sea, no me voy a esconder más.

—¿En serio piensas vivir entre el pueblo así? Ellos no van a entender.

—No pienso vivir ahí, solo voy de paso contigo, en cuanto podamos librarnos de todo esto te llevo conmigo a Francia.

—¿A Francia!?

—No pensarás que nos quedaremos aquí, las cosas se van a poner más feas. Hasta puede que te encuentre a un gran aristócrata francés.

Reina tuvo que tomar asiento mientras pensaba en la posibilidad.

—¿Irme de mi tierra? Lo llegué a pensar mientras vivía con el viejo y leía aquellos libros. Pero no podría ir a ningún lado sin Sergio, mi futuro está con él.

Raisa la miró con cara de hastío sin decir una palabra más, en ese momento oyeron caballos acercarse y fueron a ver por la ventana. Vieron a Omar bajar del carruaje mientras cargaba a Víctor de un hombro. Ambas bajaron a toda prisa y los vieron justo entrar al salón, Víctor apenas podía mantenerse en pie mientras era arrastrado.

—¿Qué le pasó? —dijo Reina sin poder ocultar la preocupación.
—La bebida. Bebió y bebió hasta quedar así —dijo Omar casi arrastrándolo por las escaleras—
¿Dónde queda su cuarto?
—Ayúdalo —dijo Raisa casi empujándola.
—Yo le indico —dijo Carmen apareciendo de entre las sombras como de costumbre.
—Ya lo llevan, gracias —dijo Raisa casi pellizcándola para detenerla.

Reina subió deprisa y lo guio hasta la puerta, la abrió y le dio paso a la oscura habitación, buscó a tientas en la mesita y tomó el mechero para encender el candelabro. Omar dejó caer a Víctor en la cama como si fuera un costal de papas, pero ella se dedicó a ver cuán grande y lujoso era aquel cuarto comparado con los otros. La voz de Omar la trajo de vuelta.

—No creo que despierte hasta mañana, pero creo que hay que atenderle la calentura.
—¿Calentura? —dijo ella aproximándose para tentar su frente— ¡Este hombre está ardiendo!
—Trabajé así todo el día hasta que quiso que fuéramos al bar a eso de las 8, no pude hacerlo cambiar de idea.
—¿Beber por qué?
—¿Por qué? ¿En los hombres eso acontece casi siempre cuando hay desamor? —dijo mirándola fijamente.
—Pues vaya forma, tienen ustedes de perder el juicio.
—Yo cumplí con traerlo, buenas noches.
—Vamos.
—¿A dónde?
—Voy con usted abajo —dijo mirándolo sorprendido.
—Parece que no entiende —dijo sonriendo incómodo—, este hombre precisa de cuidados, se mojó anoche y sus defensas están por el suelo. Su padre murió de fiebre alta.
—¿Y yo que pinto aquí? Hay que llamar a un médico entonces.
—Es solo bajarle la calentura por unas horas, unos paños fríos lo ayudarán.
—Carmen puede...
—Señorita, no le voy a mentir, este hombre se pasó horas hablando de usted en el bar, es más que claro que ese desamor es usted. ¿Puede demostrarle al menos alguna gentileza?

En el fondo lo sabía, pero no lo quería admitir, la sola idea la dejaba apavorada, lo miró en la cama y se sintió más incómoda aún. No quería quedar a solas con él bajo ninguna circunstancia, pero igual sentía que le debía la vida y mucho más.

—Cuando baje dígame a Carmen que me traiga agua fría y paños de algodón, por favor.
—Se le agradece, madame —dijo mientras salía.

Reina se aproximó a él y le quitó aquellas botas grandes y pesadas, lo tomó por el torso y tuvo que abrazarlo para subirlo decentemente y lograr quitarle la gabardina. Mientras tiraba para sacar su mano izquierda, su cabeza cayó justo en sus pechos casi desnudos, pudo sentir su boca jadear aire caliente una y otra vez. Tuvo que tomarlo del cuello y llevarlo hacia atrás para poder quitárselo de encima

Cuando sacó la gabardina su cuerpo cayó atrás, la cinta de su cola se deshizo y su melena quedó desparramada por la almohada, con aquello y su barba de dos días no pudo evitar compararlo con Cristo. Acto seguido tuvo que abrir su camisa, pero con cada botón sus dedos no paraban de temblar, cuando iba por la mitad quedó sin aliento, todo se descubrió dejando al descubierto unos pechos prominentes y un abdomen semejante al lavadero de piedras que solía usar en el río, el sudor escurría por su pecho bajo la anaranjada luz del candelabro. Tuvo que detenerse y levantarse de golpe para abrir la ventana y respirar a fondo.

—No puedo —se dijo a sí misma.

En ese momento entró Carmen con una tinaja, una vasija y unos paños que puso sobre la mesa de noche, para Reina fue como ver a Cristo vivo entrar por la puerta.

—Carmen, gracias a Dios que viene, por favor, ayúdeme con...

—No puedo, tengo cosas que hacer —dijo dándose la vuelta.

—Pero... ¿qué más importante que la salud de su patrón?

Ella volteó para verla sin muchos ánimos.

—Mire, señorita, si usted está aquí tampoco es de gracia, me pagan para cuidar la casa y las órdenes directas del patrón, pero usted como querida debería atenderlo usted.

Reina se aproximó y le pegó una tremenda cachetada que hizo resonar la habitación, Carmen la miró con poca sorpresa.

—¿Querida yo? ¿Le he dado algún motivo para caerle así de mal!?

—No me sorprende —dijo con repugnancia—, así son las de su clase sin importar cuan finas aparenten ser. Fui especializada para servir a gente de clase, gente fina, y no a vagabundas.

—Salga de aquí antes que le saque las greñas —dijo con ira contenida.

—No hace falta —dijo girando para irse.

—Y para su información, mañana mismo me voy de aquí, no tendré que verle la cara nunca más.

—Dios escuchó mis plegarias —dijo cerrando la puerta.

Cuando se quedó a solas con él, el peso de la situación la volvió a inundar. Empezaba a balbucear cosas que no lograba escuchar bien. Respiró profundo y se dignó a quitarle la camisa lo más rápido posible. Empezó a humedecer paños y ponerlos en su frente, pecho, y a pasar constantemente humedad fresca por todo el torso, aquella práctica no la ayudaba a respirar con normalidad, se sentía como correr una maratón.

De repente volvió a escuchar los balbuceos, al estar más cerca tuvo que inclinarse para oírlo.

—Reina —dijo con pocas fuerzas.

—Estoy aquí, señor.

—¿Qué le he hecho, Reina?

—No me ha hecho nada, señor —dijo preguntándose si ya estaba recuperando la consciencia.
—No se vaya, Reina, deje a Orlando, venga, venga, venga...

Aquello la asustó y a su vez no pudo evitar sonreír, no sabía si era por placer, jocosidad, o por la peligrosidad que aquello podría representar. No podía evitar sentirse confundida por sus sentimientos. Por un lado, sabía que no debía permitirse tener una relación con aquel hombre. Pero por otro lado, no podía negar la atracción que empezaba a sentir por él. Se preguntó cómo podría manejar esa situación tan complicada. Debía regresar a San Francisco de todos modos, tenía una vida muy diferente a la suya, y tenía a un hombre que la amaba, aunque se había casado con su propia hermana.

Pero ahora estando allí no podía mentirse por lo que empezaba a surgir entre ellos, se sentía como si una flor estuviera abriéndose en su pecho. ¿Realmente aquel hombre la quería de esa manera? Hace pocos días solo tenía ojos para Sergio e intentaba bloquear cualquier cosa que la hiciera pensar diferente. Si amaba a aquel hombre, no lo sabía con certeza aún, y tampoco quería averiguarlo. Después de seguir horas pasando paños húmedos en su cuerpo, el sueño la venció, se sentó en el sofá de enfrente y sucumbió al sueño.

—¡Corred, corred!

Reina abrió los ojos de golpe y vio a Víctor hablar improprios a ojos cerrados mientras se sacudía en la cama. Se levantó de inmediato y trató de despertarlo.

—¡Señor, señor, despierte...!

Víctor empezó a abrir los ojos y la miró con estupor, tras mirar a su alrededor empezó a incorporarse.

—¿Qué aconteció?

—¿No recuerda que llegó borracho anoche? También tenía una fiebre muy alta que tuve que bajar.

—¿Usted aquí toda la noche? —dijo con media sonrisa.

Ella miró por la ventana y se dio cuenta de que efectivamente los rayos pálidos y anaranjados ya entraban al cuarto, y los pájaros empezaban a cantar.

—No me di cuenta de las horas.

—Debo agradecerle —dijo tomando su mano para besarla y acariciarla.

Ella retiró su mano de inmediato como si el solo toque la quemara.

>>Me imagino lo difícil que debió ser para usted tratar con un borracho toda la noche.

—No tanto, me ha tocado hacer de enferma muchas veces en el lugar donde vengo.

—Me imagino, tiene unas manos mágicas.

Hubo un silencio entre ambos, por alguna razón no pudo dejar de verlo a los ojos, unos ojos que

parecían más verdes a la luz del sol que golpeaba su cara, era como si los ojos de ambos fueran dos imanes que se atraen. Cuando se dio cuenta de que él empezaba a acercar su cara a la suya, ella se apartó.

—Hoy es el día —dijo para romper el silencio.

—¿El día?

—Sí, hoy debo marcharme a San Francisco de Macorís.

—Entiendo —dijo cabizbajo al caer en cuenta.

—Ya no tiene más fiebre —dijo tras poner la palma en su frente—, será mejor que vaya a bañarse para quitarse la pesadez restante.

Se levantó y tomó los paños para ponerlos en la bandeja, tomó la tinaja y le dio la espalda para ir al retrete y vaciar el agua. Un dolor que no entendía empezaba a surgir en su pecho nueva vez. ¿Realmente quería irse para no volverlo a ver? Se decía que todo aquello sería pasajero, pues estaba segura que sus sentimientos eran por algo más que amor.

Unas lágrimas brotaron hasta sus mejillas y se maldijo a sí misma, lo último que quería era que aquel hombre la viera así.

—¿Reina, está bien?

Ella dio un respingo al saber que estaba detrás en la puerta, se llevó las manos a los ojos para limpiarlos con disimulo, pero la vergüenza no la dejaba voltear para evitar que la viera así.

—Estoy bien, tengo una basura en el ojo.

—Deje ver si la puedo ayudar.

Al voltear pegó un tremendo grito, sus ojos se fueron directo a su ingle totalmente desnudo.

CAPÍTULO 6

Se llevó las manos a la cara para tapar sus ojos ante la risa constante de aquel hombre.

—¿¡Qué le parece divertido!?

—Pensé que me había dicho que había hecho de enfermera en el lugar de donde viene, ¿nunca vio a un hombre desnudo?

—¡En mi vida jamás!? ¿Cómo puede tener tan poca vergüenza de andar así?!

—¿Vergüenza por qué? Estoy en mi cuarto y en mi baño.

No pudo evitar abrir la rendija de sus dedos para mirar aquello. El bochorno y la humillación de su risa insistente la hicieron salir corriendo de allí.

Entró como rayo a su cuarto y cerró la puerta de golpe. Raisa, quien ponía su ropa en la maleta, se detuvo al verla con ojos grandes.

—Parece que viste al diablo.

—¡Y así fue, ese hombre es el diablo! —dijo tratando de respirar normal.

—¿Qué te hizo? —dijo acercándose para verla con seriedad— ¿Te hizo algo?

—Después que me pasé toda la noche cuidando a ese arcaico, ¿sabes qué hizo? ¡Se desvistió en frente de mí!

Raisa dejó la seriedad atrás y empezó a reír a carcajadas.

—¿Y saliste corriendo?

—¿Qué querías que hiciera? ¿Cómo puede faltarme así al respeto así!?

Se dejó caer en la cama con gesto de rendición mientras mil cosas aún pasaban por su cabeza.

—Bueno, solo era un hombre desnudo, no es el fin del mundo, además, era su cuarto. Ya sabes, su cuarto, sus reglas. O más aún, su casa, sus reglas.

—¿Y eso le da derecho a humillarme así? Soy una dama.

—Y él un caballero.

—Arcaico.

—Y caballero. No te tocó ni te obligó a nada, estaba en su cuarto... Sé que eres doncella, pero yo no, tengo experiencia, y créeme cuando te digo lo que te digo. Caballeros hay pocos, animales salvajes disfrazados de caballeros los hay muchos.

—No puedo creer como lo defiendes.

—Eres criolla en territorio español, si quisiera poseerte hace rato lo hubiese hecho sin consecuencias, y oportunidades ha tenido muchas.

—No me asustes —dijo mirándola con ojos grandes.

—No, si vieras lo que otros hombres son capaces de hacer, no te asustarías, te morirías. Este

hombre te ha tratado como reina, pero tú no lo ves, y ahí quieres volver arrastrándote ante el otro que ya se casó con tu hermana.

—No me hables más de eso.

—Burra es lo que eres —dijo volviendo a doblar su ropa—. ¿Y... cómo era aquel asunto?

—¿Cuál asunto?

—Su... ¿ding-dong?

SAN FRANCISCO

Sergio caminaba por los balcones del palacete en busca del hombre que se encontraba de espaldas mientras se fumaba un puro.

—Presidente, la comitiva ya llegó.

El hombre se giró para verlo con sorpresa y desdén.

—¿Hoy? ¿No saben qué es mi día?

—Sí, señor, pero dicen que es importante.

Se tomó su tiempo para dar otras bocanadas a su puro y accedió a acompañarlos.

—Vamos a ver qué quieren los niños estos.

Mientras caminaban por los pasillos, Sergio se sentía más incómodo, las cosas iban de mal a peor y aquel hombre parecía no verlo. Ser su mano derecha se convertía cada vez más en algo imposible.

Al abrir las puertas del despacho lo esperaban 6 hombres rodeando el escritorio y la silla vacía, era una sala pequeña así que parecían un poco apretados, todos miraron al presidente con aquella mirada particularmente fría pero a la vez cubierta de formalidad. Sergio se preguntaba si alguna vez el presidente sabía que aquellos hombres le tenían cada vez menos paciencia. Un hombre gordito y bajo lo saludó primero, seguido del segundo hombre vestido de militar en la sala a pesar de él.

El militar era un joven en sus veinte, era el único que parecía no sonreír, le sacaba 3 cabezas al presidente, y parecía muy intimidante como solo él.

—En mi día de fiestas vienen aquí a perturbar mi mañana cuando dije explícitamente que no quería saber de trabajos hoy —dijo el presidente nada más sentarse.

—Perdón, señor presidente, pero... —dijo el gordito un tanto abatido.

—Cuando hay problemas mayores, una fiesta vale menos, incluso si se trata del cumpleaños del presidente —dijo el militar sin titubeos.

—He trabajado duro, sin días ni noches de descanso por meses, hasta el presidente merece descanso.

—No hay descanso cuando una guerra civil está activa, no debo recordarle que es el presidente quien debe velar por su gente hasta el último aliento —dijo el militar.

El presidente sonrió y se recostó en el asiento, viéndolos a todos como si le hubiesen contado un

chiste.

—¿De qué coño se trata?

—La reina puede traer más hombres y atacar con más fuerza, después de la muerte del teniente general que matamos por Capotillo.

—¿Y qué sugieren?

—Eso le preguntamos a usted, señor. ¿Qué hacemos?

—Por ahora nada.

—¿Nada, señor?

—Es mi cumpleaños, por lo tanto, no se hará nada más que disfrutar del puro día, estamos ganando la guerra, así que...

—Nunca debemos cantar victoria antes de tiempo, señor —dijo el militar.

El presidente golpeó los puños sobre la mesa y se levantó furibundo.

—Me interrumpe una vez más, Luperón, y le mando a cortar la lengua y el orgullo entre sus piernas, ¿estamos?

—Sí, señor —dijo el militar rígido como piedra.

El presidente salió del cuarto y Sergio tuvo que seguirlo, caminaron por los pasillos sin decir nada hasta bajar al primer piso que estaba ya siendo decorado. Estatuas de mármol estaban siendo colocadas en los lugares más visibles, pero discretos, la comida ya empezaba a oler y la servidumbre aumentaba de número por aquí y por allá.

—No crea que existe peligro, solo quieren joderme, volverme loco.

—Entiendo, señor.

—Con esta gente hay que ser como las hembras, resistir hasta el final. ¿Está casado, Nazario?

—Sí, señor.

—Pues debe saber de lo que hablo —dijo volviendo a encender un puro, inhaló el humo y lo echó en su cara sin darse cuenta siquiera solo para seguir hablando.

Sergio se limitó a toser un poco y a fingir que escuchaba a aquel paria, lo cierto es que solo quería vaciarle su fusil para que callara de una vez.

—Pido permiso para ausentarme, señor.

—¿A dónde va? —dijo sorprendido.

—Tu hombre ha montado guardia toda la noche y no te has dado cuenta —dijo una guapa mujer trigueña apareciendo por detrás, miraba al marido con ojos filosos.

—¿Estás cansado? —le preguntó a Sergio ignorando a la mujer.

—Bueno, señor, debo...

—¿Qué parte de “montado guardia toda la noche” no entiendes? ¿Crees que tienes hombres de piedra? —dijo la mujer con furia contenida.

—¡A ti no te pregunté, mujer!

—Puedes irte, Sergio —dijo ella tratando de recuperar compostura.

Cuando el marido le propinó una fuerte bofetada a la mujer, el sonido se escuchó por toda la sala, los trabajadores se congelaron al ver el pleito, pero este acto no sorprendió a Sergio.

—¿¡Quién eres para gobernar a mis hombres!?

La mujer le devolvió la bofetada y se marchó con ojos rojos.

>>Sérgio, te espero esta noche, ven con tu mujer —dijo antes de seguirla.

Sergio se apresuró a salir, solo contaba los días para librarse de todo aquel infierno que vivía.

No tardó mucho en llegar a su casa, entró cabalgando por el gran portón con ojos hinchados del sueño. Nada más amarrar al animal, apareció Esther cruzada de brazos.

—Otra vez haciendo guardia toda la noche.

—Sí —dijo entrando a la casa sin siquiera voltear a verla.

—Sigo pensando, ¿cuál es la necesidad de que trabajes así? Tu papá es rico, fácilmente puede pagar un dineral a esa gente para que te dejen en paz.

—Tengo un deber con mi país, es algo que tú no entenderás —dijo yendo a la cocina para tomar un vaso de leche.

—¿Un deber? ¿Cuál deber? ¿Estar en contra de la reina? Sabes que si envían a hombres de refuerzo y retoman todo el control los van a matar a todos, eso te incluye...

—Pues qué mujer de poca fe —dijo terminando la bebida para subir los escalones.

—¡Estoy hablando contigo, Sergio!

—Y yo tengo que irme a dormir —dijo sin prestarle mucha atención.

—¡No voy a quedarme viuda tan joven por tu culpa!

Ella lo siguió escaleras arriba hasta el cuarto.

>>Dime la verdad, ¿estás así por ella?

—Mujer, solo quiero dormir —dijo ya desvestiéndose.

—No me tocas, no me hablas, ¿tomaste ese trabajo para permanecer lejos de mí? Te conozco, no eres el mismo desde que esa mujer se fue.

—Esa mujer es tu hermana, y deberías estar preocupada por su desaparición.

—Desaparición, ¿¡cuál desaparición!?! Dejó una carta donde decía explícitamente que se iba con quién sabe quién, ¡se fue por la ventana el día de mi boda!

Ante aquel desborde de veneno, él la miró por primera vez, pero con ojos fríos y cortantes. Se terminó de desvestir y se echó a la cama.

—Yo no me casé para esto, Sergio, no me lo merezco. Me dejas todo el tiempo en la casa y nunca salimos.

—Estás invitada a la fiesta del presidente esta noche, pero como no te cae bien...

—¿¡Me invitó el presidente!?

Se abalanzó sobre la cama para llenarlo de besos y salir corriendo como procesa.

Reina y Raisa salieron al exterior, un carruaje estaba apostado esperando mientras dos hombres subían sus maletas.

—¿Qué se siente volver a tu casa? —dijo Raisa.

—No sé cómo me siento, no estoy completamente libre hasta hacer ese trabajo —dijo mirando con recelo a los dos guardias vestidos de civiles que iban con ellas.

—¿Y qué pasó anoche? —dijo de repente.

—¿Pasar qué? Me dejaste con ese hombre cuando debiste ayudarme —dijo abanicándose.

—Te veo sofocada —dijo con ojos filosos— ¿pasó algo? ¿Algo que te haya dicho, o... algo que viste?

—¡Respétame, soy tu mayor! —dijo por lo bajo.

—Entonces pasó algo —dijo tratando de parecer seria.

—Lo cuidé toda la noche como buena cristiana, como Dios manda. Luego, cuando amaneció fui a echar el agua febril al baño, cuando volteé, el muy sinvergüenza me había seguido hasta la puerta como Dios lo trajo al mundo, dizque porque ya se iba a bañar.

Raisa rompió en carcajadas mientras se esmeraba en no alzar la voz ante los hombres.

—¿Y qué pasó?

—¿Qué iba a pasar? Salí corriendo. ¡No tiene respeto por las señoritas!

—Bueno, estaba en su cuarto...

—Esa fue su misma excusa barata, ¿esa es razón para encuerarse ante una doncella? Lo bueno de todo esto es que... no lo volveré a ver.

—Pues eso va a tener que esperar —dijo alguien cerca de su oído.

Reina dio un respingo, al voltear se llevó tremenda sorpresa al ver a Víctor.

—¿Esperar por qué? Hicimos un trato.

—Sí, y sigue en pie, pero yo la voy a acompañar a San Francisco. Debo garantizar que todo sea un éxito.

Lo miró detenidamente, traía ropa de civil, había amarrado su melena en una cola, y traía sombrero y gabardina de trabajador común de la clase media. Algo en ella despertó, era la primera vez que lo veía sin aquel uniforme que le recordaba lo distante que eran sus mundos. Y a la vez volvió esa sensación en el pecho cada vez que aparecía, y el que la mirase directo a los ojos, como desnudando su alma, no ayudaba en nada.

—¿Es necesario eso? —dijo abanicándose tras un suspiro.

—Si de ello depende gran parte de mi misión, pues sí —dijo abriendo el carruaje para que entrase.

—Pero... Yo ya voy con...

Al voltear maldijo por dentro al ver a Raisa entrar a otro carruaje cercano. Comenzaba a pensar que estaba confabulada con él. Pero sin más, tuvo que entrar a regañadientes. En cuanto él subió y cerró la puerta, el carruaje entró en marcha.

Reina solo se dignaba a ver por la ventana, sus manos enguantadas estaban empapadas de sudor. Justo cuando pensó que no lo volvería a ver, y que estaría libre de culpas por la mentira en que vivía últimamente, él se aparecía para prolongar su agonía. Salió de sus pensamientos al sentir su mano tocarla.

—¿Diga?

—Veo que está preocupada. Le pregunté qué cuáles son sus planes una vez cumpla la misión.

—¿Para qué le voy a decir? Es muy mi vida —dijo tratando de apartarlo lo más posible.

—Lo digo por muchos motivos, el peor de ellos es si su gente se da cuenta de sus favores a la corona. No quiero asustarla, pero igual me preocupa su seguridad.

—Por favor —dijo tras una risilla—, si le preocupase en algo no me haría hacer esto en primer lugar, y no quiero discutir de si estuve dispuesta a hacerlo por su hermano, es muy mi vida.

—Yo podría ayudarla, podría pasar un tiempo en Madrid hasta que las aguas se calmen mientras recuperamos todo el territorio. Y sí me preocupa, en parte voy con usted para garantizar su seguridad.

—Más bien su misión, no me engaña. Solo voy, le doy el mensaje al presidente y ustedes se olvidan que existo, es lo que deseo. ¿Usted va a estar conmigo en esa fiesta?

—Claro, hasta asegurar que dé el mensaje.

—Habrán muchos hombres de la revolución, tiene un fuerte acento, es solo escucharlo para saber que es español, y por su altura y porte no dudarán en pensar que pertenece a la milicia, he oído que saben detectar.

—Veo que no es tonta. Estaré en bajo perfil como su guardaespaldas, dirá que soy mudo y que soy de Santiago.

—Bueno...

—No van a ahondar tanto, será una fiesta, habrá alcohol, música, mujeres en las cuales fijar atención. Un hombre en las fiestas no se reconoce ni a sí mismo ni está interesado en nada más que su diversión.

Poco a poco la ciudad se fue transformando en páramos boscosos, una rápida vista le hizo ver el carruaje volcado en el que se iba la primera vez, eso bastó para helarle la sangre. Cuando sintió su mano sobre la suya no se había dado cuenta de que temblaba.

>>Tranquila, nadie va a venir para una emboscada, no voy a dejar que nada malo le pase. ¿No confía en mí?

Ella lo miró a los ojos con más alivio del que quería admitir, lo cierto era que su presencia sí le traía tranquilidad. El que matara a esos hombres en un abrir y cerrar de ojos para defender su vida era garantía de que hablaba en serio.

—Gracias —fue lo único que pudo decir.

—Es un placer. Ahora, quiero que escuche atentamente lo que hará en la fiesta, y podría pasar.

El viaje transcurrió sin contratiempos mientras ambos se ponían de acuerdo; habían planeado cada detalle hasta el cansancio; pero aun así, Reina no le veía mucho sentido a algo que podría ser sencillo. Horas más tarde, abrió los ojos con un sobresalto mientras era sacudida, encontró a Víctor sonriendo de oreja a oreja como si alguien le hubiera contado un gran chiste, lo cual era extraño porque sonreír no era un hábito en ese hombre.

—¿Cuánto tiempo dormí? No me di cuenta.

—Tres horas seguidas —dijo abriendo la puerta para bajar, luego le brindó la mano, pero ella decidió bajar sin su ayuda al notar que seguía sonriendo.

—¿Acaso se está riendo de mí?

—Claro que no, en fin, ya llegamos.

Al mirar el lugar sintió un vuelco en el pecho, había vuelto a su casa, si es que la podía seguir llamando así. Pero al mirar a Víctor otra vez lo sorprendió con los labios muy apretados mientras se ponía cada vez más rojo. Ella paró de caminar en seco bastante irritada.

—Entonces se ríe de mí, ¿acaso estuve roncando? —dijo con el corazón en la mano.

—No, más bien estuvo llorando —dijo dejando ir la risa.

—¿Llorando?

—Llorando, sí, al principio sentí mucha lástima porque pensé que lloraba por alguna pérdida, pero luego la lista de nombres siguió y siguió. Facundo, Pedro, Caridad..., pensé que usted no tendría tantos muertos para llorar, ¿o sí?

—No, claro que no —dijo asustada por lo que pudo haber dicho.

—Ajá, entonces esa forma de llorar suya fue demasiado, y ¿quién llora así mientras duerme? Se hubiera escuchado...

—¡No soy un bufón, basta ya!

—Vale, vale —dijo respirando hondo mientras reacomodaba su cara descompuesta.

Sí, estaba molesta, pues no le gustaba ser tomada como burla, pero, por otro lado, estaba más aliviada por él; pues entendía cuánto un militar de guerra necesitaba reír, el que no lo hiciera desde que lo conoció ya le preocupaba, y aún luego de conocer su historia, la guerra y la tragedia familiar no eran cosas fáciles. Por lo menos le demostró que había alma tras esa fachada.

Cuando el carruaje de Raisa llegó a los pocos minutos, Reina se dio cuenta de algo, miró a Víctor con cara de preocupación.

—A dónde nos vamos a hospedar, no puedo volver a mi casa con todas estas maletas... y esta ropa. Mi padre pensará que estuve trabajando de querida o que estuve en un burdel.

—No tiene que ir a su casa, nos hospedamos en algún hotel.

—¿Un hotel? —dijo sin poder evitar una burla.

—¿Hotel qué? —dijo Raisa reuniéndose.

—Este hombre dice que nos hospedaremos en un hotel.

Raisa no pudo evitar reír.

—Aquí no hay hoteles, señor Víctor, solo hay mazmorras, y créame que no le van a gustar.

—¿Qué tan difícil puede ser?

—¿Quiere salir oliendo a heces?

—En la guerra he estado en lugares que las damas no se imaginan, pero bajo ningún concepto las voy a instalar en una mazmorra, no.

—No se sienta con el deber de protegernos, señor Víctor, al contrario, estamos en nuestra ciudad. Vamos al rancho.

—¿¡A cuál rancho!? —dijo Reina.

—Al que crecimos tú y yo —dijo sin la menor preocupación.

—Reina me dijo que...

—Reina no sabe nada, yo también soy dueña del rancho del vejestorio de mi padre, así que nos vamos a trasladar ahí todos.

—¿Tres hombres y dos mujeres?

—El rancho es grande.

—Raisa, no puedo presentarme con toda esta ropa y estas maletas en casa del viejo.

—¿De pronto te importa lo que piense? Si quieres dices que yo te las compré y listo —dijo volviendo a subir a su carruaje.

Cuando estuvieron a solas descubrió a Víctor mirándola con el ceño fruncido.

—No estoy entendiendo, ¿por qué encontraría extraño su padre que tenga usted ropa bonita?

—Digamos que soy la hija bastarda, hija de una negra que a su vez tenía una madre esclava. Y como tal, para el viejo solo fui una esclava más. ¿Por qué?

—Mi hermano me decía otra cosa, que usted venía de familia muy acomodada, hasta tenía sirvientes a disposición, pero que a usted no le importaba perder todo eso con tal de ayudarlo.

Reina se mordió la lengua. ¿Cuántas cosas le había contado su hermano sobre una mujer que no era ella? Quedó petrificada sin saber qué decir mientras la escrutaba con aquellos ojos filosos.

—No, yo... —dijo aclarando su garganta— yo nunca fui rica, él me conoció usando lo que mi hermana me regalaba.

—O sea, ustedes no se conocían realmente —dijo cruzándose de brazos mientras se mostraba perplejo e interrogante— Eso es muy raro, ¿entonces usted lo engañaba?

—No, no lo engañé... —dijo queriendo ser tragada, detestaba estar entre la espada y la pared.

—¿Entonces por qué le hizo pensar que era adinerada? ¿Qué buscaba?

—No buscaba nada, Orlando sabía de mis orígenes, si te mintió no es problema mío.

—¿Y por qué habría de mentirme con eso?

—No lo sé, ¿por qué habría de mentirle a usted sobre mis orígenes? ¿Por qué no le contó que era negra, y para colmo, pobre?

Con alivio lo vio debatirse en pensamientos unos minutos, Reina quería arrancarse la lengua, ya sentía que Dios le tenía un caldero hirviendo en el infierno por hablar tantas mentiras mientras usaba la memoria de un fallecido.

—¿Qué esperan?! —dijo Raisa desde su carruaje que ya retomaba la marcha.

Él la ayudó a subir sin decir una palabra más, estaba muy inquieta al no saber qué estaba pensando. ¿Le había creído o ya tenía más dudas sobre quién era ella? Le urgía que aquel día terminara para que él se fuera y no se volvieran a ver, quería volver a sentirse libre.

—Nuestros padres eran muy clasistas —dijo de pronto—, eran muy amigos de los Borbón, eso de un modo u otro les daba estatus, y el estatus era todo para ellos. Nuestros antepasados tenían muchos esclavos negros, no se llevaban bien con los negros.

—¿Por estatus?

—Sí —dijo con labios apretados.

—¿Y usted qué piensa sobre eso?

—No lo pensé antes, pero lo he estado pensando ahora.

—¿Ajá? —dijo expectante mientras se preguntaba por qué le importaba su pensar.

—He visto a mucha gente morir —dijo sin más.

Reina lo miraba extrañada, su mirada parecía perdida como tantas veces le pasaba mientras tenía una conversación, su mente simplemente parecía viajar a otro mundo.

—¿Qué quiere decir? —dijo ella al notar que no continuaba.

Él volvió a mirarla con ojos muy intensos, tenía la impresión de que no la veía a ella, sino a los recuerdos.

—Cuando la gente muere en batalla todo deja de importar, ves las miserias en las caras de las personas, allí nada importa; ni estatus, ni color, ni credos... Solo importa la vida, lo que sea más importante. Un sacerdote me dijo que todos somos hijos de Dios, yo lo creo.

Sin pensarlo, ella tomó su mano.

—¿Qué tragedias has visto?

—Tragedias que no deberían ser contadas, he hecho cosas terribles para vivir. Tal vez Dios me tiene un caldero hirviendo esperando en el infierno.

Reina no pudo evitar sonreír, fue lo que ella pensó hacía poco, aunque tal vez no se comparaba con sus pecados. ¿Qué había hecho aquel hombre en la guerra? Eso le intrigaba. De repente sintió un apretón en su mano y recordó que ambos aún se tenían tomados, tampoco había notado lo cerca que estaban sus caras, así que rompió el agarre y se apartó, pero él no apartaba la mirada intensa de ella.

—Yo le ofrecí matrimonio.

—Y ya le dije que no. Además, ¿no dijo usted que no gustaba de mí? Dijo que solo gustaba de mujeres como Simonetta Vespucci, la señora Felippa estaría más que dispuesta.

—Olvide aquello, se lo estoy pidiendo a usted.

—Y ya le dije que no —dijo cruzándose de brazos.

Pudo sentir su frustración repentina, pero ella no podría aceptar casarse con un hombre bajo semejantes mentiras. Intentó pensar en Sergio, pero se asustó al notar lo poco que había pensado en él en los últimos días.

—Reina, ¿se da cuenta de que este puede ser nuestro último día? Después de esta noche nuestros caminos se podrían separar para siempre.

—Créame que es lo que más deseo —dijo mirando por la ventana.

Fue sorprendida cuando él la tomó con brusquedad de los hombros y la atrajo muy cerca de su rostro, tanto que podía sentir su aliento.

—Dígamelo otra vez, dígame que ya no quiere volver a verme —dijo casi rozando sus labios.

No podía asimilar lo que pasaba porque el tiempo parecía detenerse mientras lo veía a los ojos, su corazón latía cada vez con más fuerza; cuando sus labios casi se rozan, el carruaje se detuvo de golpe, habían llegado.

Cuando el cochero abrió la puerta, bajó de inmediato y se reunió con Raisa. Fue cuando reparó en el gentío que había reunido a los alrededores, los vecinos observaban a lo lejos a los recién llegados como si fuesen algo raro.

—¿Qué pasa? ¿Por qué nos ven así?

—Pues a mí no me reconocen, a ti menos, y con estos hombres detrás han de estarse preguntando cosas —dijo mientras caminaba sin prestar mucha atención.

A Reina se le hacía extraño caminar por la puerta principal donde todo estaba pavimentado, siempre debía ir por la puerta de atrás donde el lodo se enterraba en sus botas. Ahora sentía ardor en el pecho, por lo que su padre diría al verlas. Una mujer abrió la puerta y quedó sorprendida, era una de las mujeres con las que lavaba en el río, la más bocona. Las miró a las dos con cara de poema.

—¿Disculpen?

—¿Está el viejo? —dijo Raisa.

—El señor está almorzando, pero...

Raisa entró sin esperar más.

—Dígale que estamos aquí —dijo sentándose en el sofá.

—Perdón, ¿quiénes?

—Sus hijas.

La mujer miró a Reina y fue cuando la reconoció, por su expresión notaba las muchas preguntas que se acumulaban en su boca mientras la miraba de pies a cabeza.

—¿Qué espera? —dijo Raisa.

La mujer fue corriendo a la otra sala a buscarlo, mientras tanto, Reina echaba un vistazo a la casa que había dejado por tantas semanas, semanas que le parecían años ahora. Observó la foto familiar pintada al óleo; el padre, la madre, el hijo y la pequeña en brazos. Todo seguía en su lugar. Miró atrás y vio a Víctor entrar con los otros dos hombres cargando los cofres. Solo mirarlo le recordaba que no todo seguía en su lugar.

Un hombre apareció casi a la carrera y se detuvo para verlas, miró a los hombres con ojos muy abiertos, luego a las dos otra vez.

—¿No nos reconoce, señor Diógenes? —dijo Raisa poniéndose de pie.

—¿¡Andrés!?

—Por favor, no se sobresalte —dijo Reina tratando de aligerar la impresión.

—Ustedes dos, ¿qué hacen vistiendo así? ¡En especial tú! —dijo aproximándose.

Víctor intervino entre los dos al notar que se aproximaba demasiado con los puños cerrados y la cara roja de cólera.

—Señor, por favor, mantenga la distancia con la dama.

—¿¡Dama!? ¿¡Llama a esto una dama!? ¡Es un macho vestido de señorita!

Los hombres miraron a Raisa con ojos desorbitados sin entender muy bien, Víctor pareció aturdido unos momentos, pero cuando el padre venía como ola hasta el hijo tuvo que interponerse en frente cuan alto era.

—Señor, no puede tocar a mi patrona o me verá obligado a detenerlo al costo que sea.

—¿¡Qué significa esto, Andrés!? —dijo intentando calmarse desde su lugar.

—Significa lo que ve —dijo con ojos acuosos, pero con toda la calma de siempre—, ya le dije que no me llame Andrés, de ahora en adelante me llamo con el nombre que mi madre escogió para mí y que usted se atrevió a quitarme.

El padre no sabía qué más decir, sus palabras parecían querer salir de su boca, pero no podía sacarlas, miraba a una y después a la otra mientras su cara se ponía más roja, hasta que empezó a amasar su pecho con expresión de dolor y cayó de rodillas. Víctor y Reina trataron de asistirlo de inmediato hasta que terminó de desmoronarse.

Más tarde, Reina salía del cuarto principal con cara de espanto, se sorprendió más al ver a Víctor esperando en el pasillo.

—¿Cómo sigue? —dijo acercándose nada más verla.

—Su pulso estaba lento, pero ya está bien, solo fue la impresión.

—No estoy entendiendo nada.

—Es una larga historia.

—Pues resúmala porque no estoy entendiendo. ¿Cómo que Raisa es... hombre?

—Sí y no.

—¿Sí y no?

—Ella... nació hombre, pero también mujer.

—¿Cómo es eso posible?

—No sé bien cómo, pero nació con los dos aparatos esos. Cuando nació... el padre y la madre se pelearon por cuál sería el sexo, la madre dijo que sentía que era niña, así que le puso Raisa, pero cuando la esposa murió en el otro parto el padre lo cambió por Andrés.

—¿Y eso por qué?

—Porque quería un varón, con la última hija solo tenía puras hembras, tres en total conmigo. Lo vistió como hombre y les hizo saber a todos que sí tenía un hijo varón, pero mientras fue creciendo, Andrés fue inclinándose más por el lado de Raisa.

—Vale —dijo aún con la boca abierta—, esto puede ser un problema.

—¿Problema por qué?

Víctor se apartó para dar unos pasos muy pensativos, Reina no entendía el motivo.

>>Que yo sepa, mi hermana no tiene nada que ver con ustedes, el asunto es conmigo, por eso están aquí vigilándome para obligarme a hacer lo que ya sabe.

—Lo digo por mi amigo Omar, nunca lo había visto tan entregado por una mujer. Si se entera de que en realidad es...

—¿Qué? —dijo afilando los ojos como cuchillos.

—Pues eso, no sé de lo que sería capaz.

—No va a pasar nada, lo que pasó con su amigo se terminó cuando se despidieron hoy, y no tiene por qué enterarse, a menos que usted...

—No se preocupe, tampoco dejaría que algo le pase a su hermana, me cae muy bien.

—¿En serio? —dijo con el ceño fruncido.

—Tengo a un muy buen amigo en Madrid que no estima con mujeres, a pesar de que tiene una posición muy privilegiada, es poco respetado igual.

—¿Militar?

—Esposo de la reina.

Reina abrió los ojos en par al no entender mientras lo miraba sonreír de oreja a oreja.

>>Lo saben todos, no es secreto —se puso muy serio—, pero por lo que sé, también es considerado crimen.

—¿Eh!? —dijo bastante asustada.

—Hay cárceles llenas de ellos, la pena máxima por sodomía y faltas a la moral son de 10 años, no sé cómo es aquí.

—¿Pero si el marido de la reina lo es por qué permite ella algo así?

—Porque es la reina, la mano de Dios en la tierra, no puede ir en contra de los mandatos divinos. Aun así tampoco lo permite a medias, aun no siendo parte de la ley.

Se acercó a ella retomando el tono serio al verla aún más preocupada.

>>Por eso le pregunto, ¿cómo son esas cosas aquí?

—¿Por qué lo pregunta? Mi hermana no es de esos, ¿no le dije que nació de las dos maneras?

—Sí, pero aun así me preocupa, la gente puede que no entienda razones en estas cosas, puede que sabiendo que antes era hombre y ahora la vean andar con ropa de mujer... en la calle podrían lincharla. Ya lo he visto antes, golpean y preguntan después. Después de matar.

—¡No! —dijo llevando sus manos a la boca para ahogar su grito.

—Deje de asustarla.

Ambos se giraron para ver a Raisa en el umbral de los escalones con expresión muy tranquila. Reina caminó hasta ella y la abrazó con un miedo palpable.

—No había pensado en eso, ¿podrían matarte!

—Ya sé, por eso te dije que planeo irme lejos a París, ahí la gente es más culta, más abierta al respecto, no voy a quedarme en un lugar de salvajes.

—Yo podría ayudarla.

—Muchas gracias, Víctor, pero no necesito su ayuda. Estoy aquí por mi hermana, terminamos esto y nos vamos mañana mismo.

Reina la miró con cara contrariada.

>>Pero si te quieres quedar lo voy a entender.

—¿Por qué habría de quedarse?

Ambas se miraron incómodas.

—No son cosas que le competan —dijo Reina bajando los escalones.

En la planta baja encontró a la criada en el comedor agregando platos, ella volvió a verla de pies a cabeza sin saber qué hacer.

—No tiene que mirarme así, soy la misma.

—Pues no lo pareces... Perdón, no lo parece, ahora parece una señora de esas perfumadas.

—Soy la misma que lavaba ropa en el río con ustedes —dijo recordando como si fuese hace años y no semanas.

—¿Consiguió marido?

—No voy a hablar de eso.

—Claro, ya no puede hablar con la gentuza, hasta escoltas tiene, la suerte no nos toca a todas...

—dijo viéndola con ojos aguileños.

Los dos cocheros aparecieron y se sentaron a la mesa a comer, luego aparecieron Víctor y Raisa.

—Vaya y traiga la ensalada —dijo Raisa sentándose y viéndola con acritud.

A Reina no le gustó la mirada de la mujer, lo había visto ya en los ojos de Felippa, eran ojos de envidia, hambre de posesión, mezquindad; cosas que no había notado posible en las personas antes de su partida a Santo Domingo. Ahora, más que nada, sabía que la boca viperina de una mujer podía ser muy peligrosa en la condición en la que estaban ella y su hermana.

Se sentó a la mesa y los observó conversar a todos mientras comían, Víctor parecía llevarse muy bien con Raísa aún sabiendo la verdad, eso la hizo sonreír un poco sin darse cuenta. No sabía qué estaba dispuesto a hacer ese hombre por ella si le diera el chance. Se sobresaltó cuando la descubrió observándolo idiotizada, él le sonrió de vuelta y eso la asustó.

—Disculpen —dijo levantándose de la mesa.

—¿A dónde vas? No has comido —dijo Raisa.

—Estoy bien.

Horas más tarde, Víctor observaba el atardecer ya enfundado en un traje decente, de corbata de moño y solapas anchas, pelo suelto, y la colonia barata de sus hombres para disimular cualquier atisbo de estatus. Los últimos rayos del sol anaranjados caían sobre los árboles mientras los pájaros cantaban listos para dormir, era un espectáculo precioso que solo pudo apreciar en aquella zona campestre.

De repente un temor crecía más en su pecho, en algún momento Reina tendría que verse a solas con aquel hombre y no podría tenerla a la vista. Era algo obvio dado el plan, pero ahora tenía sus dudas.

Raisa bajó los escalones y lo encontró, él se sorprendió.

—No es necesario que asista.

—No voy a dejar a mi hermana a merced de hombres desconocidos. Además, tenga en cuenta que una mujer no debe andar sola con tres hombres, por muy serviles que sean.

—Tiene razón. Luce bonita —dijo en un impulso de honestidad.

Ahora veía mejor los rasgos parecidos con la hermana. Ella sonrió sin saber qué decir, la había tomado por sorpresa, pero rápidamente esa sonrisa se borró y sus ojos se empañaron de tristeza.

—Gracias. Omar me lo decía muy a menudo. Me pregunto qué hace. ¿Cree que...?

No pudo terminar la frase a la vez que se congeló contemplando sus propios pensamientos.

—La única forma de saberlo es contándoselo.

—¿¡Contárselo!? ¿Quiere que me mate?

—Si él la ama lo entenderá, no sé qué pasa por la cabeza de Omar, pero sí sé que está clavado por usted hasta la médula.

—El amor no significa nada bajo ciertas cosas.

—El amor todo lo puede.

Ella lo miró a los ojos con mirada filosa. .

—¿Y usted de qué sería capaz por amor?

—Por amor he sido capaz de muchas cosas —dijo pensando en Felippa con amargura.

—¿Ama a mi hermana o solo es un capricho vago?

Aquello lo tomó por sorpresa, lo cierto es que no podía dejar de pensarla desde hacía días y cada vez con más frecuencia.

—No creí estar enamorado de ella hace solo unos días, pero después de que el general formuló

este plan exponiéndola me di cuenta de que no la quiero perder.

—El no querer perder a una mujer no significa preciosamente amor. Si acepté ayudarlo a conquistarla es para que la haga su mujer y se la lleve lejos, lejos de donde ha sido tan infeliz. No quiero que usted igualmente la haga sufrir.

—¿Qué me quiere decir?

—Qué todos guardamos secretos, Reina también tiene los suyos y le atemoriza que usted...

—Por favor, no me diga que ella también...

—No, tranquilo, tranquilo —dijo a carcajadas—, no es por ahí, ella es 100% mujer. Lo que quiero decir es que... ella le ha ocultado cosas, y en gran medida no se lo quiere confesar porque teme su reacción, esa es la pared que la separa de entregarse por completo a sus encantos. Ahora creo que se miente a sí misma al no reconocer que también lo ama a usted.

—¿Me ama? ¿No me está vacilando? —dijo con una sonrisa dibujada.

—Lo ama, yo la conozco, pero debe estar abierto al entendimiento cuando usted sepa lo que ella no quiere que sepa.

—Ya me está preocupando, ¿qué es lo que me esconde? En serio, no entiendo en qué me podría mentir.

—Eso tiene que decírselo ella, no es la gran cosa, puede que sea una tontería para usted, o puede que no. La felicidad de ambos dependerá únicamente de usted.

—Por favor, Raisa...

En ese momento la vieron bajar ataviada en un voluminoso vestido verde pastel lleno de brillos, su melena rizada estaba recogida, de modo que hacía lucir su largo cuello y los pendientes de diamantes prestados. Bajaba los escalones abanicándose para no echar a perder el maquillaje debido al sofocante calor. Víctor quedó sin palabras cuando se plantó frente a él, ella tuvo que chasquear los dedos frente a su cara para traerlo de vuelta.

—¿Perdón?

—Que si ya nos podemos ir.

—De inmediato —dijo aclarando su garganta.

—Te pedí que te pusieras guantes —dijo Raisa pasándole los suyos—, tienes las manos ásperas por los cayos del lavadero, ¿qué pensará el presidente si lo tocas?

—Tienes razón —dijo tomándolas un poco avergonzada mientras miraba a Víctor de reojo.

—¿Qué mierda significa todo esto?

Miraron a las escaleras y vieron a don Diógenes cuan alto era mirándolas en estado de shock.

—Reina, ¿a dónde vas a estas horas? —luego miró a Raisa— Y tú, engendro de Satanás, ¿no te atrevas a salir así!

Raisa los apresuró a salir, subieron al carruaje y desaparecieron en la noche bajo los improperios de don Diógenes.

A lo lejos se podía ver el palacete muy bien iluminado, varios carruajes aparcados y una sinfonía que cada vez se oía más fuerte. Reina escuchó a Víctor repasar lo que haría una última vez, pero estaba demasiado preocupada para poner real atención.

—Reina, míreme —dijo Víctor tomando su mano para ponerle un anillo.

—¿Y esto? —dijo sin aliento.

—¿Es compromiso, Víctor? —dijo Raisa en tono jocoso.

—No, nada de eso. Es el anillo de la reina, solo se lo da a sus hombres de confianza que hayan hecho grandes hazañas para la monarquía. Este es un anillo distintivo que le da a sus hombres en servicio luego de nombrarlos marqueses.

—¿¡Usted es un Marqués, Víctor!? —dijo Raisa con la boca en el suelo.

—Sí, y es sabido por todos que Salcedo quería ese título, por eso hizo muchas cosas por buscar el agrado de la reina. Cuando se lo otorgó a Pedro Santana fue un golpe para su ego.

—Entiendo, es importante —dijo Reina observando el anillo de oro con la M grabada—, ¿y si los demás se fijan en el anillo?

—Es improbable, Salcedo es español y es de los pocos en este lugar que reconocería esto. Con esto no va a dudar de su palabra.

Salieron del carruaje y Reina entró junto a Raisa, Víctor y su otro hombre entraron tras ellas como sus guardianes. Pero Reina quedó paralizada del miedo cuando todas las miradas se volcaron en su dirección.

—¿Por qué nos miran así? —dijo viendo a su hermana con ojos grandes— ¿Será que ya saben?

—Te miran a ti, tonta, no hay qué temer —dijo sin borrar la sonrisa y forzándola a caminar.

—¿A mí por qué? ¿Acaso parezco payasa?

—No, pero ya te viste al espejo, estás bonita. ¿No creerás que te arreglé tanto para pasar desapercibida? Deberías acostumbrarte a que todo vean así.

Habían perfumes de todo tipo en el aire, una numerosa orquesta sinfónica al fondo, gente con trajes visiblemente muy costosos. Tuvo que abrir su abanico y respirar con calma, no por el calor, pues habían múltiples ventanas que facilitaban la ventilación, sino por la creciente incomodidad que la dejaba sin respiración al estar mezclada con la opulencia. Se sentía como un bicho raro, pues lo único que sabía ser era una criada casi andrajosa.

Raisa le dio una copa, y ella la tomó. Tuvo que ver la cara perpleja de su hermana para saber que algo hizo mal.

—¿Te tomaste la copa de un solo trago?

—Perdón, pero no me siento muy cómoda aquí. No sé si pueda hacer esto.

—Claro que puedes. ¿Qué es lo que hacías cuando te contrataban como plañidera? Te metías en cualquier papel, cualquier papel que te pedían, y lo hacías bien.

—¿Cómo sabes si lo hacía bien si no estabas ahí?

—Ya te vi en dos ocasiones, tuve que seguirte a ver qué hacías.

—¿Me seguías?!

—El caso es que puedes, trata de olvidarte de ti, esta noche no eres Reina. Trata de ser una mujer rica que solo vino a divertirse.

En ese momento la orquesta empezó a tocar El Segundo Waltz y la gente abrió paso a un hombre de estatura mediana que se dirigía hacia ella vestido de traje blanco militar. Cuando lo tuvo en frente se dio cuenta de que era bastante guapo y de ojos muy azules, cabello dorado como el oro, y una sonrisa, aunque muy blanca, un tanto intimidante.

—¿Me permite este waltz, señorita?

Las medallas en su pecho hacían un tintineo extraño en el ambiente, pero por ese detalle fue que Reina pudo caer en cuenta que estaba ante el presidente José Antonio Salcedo.

CAPÍTULO 7

Reina tuvo que tragarse la cara de sorpresa y disimular ligereza.

—¿Con quién tengo el placer?

Pudo ver una nube de sorpresa en sus ojos, pero fue sustituida rápidamente por encanto.

—Nada más y nada menos que el festejado, Antonio, pero puede llamarme Pepillo —dijo él pidiendo nuevamente su mano.

—Reina —dijo ella tomando su mano con presteza.

De inmediato él posó su mano muy arriba de su diminuta cintura, y la sacó a bailar dando vueltas con mucha gracia y agilidad. La gente del centro abrió paso para dejarlos bailar a gusto, pues la química de baile se dejó notar de inmediato.

Reina agradeció las horas interminables de baile junto a Sergio, pues él le había enseñado a bailar como gacela. La forma en que Pepillo la dirigía parecía sin esfuerzo, estaba sorprendida de que el baile pareciera tan sincronizado que parecía haber sido practicado. Los ojos fríos de Salcedo seguían los suyos en cada movimiento. Era obvio que ese hombre estaba interesado en ella, no sabía si estar relajada por el logro o preocupada.

Cuando el Waltz acabó hubo una lluvia de aplausos, pero Salcedo no dejó de mirarla en todo momento. Aquello la ponía nerviosa, pero mantuvo la sonrisa, aunque esa sonrisa se esfumó al ver algo en el fondo mezclado entre el público. Una pareja no estaba aplaudiendo. Sintió sus

rodillas temblar al ver a Sergio junto a Theresa. Ambos parecían estar perplejos ante aquella mujer extraña, pero a la vez conocida en que se había convertido.

El brazo de Salcedo se posó en su cintura, y eso pareció sacarla de su estupor.

—Lo hizo muy bien, ¿dónde aprendió a bailar así?

—Bailo desde pequeña. ¿Podemos hablar a solas? —dijo mirándolo con ojos de complicidad y una sonrisa encantadora.

Él miró hacia algún lugar, pero no dudó en tomar su brazo y sacarla del tumulto que otra vez había tomado el centro de baile. Reina no pudo ignorar las miradas de muchos militares presentes, muchos de ellos borrachos, pero los que no los veían a los dos con una mirada que intuyó como reprobatoria. Cuando llegaron, él cerró la pesada puerta tras él.

—Aquí me tiene para usted sola, madame —dijo él acercándose a ella.

—No lo traje para eso, señor —dijo ella zafándose de su mano y apartándose.

—¿Ah, no? ¿Me trajo solo para hablar? —dijo en un tono bastante molesto.

Reina respiró hondo y se quitó el anillo para entregárselo.

—¿Reconoces esto?

Cuando lo tomó su cara fue un poema, se puso bastante pálido. Toda la sangre pareció abandonar su cara.

—¿Cómo consiguió esto?

—Es un anillo de la reina para sus hombres de confianza...

—Sé qué, lo que quiero saber es cómo coños llegó esto a su dedo —dijo en un tono amenazador mientras su mirada parecía quemarla.

Reina no se permitió titubear, así que fue directo a lo que fue.

—Ese anillo le pertenece a un marqués, está aquí esta noche y vino conmigo. Yo solo soy su mensajera.

—Un marqués, ¿y qué quiere? —dijo cambiando su expresión al escuchar aquello. La apartó de la puerta y la hizo sentar en el sofá— Hable lo más bajo que pueda —dijo en un susurro.

—Es un militar, teniente general bajo mandato de la misma reina. El general de la Gándara quiere reunirse con usted para discutir asuntos de la corona. Dice que quiere un cese al fuego, y que de lograr semejante hazaña por sus manos, la reina estará más que gustosa en otorgarle la distinción nobiliaria de marqués y beneficios de por vida dentro de la corte.

Salcedo tuvo que recostar su espalda como si hubiera recibido algún golpe, respiró profundo para llenar sus pulmones del aire que se negó al oírla hablar. Reina supo en ese momento que estaba a salvo, aquel hombre efectivamente moría por aquel título.

—¿Marqués yo? “El Marqués José Antonio Salcedo” —dijo dibujando las palabras en el aire con una jugosa sonrisa de placer.

—¿Quiere decir que está interesado en la reunión?

Aquellas palabras parecieron traerlo de vuelta a la realidad, porque su sonrisa se borró.

—¿Reunión? ¿Acaso no saben que soy presidente de esta gente? Me quiero demasiado como para arriesgar mi vida en esto.

—No va a correr ningún riesgo —dijo tratando de no lucir desesperada por no perderlo—, todo se hará bajo la total y absoluta discreción que amerita la situación. Pudieron haber enviado una carta...

—¡No, no, es muy arriesgado! Mis hombres no me dejan solo y revisan de cerca mis correspondencias.

—Y por eso me enviaron a mí.

—A un ángel en la tierra —dijo tocando su barbilla.

Reina se levantó de inmediato.

—Bueno, mi mensaje está dado. Si quiere verse con el marqués y el general de la Gándara, acuda a mi casa, a no más tardar mañana por la tarde. ¿Me da su palabra de que nada va a intentar en contra?

—Mi palabra de hombre la tiene, solo voy a escuchar —dijo levantándose para tomar su mano y besarla—. ¿Pero qué dice usted? Se nota que es una mujer muy valiente para venir hasta aquí e insinuar traición al presidente.

—Solo soy mensajera, señor Salcedo —dijo ella soltando el agarre— Mi casa queda en Colina Grande, hacienda Fernández.

—Por favor, llámame Pepillo. ¿Dices que te llamas Reina? Pues yo podría hacerle justicia a ese nombre y ponerte como una reina, no tienes por qué ser mensajera —dijo acercándose cada vez más mientras acariciaba su mano y le ponía el anillo de vuelta.

En ese momento, la puerta se abrió casi de golpe. Una mujer rubia entró sosteniendo un llavero y con una expresión demoníaca.

—En mi propia casa y en tu propia fiesta —dijo como leona mirando a su presa mientras se le acercaba de a poco.

—¿Qué estaba haciendo yo, mujer? —dijo él soltando a Reina de inmediato.

—¿¡Tengo yo que decirlo!? ¡No vales nada!

Reina vio cómo ella se abalanzó hacia Salcedo mientras le propinaba cachetadas que él lograba esquivar con dificultad. Mientras marido y mujer se enfrascaban en su lucha, Reina salió de allí y cerró la puerta para amortiguar los gritos.

Mientras volvía a la fiesta notó que la gente no reparaba en lo que pasaba en el despacho. La música estaba alta y la gente no paraba de bailar y beber. Todos los militares bebían, excepto uno que la miraba desde lejos con el ceño fruncido. Ella intentó esquivar la mirada y buscó por el

lugar a Víctor y Raisa, pero no los encontró. Su mente voló nuevamente a Sergio y su hermana, tampoco los veía por ningún lado.

De repente vio a Víctor junto a dos militares y casi se congela del susto, ambos hombres parecían interrogarle. Pero al acercarse notó cómo intentaba hablarles con señas.

—¿Qué está pasando con mi siervo? —dijo nada más llegar.

—¿Es su siervo?

—Lo encontramos merodeando por el despacho del presidente.

—Estaba en el despacho con el presidente, solo intentaba estar cerca.

—¿Cerca por qué?

—¿Acaso el presidente es una amenaza para usted? —dijo el otro.

—Lo que haga con el presidente no le incumbe, este hombre trabaja para mí y solo está aquí para servirme, no deben interrogarle. Además, es mudo.

—Eso lo entendemos.

Ambos se alejaron para seguir merodeando, pero más que disfrutar de la fiesta como civiles parecían guardias en servicio.

—Al parecer hay más vigilancia de la que creí. ¿Dónde está mi hermana?

Víctor la miró interrogante y solo ahí recordó que él no podía hablar. Le hizo una señal sutil para que saliera, luego él la siguió por detrás como buen guardián. El golpe de aire fresco la acarició, fue ahí cuando se permitió sonreír de satisfacción al darse cuenta de lo sucedido. Subieron al carruaje y se encontró con Raisa, quien parecía angustiada.

—Ya le di el mensaje, eso quiere decir que ya estoy casi libre —dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Cómo lo tomó? —preguntó Víctor.

—Creo que ese hombre haría lo que fuera por un título de la reina. Y por cierto, tú y tus hombres dijeron que estarían cerca para protegerme en caso...

—Y lo hicimos —dijo Raisa—, Víctor me envió a que hablara con la esposa de Salcedo cuando notó que ya estaban tardando mucho. Tuve que fingir preocupación por ella para luego alentarla a luchar por su matrimonio y hacerse respetar.

—Ese hombre me da escalofríos, la forma en que me miraba —dijo abrazándose a sí misma.

—¿Te tocó? —dijo Víctor muy serio.

—No, pero si no llega su mujer no sé qué habría pasado.

—Está guapo el infeliz —dijo Raisa abanicándose.

—¡Raisa, por el amor de Dios!

—Es la verdad.

Víctor solo se dignó a reír mientras el carruaje retomaba la marcha. Reina notó lo relajado que se veía a diferencia de todo el día. Si las cosas marchaban bien, mañana sería el día en que se marcharía para siempre. Intentó sonreír ante aquello, pero no lo logró, se sorprendió a sí misma a punto de derramar una lágrima por un hombre que no era Sergio.

Cuando llegaron a la hacienda no tuvieron muchas palabras, las luces estaban apagadas a excepción de una lámpara al fondo. Raisa subió de inmediato para dormir, justo cuando Reina haría lo propio, Víctor la detuvo.

—Lo ha hecho muy bien.

—Ah, qué bueno, pero no lo hago para que me lo agradezca, lo hago para librarme de ustedes de una vez por todas.

—Le aseguro que está haciendo lo correcto, no tiene por qué sentirse mal.

—En la guerra cada bando cree que está del lado correcto.

—¿Cuál es su bando? Usted estuvo más que dispuesta a todo cuando hablaba con Orlando. No deja de sorprenderme ese escepticismo suyo luego de su muerte, ¿eran palabras de la boca para afuera?

Reina notó la forma peculiar en que la volvía a mirar, como un tigre a punto de lanzarse a su presa, y ella no podía evitar sentirse acorralada. Desde el fondo de su corazón solo deseaba que esa mentira terminara, pero de una forma u otra, sabía que cuando eso pasara sus caminos se separarían para siempre.

—Las personas cambian, no me interesa nada que tenga que ver con esta guerra.

—Eso solo quiere decir una cosa —dijo acercándose muy peligrosamente cerca—, que su amor y devoción por... ese hombre, eran tan grandes que le hacían capaz de poder cometer cualquier locura. No paro de pensar qué es lo que tenía de maravilloso.

Sus ojos volvían a estar llenos de amargura y resentimiento, una combinación que a ella no le agradaba nada, pero que a su vez la fascinaba como mirar a una hoguera bien encendida. Podía mirar, pero si intentaba tocar, el fuego la podría herir. Cuando casi sintió el roce de sus labios sobre los suyos, lo sintió como una quemadura y se apartó de un brinco.

—No deberíamos de hablar a menos que sean asuntos sobre lo que vino a hacer.

—Yo sé que le gusto —dijo acercándose nueva vez, lentamente, como tigre que observa a su presa.

Ella se sorprendió a sí misma rompiendo en carcajadas.

—Por favor, el que usted se lo crea no lo hará realidad —dijo mirándolo como si fuera un chiste, pero mientras más se acercaba sus rodillas decían otra cosa.

—¿Y por qué está toda tensa? Admita de una vez que sí me desea.

Ella intentó volver a reír, pero no le salía, así que miró a otro lado, pero él volvió a fijar su atención tomándola de la barbilla para mirarlo a los ojos, ella lo empujó con todas sus fuerzas, pero se encontró con un muro de piedra que no se movió ni un ápice.

La tomó de las estrechas caderas y la atrajo a su cuerpo, ella trató de luchar para librarse, pero se enfrascaron en un beso inesperadamente apasionado para ella, pues era como si hubiera esperado

por años aquel acontecimiento. Más que un beso era como una lucha entre ambos, una lucha entre el deseo y el rechazo. Cuando ella rompió el beso se encontró sin aire en los pulmones, de repente estaba mareada y desorientada.

—¿Se siente bien?

Una bofetada sonora fue lo que recibió él, pero en vez de ver enojo en su rostro lo vio sonreír con cara de victoria. Aquello la llenó de cólera, ¿acaso la veía como un chiste?

—¡No me vuelva a tocar!

Corrió como pudo a los escalones y subió lo más rápido posible, no sin antes escuchar su risa siguiéndola. Al llegar a su cuarto vio a Raisa esperándola.

—¿Qué haces aquí? —dijo intentando esconder su rostro.

—¿Estás llorando?

—No, no, una paja.

—¿Te hizo algo? —dijo con seriedad— Dímelo y bajo a romperle la madre.

—Me besó —dijo rompiendo a llorar.

Se sorprendió de verla romper a carcajadas también.

—¿También te ríes? ¿¡Cuál es el chiste!?

—¿Estás así por eso? Es lo que pasa entre dos adultos que se desean.

—Antes que nada, todavía soy señorita, me debo al respeto, aun cuando la gente no lo crea. ¿No ves qué es lo que trata de lograr? Quiere imponerse sobre mí, para él no soy más que una cosa que quiere conquistar. Más que nada para probarse a sí mismo que se pudo levantar a la querida de su hermano.

—Reina...

—Está obsesionado con esa historia, es rencoroso, no olvida. Y sabe muy bien que soy una mujer débil, por eso sigue yendo a por mí.

—Reina, ¿no será que simplemente le gustas?

—¡Por el amor de Dios! ¿Un hombre como él se va a fijar en una negra? ¿No sabes cómo es esa gente? ¿Un blanco que reconozca a una negra como esposa?

—Tampoco es imposible, he visto muchos casos. ¿Qué dices de don Facundo y doña Mérida?

—Don Facundo es mestizo.

—¿En serio?

—Que no te engañe el color de piel y ojos, ¿no le has visto el pelo? Esa gente solo quiere a las negras de queridas, ya sabes lo que pasó con mi madre y Diógenes, la trató como basura y a mí como su esclava.

—Reina, estás hablando desde el rencor, este país está lleno de españoles que se asentaron y se casaron con negras esclavas. ¿De dónde crees que salieron tantos colores?

—Pues no he visto a un solo blanco puro que se haya casado con una negra.

—Una negra bonita, la más bonita que haya visto.

—Ese hombre no es buena cosa, Raisa. Cada vez que habla de ese asunto siento escalofríos, no

está cuerdo, no.

—Ninguno de esos hombres está completamente cuerdo, niña, ¿crees que la guerra es un dulce? Si supieras las cosas que me ha contado Omar. Ellos tratan de vivir como si nada, pero solo ellos saben el infierno que pasan.

—Pues yo quiero estar lejos de ese infierno.

—A mí me querían meter a pelear a la guerra y ya sabes lo que hice. En problemas de hombres no quiero estar. Pero yo ya conozco a ese hombre, ¿qué mal te puede hacer?

—¿Lo conoces en los pocos días que llevas viéndolo? Quiero que esto acabe ya para no verlo nunca más, ¿acaso no se moría por la Felippa?

—No parece ser más el caso, ya lo que sentía por ella era frustración al momento de llegar. Amor, amor, ya no creo que sienta... Creo que alguien más ocupó ese lugar.

—Pues que sea feliz con ese alguien más. Por cierto, ¿me desamarras el corsé?

Raisa hizo lo propio, pero Reina la notó de repente muy extraña mientras observaba su reflejo pensativo en el espejo. Justo cuando iba a preguntar, empezó a hablar.

—En la fiesta me crucé con Sergio.

Reina pareció quedar sin aire a pesar de que el cursé aflojó.

—¿Ah, sí?

—Al principio no me reconoció para nada, pero yo insistí en recordarle quién era.

—¿Por qué hiciste eso?

—Porque es Sergio, puedo confiar en él.

—Esa fiesta estaba llena de militares, si alguno hubiera sabido que tú huiste de tu responsabilidad...

—Lo sé, pero sabes quién es Sergio. Es de la familia, te guste o no es tu cuñado.

Reina no supo qué decir, al verlo con su hermana en aquel momento fugaz muchas cosas volvieron a ella.

—¿Qué te dijo?

—Estaba muy impactado cuando me acerqué. Quiero decir, después que supo quién era. Empezó a preguntarme de todo, casi no lo entendía porque sus palabras salían a tropelladas. Que dónde habías estado, que quién se casó contigo, si habías conseguido a un hombre de estatus, que qué hacías bailando con Salcedo... Muchas preguntas. Le dije que no podía hablar con él de esas cosas así, y me dijo que quería hablar contigo.

—¿Y qué le dijiste?

—Le recordé que estaba casado con mi hermana pequeña, y que si intentaba algo lo mataría.

—¿Dijiste eso?

—No me gusta que los hombres jueguen con dos mujeres, y menos si esas mujeres son mis hermanas. Él tomó una decisión y fue casarse con Theresa, para bien o mal esa decisión no fuiste tú.

—¿Por qué tenías que decirle eso? —dijo ella casi al borde de las lágrimas.

—Porque alguien debe decir la verdad. Y escucha, conociéndolo, en cualquier momento podría

presentarse por aquí para hablar contigo, y eso no puede pasar.

—¿Por qué no? Aún tenemos cosas que hablar.

—¡Ya despierta! —dijo zarandeándola— Lo que sea que haya pasado entre tú y él se acabó cuando pisó esa iglesia. Además, ¿sabes lo que puede pasar si Víctor te llega a ver con él?

—Ese hombre me tiene sin cuidados, no es nada mío.

—No has entendido nada. Si tú eras esa tal rosita, si eras el amor de su hermano muerto, si nota de pronto que tenías un amorío con otro hombre, ¿qué es lo que va a pensar? Piensa.

Reina pensó por unos momentos y se congeló ante la posibilidad.

—¿Podría llegar a la conclusión de que no soy esa mujer?

—¿Y qué más?

—Pensaré que tal vez me presenté al funeral como una espía.

—Un hombre que te abrió las puertas de su casa, te salvó la vida, te dio protección pensando que eras la mujer amada que aparecía en esas cartas.

—Él odiaba a su hermano.

—Pelea de hermanos es pelea de hermanos, no te hubiera tratado igual en primer lugar si no fueras esa mujer. Su hermano le habló tanto de ella que pensó que la conocía ya.

—Más que nada, creo que sentiría remordimiento por haber estado tratando de levantarse a la mujer equivocada. El trofeo de su hermano.

—No lo diría así, pero ni modo, sería muy malo para ti.

—Pues tendrás que ir a su casa mañana para decirle que no se le ocurra aparecerse mañana.

—Mañana es domingo de misa. Irá a la iglesia con Theresa, ahí me acerco para decirle. Pero tendrás que ir conmigo.

—¿Cómo así?

—Si te quedas, nadie me asegura que no vendrá directamente para verte mientras deja a su esposa allá. Por si no me alcanza tiempo para decirle, será mejor que estés pegada a mí.

—Pero Víctor no nos dejará viajar solas hasta que todo esté consumado, nos vigila.

—Pues será mejor, tal vez intuya que no estás sola, el caso es que no voy a permitir que se acerque.

AL DIA SIGUIENTE

Víctor se encontraba hablando con sus hombres en la sala mientras tomaban un café, se alejó de ellos cuando vio a las dos bajar los escalones con velos y carteras.

—¿A dónde vais?

—Es domingo, vamos a la casa de Dios —dijo Reina con recelo— ¿Me va a decir que estamos impedidas?

—Claro que no, pero voy con vosotras —dijo tomando su gabardina.

—No hay problema —dijo Raisa.

—Les prohíbo que vayan.

Los tres miraron a los escalones y vieron a Diógenes observarles con mirada asesina.

—¿Nos va a prohibir qué? —dijo Raisa dando un paso al frente.

—Ustedes solo sirven para darme disgustos. Una hija ramera que se escapó por la ventana, y, por otro lado, un hijo desviado. ¡No se atrevan a seguir ensuciando mi nombre!

—Creí que no me reconocía como su hija, don Diógenes —dijo Reina mirándolo con ojos filosos

— Nunca me dio su apellido, nunca me reconoció como hija, sino como esclava, ¿por qué le importaría lo que el pueblo diga de mí?

—Antes que todo está la decencia, la casa de Dios no es para gente indecente.

—Disculpe que me entrometa, don Diógenes, pero sus hijas son mujeres muy decentes —dijo Víctor en tono reconciliador.

—¡Pues no se entrometa! Usted es español, ¿a qué vinieron a mi casa? Más que guardia parece militar.

—Solo son trabajadores privados, los he contratado yo —dijo Raisa en defensa.

—No voy a ser parte de una traición, y tú como mi único hijo varón deberías estar sirviendo al país.

—Vamos —dijo Raisa, perdiendo la paciencia.

Los tres salieron de casa y subieron de inmediato al carruaje.

—El viejo está cada vez peor —dijo Reina— ¿Qué tal si decide llamar a la guardia?

—No lo hará —dijo Víctor.

—¿Cómo sabes? —dijo Raisa.

—Porque sabe que si lo hace podrían acusaros de traición.

—Eso le importa poco, llegó a conclusiones peligrosas.

—Antes que todo, sois sus hijas y las ama.

—No conoce a don Diógenes.

—Lo suficiente para reconocer la mirada en sus ojos, está frustrado con vosotras, más no os odia

—Dios te escuche —dijo Raisa.

—Dios es mi testigo —dijo mirando a Reina fijo a los ojos—, nunca permitiría os hagan daño.

Reina trató de mirar por la ventana y esquivar su persistente e intensa mirada. Lo último que quería era otra discusión.

Al llegar a la iglesia se asombraron de la cantidad de fieles que había, una cantidad que superaba el doble de lo que antes había. Un clérigo estaba parado en los escalones de piedra recibiendo. Estaba ataviado con sotana de un rojo vivo, y un crucifijo de oro. Era el arzobispo.

—¡Bienvenido Monzón! —dijo Víctor abrazándolo nada más verlo.

—¡Joven, Víctor! Casi no lo reconozco —bajó un poco la voz en tono de preocupación— ¿Qué hace aquí? Están metiendo bala a cualquier militar español que ven por la zona.

—Estoy en modo encubierto, nadie aquí sabe que soy teniente general de la reina, y espero que guarde el secreto.

—Sabe que puede contar conmigo, ¿y estás hermosa dama?

—Reina, mucho gusto, arzobispo —dijo dándole la mano.

—¿Usted estuvo en Santo Domingo hace unas semanas? —dijo Raisa dándole la mano.

—Sí, como arzobispo, debo residir allá, por aquí estoy de paso. Este país ha estado lleno de depravaciones, la cantidad de gente viviendo en concubinato es terrible, son pocos los que se casan bajo la bendición de Dios, en su casa, como corresponde. El protestantismo está tomando fuerza, es un caos.

—¿Los evangélicos?

—Sí, esos mismos, hija. Están muy alejados de la palabra de nuestro señor, también la masonería tiene mucha presencia, hombres con hombres y hombres que se piensan mujeres. ¿A dónde vamos a llegar?

—¿Si un hombre se viste de mujer, no verá el reino de Dios? —preguntó Raisa un poco esquivo.

—Las escrituras son claras, hija...

—Padre, será mejor que entremos ya —dijo Víctor notando la incomodidad de ambas.

—Perfecto, hijo. Bienvenidos, y nos vemos dentro.

Justo al entrar las miradas se voltearon a ellos, Reina podía ver ojos viéndolas sin disimulo. Cuando se sentaron en la primera fila de asientos, los que estaban presentes se levantaron para sentarse a otro lado. Reina mantuvo su cabeza en alto, le importaba poco lo que pensara el pueblo de ella. Pero al voltear a Raisa su cabeza estaba por los suelos. Justo cuando iba a dirigirse a ella vio a Sergio y Theresa llegar a la primera fila también. Los ojos de Sergio y Reina se encontraron y se dijeron muchas cosas, pero Theresa lo tomó por el brazo para sentarse en la otra hilera que estaba más atestada, no sin antes dirigirle una mirada asesina a su hermana.

La misa empezó y todo se hizo bastante más pesado, entre los cuchicheos y miradas acusadoras, lo que más la inquietaba de verdad, era la insistente mirada de Sergio intentando encontrarse con sus ojos de nuevo.

Reina miró fugazmente a Víctor, pero se alivió al notar que estaba bastante enfrascado en el sermón.

Hora y media después, cuando por fin todo terminó, Reina se levantó como rayo. No había escuchado ni una sola palabra de lo que dijo el padre, cada minuto pareció una tortura. Cuando

notó que se estaban acercando a ellos, sintió como si un elefante se subiera en su pecho. Instintivamente, tomó el brazo de Víctor y se aferró. Este pareció sorprendido, pero no tardó en aprovechar y tomarla de la cintura.

—Mis hermanas volvieron de donde sea que fueron y no nos avisaron —dijo Theresa muy sonriente.

Reina notó cómo Sergio parecía estar en shock, mientras que Theresa parecía de repente más animada y afectiva que al principio.

—¿Tienen una tercera hermana? —preguntó Víctor sonriente.

—Es mi hermana más pequeña, Theresa y nuestro cuñado, Sergio —dijo ella evitando mirarlos.

—Víctor, mucho gusto —dijo dándoles la mano.

Theresa le dio la mano muy encantada, pero Sergio se la apretó más de lo debido, Víctor no pareció muy afectado.

—Español, por lo que veo. ¿Víctor qué? —dijo mirándolo fijo.

—Víctor a secas —dijo con sonrisa reticente.

—Los veo acaramelados, ¿qué son ustedes? —dijo Theresa.

Reina se mordió la lengua e hizo algo que jamás pensó.

—Es mi prometido.

—¿¡Tú qué!? —dijo Sergio dando un eco en la iglesia ya vacía.

Víctor miró a Reina con una muy discreta cara de confusión, pero ella evitó mirarlo mientras fingía una falsa felicidad.

—Que es su prometida, ¿no oíste? —dijo Theresa con una discreta mirada asesina a su marido.

—¿Cómo pasó esto? ¿Entonces te fuiste por la ventana el día de nuestra boda porque te fuiste con este hombre? —dijo Sergio con una molestia que casi no podía esconder.

—No me escapé por la ventana, cuñado —dijo Reina fingiendo sonreír apenada—, solo fui a tra... fui al funeral de una persona muy querida. Pero sucede que ahí mismo tuve la dicha de conocer Víctor, nos enamoramos y vino a la casa del viejo a pedir mi mano.

—¿Desde cuándo a papá le importa tu suer...? Olvídalo, se nota que serán muy felices juntos hasta que la muerte los separe —dijo Theresa casi sin poder detener el veneno a su hermana.

—Gracias, muy linda.

—¿Y usted a qué se dedica, Víctor? —dijo Theresa con ojos afilados.

—Él es...

—Soy exportador de azúcar.

—Comerciante —dijo Theresa restando importancia.

—¿Dónde está Raisa? —preguntó Víctor.

La ventanilla del confesionario se abrió.

—Padre, me confieso ante Dios todopoderoso y ante usted porque he pecado.

—Dios todopoderoso, tenga misericordia de ti, perdone tus pecados y te lleve a la vida eterna.

¿Cuáles son tus pecados, hija?

Raisa respiró hondo para intentar controlarse.

—Nací maldita, padre. Cuando nací fui bautizado como Andrés Fernández López.

Hubo silencio del otro lado.

—¿Cómo así hija? ¿Usted es un hombre?

—Fui criado como varón toda mi vida, padre, pero nunca quise.

—Puedes estar confundido, hijo...

—Padre, llámeme hija, por favor.

—Las leyes de nuestro señor son muy claras, como arzobispo no puedo ser cómplice del pecado.

Mi papel en este mundo es guiar a los ciegos bajo la gracia de Cristo.

—Yo no quiero ir al infierno, padre —dijo sollozando.

—No lo harás si sigues los mandamientos de nuestro señor. Tendrás que hacer un sacrificio y vivir acorde a la perfección con la que Dios te creó, no contradiciendo el sexo que te dio al nacer.

—¿Cuál sexo, padre? Ni yo misma sé lo que soy, ¿no le estoy diciendo que nací maldita?

—¿Maldito cómo?

—Creo que nací hombre y mujer.

—¿Hombre y mujer? Hijo, no debes contradecir las escrituras, nuestro señor creó hombres y mujeres. Tú dijiste que naciste hombre.

—Pero también nací mujer, padre, nací con una vagina y un pene.

Hubo otro largo silencio del otro lado, seguido por un suspiro de sorpresa.

—Nunca escuché de algo así.

—Pero aquí estoy, soy real. Soy un ser humano, pero no sé qué soy. ¿Me creó Dios así o soy obra de Satanás?

—Todos somos hijos de Dios, hija, aun el maligno.

—Entonces, ¿qué soy? ¿Cómo nacer para elegir entre una cosa y la otra? Si solo nuestro señor hizo hombres y mujeres, ¿cómo es que existo yo?

—Creo que tienes muchas preguntas, hija, preguntas que no soy capaz de contestarte en estos momentos si antes no consulto con el señor. Esto es algo muy complejo.

—Cuando nací mi padre casi enloquece, pero como quería un hijo varón me crio como tal. Quiso enviarme con la milicia con la esperanza de volverme más hombre, pero hice mis maletas y huí. Ahora que he vuelto no me quiere ver, y la gente del pueblo cuchichea a mis espaldas.

—Algún motivo tendrá nuestro señor al crearte así, recuerda que sus planes son perfectos.

—No paro de repetírmelo, padre. Amo a un hombre, pero no tiene idea de lo que soy, antes de que todo estallara decidí dejarlo en Santo Domingo. Por ello no me canso de preguntarme cual es el motivo del señor para hacerme nacer cautiva en este cuerpo. Mi derecho a amar y ser amada está comprometido por cómo nací.

—Aun con todo y esto no olvides que Dios te ama tal cual te creó. Espero darte las palabras correctas cuando nos volvamos a ver. En el nombre del padre, del hijo, y del espíritu santo.

—Amén, padre.

—¿Me va a decir el por qué de ese cambio repentino? —dijo Víctor cuando salían de la iglesia—
Había mucha tensión ahí dentro.

—Mi hermana siempre quiere competir conmigo, es una niña mimada.

—¿Entonces me utilizó para darle celos a su hermana?

—Sí, ella se casó con 18 y yo aún sigo soltera. Para ella yo solo seré la tía que vive sola y muere señorita.

—Pero usted ya no es señorita, le he ofrecido matrimonio y no quiere. Tal vez usted es quien se complica, y a este paso tal vez la profecía de su hermana se haga realidad y termine sola.

—Después... de la muerte de Orlando no me hace falta un hombre para vivir plenamente, gracias
—dijo con sequedad.

—No me parece, de lo contrario usted no me hubiera usado como escudo con su hermana.

—Fue algo espontáneo.

—¿Y su cuñado? Me pareció rara su actitud, parecía muy posesivo y no le agradé en lo absoluto.

De repente, Reina sintió que su corazón latía a todo dar.

—Mi cuñado prácticamente creció con nosotras, tiene un gran aprecio, se siente con el deber de protegernos —dijo esquivando su mirada.

—Está hablando con Raisa ahora.

Reina volteó y efectivamente vio a Sergio enfrascado en una pequeña discusión con su hermana. Sergio parecía alterado por lo que le decía Raisa y hacía poco por disimularlo, luego llegó Theresa a su lado y disimuló una calma muy falsa. Theresa se lo llevó y subieron al carruaje. Raisa caminó de inmediato hasta ellos fingiendo una sonrisa.

—¿Por qué la plática acalorada? —preguntó Víctor con el ceño fruncido.

—Está molesto con nosotras, por haber dejado la casa por tantas semanas sin decir dónde estábamos.

—Es un hombre bastante temperamental, pero en parte, yo como hombre le doy parte de razón. Es peligroso que las mujeres anden solas.

—Sí, y ahora la gente cree que Reina se escapó por la ventana con usted —dijo Raisa aliviada de que le haya creído.

—Pero eso se puede resolver con una boda —dijo él mirando a Reina de reojo.

—Ah, ya vámonos —dijo Reina subiendo al coche un tanto fastidiada.

Cuando Sergio y Theresa volvieron a casa, él abrió la puerta de golpe con cara de pocos amigos.

—¿¡Quién lo diría!? —dijo Theresa muy sonriente— Se consiguió a un comerciante, por eso escapó por la ventana. Mentirosa, quién sabe desde cuando estaban viéndose. Y es comerciante de poca monta, a mi no me engaña.

—Pues tiene el dinero suficiente para vestirla como a una reina —dijo entre dientes.

—Por ahora, esa debe estar sacándole lo poco que tiene. ¿No viste la ropa barata que traía encima? Muy guapo y todo, pero yo sé cuando una ropa es de calidad. ¿Qué comerciante exitoso va a andar con esos andra...?

Theresa vio como Sergio se encerró en su despacho sin mediar palabras. Ella hizo señas a la servidumbre para que fueran a la cocina.

Cuando ella se dirigió a la puerta del despacho para tocar la puerta, oyó algo que le heló la sangre. Los cristales estaban siendo rotos, parecía que unos animales estaban destrozando todo ahí dentro. Podía oír cómo rompía ventanas, vajillas, y jarrones, una hilera de costosas porcelanas que ella misma había encargado de Francia. Luego de minutos interminables pareció llegar la calma, y entre esa calma pudo oírlo, muy bajo pero aún perceptible, unos sollozos.

Las criadas aparecieron en el salón para abrir la puerta a una visita que no escuchó llegar. Theresa tuvo que enjugar sus lágrimas rápidamente para ver quién era, pero no era más que un mensajero trayendo una carta para Sergio. Ella la tomó y la abrió rápidamente, pues ya no se fiaba de nada. Pero no era Reina, eso la alivió un poco. Tocó la puerta del despacho.

—Sergio abre la puerta —intentó escuchar algo, pero todo estaba en calma del otro lado— Te llegó una carta del mismísimo Pepillo Salcedo.

La puerta abrió casi de inmediato. Theresa contuvo el aliento al verlo manchado de sangre.

—¿¡Qué te pasó!?

—Nada —dijo tomando la carta con sus manos empapadas en sangre— ¿Por qué leíste mi carta? —dijo bastante enojado.

—¿Eso importa ahora? ¡Estás sangrando!

—Me corté la palma, pero no es nada. Voy a limpiarme, tomar un baño y salgo.

—¿¡Así como estás!?

Pero Sergio no la siguió escuchando y subió los escalones de dos en dos. Cuando entró al despacho fue como si hubiera pasado un huracán, todo estaba patas arriba. Fue cuando no pudo aguantar más y lloró.

Reina salió de su cuarto cuando vio a Víctor salir del suyo, estaba con su pelo recogido, y vestido con su uniforme militar.

—¿Por qué viste así?

—Debo influir en la mente de Salcedo, si está embelesado por los títulos nobles es mejor, será mejor no vestir como civil.

—Entiendo —dijo admirándolo—, casi olvido lo bien que le sienta el uniforme.

—Lo tomaré como cumplido —dijo acercándose—, y usted está preciosa, como siempre.

—Por favor, Víctor, no empiece.

—Es la verdad, cada vez que la veo la siento como una luz en la oscuridad.

—Me es difícil creerle —dijo alejándose antes que llegara a su cara.

—Desde hace muchos años soy un hombre muy solitario, Reina. Sueño con una familia, una esposa y unos hijos que me reciban cada vez que venga de trabajar, quiero sentir mi casa llena de voces y risas. En el tiempo que vivió conmigo me di cuenta de que era eso lo que más quería. Encontrarla cada vez que llegaba era muy grato, lo sentía como si usted y yo hubiéramos vivido así por años. Además, su comida es un sueño.

—Gracias, comida de esclava —dijo tras una sonrisa.

—Usted no sería una esclava para mí, la trataría como lo que es, una reina.

Reina lo miró con ojos muy abiertos, pero tuvo que apartarse aún más, como si tratara de enfriar su cabeza.

—No puedo aceptar esa propuesta, Víctor —dijo a secas.

—Reina —dijo tras un suspiro que denotaba un visible cansancio—, realmente quiero intentar algo serio con usted, últimamente pienso en usted a cada minuto. Pero ni todo el amor del mundo puede atravesar una pared de concreto. No voy a insistir más en usted cuando salga de aquí en pocas horas, si me va a dar una respuesta tiene que ser antes que me vaya.

—Solo quiero que...

—... la deje en paz. Eso solo lo voy a respetar cuando salga de aquí. Soy hombre, soy caballero, estoy muy enamorado, pero también tengo dignidad.

—No entiendo qué es lo que ve en mí —dijo con una voz temblorosa.

—Su hermana me dijo que tiene un secreto por el cual no quiere quedar conmigo.

—¿Qué le contó?

—Nada, esperaba que usted me dijera. He pensado toda la noche y no encuentro qué puede ser. Sea la razón que sea no creo que desista de usted, todo tiene solución. ¿Qué secreto es?

Ella lo miró a los ojos y sintió más pesar.

—No me pregunte, de todas formas no voy a quedar con usted.

Vio la forma en la que agachó la cabeza por unos segundos, sintió lástima por aquel hombre,

pues parecía buscar amor en las partes equivocadas siendo un hombre bueno. Cuando volvió a levantar la cabeza volvió a notar que su fuerza y entereza habían vuelto, pero en sus ojos se notaba que el peso de sus palabras le afectaron.

—Entonces permítame un último beso, ¿puedo?

—Puede —dijo ella cerrando los ojos al recordar aquel beso en el salón, pero quedó más sorprendida al notar que solo le dio un breve beso en la mejilla.

Cuando volvió a abrir los ojos lo vio yendo a las escaleras sin perder más el tiempo. Ella se tocó la mejilla sorprendiéndose al sentir decepción por la expectativa de un beso que nunca llegó y de un beso que recordó.

Se obligó a sí misma a salir de sus pensamientos e ir al cuarto Ralisa, tocó la puerta, terminaba de arreglarse cuando Reina entró.

—¿Estás mejor? Desapareciste en la misa.

—Me estaba confesando con el padre —dijo poniéndose colorete frente al espejo.

—Espero que no te hayan afectado esas palabras, ¿qué te dijo?

—No quiero hablar de eso ahora, por favor.

—Pues cambio de asunto. ¿Qué fue lo que te dijo Sergio?

—Pues ya lo viste, estaba furioso. Dijo que no tenías palabra, porque tú aceptaste esperar un año. Yo le dije que debería quedarse casado como está, pero se puso peor, dijo que estaría dispuesto a llevarte a rastras con él si era posible...

Reina empezó a reír como niña chiquita mientras daba vueltas con el vestido.

—Entonces está celoso, sí me ama.

—Estás loca, ¿verdad? Si sigues esto la cosa puede terminar muy mal, para los tres, o hasta los cuatro. Theresa podría cometer una locura si pierde a Sergio.

—Ella no es mi problema, bastante daño ya me ha hecho como para preocuparme por ella. Me voy a preocupar por mi propia felicidad.

—¿Y Víctor?

—¿Víctor qué? Ese hombre se irá hoy mismo y ya no lo volveremos a ver, cada quien por su lado y se acabó el drama.

—Sí ese hombre se va tú vas a sufrir, y mucho.

—¿Sufrir por qué? Lo que más quiero es que me deje en paz.

—Ni tú te lo crees, eres así, te fijas en una cosa y crees que necesitas esa cosa, cuando pierdes otra cosa te das cuenta de que necesitabas más lo otro y lloras por eso. No sabes medir cuáles son tus prioridades.

—Mi prioridad siempre ha sido Sergio. Además, no quiero a un hombre blanco en mi camino, no quiero sufrir lo mismo que mi madre, siempre desmeritan a la mujer por su color.

—¿Y Sergio qué es? Si es por el pelo como dices, pues es bastante sedoso.

—¿No ves su color quemado? Su abuela materna era negra, él me dijo.

—No entiendo mucho de esas cosas, para mí todos son iguales, sean blancos, negros, rojos o azules. ¿Por qué a la gente le importa tanto?

—Porque creen que somos menos —dijo de brazos cruzados.
—A ti también te importa, no deberías discriminar a Víctor porque es blanco. A él no le importan esas cosas, es el hombre con la mente más abierta que he visto.
—Deja de meterme a ese hombre por los ojos, no lo amo, lo quiero lejos de mí.

Raisa puso las manos al aire a modo de rendición.

—De mi boca no saldrá más nada, pero no me vengas a llorar cuando se vaya diciendo que lo extrañas porque te voy a ignorar.
—No va a pasar —dijo más para ella que para Raisa.
—Sergio me dijo que aun así quiere hablar contigo, le dije que por nada del mundo se le ocurra venir hoy, le dije que venga mañana alegando que Víctor se irá de viaje de negocios al este.
—Le pediré que mientras me saque de esta casa hasta que pase el año. No voy a soportar al viejo recriminándome.
—Esta casa también es mía, dije que te puedes quedar.
—De todos modos, tú ya te vas a Francia y no quiero enfrentarme a su mala cara todos los días, solo quiero paz.

De repente oyeron caballos acercándose, se pusieron algo tensas, pues sabían que el momento había llegado. Salieron del cuarto, bajaron los escalones y salieron al porche para encontrarse con el general de la Gándara y Omar saliendo del carruaje vestidos de civiles.

Raisa gritó de alegría y sorpresa y bajó los escalones para echarse a los brazos de Omar, quien la levantó para dar vueltas con ella cuál muñeca de trapo muy abrazada a su pecho. Ambos se enfrascaron en besos interminables sin decir absolutamente nada.

—Fue un camino bastante tortuoso —dijo el general secando los sudores abanicándose con el sombrero.
—¿No hubo percance? —preguntó Víctor.
—No, fuimos muy discretos, no quise venir con más hombres para no levantar sospechas, con el teniente está bien —bajó la voz— ¿No ha llegado Pepillo?
—Ya debe estar en camino.

El general vio a Reina en la entrada y tomó su mano para besarla.

—Hermosura de mujer, espero esté bien.
—Favor que me hace, general, estoy bien.
—No quise poner a una dama en estas circunstancias, pero la guerra a veces empuja a estas cosas.
—Lo importante es que estamos bien yo y mi familia, por ahora, y espero que esto termine pronto para que los señores nos hagan el favor de marcharse y no volver nunca más —dijo mostrándole su claro desagrado.

El general miró a Víctor con una expresión jocosa, mostrando que claramente sus palabras le eran solo un chiste.

—Las mujeres, Alcácer, las mujeres —dijo antes de entrar.

Justo cuando entró llegó un carruaje, cuando se posó frente a la propiedad, Reina se sorprendió de ver a Sergio siendo el conductor.

CAPÍTULO 8

Sergio le dio una breve mirada antes de bajar y abrir la puerta a Pepillo. El hombre bajó vestido con su más pomposo uniforme militar lleno de medallas, miró a todos lados como si tomara notas del lugar, ambos lo recibieron en los escalones.

—Bienvenido, señor Salcedo —dijo Reina dijo dándole la mano.

—Muy bonita su hacienda —dijo besando su mano—, pero no tanto como usted.

—Favor que me hace, pero es la hacienda de mi familia.

—Mucho gusto, señor, soy el marqués de Alcácer y teniente general del general de la Gándara

—dijo interviniendo entre él y Reina.

Salcedo lo miró con ojos muy abiertos, tal como si viera de frente a un fantasma.

—Así que es usted, siempre es un placer conocer a gente de la nobleza —dijo dándole la mano.

—La reina Isabel me ha hablado de usted.

—¿¡La misma reina le ha hablado de mí!?

—Pues claro, usted es el sustituto del Marqués de las Carreras, Pedro Santana. Por eso lo citamos, porque ella tiene planes con usted.

—Pues debo escuchar esos planes, debo saber si son convenientes.

—Pase adelante, por favor.

Cuando entró a la casa sin mediar más palabras, vieron a Sergio que observaba a Víctor con una expresión difícil de discernir. Una mezcla de sorpresa, ira, preguntas. Estaba estático en el mismo lugar sin subir los escalones del porche.

—Usted aquí, no sabía que era hombre del presidente.

—Y yo no sabía que usted era militar o marqués. Quiere decir que usted es enemigo de la revolución, y está arrastrando a mis nueras con usted —dijo con mandíbula apretada.

—No soy una amenaza, prueba de ello es que su presidente está aquí.

—Entra de una vez, Sérgio —dijo Reina tratando de ocultar su incomodidad.

Sérgio subió los tramos mientras le dirigía una mirada cargada de interrogantes. No sabía cómo iba a lidiar con todo aquello, pues no esperaba tremenda sorpresa. Reina trató de buscar apoyo en su hermana, pero no parecía haberse enterado absolutamente nada. Estaba caminando a lo lejos con Omar muy abrazados, eso fue lo único que le sacó una pequeña sonrisa.

—Van a estar bien —le dijo Víctor instándola a entrar también.

Cuando entraron al salón se encontraron sorpresivamente con Diógenes sentado con ambos hombres manteniendo una plática, o más bien, él parecía extasiado y sorprendido de ver tales hombres importantes bajo su techo, pero ambos hombres parecían escucharlo mientras asentían

con sonrisas políticas.

—... además, puedo crear perfectos caballos pura sangre para las de las difíciles guerras que...

—Don Diógenes, por favor —dijo Reina algo avergonzada—, estos hombres no vinieron a hablar de caballos, vinieron a platicar sobre el futuro de este.

—Bajo el techo de los Fernández —dijo con el pecho lleno de orgullo.

—Me imagino que hay un despacho por aquí —dijo de la Gándara.

—Lo hay, vengan por favor —dijo Diógenes guiándolos a la puerta.

Víctor siguió a los hombres y entró con ellos, tuvo que apartar a Diógenes para que los dejara solos mientras cerraba la puerta tras él. Diógenes aún estaba en shock.

—El presidente y el general de la reina en mi casa decidiendo sobre el futuro del país —se dijo a sí mismo tras el silencio.

—Recuerde que no puede divulgar nada de lo que vio aquí —dijo Sérgio—, ¿dónde están los empleados?

—Raisa los despachó esta mañana hasta la noche —dijo Reina.

—No voy a abrir la boca. ¿Cómo es que se dio esto? Reina, ¿tú estás detrás de esto? ¿Quién es en realidad ese Víctor? Por lo que vi no es tu siervo sino un militar.

—Pues...

—Es su prometido —se apresuró Sérgio sin quitarle los ojos de encima a Reina—, ¿no vino a eso? ¿A pedirle la mano bajo su bendición?

—A mí no me han dicho nada.

—Es algo complicado —dijo ella evitando las miradas.

—Es más complicado porque no entiendo, ¿quién es él?

—Es un marqués y teniente general de tropas. Su hija, don Diógenes, se casará con un hombre de la nobleza española.

Reina evitaba la mirada hostigante de Sérgio, pero sus palabras dolían más.

—¿¡Un marqués!? —dijo Diógenes procurando asiento mientras lo asimilaba— Reina se casará con un marqués.

—No dije que me casaría con él aún.

—¿Cómo que no? ¡Es un marqués, hija!

—¿Ahora soy su hija porque me casaré con un marqués?

—Claro que no, yo solo he querido lo mejor para mis tres hijos.

—¿Y por qué me trataba como esclava? Usted es más cínico de lo que pensé, solo le importa el estatus y el qué dirán. La suerte de sus hijos le vale muy poco.

Diógenes la miró en silencio por unos instantes balbuceando palabras que no le salían, luego se levantó.

—Todo lo que he logrado es por y para mis hijos —dijo antes de subir los escalones en silencio.

—Fuiste algo dura con él —dijo Sérgio.

—¿Te parece? Pues mira estas manos llenas de cayos, manos que han trabajado para él y sus

hijos desde que tenía 8 años. Mi madre dio a luz sola en el granero como animal porque su esposa quiso que se quedara ahí para que sufriera, y en ese mismo sufrimiento nació yo y ella murió pocos minutos después. Lo que le pase a ese hombre no me importa.

—Tienes mucha amargura en el corazón.

—Me lo han dicho, y no me avergüenzo porque esta amargura no la tengo de a gratis.

Ambos quedaron en silencio unos instantes.

—Bueno, tengo que hablar contigo.

—¿Ahora? —dijo algo nerviosa.

—¿Tienes miedo a que tu marqués te vea conmigo?

—No —dijo algo dudosa.

—Pues vamos afuera unos minutos.

Sérgio la tomó de la cintura y prácticamente la llevó a rastras, salieron al jardín y se alejaron un poco de la fachada. Cuando él la soltó, ella se sorprendió del vendaje que tenía en la mano derecha.

—¿¡Qué te pasó!? —dijo ella tomando su mano para revisarla.

—Nada grave, un accidente de casa —dijo antes de acariciar su rostro.

—¿Qué estás haciendo? —dijo apartándose.

—Eso te pregunto yo, ¿qué estás haciendo, Reina? Creí que habíamos quedado en darnos un año, te di mi palabra de hombre de que dejaría a tu hermana y me iría contigo, un año para arreglar mis finanzas. Pero tú te fuiste el otro mismo día de aquello.

—No me iba a quedar a ver tu matrimonio con otra mujer, y menos con mi hermana. ¿Cómo está ella?

—Es lo que menos debe preocuparte.

—Es mi hermana —dijo con un repentino sentimiento de culpa.

—Reina, ¿sabes cómo me sentí cuando te fuiste? Leí tu carta, pero no fue suficiente, pudo más la incertidumbre, sabía que algo andaba mal. Luego apareces y dices que te vas a comprometer con otro hombre.

Reina quedó en silencio unos segundos bajo su escrutinio, no sabía qué decir, pero se preguntó si en verdad tenía algo que decir.

—Nada de esto habría pasado si me hubieras hecho caso, si no hubieras pensado en el dinero antes que en nuestro matrimonio.

—Sabes que todo lo que hice...

—Pasaron muchas cosas, Sérgio, en un año pasan muchas cosas.

—Ni siquiera han pasado 6 meses.

—Y ese es el punto, mi vida ya cambió, no es la misma —si mirada se perdió en el horizonte—

No sé en qué pensaba cuando acepté tu propuesta, prácticamente me pusiste contra mi propia hermana. No sé si habría tenido el coraje de huir contigo mientras dejábamos a Theresa atrás.

Sérgio dio un paso al frente y le plantó un beso, Reina lo recibió con todo placer a la vez que lo

tomaba del rostro. Cuando rompieron el beso y se miraron a los ojos ella frunció el ceño.

—Fue aquí donde te hice esa promesa, Reina, económicamente todo ha estado saliendo muy bien, he estado haciendo mi espacio en la milicia, soy el hombre de confianza del presidente... Ya casi podré darte la vida que mereces.

Ella se soltó del abrazo mientras tocaba sus propios labios.

—Tus besos no los siento iguales —se dijo a ojos cerrados.

—¿Cómo?

No se lo diría, pero en aquel beso esperaba sentir lo mismo que aquel beso que la hizo estremecer. Fue una sorpresa muy grande para ella estar pensando en Víctor.

—Sérgio —dijo ella un poco aturdida.

—¿Qué pasa? —dijo preocupado.

—Pensé que nunca en mi vida te diría esto, pero ya no te amo como antes.

Sérgio tardó unos segundos en procesar la información, luego empezó a reír ante la confusión.

—¿Qué?

—No te amo... es decir, sí te amo, pero no como antes. Siento mucho aprecio por ti, amor de alguien que ha sido importante en mi vida, pero amor de mujer ya no.

—Reina —dijo sonriendo al no poder procesar la información—, soy el hombre de tu vida y tú la mujer de mi vida. Nos hemos amado desde la adolescencia, ¿cómo va a cambiar eso en pocos meses?

—Es una sorpresa para mí también, pero creo... no, no creo, tengo certeza de que yo amo a Víctor —dijo visiblemente sorprendida de sus propias palabras, luego no pudo parar de sonreír— Amo a Víctor, lo amo.

—¡Para con eso! —dijo zarandeándola— No sabes lo que dices, es obvio que estás confundida.

—Nunca he hablado tan serio, Sérgio.

—Vamos a parar esta conversación, te daré tiempo para que aclares tu mente, ¿de cuerdo? —dijo tratando de calmarse él mismo.

—Sérgio...

—Seguimos hablando después, yo voy a seguir con mis planes y tú debes de esperarme unos pocos meses más... Tres más, solo tres meses, estoy acortando el plazo.

—Sérgio, por favor...

—Vamos a entrar, ya hablamos todo lo que debíamos. El plan sigue, yo dejo a tu hermana y tú dejas a ese maldito marqués. ¿Estamos?

Reina vio cómo se alejaba de ella para entrar a la casa, era exactamente como si estuviera huyendo de la realidad. Por un lado, el corazón se le partía en dos al verlo así, o el que la situación de ambos terminara de esa forma, pero, por otro lado, sentía paz, una paz que no sentía desde hacía meses, y una alegría que no cabía en el pecho. Ella amaba a Víctor, algo que trataba de esconderse a sí misma. Raisa tenía razón, pero ella estaba más feliz por haberse dado cuenta

antes que se fuera para siempre.

Víctor abrió la puerta y salió del despacho para dejar a los dos hombres terminar con los últimos detalles del plan. Salió muy contento por la forma en que las cosas estaban marchando por fin. Decidió salir al porche trasero y tomar un poco de aire fresco, cuando de repente notó a Reina platicando con su cuñado. Frunció el ceño al ver una discusión que parecía demasiado íntima, una discusión que terminó en un acalorado beso con ella acunando su rostro.

Volvió sobre sus pasos al interior como si hubiera visto un fantasma, de pronto sintió sus labios secos y un dolor en el pecho, como si alguien le hubiera apuñalado en el corazón. Se quedó en medio del salón como estatua con el ceño fruncido, pensando en ninguna cosa en concreto porque su mente no podía procesar nada.

Una mujer estaba frente a él haciéndole señas con las manos.

—¿Está usted bien?

—Sí —dijo estrujando su cara como si intentara despertar de un sueño—, ¿con quién tengo el gusto?

—Ya nos habíamos visto antes, soy Theresa, hermana de Reina, y... de aquel que decidió contrariar a Dios.

—Ah, claro —dijo mirando hacia atrás—, usted tiene un feliz matrimonio, me imagino.

—Claro, y usted se casará con esa mujer esperando un matrimonio feliz.

—¿Por qué lo dice?

—Por nada, ¿dónde está la gente de esta casa? No he visto siquiera a la servidumbre.

—Están libres unas horas —dijo Diógenes bajando los escalones—, ya que estás aquí, tenemos visitas muy distinguidas así que espero no salgas con el chisme.

—¿Visitas?

—El presidente está dentro hablando con de la Gándara asuntos...

—Por favor, don Diógenes, sin detalles —dijo Víctor un poco impaciente.

—Sí, perdón. Están platicando asuntos.

Theresa se quedó observando la fachada de Víctor con fascinación.

—¿Qué es usted exactamente?

—Es el teniente general de la reina, y también es el muy distinguido marqués de Alcácer.

—¿Marqués? —dijo confundida— Eso quiere decir que pertenece a la nobleza, ¿y se quiere casar con la negra?

—Theresa —dijo Diógenes reprendiéndola.

—Es increíble, ¿cómo se va a fijar un marqués en ella?

Víctor estaba muy lejos de la discusión mientras daba unas cuantas miradas al camino que daba al jardín.

—Una pregunta —dijo Víctor aclarando su garganta—, ¿Reina ha tenido a algún otro pretendiente?
—Oficialmente no —dijo Theresa muy resuelta.
—¿Cómo dice?
—Que ella y mi marido tuvieron algo en el pasado, ella siempre lo buscaba, pero al final se casó conmigo. Estuvo tras él hasta el día de mi boda, luego tomó aplomo y tuvo la decencia de largarse, hasta ahora que volvió.
—Cierra el pico, muchacha —dijo Diógenes pellizcándola.
—Suélteme, padre.
—¿Hace cuánto tiempo de esto?
—Hace unos tres meses, ¿por qué?
—¿Suele viajar a Santo Domingo?
—Nunca ha viajado hasta ahora que desapareció, pero nunca nos dijo que fue a Santo Domingo.

En ese momento entró Sérgio y se llevó tremenda sorpresa al ver a su esposa. Theresa quedó más sorprendida aún.

—¿No estabas trabajando?
—Lo estoy.

Víctor le dedicó una mirada mordaz, cosa que Sérgio intuyó muy bien y le plantó cara.

—¿Algún problema, general?
—Mantenga la distancia, alférez —dijo sin inmutarse.

Salcedo y de la Gándara salieron charlando muy ameno. Theresa fue a hablar con ellos para no perder oportunidad. Reina no tardó en hacer su aparición desde la cocina trayendo una bandeja de café, quedó sorprendida de ver a Theresa, su hermana la miró con ojos afilados, pero siguió hablando con los señores. Raisa y Omar entraron muy abrazados sin prestar mucha atención a los presentes.

—¿Una belleza como usted sirviendo? —dijo Salcedo tomando una taza.
—Pierda cuidado, presidente, está acostumbrada a servir, está en sus genes —dijo Theresa tomando una taza.

Reina hizo un movimiento descuidado y la bandeja de cafés cayó en su vestido azul celeste. Theresa gritó de horror.

—Perdón, no fue a propósito —dijo con cara de no importarle mucho.
—¿¡Qué no fue a propósito!? ¡Padre, mire lo que hizo!
—Baja la voz, hija, tenemos visita —dijo Diógenes tratando de mantener la sonrisa de la paz.
—No sabía que ustedes estaban emparentados —dijo Salcedo—, eso quiere decir que mi hombre de confianza es su cuñado, Reina.
—Por desgracia, señor, ya ve lo salvaje que es —dijo Theresa tratando de mantener la poca compostura.

—Igual es preciosa, un ángel hecho mujer.

—¿Un ángel? Pero señor... —dijo Theresa a punto de estallar

—Pido su atención, por favor —dijo Víctor en medio del salón.

Todos dejaron de ver a Theresa y se centraron en Víctor.

—Tal vez no sea el momento adecuado, pero mi tiempo aquí termina hoy, así que debo aprovechar. Don Diógenes, ¿me permite pedir la mano de su hija?

Hubo risas de sorpresa por parte de los hombres, a excepción de Sérgio quien parecía estatua. Diógenes salió de su estupor y asintió de inmediato.

—¿Cómo no voy a estar de acuerdo en que mi hija se case con tan distinguido señor?

Víctor se dirigió a Reina y sacó un pequeño estuche de su bolsillo, el cual abrió para mostrar un anillo de oro blanco con una enorme piedra de rubí incrustada. Reina abrió los ojos aún más sin dar crédito a lo que veía.

—Reina, quisiera que acepte ser mi esposa.

Para sorpresa de Víctor, Reina pareció reír complacida y asintió casi de inmediato. Dejó deslizar el anillo en su dedo y encajó a la perfección. Víctor aprovechó y plantó un discreto beso en su mejilla. Los presentes rompieron en aplausos, a excepción de Sérgio y Theresa, esta última pareció no aguantar ni un minuto más y salió a pasos agigantados.

Víctor notó por el rabillo la mirada punzante de Sérgio, parecía que en cualquier momento el hombre saltaría encima de él.

—Si hubiera sabido que esta hermosa mujer tenía su interés, no me le habría insinuado —dijo Salcedo acercándose a la pareja.

—Pierda cuidado, presidente, sé que es un caballero, usted no sabía.

—También fue mi error pensar que tremenda mujer estaría sola y dispuesta. Mis disculpas, señorita Reina.

—Está disculpado —dijo ella abrazada a Víctor.

—Nazario, hora de irnos, no vaya a ser que mis hombres me busquen por mar y tierra —dijo Salcedo a Sérgio sin mirarlo.

Sérgio miró a Reina, Víctor supo que su mirada quería decir mil cosas que ella podía entender. Cuando ella trató de abrazarlo más se sintió como trapo, totalmente usado por una campesina. Sérgio se dignó a salir sin mediar ningún tipo de palabras.

—¿Van a quedarse a comer? Reina y yo preparamos algo exquisito, así podemos aprovechar y festejar a los novios —dijo Raísa rompiendo el abrazo con Omar.

—No va a ser posible —dijo de la Gándara—, hay mucho qué hacer en Santo Domingo, debemos partir ya.

—Acaban de llegar, no han descansado nada —dijo Reina.

—Es la vida de un militar. Debemos partir todos ahora. Y usted, Reina, buen trabajo —dijo yendo hacia la salida—, gracias a todos por la hospitalidad y la cooperación.

Don Diógenes se dirigió a Víctor con una enorme sonrisa.

—¿Y cuándo es la boda?

—Pronto, don Diógenes —dijo Víctor con sonrisa política.

—En hora buena, compañero —dijo Omar palmeando su hombro—, pero el trabajo espera y las damas deben esperar.

—¿Cuándo vuelves? —dijo Raisa abrazando a Omar.

—Muy pronto, mi muñeca de porcelana —dijo planteándole un beso.

—¡Por el amor de Dios! —dijo Diógenes antes de marcharse a la cocina roja de furia.

—¿Qué le pasa? —dijo Omar.

—No le hagas caso —dijo ella acompañándolo a la puerta.

Reina y Víctor quedaron solos por fin, y ella se despegó de él para verlo a la cara.

—Estás extraño —dijo ella con el ceño fruncido, pensé que estarías más alegre.

—Estoy alegre —dijo besándola—, no pensé que dirías que sí.

—Pues tú juzgaste sucio porque no me dijiste nada, lo hiciste delante de todos para forzar la situación.

—¿Crees que te he forzado? ¿No querías? —dijo con cautela.

—Claro que quería, pero me tomaste por sorpresa. De todos modos ya había tomado la decisión de decirte que sí.

Víctor tenía muchas preguntas, preguntas que sabía no serían contestadas bajo esa situación. Ahora cada vez que miraba a aquella mujer no sabía a quién tenía en frente ni cuáles eran sus reales intenciones.

—¿Qué pasará con nosotros? —dijo ella— Tú te irás y yo estaré aquí, y no será buena idea que te arriesgues a venir a esta zona.

—Ya encontraré el modo —dijo abrazándola.

—Se siente extraño esta cercanía entre los dos —dijo ella riendo.

—Para mí es natural.

Ambos caminaron a la salida y bajaron los escalones hasta el carruaje.

—¿Ya todo está dentro?

—Sí, desde hace horas dejé todo listo para partir.

Él abrió la puerta mientras ella se dirigía a abrazar a Raisa, quien parecía triste mientras seguía despidiendo a Omar, cuyo carruaje estaba ya bastante lejos. Los hombres de Víctor se pusieron en posición para partir en el carruaje.

—Reina, ven —dijo Víctor.

Reina se le volvió a acercar con una gran sonrisa y los brazos abiertos para despedirlo, pero Víctor hizo algo interesante esperado. En un movimiento rápido la abrazó con fuerza y puso un pañuelo por boca y nariz. Reina reaccionó con sorpresa, pero luego intentó luchar para liberarse de su yugo.

Raisa al notar aquello empezó a gritar, pero uno de los hombres de Víctor la sostuvo mientras veía a su hermana siendo depositada dentro del carruaje por Víctor como si estuviera muerta. Cuando Víctor entró al carruaje y lo cerró, el hombre dejó a Raisa en el suelo y subió de inmediato junto al conductor. Raisa se le levantó mientras corría detrás del carruaje gritando el nombre de su hermana, pero solo veía el carruaje alejarse a toda velocidad.

Raisa

Felippa se encontraba en el jardín pintando cuando Onirys se acercó con una sonrisa de oreja a oreja.

—Mi marido llegó.

—¿Llegó? —dijo dejando el pincel— Eso quiere decir que Víctor también llegó.

—Dice que en efectivo, ahora ya ha de estar en su casa, así que será mejor hacerle una visita.

—¡Voy ahora mismo!

—Solo si eres bruta, ha de estar cansado ahora, fueron unas difíciles 4 horas a caballo mientras evadían a los rebeldes del camino, así que serías la última cosa que querrá ver. Mi marido ha vuelto insoportable. Aparécete mañana a medio día con esa pintura a modo de bienvenida.

—¿Tan tarde? ¿Por qué no hoy en la noche?

—Porque las señoritas decentes no salen por las noches solas.

—¿Señorita? —dijo riendo— ¿Hace cuando dejé de serlo?

—Sabes de lo que hablo, al hombre no le gusta que la mujer ande de noche, al menos no a la mujer con la que podría casarse. Hazme caso.

Felippa volvió a tomar el pincel para seguir pintando la cara de Víctor al óleo.

—No veo el día en que tenga que irme de esta isla, casi no tengo gente de clase con quien hablar, ni puedo lucir mis vestidos en los bailes.

—Ya eres viuda, puedes irte cuando gustes, tu hombre murió por la guerra.

—Sabes que todavía tenemos un trato, tú me ayudas con Víctor y yo te ayudo a abrirte camino con la nobleza en España.

—Baja la voz, estúpida —dijo Onirys mirando alrededor—. Si yo cumplo mi palabra será mejor que cumplas la tuya. Algún día la guerra terminará y José volverá a España con su mujer e hijos. Bajo ningún concepto volveré a ser jornalera, yo nací para ser señora.

—Tal vez deje a su mujer por ti.

—No me hagas reír, conozco a los hombres, no se van a arriesgar por... una querida sin apellido. Si se va me quedará con migajas en el mejor de los casos, no estoy dispuesta a arriesgar tanto. Mejor voy a España y me consigo a un noble mejor que José.

—Eres una mujer visionaria —dijo riendo.

—Una mujer que vela por sus intereses, querida.

—Entonces nuestra amistad es puro convenio de intereses —dijo un poco pensativa.

Onirys abrió su abanico para refrescarse mientras la veía con una sonrisa política.

—Creí que lo tenías claro, no te he ayudado de a gratis.

—Tienes, razón, pero cualquier cosa que pase te considero una amiga.

Onirys le volvió a dar un escrutinio mientras reía.

—¿A qué viene esa prosa? Yo no tengo amigos, querida, tengo relaciones y conexiones. Yo te ayudo con tu marqués y tú me ayudas a salir de este infierno. Sabes qué pasará si no cumples, ¿verdad?

—Lo tengo claro —dijo un tanto fastidiada.

—Sí no fuera por mí ahora estarías con una mano delante y otra atrás. Ni siquiera pudiste retener a tu esposo porque pensabas que la belleza y el amor eran suficientes. La mujer debe saber retener al hombre, querida, si no lo atiendes se va con otra.

—¡Ya basta! —dijo lanzando el pincel— ¿Por qué traes eso ahora?

—Para que aclares esa cabeza.

—Orlando me quería bastante, pero esa mujer se atravesó.

—Se atravesó porque te dormiste, querida. Ese hombre estaba a punto... Mira. A punto de mandarte de vuelta a Madrid con una mano delante y la otra atrás por no haber sido la esposa que esperaba. ¡Ni siquiera le cumplías, por Dios!

—Aún pensaba en Víctor —dijo con una expresión lastimera.

—Pobrecita —dijo con sarcasmo—, eras la típica niña hidalga que pensaba que por su belleza lo merecía todo a manos besadas.

—Al menos soy de buena familia, familia de modales y distinción, una hidalga. Si no conseguía mucho por parte de Orlando, mi familia me hubiera conseguido a alguien mejor.

—¿De qué sirve el apellido cuando eres igual que una desgraciada como yo? —bajó la voz— ¿Qué diría tu familia si se entera de que mandaste matar a tu propio marido?

—No serías capaz —dijo visiblemente afectada.

—¿Sabes que hago cosas peores y aun así dudas? Detrás de tu fachada de buenas maneras y nobleza te puedo usar como espejo, porque me veo reflejada en ti.

—Tú y yo no somos iguales, Onirys.

—Tal vez, pero mira hasta donde ha llegado esta ex jornalera a la que le pediste ayuda. Mírame.

Felippa la vio alejarse y no pudo evitar morderse la lengua hasta sentir la sangre en su boca.

Reina abrió los ojos de a poco, su cabeza le dolía horrores mientras trataba de incorporarse. Al mirar alrededor tuvo que frotarse los ojos al no creer lo que creía reconocer. Era ya de noche, pero estaba en una lujosa habitación que le parecía muy familiar.

Cuando la puerta se abrió y vio a Víctor, su corazón casi se detiene.

—Por fin despiertas.

Ella no dijo nada, solo observaba lo extraño que lucía, su pelo estaba suelto y enmarañado, y traía unas ojeras muy profundas. Pero lo que más le parecía perturbador era su actitud de verdugo. Se acercó a la cama y se plantó frente a ella de brazos cruzados.

—¿Quién eres?

—¿Quién soy? ¿Por qué la pregunta? ¿Por qué me trajiste aquí?

—Te hice una pregunta y quiero que la contestes —dijo falto de expresión.

—Soy Reina, tú me conoces.

—No sé quién es la mujer que tengo en frente —dijo lanzándole un fajo de cartas—, estuve revisando las cartas de Orlando y no me percaté de nada extraño hasta que las volví a leer, hasta las que no leí.

—¿Qué cosa? —dijo casi con voz temblorosa.

—Que en una carta, Orlando describe el nombre de Rosita como Rosa del Rosario, quiere decir que "Rosita" no es solo un apodo, viene de Rosa del Rosario.

—No sé de lo que hablas —dijo levantándose.

—¿Ah, no? Como quieras, tal vez el confinamiento te aclare la memoria.

—¿¡Confinamiento!?

Reina corrió hasta la puerta, pero fue atrapada fuertemente por él, fue tirada de vuelta a la cama con tanta facilidad como si fuera una muñeca de trapo. Se dirigió hasta ella y la tomó de la quijada para que lo viera a los ojos.

—Tú no sabes lo fastidiado que estoy en estos momentos, no tienes idea del embrollo en que estás. ¿Por qué apareciste en el funeral? —Por nada malo —dijo con los ojos aguados del horror—, fui a trabajar porque alguien me pagó.

—¿Eres una espía? ¿Quién te mandó? ¡Habla!

Su voz resonó como rayo en todo el cuarto, Reina empezó a temer por su seguridad, porque a pesar de su tranquilidad aparente podía notar el esfuerzo que hacía para contenerse. Pero si decía algo, aquellas dos serpientes podrían hacer algo contra ella o su familia. Estaba atrapada y lo sabía, no pudo hacer más que llorar.

—No puedo decirlo.

—¿Por qué no?
—Podrían matarme.

Víctor la soltó con brusquedad y se paseó de arriba a abajo como intentando calmar su furia.

—Entonces, sí eres espía.
—Yo no...
—¡Te abrí las puertas de mi propia casa!

Ella ocultó su cara en sus manos en un intento de desaparecer mientras lloraba.

—No soy espía, no tengo nada que ver con la guerra. No puedo decirte nada, pero te amo.
—¡Me amas! —dijo tras una risa efímera— ¿Esas son las palabras que le decías a tu cuñado?

Reina levantó la cabeza y lo miró con ojos desorbitados.

—¿Mi cuñado? ¿Qué es lo que...?
—Los vi esta tarde, muy abrazados, muy románticos mientras se besaban. ¿Acaso él te envió?
¿Pepillo está involucrado? Será mejor que me cuentes todo.

Reina aún estaba en shock, no sabía qué decir ni cómo reaccionar. Se maldijo a sí misma por permitir ese beso que no significaba nada para ella. Quería desaparecer, su mayor temor se había desvelado por una indiscreción a última hora.

—No hay nada de lo que dices, estoy muy... avergonzada...
—Me es difícil creer que una mujer como tú sepa lo que es la vergüenza. Una mujer capaz de traicionar a su propia sangre es capaz de cualquier cosa.
—Por Dios, que dices es muy feo —dijo volviendo a llorar.
—La muerte de mi hermano está envuelta en muchos misterios que voy a desvelar, si estás envuelta en la muerte del ex general de guerra, te espera el pelotón de fusilamiento.
—¿¡Qué!?
—¡Carmen!
—¡Víctor, no puedes...! —dijo ella levantándose para implorarle, pero él la volvió a lanzar a la cama con brusquedad.

Carmen entró casi de inmediato como si estuviera tras la puerta escuchando, su cara era un poema a la expresión del horror.

—¿Sí, patrón?
—Desde ahora en adelante solo le darás agua a esta mujer. Procura que no salga de aquí.
—Sí, patrón.

Víctor salió de allí sin mediar más palabras mientras Carmen se quedaba, ella se acercó para verla hecha un amasijo lloriqueando entre las sábanas.

—Ya decía yo que no le iba a durar —dijo con una expresión de satisfacción—, las mujeres de su clase siempre sacan lo peor tarde o temprano.

—Lárguese de aquí —dijo por lo bajo.

—Creo que ya usted no tiene ese poder, el único que puede mandarme es el patrón. No voy a seguir órdenes de una negrita andrajosa.

—¡Dije que se largue!

Reina se levantó con toda la furia contenida para tomarla del brazo y sacarla, pero no contó con la tremenda fuerza de la mujer. Su estructura corpulenta eran casi las de un hombre, así que tomó el delgado cuerpo de Reina y lo zarandó para después propinarle dos sonoras bofetadas que la dejaron aturdida en el suelo.

—Después del patrón soy yo quien da las órdenes, espero que quede claro, así será las cosas por aquí.

Tras lo cual dio media vuelta para salir y cerrar con llave. Reina continuó llorando desde el suelo, implorando que todo saliera bien. De repente se acordó de la puerta que daba al balcón, pero al encontrarla la encontró sellada con varios bloques de madera. Sacudió la puerta y la aporreó gritando de impotencia.

—¡Auxilio!

Al día siguiente Felippa bajó del carruaje envuelto en un llamativo vestido rojo intenso, su larga melena rubia y lisa no tenía ni una hebra fuera de lugar. Tomó el cuadro envuelto en papel y entró llena de positivismo. Cuando Carmen le abrió se llevó una sorpresa.

—¿Señora Felippa?

—¿Está Víctor?

—No, pero puede pasar —dijo ella llena de nerviosismo.

Entraron al salón y Felippa miró por todo el lugar, con un dedo le dio tacto a una mesa.

—Hay mucho polvo.

—Sí, señora, justo iba a limpiar mañana —dijo sin perder la sonrisa.

—No me malentiendas, aprecio tu trabajo —dijo mirándola con cortesía.

—Gracias, señora. El patrón está casi llegando, viene siempre a comer a esta hora. ¿Se quedará a comer? Sería un placer sentarse a la mesa una dama tan distinguida a degustar mi humilde sazón.

—Al contrario, corazón, sería un honor para mí —dijo con exagerada amabilidad.

De repente escucharon golpes desde arriba, golpes fuertes e insistentes. Carmen se puso más nerviosa. “Auxilio” decía desde arriba.

—¿Quién está arriba?

—Una mujer a la que el patrón le dio asilo unos días, ahora parece tenerla como prisionera, la trajo después de habérsela llevado hace unos dos días.

—¿Cómo se llama?

—Es confidencial, señora —dijo con voz temblorosa.

Felippa sonrió, pues la mujer ya había soltado demás, parecía una de esas mujeres con la lengua muy suelta y maravillada con la posición social de otros. Unos miserables que a sus ojos se conformaban con los huesos que se les tire.

—Por favor, llámame Felippa, así me llaman mis amigas. ¿Por si acaso esa mujer se llama Reina?

—¿Cómo supo? —dijo con cara de espanto.

—Reconocí su voz, estuvo en el funeral de mi marido. Fue su amante por lo que sé.

—¡Lo sabía! Algo bueno no era, su cara de angelita nunca me engañó —dijo visiblemente maravillada con la noticia.

Felippa puso el cuadro sobre el mueble mientras fingía una expresión de dolor muy bien hecha.

—Las mujeres decentes somos muy maltratadas por nuestros maridos, Carmen. ¿Cómo es posible que una mujer tenga la poca decencia de acostarse con un marido ajeno?

—Yo la entiendo, señora. Yo nunca me casé, pero estuve a punto. A última hora mi prometido me cambió por una mujer haitiana que era mi amiga.

—Usted aún está a tiempo de encontrar a su nuevo amor.

—Tal vez, un hombre que me saque de esta vida servil. Para ese hombre me he estado guardando.

Felippa la miró mejor, era una completa boba, una mujer de unos 50 y tantos que aún se guardaba pura, no pudo evitar reír de golpe y se maldijo por ello, pero rectificó su falta con alegría y una empatía que no sentía.

—Carmen, eso es muy lindo, hay tan pocas mujeres hoy día como tú y como yo que valoran el matrimonio y las buenas costumbres.

—¿¡Sí, verdad!? Usted me entiende —dijo roja de la emoción.

—Me quedé con ganas de decirle sus verdades a esa mujer, unas palabras para hablarle de decencia y de Dios. ¿Puedo pasar a verla?

Vio la forma en que se puso tensa y dubitativa.

—Creo que al patrón no le gustará encontrar a alguien ahí.

—No se va a enterar, y si pasa me echo yo toda la culpa.

—Ya debe estar por llegar —dijo visiblemente apurada.

—Solo 3 minutos.

—Bien, bien, pero tiene que ir ya.

Llevó a Felippa corriendo por las escaleras, al llegar a la puerta la criada sacó una llave del cuello y abrió un pesado candado.

—Voy a estar vigilando los escalones por si llega, no olvide que son 3 minutos.

—Vale.

Carmen abrió la puerta y la dejó entrar. Vio a Reina levantarse de la cama de inmediato, traía el pelo enmarañado y los ojos hinchados, y con aquel camisón blanco parecía un cadáver. Pero le molestó que aun así parecía bonita mientras la miraba con aquellos ojos claros.

—¿Qué hace aquí?

—Eso te pregunto yo, ¿por qué te trajo? Deberías estar fuera de nuestras vidas desde el primer día, pero aquí estás.

—Yo lo intenté, ayudé con lo que debía ayudar para salir del paso, pero ese último día Víctor me vio besándome con... un antiguo amor, y empezó a sospechar de mi historia con su esposo.

—¿Te vio besándote con otro hombre?

—Tuve una vida antes que usted me contratara para fingir ser alguien más.

—No entiendo qué tiene que ver, estaba claro que tu papel sería el de una... mujer fácil.

—Pues se puso como loco, me raptó y ahora me tiene aquí para que confiese mis verdaderos planes con Orlando. Piensa que podría ser una espía, piensa que tal vez ayudé con su muerte. Era lo que quería evitar.

Felippa quiso que la tierra se la tragara, aquello fue como un golpe con daga enterrado justo en el corazón. Esa historia le pareció de inmediato la excusa perfecta de Víctor para traerla a su casa debido a la palabra que le era difícil de asimilar. ¿Debido a su amor por ella? Ella volvió a mirarla como poca cosa, no entendía lo que veía ese hombre en ella.

—Te le metiste por los ojos —dijo mirándola con ojos filosos.

—¿No, señora, al contrario de...?

—¡Te le metiste por los ojos! Aprovechaste para tenerlo para ti, y lo hiciste con todo el arreglo que te dimos, porque en los harapos con los que llegaste difícilmente hubiera volteado a verte.

—Pero yo no hice nada, hice todo lo que usted dijo, pero... —vio cómo tomaba valentía— Basta de farsas, ustedes enviaron a hombres a matarme.

—Que bueno que lo sabes, así tendrás noción de lo que podría pasar. Tienes un padre, un hermano que resultó extraño, una hermana y un cuñado.

—Conmigo hagan lo que quieran, pero no con mi familia.

—Eso lo decido yo. Te di la oportunidad de que te fueras y no volvieras.

—Todo hubiera marchado bien si ustedes no hubiesen enviado a hombres para matarme. ¿Así es como me pagarían por los servicios? ¿Cuál fue mi error?

—El error fue que Víctor fue atrás de ti para sacarte información, no podíamos permitirlo.

—¿Qué clase de gente son ustedes?

—La clase de gente que podría dañar a tu familia si abres la boca más de la cuenta, espero y no le digas a Víctor que nosotras te contratamos.

Reina frunció el ceño ante lo que estaba pensando, algo hizo clic en su mente.

—¿Por qué no quieren que lo sepa? Debe ser algo mucho más pesado que solo haberlo engañado para que pensara que yo soy la tal Rosa. Algo así no amerita mandarme a matar, entonces tiene que haber algo mucho más turbio en esa historia.

—¿Como qué? —dijo mirándola con escrutinio.

—Como que ustedes tuvieron que ver con la muerte de Orlando.

—¿¡Cómo te atreves!? —dijo antes de propinarle una cachetada.

Reina le devolvió otra aún más fuerte, tanto que Felippa cayó al suelo.

—Dicen que tengo la mano muy pesada, no me tiende a reventarla a golpes. Recuerde que no estoy encerrada con usted, usted está encerrada conmigo —dijo acercándose como hiena cada vez más.

—¡Carmen, Carmen! —dijo horrorizada mientras se levantaba con dificultad.

—Entonces son amigas.

Los pasos de Carmen se oyeron como estampida y entró de inmediato.

—¡Esta mujer me acaba de golpear, quiero salir de aquí!

—¿Cómo se atreve a golpear a una señora? —dijo Carmen furiosa.

—¡Fuera las dos!

Felippa y Carmen salieron y cerraron la puerta con candado. Mientras bajaban los escalones se oyeron pasos de caballos, así que se apresuraron a llegar al salón. Felippa se sentó en el mueble justo cuando Víctor hizo su entrada.

—¿Felippa? —dijo deteniéndose nada más verla.

—Te estaba esperando —dijo levantándose.

—¿Hace cuánto llegaste?

—Hace poco, ¿tienes unos minutos para mí?

—Si no te importa que sea a la mesa, tengo poco tiempo.

Minutos después, mientras estaban a la mesa, ella no podía dejar de verlo. No pudo evitar sonreír al verlo comer con apuro.

—¿Qué es gracioso?

—Me acuerdo de las tardes de almuerzo en casa de doña Perfecta, tus padres siempre decían donde cabía tanta comida que no engordabas.

Antes de llevar el cubierto a su boca, Víctor paró y sonrió pensativo.

—Doña Perfecta y don Augusto, fueron buenos padres. Me dolió bastante la muerte de los dos

—luego borró su sonrisa— Aun mi hermano era buena cosa antes de aquello.

—No quería caer en ese tema —dijo bajando la mirada.

—¿Y a qué vienes?

—Podríamos... olvidar el pasado, darnos una nueva oportunidad. Sé que las cosas estuvieron mal, pero ambos nos queríamos mucho. Además, no fue mi culpa, creímos que estabas...

Felippa sintió coraje al notar que no la estaba escuchando, su mirada estaba fija en el techo. Estaba pensando en ella, no había duda, darse cuenta de eso la hizo estremecer del horror al darse cuenta de que tal vez ya era tarde, tal vez lo había perdido. Antes cada vez que la veía no podía apartar su mirada de ella, pero ahora, esas miradas iban al techo, arriba donde estaba aquella otra a pocos metros. Era real, muy real. Felippa sacudió su cabeza negándose a aceptarlo.

—¿En qué piensas?

—Nada importante, ¿qué decías?

—Te traje un regalo —dijo levantándose para recoger el cuadro envuelto.

Víctor lo tomó sin muchas ganas y lo abrió, cuando sacó el cuadro de la bolsa de papel se sorprendió de ver su cara con el pelo suelto, era una pintura de plano medio, pecho desnudo frente a una ventana lluviosa.

—Había olvidado lo bien que pintabas.

—Lo hice porque he estado pensando en ti, nunca has salido de mi cabeza. Puedo pintarte

usando solo mis recuerdos porque te conozco a la perfección.

—No sé qué decir.

—No tienes que decir nada —dijo tocando su mano—, solo piensa que estoy aquí para ti.

—Voy a pensarlo —dijo tras una fugaz mirada al techo—. Gracias.

Don Diógenes estaba en la sala con un rosario en la mano mientras veía a la pared con mirada perdida. Cuando vio a Andrés bajando los escalones con ropa de hombre, casi salta de emoción hasta donde sus huesos le permitieron.

—¿Entonces recapacitaste?

—¿Recapacitar qué? —dijo amarrando su melena en una cola— ¿Qué soy un hombre? Ya te dije lo que soy y no hablaré más al respecto. Sí visto así es puramente por mi hermana, porque como mujer será muy difícil hacer lo que voy a hacer.

—No me vas a quitar la alegría de ver a mi hijo macho nuevamente.

—Diógenes, usted no tuvo hijos varones —dijo tomando la escopeta —Ahora, si me disculpa, voy a traer de vuelta a mi hermana.

—¿Por qué se la habrá llevado así? Se veía que él moría por ella.

—Pudo haberla visto junto a Sergio a solas.

—¿Con Sergio?

Andrés salió de la casa y subió a su caballo, salió disparado a la carretera con semblante de pocos amigos.

Era ya muy tarde, el sol se ponía cuando llegó a la casa de Sergio, golpeó la puerta como demonio hasta que su hermana salió con ojos en órbita.

—¿Qué está pasando? ¿Por qué tocas así la puerta de mi casa? ¿Por qué ahora vistes...?

—¿Dónde está tu marido?

—¿Qué quieres? —dijo intentando entenderlo bajo su aspecto intranquilo.

En ese momento apareció Sergio y con cuidado la hizo a un lado.

—¿Qué quieres hablar conmigo?

—Reina fue raptada, necesito tu ayuda.

CAPÍTULO 9

Minutos después, estaban los tres sentados en el salón escuchando a Andrés.

—Por lo que vi, él le pidió matrimonio —dijo Theresa intentando entender—, se iban a casar, entonces ¿por qué la raptó?

—Porque tal vez vio algo que no debió —contestó Sergio sin mucho remordimiento.

—¿Ver qué? —dijo Theresa intuyendo algo mientras estrujaba con los puños su vestido.

—Sergio —dijo Andrés diciéndole que no con los ojos.

—Un beso, yo la besé.

Hubo un silencio duradero mientras Theresa lo miraba con ojos filosos, se levantó y lo abofeteó.

—¡Y me lo dices así!

—Tú ya sabes que ella me gusta, lo has sabido desde siempre —dijo sin inmutarse—, detesto tener que callar mis sentimientos hacia ella.

—¡Yo soy tu mujer!

—Un matrimonio no compra el amor —dijo levantándose—, yo nunca te quise ni puedo quererte.

—¡Y por qué no me lo dijiste antes de aceptar casarte conmigo! ¿Por qué te casaste conmigo!?

—Lo hice para complacer a mi padre, sabes que fue un matrimonio arreglado. Lo hice para poder ahorrar el dinero necesario para alcanzar mi independencia financiera, irme con ella y darle la vida de una reina, sin carencias. Le pedí un año para hacer lo que debía, luego me iría con ella.

—¿Planeabas dejarme en un año!?

Theresa arremetió contra él propinándole cachetadas y golpes al pecho, pero él no se inmutaba y lo dejaba suceder. Andrés tuvo que tomarle por detrás mientras luchaba por soltarse y seguir golpeándolo.

—Tú sabías de mis sentimientos a ella desde siempre, pudiste haberte negado a casarte conmigo.

—¡Lo hice por amor! —dijo llorando.

—Y yo también lo hice por amor. Pero me salió muy caro elegir los bienes y la espera, porque ahora ya no me ama.

Theresa dejó de luchar mientras volvía a tomar asiento con mirada vacía para él.

—¿Qué te dijo?

—Eso, después del beso me dijo que ya no sentía nada por mí, solo cariño. Y me dijo que muy en el fondo sabía que nunca se habría fugado conmigo para dejarte sola. Me negué a creerle, no quise hablar al respecto, pero sé que hablaba en serio, la perdí.

—La perdiste por casarte conmigo —dijo asqueada mientras se volvía a levantar—, pues perdón por ser una piedra en tu camino. Haz lo que quieras, no voy a rogarle a un hombre que se quede

conmigo.

Theresa se alejó con aire de derrota y subió los escalones casi a rastras.

—No quería causar estas molestias —dijo Andrés levantándose—, no vine a pedir ayuda a tu marido porque sí, pero es un asunto serio, se trata de nuestra hermana.

—Media hermana —dijo deteniéndose sin siquiera mirarle—, pero aun así tú también la preferiste a ella antes que a mí.

—¿Por qué dices...?

—Siempre fue así, vienes y te llevas a mi marido para salvarla a ella —dijo terminando de subir los escalones.

Andrés miró a Sergio con desaprobación.

—No debiste contarle nada, de haberlo sabido no hubiera venido.

—Estoy harto de ocultar esto, ya todo me da igual. Pero ahora quiero saber dónde está ella, si está en peligro haré lo que sea por sacarla de sus garras.

—No quiero pensar en lo peor y perder a mi hermana por unos arranques de celos. Lo hubieras visto, estaba irreconocible de lo enojado que estaba cuando se la llevó. Creo que podría ser capaz de cualquier cosa.

—No me importa de lo que sea capaz, estaría dispuesto a matarlo si es necesario.

—¿Matarlo? —dijo con horror.

—De lo que sea. Vámonos ya, voy a buscar algo de provisiones y partimos en breve.

Reina estaba de rodillas rezando cuando la puerta se abrió, Víctor hizo acto de presencia aun con su cara de pocos amigos. Traía una pequeña canasta en la mano.

—Si le pides a Dios que te salve, pierdes tu tiempo.

—Cuando hablo con Dios no tengo que pedirle nada, si él decide salvarme serían sus planes, no los míos.

—Entonces no vas a confesar nada.

—No tengo nada que confesar.

—Pues bien, te traje algo de comer —dijo sacando de la canasta un plato cubierto.

Reina se levantó y tomó el plato con indecisión, cuando lo destapó vio que estaba lleno de joyería de rubíes, perlas y diamantes.

—¿Qué significa esto? —dijo sosteniendo un collar de diamantes azules.

—Tu comida, a final de cuentas, viniste por esto, ¿cierto? Detrás de esta guerra solo hay motivos personales como el tuyo.

—Yo nunca he pedido joyas ni dinero —dijo un poco avergonzada.

—No eres diferente a ninguna otra mujer, todas aman las banalidades.

—¡Yo vine a trabajar, no a que me regalen cosas! —dijo estrellando el plato en la pared.

Las joyas se esparcieron por todo el lugar, pero Víctor no reparó más en ellas. Reina estaba visiblemente enojada.

—Yo nunca he precisado que me mantengan a base de nada, he trabajado desde que tengo uso de razón. Puede llamarme lo que sea, pero no le permito esto.

—¿Viniste a trabajar de encubierta en confabulación con los rebeldes?

—No puedo darle detalles, pero...

—Viniste de San Francisco hasta Santo Domingo, precisamente al funeral de Orlando, ¿para qué?

Ser plañidera era algo de lo que Reina nunca estuvo orgullosa, pero en ese momento le daba igual, se lo diría todo parte por parte, sino fuera porque sabía de lo que esas mujeres serían capaces con los suyos. Víctor la miraba cada vez más decepcionado, sentía el rencor atravesando sus poros.

—No va a decir nada.

—Ya le dije que no, pero no es nada de lo que usted piensa.

—Yo pensaba que usted estaba enamorada de Orlando, cada vez que hablaba de él y sus virtudes sentía que me encendía vivo...

—Usted está loco —dijo ella de pronto más enojada—, ¿cómo puede sentir esas cosas por alguien que ya no está en este mundo? Usted tiene demonios hablando en su oído, por eso me

resistí a tener algo con alguien como usted. ¿Quién me garantiza que no estaba tratando de conquistarme solo por demostrarle a su difunto que sí pudo tener a su amada? Su corazón no tiene amor por nadie, solo odio y rencor.

Víctor pareció pensar unos segundos, pudo notar que aquellas palabras lo pillaron por sorpresa.

—Entonces, ¿por qué me dio el sí? Conociéndola, dudo que fuera por la presión.

Ella lo miró con dudas de decirle, pero en esas circunstancias no estaba dispuesta a decirle nada.

—¿Ya para qué decirle? Tal vez haya pensado que acepté por su dinero.

—Pues en estos momentos la creo capaz de lo que sea.

—Pues fue por eso, ¿es lo que quería oír? —dijo ya bastante fastidiada.

Notó cómo él intentó calmarse, respiró hondo y se cruzó de brazos.

—¿Por qué ese hombre? ¿Por qué el esposo de su propia hermana?

—Porque lo conocí primero, lo conocí primero que mi hermana, nos enamoramos desde la adolescencia, pero él decidió casarse con ella y yo me vine a Santo Domingo.

—¿Qué más?

—Pues... planeaba separarse de mi hermana dentro de un año, me lo dijo una noche antes de casarse. Quería independizarse de su padre y lograr buen estatus por sí solo, porque su padre no iba a permitir que se casara con una hija ilegítima como yo.

—Eso lo podía hacer sin tener que casarse, jugar con dos mujeres, dos hermanas, eso no es de caballeros.

—¡Tampoco es de caballeros encerrar a una mujer y hacerla pasar hambre! ¿Ahora se cree mejor que Sergio? Comparado con él, usted es un animal, no hay título noble que valga para eso.

Tan pronto como acabó de decirlo, disimuladamente llevo los dedos a sus labios a modo de arrepentimiento.

—Tal vez tenga razón, seguiré matándola de hambre hasta que me diga toda la verdad.

—¿Y si no lo hago?

—Encomiende su alma, porque no saldrá con vida —dijo antes de salir estrellando la puerta.

Muy en la noche, Carmen bajaba los escalones con un garrafón de agua cuando Víctor la abordó al llegar con Omar.

—¿Cómo está ella?

—Está igual que hace unas horas, patrón —dijo ella con cara de poca importancia.

—¿Pero la nota débil, mareada, está encamada...?

—Está rezando, patrón, todavía está respondona, así que enferma no está. ¿Algo más? —dijo con una cara sin emociones.

—No, puede servirnos la cena.

—Ya está servida. Joven Omar —dijo con la cabeza antes de desaparecer a la cocina.

Ambos fueron al comedor sin decir más. La mesa tenía distintos platillos.

—Entonces está allá arriba —dijo Omar sentándose tras servirse de la botella.

—No tuve opción, tampoco podía irme con las dudas —dijo Víctor tras terminar su vaso de coñac—, ni siquiera tengo apetito.

—Bueno, es la hermana de la mujer que quiero, ha de estar preocupada ahora —dijo llevando el cubierto a la boca.

—Eso es lo de menos —dijo reclinándose y cerrando los ojos.

Omar lo miró con el ceño fruncido mientras golpeaba la mesa con las yemas de los dedos repetidas veces.

—¿En serio crees que tenga algo que ver con la muerte de tu hermano? La miro y no la creo capaz.

—Yo tampoco, pero después de saber lo bien que miente ya no me puedo fiar. Es mejor tenerla cerca para que pueda soltar lo que sabe.

Omar echó un vistazo a la casa con la mirada.

—Eso o tal vez te sientes solo y la quieres en tu casa.

—¿¡Qué dices!?! —dijo abriendo los ojos de golpe para fulminarlo.

—Te conozco, si es lo que crees, la hubieras llevado a la mazmorra, y le hubieras notificado al general, pero la trajiste a tu casa y no le has dicho nada a nadie, solo a mí. ¿A qué le temes? ¿A qué se vaya con otro hombre?

Víctor golpeó la mesa tan fuerte que hizo tambalear las botellas, se levantó y caminó de un lado para otro.

—¿¡Qué clase de mujer es esa!? ¿¡Qué clase de mujer se mete con el cuñado!? La hubieras visto en los brazos de ese hombre ¿¡Qué coños le vio!?

—Entonces, sí son celos, hombre —dijo tomando del vaso para esconder la sonrisa que asomaba.

—No. O más bien... No sé si siento odio o amor por esa mujer —dijo mirando por la ventana mientras intentaba calmarse—, ni siquiera sentí tanta amargura por lo que me hicieron Felippa y Orlando, esto es más grande. No... no sé cómo explicarlo. ¿Puede alguien sentir amor y odio hacia una misma persona?

—Es posible, pero siempre hay una que pesa más que la otra en la balanza. Lo que no entiendo es para qué fue al velorio de Orlando alegando ser su amante.

—Es una mentirosa.

—Pero no creo que tenga que ver con los rebeldes, su hermana me dijo que nunca había salido del municipio.

—Pues para ser campesina tiene buenas maneras, habla bien, sabe leer y escribir, sabe bailar, todo a tal punto que puede pasar desapercibida entre los de alta sociedad. Dijo que aprendió observando. Le gusta leer... —dijo volteando para mirar a Omar, pero se arrepintió al notar que el hombre lo miraba con sonrisa burlona.

—Es más amor que odio —dijo tajantemente.

—No seas payaso, hombre.

—Apuesto a que todo esto no es más que una tontería, ¿por qué no dejas el rencor y te reconcilias con ella?

—¿Reconciliar qué? Esa mujer nunca sintió ni sentirá nada por mí, las palabras que me decía tal vez no eran para Orlando, pero sí las decía pensando en ese poco hombre que tiene por cuñado. ¿Sabes con qué me sale? Que estoy enfermo de rencor hacia Orlando y que yo quería conquistarla para restregarle en la tumba que me quedé con su mujer.

—Bastante chueco —dijo rompiendo en carcajadas— Aunque si lo piensas podría tener un poco de sentido en su cabeza.

Víctor lo miró exasperado, Omar se apresuró.

—Pero no me lo tomes a mal, lo que pasa es que eres un hombre impulsivo, el que no te conoce, piensa que eres un desquiciado...

—Me ayudas mucho —esbozando una sonrisa.

—Está en tus ojos, hombre —dijo muy serio tras una pausa—, has estado a punto de morir muchas veces en batalla, lo que has vivido no lo vive cualquiera. La única vez que te he vuelto a ver con brillo en los ojos es cuando conociste a esa mujer, algo cambió.

—Pues no importa cuánto la ame, ella se desvive por ese patán —dijo pensativo mientras volvía a tomar asiento con hombros caídos— No entiendo por qué las mujeres que amo terminan con otro. La dejaría ir ya mismo si no fuera por aquello, ¿a qué fue al funeral de Orlando? Dijo que fue a trabajar, pero que no había sido por nada de lo que estaba pensando.

Omar lo miró con ojos muy abiertos por varios segundos, tanto que empezó a incomodarlo.

—¿Qué?

—¿Qué fue a trabajar? ¿Y qué tal si es una plañidera?

—¿Una qué?

—Una plañidera, son esas mujeres a las que les pagan por llorar a los muertos de otros.
—¿Por qué alguien haría eso?
—¿En qué mundo vives? Es una práctica común. Por lo general solo pasa entre familias con muertos que nadie llora.
—Felippa —dijo casi escupiendo el nombre al armar él rompe cabezas— Ahora que recuerdo, aquel fue un velorio muy tranquilo, esperaba oír los llantos de ella, pero siempre estuvo muy calmada, había mucho silencio hasta que vi a Reina entrar en llanto.
—Tal vez Felippa quería tu atención. Es una hipótesis, pero...
—Tiene mucho sentido. ¡Mi Dios! —dijo estrujando su cara.

Víctor no esperó mucho tiempo, se levantó y fue a subir los escalones de dos en dos. Cuando entró al cuarto la encontró de nuevo de rodillas, la tomó del brazo con brusquedad para hacerla levantar.

—¡Suélteme!
—¿Eres plañidera?

La vio ponerse fría de la impresión, lo vio con ojos muy abiertos, al igual que su boca, pero sin decir nada. ¡Eso confirmaba la hipótesis! La soltó y caminó de arriba para abajo mientras pisaba las joyas aún sin tocar, trataba de mantener la cabeza fría para no volver a parecer un desquiciado.

—Fue idea de Felippa, ¿verdad?
—¿Qué... qué cosa?
—Fue idea de Felippa traerte para llorar a Orlando —lo dijo como una confirmación.
—No sé de qué me habla.

La notó cada vez más pálida mientras trataba de parecer casual. Se dio cuenta de que nunca le diría nada de frente sobre aquello, pues tal vez era una práctica que no la llenaba de orgullo. Por primera vez en horas solo sintió lástima por ella, era una mujer más pobre de lo que pensó si debía de hacer eso para vivir.

—Voy a arreglar tu partida para mañana a primera hora.

Cuando volteó para irse, sintió sus manos sobre su brazo.

—¿Cómo que mi partida? ¿Qué hará conmigo?
—No te preocupes, vas a volver a tu casa, no tendrás que verme nunca más ni estar separada de tu hombre. No voy a hacer juicios sobre la vida de nadie.
—¿En serio me va a dejar ir?
—Palabra de hombre y de caballero, su sufrimiento termina hoy. Puede bajar y comer lo que guste, es libre.

Víctor salió y dejó la puerta abierta. Mientras caminaba por el pasillo sentía una presión en el pecho que no lo dejaba respirar.

Al día siguiente Felippa bajaba los escalones del jardín con una cara iluminada, al ver a Víctor esperándola quiso abrazarlo de inmediato y besarlo, pero se contuvo como toda una dama.

—Cuando me avisaron que viniste a verme, no me lo pude creer, ¿pensaste en lo que te dije?

—He pensado en muchas cosas —dijo muy tranquilo—, he pensado en qué pretendías contratando a una plañidera para el funeral de tu marido.

Felippa abrió los ojos en par y dio unos pasos atrás como si le hubiera propinado un golpe en la cara.

—¿Plañidera?

—Lo sé todo, no tienes por qué mentir. ¿Pero tan poco cariño le tenías a tu marido como para contratar a alguien más que lo llore?

—Víctor, yo...

—Me viste creer que esa mujer era la querida de Orlando, viste cómo escaló todo esto, el general arriesgó la vida de una mujer inocente en una misión que pudo ser suicida.

—¿Mujer inocente?

—Inocente porque todo este embrollo fue idea tuya, tú la metiste en algo que pudo resultar grave para ella y tal vez para su familia.

—¿De qué misión?

—Tu amiga ha de habértelo contado todo, esa mujer le saca de todo al general y no dudo que también te lo contó. Y aun así decidiste quedarte callada.

—Nada de eso es culpa mía —dijo tras quedar pensativa y acorralada.

—Eres peor de lo que pensé, usas a la gente a tu conveniencia. Te querías casar conmigo para arreglar tu situación financiera, cuando pensaste que morí, tú y tu familia no dudasteis en meteros en los ojos de mi hermano para te casaras en menos de un mes. Y te fue mejor porque te casaste con un marqués.

—No, Víctor, no pienses eso... —dijo con ojos llorosos mientras trataba de tocarlo sin éxito.

—Y ahora, después de su muerte, yo soy el marqués, ¿por eso quieres volver conmigo?

—¡No! Es porque eres el amor de toda mi vida, eres lo único que quiero de verdad —dijo abrazándolo fuerte mientras sollozaba.

—Escucha —dijo tomándola fuerte de las muñecas para alejarla—, no quiero tener que volver a verte nunca más en mi vida. Cada vez que apareces es para estragarme aún más. Te quiero lejos.

Cuando la soltó ella no pudo sostenerse en pie, pues las rodillas le fallaron mientras se deshacía en llanto.

—¿Cómo puedes decirme eso? ¿Se te olvida todo lo que nos dijimos? En este mundo solo tú y yo.

—Prefiero estar con el mismo diablo que contigo.

Antes de dar unos pasos para alejarse, ella lo agarró de las botas y se aferró a él casi a rastras.

—¡No, no! ¿¡Por qué deberíamos terminar así!? Si me dejas me muero, Víctor, ¿sin ti para qué vivir?

—Siempre fuiste la reina del drama, manipulas a quien sea —dijo mirándola con el ceño fruncido.

Víctor sacudió el pie y se alejó a grandes pasos de ella. Felippa se quedó con el estómago en el suelo, incapaz siquiera de mover un dedo mientras permanecía en shock. ¿María Felippa viuda de Alcácer suplicando desde el suelo como un gusano? Nunca jamás en su vida pensó que algo así le ocurriría por un hombre. Había hecho todo aquello sin darse cuenta hasta que acabó. ¿Cómo pudo perder la elegancia y buenas maneras de toda la vida? Nunca nadie la había humillado tanto. Sus ojos negros estaban frenéticos mientras los pensamientos le venían como enjambre endemoniado.

—Esta me la pagas, maldita plañidera —dijo aún desde el suelo tomando un puño de barro para estrujarlo.

Se levantó de inmediato y entró a la casa corriendo para ver a Onirys quien arreglaba unas flores frescas desde la sala de estar.

—¿Y esa cara? —preguntó Onirys burlona.

—Lo sabe todo.

Onirys dejó lo que hacía como si hubiera recibido un pinchazo en la espalda.

—¿Todo qué?

—La plañidera ya le dijo a Víctor que yo la había contratado.

—¿Me involucró también? —dijo casi sin aliento.

—No sé. Vino Víctor diciéndome que no quiere volver a verme, ¿te das cuenta? ¡Me humillé, le supliqué...!

—Será mejor que te calmes —dijo pensativa.

—¡Tú me prometiste que me darías a Víctor a cambio...!

Felippa no vio venir las dos cachetadas fuertes y sonoras que le vinieron encima.

—¿Cómo te atreves a gritar eso en voz alta?

—Yo solo... —dijo rompiendo a llorar.

—Hay cosas más importantes en las cuales pensar que en ese marqués, ¡sácatelo de la cabeza! Porque está claro que eres incapaz de retener a un hombre por más enamorado que haya estado de ti.

—Yo amo a Víctor.

—“Yo amo a Víctor” —dijo mofándola— ¿Acaso no ves que ya ganaste? Tienes todo el dinero, eres una rica viuda gracias a mí.

—¿Pero de qué me sirve todo ese dinero si no tengo amor?

—“Amor” —dijo mirándola con cara de asco—, el amor va y viene, es solo un sentimiento que muy bien puede acabar rápido y luego ni te acuerdas. Lo que importa es el dinero, las mujeres podemos hacer creer a un hombre que estamos locas de amor cuando solo buscamos beneficiarios, alguien que nos proteja y nos dé vida de reinas. El matrimonio es una transacción de intereses.

—Eso es demasiado frívolo, para mí no tiene sentido.

—Tendría sentido si te acostaras con el estómago pegado a la espalda porque no hay qué comer. Yo sé lo que es hambre, la carencia, la humillación verdadera por ser pobre.

—Yo me quería casar por amor y no por interés, el amor no es un negocio, Onirys —dijo tomando una rosa para olerla con melancolía.

—¿Ah, no? ¿Qué pasaría si Víctor no fuera un marqués? ¿Qué pasaría si fuese un peón pobre? ¿Qué pasaría si te lleva a vivir al campo para vivir en una casucha, tú trabajando de costurera y él consiguiendo unos pocos cuartos para sobrevivir? Tus manos finas estarían callosas —dijo tocándolas—, tus huesos dolerían, y no tendrías tiempo más que para trabajar, tu cabeza no tendría tiempo para pensar en el amor mientras ambos se ven solo en las noches muy cansados como para pensar siquiera en hacer el amor. Más bien estarían... pensando en el próximo día de trabajo, y cuando lleguen los niños (porque un hombre siempre quiere hijos, querida) te verás superada por el cansancio y envejecerás antes de tiempo sin siquiera verlo venir.

Felippa la miraba con ojos muy abiertos al no saber qué decir.

—Sería horrible.

—Naciste entre demasiados privilegios como para entender la vida como es. No siempre obtendrás lo que quieras.

—¿Eres feliz viviendo así?

—Más que feliz —dijo con amplia sonrisa—, soy una reina, no soy más una burda jornalera. Vivo entre lujos como siempre quise. Pero yo, a diferencia de ti, siempre pienso un paso más allá para asegurar mi futuro —dijo tomando la rosa de su mano para volver a colocarla en el jarrón— ¿Quién me garantiza que mi general no volverá a España con su mujer e hijos? ¿Quién me garantiza que me dejará una copiosa suma? Yo no confío ni en la suerte ni en los hombres.

—Por eso quieres mezclarte con la nobleza.

—Obvio, soy joven, bonita, puedo conseguirme a alguien mejor, mucho mejor que un general. Debes cumplir tu palabra y hacer de casamentera al llegar a España, mucho he hecho por ti. Es solo presentarme a un noble soltero y el resto lo dejo a mi labia —dijo pensativa y con ojos brillantes.

Felippa suspiró de cansancio y fue a sentarse cerca.

—Entonces dices que no debería preocuparme por mi Víctor —dijo con hombros caídos.

—Al menos no por el momento. Más bien, deberías preocuparte por qué tanto dijo ella. Es obvio que no le contó sobre aquello que hicimos.

—Lo único que tiene son suposiciones, ella nunca estuvo cuando lo mataron.

—Con sembrar la duda basta y sobra para unir piezas y armar el rompecabezas. Si a ti no te importa morir fusilada o en la horca, pues a mí sí, y yo no voy a morir ni por tu culpa ni la de nadie.

—Bueno... —dijo secando sus lágrimas— ¿Qué hacemos?
—Hay que desaparecerla ya mismo.

Justo cuando Reina terminó de poner la última joya en una bolsita, Carmen entró sin avisar, y se detuvo nada más ver que había recogido todo.

—Tardaste, pero reaccionaste en tomarlas. No sé sinceramente qué vio ese hombre en ti.

—Estoy recogéndolas para devolverlas a su dueño antes que cierta persona lo tome para sí misma.

—Ajá —dijo viendo el alrededor con expresión medallaganaria, hasta que vio el espejo.

—No soy ladrona, ni una mujer da la mala vida. Nunca entendí por qué te caigo mal, pero eso sinceramente ya me trae sin cuidados, no tendré que ver tu cara nunca más.

Reina se levantó para salir, pero al llegar a la puerta le extrañó el silencio de Carmen. Cuando miró atrás la vio aun mirándose al espejo.

—¿Te vas a quedar ahí? ¿Pasa algo?

—Tengo más arrugas que antes —dijo tocándose.

—¿Hasta ahora te das cuenta?

—No he tenido tiempo siquiera de verme a un espejo —dijo apartándose con mirada perdida—
¡Qué rápido pasa todo! —dijo riendo.

Reina la miró con ojos en par.

—¿Está todo bien?

—¿Bien? —dijo sentándose en la cama con mirada perdida— Ya no sé.

Reina suspiró un poco fastidiada, pero a la vez preocupada, quería irse y lo último que quería era una plática con aquella mujer y su arranque de rareza, pero algo le decía que debía acompañarla. Se sentó en la cama también.

—Bien, ¿qué es lo que pasa?

—¿Qué edad tienes? —dijo mirándola de repente como si recién se hubiera dado cuenta de su presencia.

—Recién cumplo veintiocho.

—Eres joven —dijo pensativa.

—Ajá —dijo a punto de levantarse e irse.

—Pero en 12 años tendrás cuarenta.

—¿Y eso qué?

—Que el tiempo pasa muy rápido. ¡Hace poco tenía 30, ahora tengo 53! Ya no soy joven, pensé que tendría más tiempo, pero no.

—Veintitrés años es mucho tiempo, ¿qué no hiciste?

—Amar —dijo sacudiendo su brazo—, olvidé amar.

Reina la vio levantarse para caminar de arriba a abajo, pensando que se había vuelto loca.

—Yo era moza, estaba a punto de casarme y él se fue con mi amiga, me llené de odio, pero vine hasta aquí, conseguí trabajo y me olvidé de todo y de todos, me olvidé de mí.

—¿A dónde quiere llegar?

Carmen tomó sus manos y las agarró fuerte mientras la miraba a los ojos.

—No desperdicies el tiempo, independientemente de lo que digan, el amor no es fácil de encontrar. Pasa pocas veces en nuestras vidas y cuando aparece no debemos dejarlo ir. No seas como yo, no te amargues por tonterías, si dejas pasar este amor puede que te arrepientas toda la vida.

—¿Y quién le dijo a usted que hay amor entre ese salvaje y yo?

—Yo lo veo, lo vi desde que la trajo aquí, usted y él se miraban con amor, aunque en ese tiempo no lo supieran. La forma en que el señor Víctor la mira es la forma en la que yo solía mirar a mi Paco. Tú lo amas, él te ama, no se separen por tonterías.

Reina lo pensó unos segundos mientras sentía un estrujón en el pecho. El solo hecho de no volver a ver a Víctor le causaba dolor en el pecho.

—Yo ya le dije que no —dijo con cabeza gacha.

—Pues él ya cedió, ahora tú tienes que ceder, no seas orgullosa.

—¿Por qué ese golpe de preocupación? ¿Todo porque se vio al espejo y descubrió su vejez?

—Bueno, a veces descubrimos nuestros errores de ciertas formas —dijo levantándose mientras lloraba—, lástima que no lo vi antes cuando era todavía joven y fértil.

Reina se levantó también y se dignó a abrazarla.

—Aún no estás muerta, puede que por ahí exista alguien deseando encontrarte y amarte como mereces, no pierdas esa fe.

—Oh, eso suena bonito. Gracias —dijo mirándola de frente con seriedad—. Debes tener cuidado con las mujeres.

—¿Por qué?

—La envidia, todas en este lugar te envidian desde que llegaste, no paran de preguntar de dónde llegaste. Eres muy bonita y eso les carcome, y tienes la atención de don Víctor, todas mueren por ese hombre. Pero sobre todo ten cuidado de doña Felippa.

—¿Ella por qué? —dijo sabiendo la respuesta.

—Ya sabes, todavía está buscando a don Víctor. Pero todos aquí dicen que es peligrosa porque es uña y carne con la señora Onirys, y esa es una cobra. Si doña Felippa te ve como enemiga te podría hacer un daño muy grande.

—Lo sé —dijo soltando el aire de su pecho.

—¿Lo sabes?

—Sí, pero yo no planeo quedarme, mucho menos pienso corresponder a Víctor.

—¿Estás segura de esa decisión?

—Segura —dijo con labios apretados.

Casi a medio día Reina ya estaba vestida y arreglada por iniciativa de la misma Carmen. Cuando bajaba los escalones no podía evitar una fuerte presión en el pecho, de repente su angustia no hacía más que crecer. Si en realidad quería irse ya la idea no parecía muy sólida. Se sentó en el sofá como si fuera sonámbula mientras pensaba en él. ¿Realmente podría ser capaz de no volverlo a ver nunca más?

—Sí, tiempo al tiempo, como olvidé a Sergio —se dijo.

En ese momento se abrió la puerta doble y entró tanta luz de sol que casi la cegó, Víctor estaba entrando y lo notó en tiempo lento. Fue como ver a una divinidad entrar llena de luz, porque toda esa ansiedad que estaba sintiendo pareció irse al instante de verlo. Decir que era guapo era quedarse muy corto, en ese momento entendió perfectamente el por qué todas suspiraban por él, antes no lo veía a plenitud porque en su cabeza solo estaba Sergio.

Víctor caminó directo hasta ella y le dio la mano para ayudarla a levantarse.

—Gracias —fue lo único que pudo decir.

—Todo está listo, el carruaje está esperando afuera —dijo dirigiéndola hasta la salida.

De repente, todo estaba pasando muy rápido, ya estaba afuera lista para subir al carruaje. No había tiempo para nada, quería tiempo a solas con él para poder hablar aunque sea por última vez, pero al parecer él tenía prisa porque aquello terminara rápido. Sin despedidas.

—Que tenga buen viaje, Reina —le dijo mientras la ayudaba a subir.

—Muchas gracias por todo —dijo ella mirándolo por última vez.

Él evitó verla a los ojos, y mientras la puerta se cerraba con ella dentro se sintió acabada. Aquella presión volvió a su pecho como si un elefante subiera en ella. Y cuando el carruaje dio marcha pensó que se volvería loca. Miró atrás por la ventana y lo vio aun observando en la distancia mientras se hacía más pequeño. ¿Cómo podría ser esa la última imagen que tuviera de él?

—¿¡Pare, pare!?

El carruaje empezó a detenerse de a poco en una lentitud que a ella le pareció eterna. Abrió la puerta y empezó a correr hacia él.

—¡Víctor, Víctor!

Él pareció no procesar lo que pasaba unos segundos, pero igualmente corrió hasta ella, la levantó en sus brazos y compartieron un profundo beso cargado de pasión, seguido de un abrazo muy prolongado en el que ella no podía parar de llorar.

—Perdón.

—¿Perdón por qué? —dijo enjugando sus lágrimas con sus dedos a la vez que no rompía el abrazo.

—He sido demasiado orgullosa para reconocerlo, te he hecho sufrir, y por ese orgullo casi te pierdo igual... —dijo con palabras ahogadas saliendo milagrosamente de su garganta.

—Lo importante es que todavía estás aquí, y en mis brazos como tanto soñé.

De repente notó su semblante muy distinto, aquel hombre pareció transformarse de un muerto en vida a la representación de la alegría misma. No se había dado cuenta de que su miseria había sido ella misma y su rechazo. Lo volvió a llenar de besos una y otra vez sin poder parar.

—¡Te amo, te amo!

—Yo también te amo, reina de mi corazón.

A la distancia, escondidos con armas largas entre malezas, Sergio y Andrés estaban perplejos ante lo que veían. Andrés miró la forma en que Sergio parecía ponerse cada vez más rojo a la vez que sus venas se hacían más visibles. De repente se levantó y apuntó en dirección a ellos.

—¡No! —dijo Andrés interviniendo al desviar el arma.

—¡Fuera de mi vista, lo voy a matar!

—¡Tú no vas a matar a nadie! —dijo mientras forcejeaba con el arma— ¿¡Qué no ves que todo está arreglado entre ellos!?

—¡Esa mujer es solo mía!

—Ni tuya ni de nadie, no es una cosa. ¡Tú ya has visto que ella decidió, y ese hombre, Sergio, no eres tú!

En otro arranque pudo zafar el arma de las manos de Andrés y la estrelló de rabia contra el suelo.

—¡Maldita sea, coño, coño!

—Intenta calmarte —dijo atento a su locura—, está claro que no debí traerte aquí. Debes mejor volver a casa con tu mujer. Perdón por hacerte venir, lo siento profundamente. Al parecer eran solo cosas de pareja por más fuerte que haya sido eso que pasó.

—Pareja —dijo saboreando la palabra con desagrado sin querer procesar la idea.

—Sí, y mientras más rápido te hagas a la idea, mejor.

Sergio cerró los ojos para no verlos a lo lejos, y acto seguido se sentó en el pasto como un desamparado, a la vez que rompía a llorar dándose golpes en la cabeza.

—¿Cómo voy a hacer sin ella? ¿Cómo pudo olvidar todo lo que vivimos?

—De olvidar se olvida, no te olvides de cuál fue tu elección, el dinero, pero de una manera muy pendeja.

—Debí casarme con ella y ver qué pasaba después, ¿de qué me sirve el dinero si no la tengo?

¿Para qué tanto esfuerzo?

—¿En verdad pensaste que ella se iría contigo para dejar a su propia hermana sin marido? Yo la conozco, muy en el fondo, llegada la hora no haría algo así. Tal vez si fuera con otra mujer, ¿pero con su propia hermana?

—No puedo dejarla sin luchar.

—¿Luchar con qué? —dijo Andrés algo enojado— Ya no hay nada más por hacer, vuelve con tu mujer y olvida lo que pasó aquí, si haces una locura no me lo voy a perdonar.

Andrés se sentó a su lado para tratar de pensar igual, por un lado, estaba muy feliz y no podía mostrarlo, y, por otro lado, sentía gran culpa por pedir una ayuda que resultó innecesaria, una ayuda que pudo o podría resultar en un agravio.

—Tenemos que irnos ya —dijo Andrés de pronto—, conozco una posada cerca donde nadie hace preguntas ni requisas.

—¿Por qué mejor no nos vamos a San Francisco de una vez?

—Necesitamos dormir, hemos cabalgado por horas, hay que comer y dormir —dijo levantándose y obligándole a hacer lo mismo.

Envolvieron las armas largas en telas y las escondieron en los árboles para volver luego por ellas. Mientras caminaban con sus caballos cansados bajo el abrasador calor del medio día, Andrés no paraba de dar una ojeada a su cuñado que parecía sonámbulo. Era alguien impulsivo y temía que cometiera cualquier locura de improviso.

Cuando llegaron a la posada ya estaban empapados de sudor, solo quería un cuarto con baño para poder quitarse toda esa porquería en una tina con agua fría. Mientras hacía check-in quedó frío al escuchar una voz familiar.

—Simón. Perdí mis llaves, y...

Miró a Omar justo a su lado hablando con el mismo recepcionista.

CAPÍTULO 10

Andrés soltó su pelo y tapó con él su rostro a la vez que le dio disimuladamente la espalda. ¿En qué momento se había hospedado ahí? Miró la puerta y se le hizo muy lejos. Pensó en pedir ayuda a Sergio, pero estaba sentado en la mesa en modo muerto en vida, mirando a la nada.

—Simón, ¿todavía no ha vuelto a hospedarse Raisa?

Andrés cerró los ojos mientras maldecía por dentro, con lo que había ocurrido y lo cansado que estaba, no se había parado a pensar que solo había ido a esa posada vestida como Raisa. El recepcionista...

—No ha vuelto, don Omar, pero increíblemente este joven se parece a ella en versión hombre.

Quería matar a ese hombre, pero ya era tarde, lo había puesto en la mira y ya sentía los ojos curiosos de Omar.

—¿En serio? —dijo Omar tratando de ver su cara.

—Joven, deje que lo vea un instante —dijo el recepcionista con jocosidad sin saber lo que realmente pasaba.

—Descuide, joven, tampoco es que quiera pedirle la mano —dijo perdiendo el interés tras una carcajada— Dame las llaves, Simón.

Andrés, aun de cabeza gacha, sintió un alivio indescriptible al escuchar eso. Pero justo cuando Omar se despegaba del mostrador apareció Sergio.

—¿Por qué la tardanza?

Omar frunció el ceño al verlo.

—¿No es usted el cuñado de Reina?

Sergio lo miró con sorpresa buscando reconocerle, pero no podía, aunque Omar sí lo reconocía bastante. Miró al joven del mostrador y lentamente hizo que se volteara, Andrés no tuvo opción. Quedó frente a Omar, cuando él le retiró los mechones de cabello del rostro sudado se echó para atrás.

—¿Raisa? ¿Qué haces vestida así?

—Yo...

—¿No es usted Andrés? —dijo el recepcionista igual de perplejo.

—¿Qué haces vestida de hombre?

—Es hombre —dijo Sergio para sorpresa de Andrés—, pero también es mujer.

—¿¡Cómo!?

Andrés pudo ver la cara de desgracia e incógnita en Omar y quería ser tragado por la tierra. Pudo ver cómo de a poco la incógnita se fue transformando en ira.

—Si la quieres tendrás que aceptarla como es.

—¿¡Y qué es!? ¿¡Es hombre o mujer!?

—Las dos cosas —dijo Sergio con toda la calma.

—¡Un desviado!

Andrés no vio venir la puñalada que llegó como rayo directo a su ojo derecho, cayó al suelo por el fuerte impacto. Sergio arremetió contra Omar y le asestó un golpe en la mejilla. Ambos hombres se enfrascaron en una lucha cuerpo a cuerpo en donde destruían todo a su paso parecían dos animales salvajes. Andrés alterado intentó gritándoles que paren a la vez que la vergüenza lo carcomía. Unos samaritanos por fin intervinieron para apartarlos.

—¡Tú, desviado de mierda, no te me vuelvas a acercar! —dijo nada más ser separado a un Andrés perplejo en la esquina.

—Señor, debe calmarse —dijo uno de los que lo retenían.

—¡No me toquéis! —dijo liberándose de los agarres.

—Omar... —dijo Andrés empezando a llorar— soy ambas cosas... hombre y mujer...

—Nadie es hombre y mujer, o eres una cosa o la otra, y ya me queda claro lo que eres. ¡Maldito gilipollas!

Omar salió de la posada aún hecho una furia y con la multitud viendo a Andrés entre cuchicheos cargados de jocosidad. Cuando sintió la mano de Sergio lo apartó en seguida.

—Es tu culpa, ¿cómo pudiste? —dijo sin poder controlar el llanto.

—Algún día tenía que enterarse, si es el amor de tu vida deberá entender. Ahora salgamos de aquí. No me gustan esas miradas.

Reina y Víctor yacían desnudos y agotados en la cama, mientras ella descansaba abrazada a su pecho, él jugaba con sus rizos entre sus dedos.

—Ya no soy más pura, nunca pensé que haría esto sin la bendición de Dios.

—A Dios solo le interesa que nos amemos y nos seamos leales el uno al otro. Lo demás es solo burocracia.

—¿Cómo dices eso? —dijo ella incorporándose para mirarlo.

—Es la verdad, ¿crees que a Dios le interesa ver nuestros nombres en un papel o que nos amemos de verdad?

—Bueno, pero es más fácil para ti que eres hombre, las mujeres no podemos hablar así. Ustedes los hombres pueden seguir acostándose con cuanta mujer se aparezca, pero nosotras seríamos rechazadas por otro hombre si no hay pureza. He conocido a muchas que con suerte al no contraer matrimonio deben resignarse a ser costureras, sirvientas o plañideras como yo, o en el peor de los casos, mujeres de la vida.

—Y lo entiendo, pero no estoy de acuerdo con esta sociedad, la mujer debería ser vista igual al hombre, no solo como prospectos para el matrimonio.

—¿Tú crees? —dijo frunciendo el ceño.

—Claro, la cabeza de estado en mi país es una mujer. Muchos no están de acuerdo y la quieren derrocar, pero daría mi vida por defenderla. Es una mente brillante.

Reina no pudo evitar besar sus labios al escuchar aquello.

—No siempre un hombre habla así de las mujeres.

—Tendré que hacerlo a menudo —dijo volviendo a besarla— Todavía no puedo creer que estés aquí en mis brazos.

En ese momento se oyeron golpes en la puerta.

—¿Quién vive?

—Señor, no quiero interrumpir, pero le llegó una carta y dicen que es de vital importancia.

El sobre fue deslizado debajo de la puerta. Víctor se levantó y lo tomó. Reina se sonrojó al verlo y tapó su cara tras la risa de Víctor.

—Vamos, mujer, me acabas de tener desnudo encima y dentro tuyo.

—No hables —dijo tapándose con las sábanas.

Víctor volvió a la cama y lo abrió para leerlo.

—Pepillo ha venido, está aquí en Santo Domingo.

—¿A qué vino? ¿No es peligroso?

—Quedamos en que no debía venir, pero es un hombre obstinado... Lo había olvidado por completo, esta noche hay reunión íntima en la casa del general.

—Allá están esas mujeres —dijo Reina con cara de pocos amigos.

—Me gustaría que fueras conmigo, así te presento como mi mujer —dijo tomando sus manos para besarla.

—¿Tu mujer? —dijo agachando la cabeza y encogiéndose de hombros.

Víctor la miró detenidamente y la abrazó para llenarla de besos.

—¿Te gusta como suena?

—Todavía siento extraño que estemos así, hay tantas mujeres bonitas por ahí, y de buena familia, con apellido y dotes...

—Y yo he elegido a la mejor del mundo, a la mujer más bella y pura de corazón que he visto.

—Pero no tengo apellido, ni registro, y soy negra.

Él se apartó para verla con expresión seria.

—Tal vez si te conociera hace 5 años pensaría así como dices, pero en este mundo he visto cosas terribles. He visto gente de buen apellido cometer desastres inhumanos, gente asquerosamente rica que ha muerto sola en palacios, he visto la muerte tocando a mi puerta varias veces —tomó su mano— Cuando eres consciente de tantas cosas te das cuenta de que todos estamos en el mismo barco rumbo al mismo destino, la muerte, y al final lo mejor de todo será lo que hayamos vivido.

Reina no supo cómo reaccionar ante esas palabras, para cuando se dio cuenta Víctor ya estaba enjugando sus lágrimas. No hizo más que abrazarlo con fuerza con un temor creciente a dejarlo ir. ¿De dónde había salido aquel hombre maravilloso?

Más tarde ambos caminaban en la ciudad tomados de la mano, Víctor se había dedicado toda la tarde a comprar nuevas vestimentas para ella. El dinero no parecía nunca ser un problema, pues nunca preguntaba precios y si ella no lo detenía probablemente le hubiera comprado todo de cada tienda modista que visitaban.

En una de ellas Reina se deslumbró por la variedad de abanicos que habían, de todo lo comprado los abanicos parecían lo único que le llenaba los ojos. Una niña en una tienda de caramelos.

—¿Tanto te gustan los abanicos? —dijo observándola ruborizado de ternura.

—Los abanicos son mágicos —dijo abriendo uno de color azul con bordado de oro—, siempre he querido aprender a hacerlos. Ser creadora de ellos y venderlos, sería vivir de una pasión.

—¿Entonces te gustaría trabajar? —dijo sorprendido.

Reina cerró el abanico y lo miró alertada.

—Perdón, pero sí. Lamento si esperas de mí a una ama de casa sin más.

—Cuando una mujer se casa con un hombre, se espera de ella que sea una mujer de casa, con tiempo solo para el marido. Yo en verdad...

—No es que no vaya a ser una buena ama de casa —dijo ella interrumpiéndolo al querer evitar una posible decepción—, pero podría trabajar también, dividir unas horas del día... Es que no me gusta la sensación de dependencia, siempre he dependido de mí y mi trabajo. ¿Entiendes?

Víctor sonrió y la abrazó para calmarla.

—No he dicho nada en contra, no me dejaste terminar. Como ya sabrás, siento mucha admiración por nuestra reina en España. Ella es cabeza de todo un imperio y lo ha hecho muy bien. ¿Por qué no puede mi mujer ser cabeza de su propio imperio? Para el trabajo no existen géneros.

Reina sintió un bálsamo en el corazón y no pudo hacer más que llenarlo de besos.

—Voy a ser la mujer más dichosa a tu lado.

Cuando se abrazaron, ella pudo percatar las miradas de todas las mujeres del lugar observándolos con poco disimulo, sabía que las miradas eran para él. Lo abrazó con más fuerza, pues de ninguna manera lo dejaría escapar tan fácil. Aquel hombre ya tenía dueño.

Sergio estaba sentado en la cama con un huracán de pensamientos en su cabeza. Todo en lo que podía pensar era en Reina corriendo desesperada para abrazar a aquel hombre y besarlo. ¿En qué momento había perdido su amor?

—Como si no lo supiera —se dijo amargamente tras un trago de botella.

Había aceptado casarse con su hermana por no perder su herencia familiar. El dinero, ¿perder el dinero era más importante que su amor por ella? A este punto ya no lo creía, ni todo el dinero del mundo podría darle felicidad, y menos al lado de Theresa, porque ella no era Reina, ninguna mujer sería Reina, ninguna mujer llenaría sus zapatos.

Lleno de ira se levantó y estampó la botella contra la pared y se hizo añicos. Nunca había matado a un cristiano, pero ¿qué pasaría si matara a Víctor?

En ese mismo instante escuchó una conmoción afuera. Una multitud se escuchaba vociferando, al abrir la ventana se horrorizó al ser testigo de ver a Andrés siendo arrastrado por los pelos en la calle bajo una horda de gente agresiva.

—¡Ey, ey! —gritó desde arriba en su ventana.

Tomó su revólver, abrió la puerta y bajó los escalones de dos en dos, al llegar afuera apuntó a la muchedumbre y se dispersaron como moscas, dejando solo a dos hombres que lo tenían agarrado.

—¡Suéltelo!

—¡Este demonio no va a engañar a ningún hombre más!

—Vimos lo que le hizo al militar aquel —dijo el otro.

Sergio sobó el revólver listo para disparar.

—¡No voy a repetirlo de nuevo!

Los hombres lo soltaron y se apartaron, Sergio tomó a Andrés y entró con él a la posada tras las miradas de una multitud inconforme.

—Estás cometiendo un error, hay que llevarlo a la justicia por daños morales —dijo uno de los hombres.

—¡Pues esa acción le compete al mayor general, no a ustedes!

—Joven...

Sergio volvió a apuntarles con el revólver y volvieron a echarse para atrás a manos alzadas.

Entraron a la posada, y cuando llegaron al cuarto, Sergio cerró las ventanas.

—No vaya a ser que arrojen algo —dijo tornándose para verlo—, ¿cómo estás?

Al momento se arrepintió de preguntarlo siquiera, tenía un ojo morado, el pelo enmarañado y lleno de sangre, nariz sangrante y ropa rasgada.

—No debí dejar que fueras a traer la comida. Debí matar a esos infelices... —dijo tratando de tocar su cabeza ensangrentada.

—¡No me toques!

Sergio se detuvo en seco, Andrés se sentó en la cama como pudieron sus huesos y se quitó las botas.

—Perdón, entiendo que estés malhumorado por...

—Malhumorada*, estoy malhumorada, yo soy mujer, que mi ropa no te confunda, ¿entiendes, infeliz!? —dijo arrojándole una bota.

—¿Quieres estar un momento a solas? —dijo tratando de sonar conciliador.

—¡Desaparece! —dijo arrojándole la otra, solo que esta vez se estampó contra la puerta al Sergio salir de inmediato.

Sergio se quedó a la puerta sin saber qué hacer. Se sintió peor al escuchar sollozos del otro lado, así que se alejó para darle espacio. La posada tenía unas 20 habitaciones, un lugar modesto, pero de fácil discreción para los huéspedes, según veía. Al bajar y volver a salir se percató aliviado de que la turba ya se había marchado.

La calle estaba limpia y del cielo caían pequeñas lloviznas que embadurnaban el camino. Decidió caminar un poco para aclarar sus ideas, siempre presente de tener a la posada en su perímetro por si algo pasaba. Al rato compró unos ungüentos a una vendedora de la calle y un insumo caliente de limón con un par de tortas.

En ese momento vio una caballería pasearse por la calle, dos caballos blancos tirando de un carruaje muy caro. Su sorpresa fue mayor cuando se detuvo frente a él y se abrió la puerta.

—¿¡Qué están viendo mis ojos!? Nazario, ¿qué hace por aquí?

Sergio no supo cómo reaccionar al ver a Pepillo, se sintió atrapado, ¿qué debía decir?

—Señor —dijo en pose militar—, se me presentó un asunto personal, señor.

—Lío de faldas me imagino —dijo con sonrisa pícara.

—Señor... —dijo sin palabras.

—Bueno, está bien, cada hombre tiene lo suyo, entiendo esas cosas. Pero Nazario, envíe a hombres a su casa para traerlo y que viniera conmigo. Su esposa no quiso ni dar explicaciones de dónde estaba usted.

—Perdón, señor. No volveré a pasar.

—Sabe que es mi hombre de confianza, Nazario. Encontrarlo aquí fue un golpe de suerte, creo que Dios está de mi lado en definitiva. Tenga —dijo pasándole una tarjeta—, estaré en esta dirección hasta mañana, usted preséntese hoy a las 6.

—Ahí estaré, señor.

—Iré a una reunión, así que necesitaré de su compañía, solo traje a este conmigo —dijo señalando al cochero, quien también era un soldado—, no falte.

—Sí, señor.

Cuando el carruaje volvió en marcha, Sergio se dirigió a la posada rápidamente. Quedaban dos horas para las 6 y no sabía qué hacer. Cuando volvió a la puerta se detuvo con paciencia y tocó.

—Andre... Raisa, ¿ya estás mejor?

La puerta se abrió para dejarlo pasar, estaba envuelta en albornoz, su melena antes sangrienta estaba limpia y mojada al igual que su cuerpo. Parecía mejor, pero su mirada decía otra cosa.

—Pasa ya.

Sergio entró de inmediato y sacó las cosas de la bolsa.

—Te traje curativos.

—Gracias —dijo volviendo a sentarse—, quería disculparme, no debí tratarte así.

—No estabas enojada conmigo, lo estabas con ellos, lo entiendo.

—Más bien con la vida, pero es un alivio que lo entiendas, tú solo me salvaste de ellos.

—No tienes que decir nada —dijo sacando una compresa para ponerla sobre su ojo hinchado—, tú y tu hermana tienen el mismo carácter, lo aprendí de ella.

—¿De cuál de ellas?

Sergio se detuvo al notar que se metió en un área que no quería.

—Reina, lo sabes. Cuando estaba enojada con tu hermana y su padre, a veces me golpeaba cuando decía cualquier cosa. Yo solo me reía en su cara y eso la hacía enojar más.

—¿Justo como te ríes ahora?

Sergio pasó su mano en su boca para cerrarla, pues no se había dado cuenta.

—Más o menos.

—Yo estuve alentándola cuando me hablaba de ti, pero cuando supe que elegiste a Theresa la quería lejos de ti.

—¡Auch, eso duele!

—Y aún la quiero lejos de ti —dijo mirándolo con seriedad.

—No quiero hablar de eso —dijo apartándose.

—Si ella ya tiene a un hombre que la quiere y que está soltero, pues ese debe ser el candidato, no tú.

—Pues todavía es muy difícil hacerme a la idea. Además, es un español.

—Sergio —dijo levantándose y tomándolo de la cabeza para hacer la que mire—, eres un hombre bueno, mucho, pero en la vida de mis hermanas te volviste un caos.

—Si tan solo ese hombre no se hubiera aparecido...

—No, no, no, fue gracias a tus acciones, que no se te olvide. Sabes que es así, tú escogiste la herencia por encima de ella, y ella escogió a otro hombre que la pone de primero.

—Ya no me digas eso —dijo apartándose—, yo nunca la voy a olvidar.

—Nadie puede olvidar a un amor, pero sí superarlo.

—¿Ah, sí? ¿Puedes superar a tu mayor teniente?

Raisa quedó pensativa, y Sergio se arrepintió de arrojar esa bomba.

—Pues debo poder, aunque todo el problema sea por mi cuerpo. Si pudiera cambiarlo para que me acepte lo haría, pero no... no puedo.

Sergio intentó abrazarla.

—Mientras yo esté voy a protegerte.

—Ajá, solo porque soy hermana de la mujer que amas —dijo tratando de apartarse para golpearlo en la cabeza—, no por eso la vas a recuperar, bastardo.

—No, lo hago porque eres familia, te vi crecer, eres parte de mi vida, y ahora mi cuñada. Las familias están para protegerse, ¿verdad?

—Debería ser —dijo sin poder contener las lágrimas.

Sergio la abrazó con fuerza tratando de calmarla.

—No pienses en tu padre ahora. Mira, creo que sería bueno que salieras y despejaras la mente, ¿quieres salir conmigo esta noche?

—¿A dónde?

La noche había llegado ya, la ciudad estaba fresca y las lámparas estaban encendidas por doquier. Un carruaje marchaba por las calles, Víctor y Reina se tomaban de la mano mientras se plantaban besos.

—¿Qué va a pasar con nosotros? —dijo ella de repente.

—¿Casarnos? —dijo con jocosidad.

—Pero ya me has desposado, ¿no me da eso menos valor como mujer?

—Jamás, quita eso de tu cabeza, nos acostamos porque nos amamos, es todo. Ante Dios lo único importante es el amor.

Ella de repente se apartó de su abrazo con el ceño fruncido, su sonrisa se borró.

—Demasiado bueno para ser cierto, cuando acabes tu servicio te irás y me dejarás aquí.

—Pero, si te... —Víctor se frotó la cara— Reina, te estoy ofreciendo matrimonio, ¿cómo me iría para dejarte? ¿Qué es esto que puse en tu dedo en casa de tu padre?

Él volvió a abrazarla, y ella no pudo evitar volver a sonreír mientras veía el anillo en su dedo.

—Claro, lo olvidé. Y mi padre estaba muy feliz por el compromiso, es la primera vez que vi una cara de orgullo por mí —dijo un poco triste de repente.

—Tu padre te quiere.

—No creo, su luz siempre fue Theresa. Aunque creo que si yo hubiera sido hombre me habría aceptado como hijo primogénito, siempre quiso un hijo, pero como salí mujer... ya sabes.

—Raisa debió pasarlo difícil.

—Ella siempre fue clara, pero él no lo quiso aceptar, quería a un hombre que cuidara de la hacienda. Raisa nació con aquello, así que no lo pensó dos veces. Pero ahora me preocupa algo.

—A mí también, Omar.

—Sí, le dije que juega con fuego. ¿Crees que él...?

—No le haría daño, aunque en cabeza ajena no se puede jurar. Tendré que hablar con él sobre ese asunto.

—Y yo con ella, me harías un gran favor.

—Raisa me cae bien, y es mi cuñada, lo haría por ella sin pensar, le debo muchas cosas que me han hecho llegar a ti.

El carruaje aparcó frente al palacete y bajaron de inmediato, Víctor frunció el ceño al oír música y mucha gente en el interior.

—Pensé que habría poca gente, algo más íntimo.

—¿Eso es malo?

—Podría ser, Salcedo está jugando con su suerte.

Cuando llegaron al salón se encontraron con mucha iluminación, gente bailando y cherchando, comiendo y bebiendo; decenas de personas de las cuales se podía contar 80 cabezas, servidumbre incluida. La crema de la crema estaba ahí, y muy campante estaba Salcedo platicando con dos damas que lo miraban embelesadas.

Reina notó que de inmediato muchas cabezas se giraron a ellos, que estaban en la entrada, no pudo sentirse más incómoda, así que se aferró al brazo de Víctor. El general y su mujer se acercaron muy sonrientes, Reina notó la mirada cargada de veneno de doña Onirys.

—¡Alcácer, por fin llega! —dijo el general— Y veo que trae a su...

—Prometida.

—Ah, claro, ya lo olvidaba, le pidió matrimonio.

Onirys puso los ojos en grande mientras la veía con una sonrisa.

—¿¡Prometida!? ¿De qué me perdí?

—Ajá, Alcácer le pidió matrimonio a la joven en San Francisco. Pero bueno... —dijo el general queriendo cambiar de tema.

—¿Pero no fue ella la querida de su hermano, Alcácer?

Hubo un silencio entre los cuatro, mismo tiempo en que la música se detuvo por un momento para retomar otra pieza.

—Doña Onirys...

—Lo fui, ya lo saben —se apresuró Reina sin dejar de mirarla a los ojos—, pero eso es pasado.

—Y fue a por el otro hermano, ¡Santo Cristo! Pero no los juzgo, el amor es amor.

—Así es —dijo Reina con sonrisa forzada.

—El único que puede juzgar es Dios, lo mejor es tener la conciencia limpia, ¿verdad?

—¿Lo dice por usted o por mí? —dijo Reina dejando de sonreír y alzando la voz— Porque podemos hablar de pecados ahora.

La cara de Onirys fue un poema al terror, se forzó a cambiar la dinámica y sonreír para quitar importancia al asunto.

—Sean bienvenidos —dijo llevándose a su marido.

—Hablamos más tarde, Alcácer —dijo el general dirigiéndole una mirada cómplice por la locura femenina.

Víctor miró a Reina un poco apurado.

—Mi reina, perdón si te dejo un rato, debo cruzar palabras con Salcedo.

—Ve.

Cuando ella se alejó para tomar una copa, notó la mirada penetrante de aquellos ojos negros y

fríos. Felippa la veía sin emoción alguna cuán fría era su personalidad, pero sabía que por dentro quería su cabeza en bandeja de plata. Aquello la aterrizó un poco, había olvidado que hacía poco aquellas mujeres habían orquestado su muerte por simplemente arreglar asuntos prácticos, pero ahora que se había vuelto una enemiga directa, ¿qué más podrían hacer? Ya habían demostrado que tenían el poder para ir a por todas.

Sintió una mano en su hombro y dio un respingo, abrió mucho los ojos al ver a Andrés.

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué estás vestida de como Andrés?

—Sergio me invitó —dijo con sonrisa de oreja a oreja.

—¿Sergio está aquí? ¿Y qué haces vestida como hombre? ¿Y ese moretón en el ojo!?

—Calma, calma. No tenía más ropa, vine con poco más de mi antiguo guardarropa. Tuve un... altercado en por la plaza esta tarde, casi me linchan...

—¿¡Cómo...!?

—Pero Sergio me salvó, es una larga historia. El asunto es que ya casi me iba hasta que te vi llegar, estaba incómoda. Pero tú estás preciosa, y ¡tu hombre! Ustedes hacen una mancuerna...

—No entiendo nada, ¿por qué te agredieron? —dijo ella no pudiendo procesar nada más mientras tocaba.

—No es nada —dijo quitando su mano del ojo.

—¿Qué está pasando?

Andrés hizo un gesto de cansancio.

—¿Qué está pasando? Que Sergio y yo salimos a buscarte después de que vi cómo Víctor te secuestró.

—Ah, eso —dijo acordándose con manos en la cabeza.

—Sí, eso. Nosotros preocupados y tú prácticamente en luna de miel.

—Perdón, Víctor es muy impulsivo, lo hizo porque me vio besándome con Sergio.

Andrés puso cara de asombro por un momento.

—¿De qué me perdí?

—Fue una tontería, pasó cuando hablábamos en el patio, me besó porque no creía que lo había olvidado, y yo lo dejé para confirmar que no sentía más nada por él.

—¿Y entonces?

—Qué no, lo que sentí por él ya fue.

—Nunca pensé decir esto, pero pobre hombre, tal vez avivé una llama pidiéndole ayuda para que viniera conmigo para tratar de salvarte.

—¿¡Hicieron qué!?

—Sí no te dejaba ir hoy probablemente ya le habríamos pegado un tiro, pero lo vimos dejándote ir y tú corriendo de vuelta tras él.

—¡Ay, mi Dios! ¿Sergio vio eso?

—¿Te preocupa? —dijo con ojos filosos.

—Tampoco lo odio, le guardo cariño, y no me gustaría que se exponga a eso. Debería estar tranquilo con su mujer, como debe. ¡Ah, no debiste!

—Pues perdón por la preocupación —dijo con cara de pocos amigos.
—Tú como siempre salvándome el pellejo —dijo abrazándolo—, gracias por eso.
—Pues claro, el viejo me encomendó cuidarlas.
—¿Cómo? —dijo viéndolo con sorpresa.
—Se supone que soy el hombre, cuando cumplí quince dijo: “eres el macho, debes cuidar a tus hermanas”.
—¿A mí incluida? Pensé que le valía poco menos que un cerdo en el corral.
—Creo que te quiere a su manera.
—No se nota. Bueno, ¿por qué fue el golpe?
—Omar me encontró en la posada vestida así, armó un escándalo, me pegó...
—¡Entonces fue...!
—No, el moretón me lo hicieron unos pendejos cuando compraba por la plaza, me reconocieron por el pleito en la posada y empezaron a agredirme verbalmente y eso escaló con todos arrastrándome y zarandeándome para llevarme arrastrada a la alcandía para... someterme por daños morales.
—Eso le compete a Omar.
—Eso les dijo Sergio.

En ese momento apareció Víctor junto a Omar, el hombre saludó a Reina con caballerosidad, pero al ver a Andrés pareció quedar pasmado. Víctor quedó igual, pues nunca lo vio vestido así.

—¿Qué hace este individuo aquí?
—Fui invitada —dijo agachando la cabeza.
—Omar, amigo, recuerda tu entrenamiento y drena esa emoción —dijo Víctor al notar que apretaba sus puños.
—Lo que quiero es partirle la...
—Estás hablando de mi cuñada, Omar.
—¿¡Cuñada!? ¡Es un hombre, coño! —dijo por lo bajo tratando de controlarse sin mucho éxito mientras se ponía rojo.
—No soy un hombre —dijo muy por lo bajo.
—¿¡Qué!?
—No soy un hombre.
—¿Y qué coños eres? ¿¡La virgen María!? Cuando estábamos en los cuartos no querías las luces encendidas para que no viera la pinga.
—Omar, creo que vosotros debéis hablar esto a solas —dijo Víctor con paciencia.
—¿A solas con esta cosa? Es un tío, ¡hizo que le diera por el...!
—¡Tengo vagina como toda mujer aquí!

Todo mundo ya observa aquello con cara de asombro, risas y sonrisas poco discretas. Omar miró a su alrededor y solo allí pareció darse cuenta del escándalo, y se puso rojo de la vergüenza. Respiró hondo y miró a Andrés.

—De todas las cosas malas que me han pasado, tú eres lo peor.
—¿Por qué? ¿Por tener pene también? —dijo Andrés lo miró desafiante— ¿Por eso cambió tu amor? ¿O qué? ¿Si ya no tuviera esto entre las piernas —dijo agarrándolo— tu amor volvería

mágicamente?

Andrés lo miró con expresión de asco, se dio la vuelta y procuró salir evadiendo las miradas de los presentes. Víctor susurró a Reina.

—Toma a tu hermana, y marchaos a casa lo antes posible, yo debo quedarme un rato a hablar con estos dos de asuntos políticos muy serios. ¿Vale? —dijo tras darle un beso.
—Gracias.

Reina notó a Andrés a punto de colapsar, su mirada de repente se nubló y pareció perdido, ella lo tomó del brazo y lo hizo caminar a la salida pareciendo sonámbulo. Salieron a la fría noche y el cochero las ayudó a subir.

Ya dentro, Reina se asustó, notó a Onirys y Felippa observándola por un ventanal de forma descarada mientras cuchicheaban algo, eso le dio escalofríos. Dos mujeres que parecían demonios en la tierra disfrazados de mujeres jóvenes y hermosas. Dos mujeres capaces de cosas muy viles, mujeres que casi acaban con su vida. Con Víctor cerca ese miedo se mitigaba, era como su salvador, no sabía si de camino volverían a enviar hombres a que la maten a ella, y peor, de paso a su hermana. Tomó su crucifijo del pecho y trató de no pensar en ellas.

El viaje de vuelta estuvo sin contratiempos, Carmen fue en su encuentro con cara de sorpresa.

—¿Tan temprano?
—Víctor se quedó, tuve que regresar por algo que pasó.
—¿Quién es el joven?
—Mi hermana Raisa.

Carmen puso los ojos en grande, pero Reina no esperó a su reacción, subió los escalones con Andrés.

—¿¡Su hermana dijo usted!? ¡Pero este es un hombre!
—¡Carmen, por Dios! Ayúdeme, por favor.

Ambas subieron y llegaron al cuarto de huéspedes.

—Vaya al baño y ponga agua caliente en la tina.

Carmen fue como rayo, agregó agua a la tina, salió para bajar a la cocina, y volvió minutos después con el agua caliente. Casi se echa el agua caliente encima del espanto al ver a Andrés desnudo.

—¡Por Dios, señora, está desnudo!
—Vaya y agregue el agua, Carmen —dijo Reina, desenarenándole la melena.

Cuando su melena cayó sobre sus hombros, solo ahí se dio cuenta aquella mujer que también

tenía a otra mujer en frente. Tenía unos pechos diminutos que en nada parecían los de un hombre por su redondez y sus prominentes pezones rosa; y lo más extraño, un pene de tamaño promedio sin testículos, porque debajo, donde deberían estar los testículos, yacía una vagina. Aquella criatura parecía no darse cuenta de su desnudez, pues por su mirada parecía estar viajando lejos a otra parte.

—¡Carmen, por Dios, el agua!

—¡Ya va! —dijo saliendo del asombro.

Reina levantó a Andrés y lo llevó al baño, lo sentó en la tina y mojó su cabeza con un poco de agua caliente.

—Se había puesto muy fría, hay que nivelar su temperatura antes que enferme.

—¿Qué le pasó?

—Una larga historia, Carmen... Mire, tiene una herida en la cabeza muy fea. No sé por qué Sergio la llevó en esas condiciones en vez de al doctor.

—¿Llamo al doctor?

—¿Se puede?

—Claro, el Señor Víctor tiene uno disponible muy bueno. Ya voy a enviar a Román a que lo traigan.

Más tarde, ambas esperaban en el salón, Reina no hacía más que mirar las escaleras. Solo se oían las cigarras afuera.

—¿Por qué tarda en bajar?

—Reina.

—¿Sí? —dijo mirando a Carmen quien parecía confusa.

—Perdone la pregunta, ¿cómo es posible que alguien tenga dos... ambos miembros?

—No he conocido a nadie igual, pero mi hermana se siente tan mujer como tú y yo. Es un asunto que la atormenta toda la vida, porque nunca la dejaron ser quien quería ser. En vez de vestidos y muñecas le compraban botas y armas.

—Sinceramente, no pensé que algo así pudiera ser posible —dijo pensativa.

—Pues ya ve.

—¿Pero si no es hombre, es mujer o qué? Tiene dos cosas, parece mujer, pero también parece hombre... Yo no entiendo. ¿Sabe si le echaron una maldición, un mal de ojo a la madre?

—No.

—Eso no parece de Dios, ¿eso no es de Dios!

—Más respeto, Carmen —dijo un poco harta.

—Perdón, pero no logro entender...

—Raisa nació del amor, Dios la creó y la ama tal cual la creó, ella es un alma buena, es creación de Dios.

—Dios solo creó hombre y mujer, por eso digo que una anomalía así solo es producto de...

—¡A Raisa no la creó el Diablo! Sé que está confundida, pero no se vaya tan lejos, ella es creación de Dios, Dios la ama y él no se equivoca, ¿me escuchó? Es tan hija de nuestro señor

como usted y yo.

Reina pareció derrumbarse en el acto y comenzó a llorar. Carmen extendió la mano y trató de consolarla sin abrir más la boca, Reina estaba visiblemente afectada.

En ese momento el doctor bajó los escalones y ambas se levantaron para ir con él.

—¿Cómo sigue?

—Necesitan de mucho descanso, la herida en la cabeza fue hecha por un golpe contundente, tiene las defensas bajas, pero más allá de eso estará bien.

—¿Entonces no tiene...?

—¿Necesitan? —dijo Reina todavía procesando— ¿Por qué habló en plural?

—Ah, ¿no lo sabían? La joven está en cinta.

—¿¡Está esperando!?

—Doctor —dijo Carmen entre balbuceos—, ¿ya notó que... tiene un...?

—Un pene y una vagina, sí. Es hermafroditismo.

—¿Herma...? Disculpe mi ignorancia —volvió a decir Carmen.

—Hermafroditismo, es cuando una persona nace con ambos rasgos biológicos, masculino y femenino. No deben preocuparse mucho, más allá de eso son personas completamente funcionales —dijo rascando su cabeza calva.

—¿¡Entonces hay más personas así, doctor!?

 —dijo Reina con sonrisa de oreja a oreja.

—Muchas, en el sur hay un pueblo lleno de ellos, sinceramente no sé qué lo causa, caprichos de la naturaleza tal vez.

—¿Caprichos? —dijo Reina borrando su sonrisa.

—Sí, bueno, digamos que la naturaleza nunca es lineal, siempre existen cambios de patrones —les mostró la palma—, siempre lo comparo con la mano, como los cambios en el orden de los dedos que muestran lo impar de las cosas. Aunque debo decir que es muy raro que esté en cinta porque estas personas normalmente son estériles, pero como ya he dicho, siempre hay cambios a la regla en la naturaleza.

—Doctor —dijo Reina tocando su hombro con felicidad—, sé que ya es tarde, pero ¿mañana puede volver y decirle esas cosas a ella? Lo necesita mucho, y creo que también otra persona por ahí. Están peleados, pero creo que esta noticia podrá limpiar conflictos.

—Ah, por compromisos, mañana venir no podré, pero puede ser el miércoles con mucho gusto.

—Será perfecto, por la tarde, a las 2.

Más tarde estaba Reina desvistiéndose en su recámara, lo único que se oía era el cricar de los grillos. Cuando escuchó al farolero empezó a inquietarse bastante. “¡Son las 12 y todo sereno!”, decía. Las doce y no llegaba Víctor desde que se despidieron a las siete, pensaba si debía estar preocupada por aquello que dijo sobre Salcedo.

Escuchó un sonido por el balcón y unas maderas cayeron, dio un respingo y casi pega un grito al ver a un hombre aparecer, pero se detuvo en seco al ver que era Sergio.

—¿Qué haces aquí?

—Eso te pregunto yo, ¿qué haces en esta casa cuando deberías estar conmigo?

El susto de Reina dio paso a la ira.

—Por favor, salte si no quieres que llame a seguridad.

—¿Ahora es así? ¿Ahora hasta seguridad tienes a disposición? —dijo mirando la casa— Te trata como reina, o eso crees. Esta casa le pertenece al pueblo, y tú duermes con el enemigo de la patria.

—Tú no conoces a Víctor, ya tuvimos esta plática, no lo cambiaría por alguien que antepone el dinero al amor. Lo que pasó entre nosotros ya fue, así que vete.

—Reina... —dijo caminando hacia ella, pero se detuvo al ver que ella daba pasos atrás— ¿Ahora me temes?

—¿Ves esto? —dijo mostrándole el anillo— Significa que ya tengo hombre, un futuro esposo.

—¿En serio ya no me quieres? —dijo ya en modo de rendición.

Reina lo vio paseándose sin rumbo por el lugar tratando de poner en orden sus ideas, actuaba de una manera muy inquietante y por primera vez no sabía de lo que sería capaz en ese estado. Podía oler el alcohol. Aquella desesperación parecía crecer en su pecho.

—¿¡Qué mierdas debo hacer para tenerte de vuelta!? Estoy muy arrepentido, ¿cómo diablos pudiste fijarte en otro después años de relación entre tú y yo?

—Eso te pregunto, ¿cómo pudiste casarte con mi hermana después de años de relación a cambio de dinero?

—¡Lo hice por ti, coño! —dijo tumbando un jarrón para hacerlo añicos.

Reina miró a la puerta sin saber si le daría tiempo de correr y bajar las escaleras llamando a seguridad, sus piernas temblaban y no sabía si podría o no dar siquiera un paso. Sergio parecía un perro rabioso a punto de atacar. Cuando volvió a mirarlo dio un respingo atrás, estaba a distancia de nada frente a ella, todo sudoroso.

—¿Estás temblando? —dijo con ceño fruncido.

Reina, no pudo ser siquiera capaz de la boca para no contrariarlo, en ese estado parecía impredecible. Pero Sergio se alejó mientras reía.

—No puedo creer que también me tengas miedo, por el amor de Dios, ¿ahora soy un extraño para ti? Yo sería incapaz de ponerte un dedo encima, ¿lo olvidaste? Soy Sergio.

—Pues entiende que ya no puedo corresponderte —dijo más calmada—, por nada del mundo voy a volver contigo para que dejes a mi hermana, además, ya no es igual. Amo a Víctor como no te imaginas, y no quiero que vuelva y te encuentre.

En ese momento si corazón casi se detiene al oír pasos de botas subir los últimos tramos de escalera.

—¡Dios mío! —dijo en un hilo de voz mientras se giraba a la puerta.

El pomo se abrió y Víctor entró, se detuvo en seco al ver aquello.

—¿Qué es esto?

CAPÍTULO 11

Reina quedó congelada sin saber qué decir, Víctor pasó de largo y se agachó para recoger el jarrón de porcelana.

—¿Cómo se cayó esto?

Reina se giró y se llevó una gran sorpresa al no ver a Sergio por ningún lado, era como si se hubiera esfumado cuál espejismo. Miró con disimulo por todas partes, al parecer volvió a salir por el balcón.

—Se me acaba de caer, perdón, estaba por recogerlo —dijo agachándose.

—No, no, ya está —dijo poniendo los restos a un lado.

—Debió costarte mucho.

—El dinero va y viene, además, no entiendo de esas cosas. Ven —dijo sentándose en el sofá.

—¿Qué pasa? —dijo sentándose.

—Pepillo no quiere la anexión.

—¿Cómo? Pero, ¿no dijiste que está interesado en ser marqués y en obtener beneficios de la reina?

—Sí, al parecer cambió de idea, ya no quiere siquiera pensar en que la corona dirija al país, se opone rotundamente.

—¿Y vino para decir eso?

—Vino... para tratar de entenderse con el general de la Gándara, hacer un acuerdo pacífico, pero él general no está de acuerdo, quiere el control total para la reina. Las cosas se volvieron muy acaloradas, Salcedo salió vuelto una furia.

—¿Y ahora?

—Es solo esperar nada bueno, los rebeldes van a atacar.

—¿Cuándo?!

—No lo sé, podría ser en días, semanas o meses. No existe punto de arreglo, actualmente contamos con muy pocos hombres de la corona, la reina se rehúsa a enviar refuerzos.

Prácticamente yo soy la última carta a todo esto para tratar de apaciguar las aguas entre la República y España.

—Si no existe arreglo posible, ¿qué va a pasar?

—Si los dominicanos atacan primero nos van a diezmar aún más, Pepillo lo sabe, sin más ayuda de la misma corona tendremos que anunciar una retirada.

—¿Pueden volver a hablar con Pepillo?

—Él era el último puente entre la corona y la república. Sin él al frente hace tiempo que nos habrían invadido por aquí, Pepillo era quien sostenía el último hilo, aún acuesta de arriesgarse a que su gente lo fusilara por traición. Es un hombre pacifista, pero ahora, dejó claro que ya no va a contenerse en atacar.

Reina sintió un dolor en el pecho, se sintió sin aire ante todo aquello. Tomó su mano e hizo que la mirara.

—Si ocurre cualquier cosa, prométeme que no vas a pelear al frente.

—No puedo prometerlo, Reina, para eso estoy aquí, ante todo soy un soldado, y si tengo que dar mi vida por la reina lo haré.

Reina cerró los ojos tratando de contener la angustia, pero no pudo evitar derramar lágrimas. Víctor trató de enjugarlas mientras acariciaba sus mejillas.

—¿Qué voy a hacer si mueres ahí?

—Trataré de que así no sea, pero voy a dejarte protegida en caso de que ocurra cualquier cosa.

—¿De qué hablas?

—Voy a casarme contigo cuanto antes.

—¡Casarnos!

—Sí, ¿pensaste que no hablaba en serio?

Reina se levantó para caminar sin rumbo fijo, con los nervios a flor.

—Sinceramente, ya no me importa tanto eso, lo que quiero es que estés vivo y que te quedes conmigo, no me importa si nos casamos o no.

—Sí importa Reina —dijo levantándose para tomarla de los hombros—. La vida es más dura para cualquier mujer sin marido, si me pasa algo quiero... No. Necesito que quedes protegida.

—Hablando así parece que te estuvieras despidiendo —dijo sin poder contener las lágrimas.

Víctor la estrechó entre sus brazos para consolarla, no sabía qué decirle, pues sabía que en las batallas no valían promesas que podrían ser vacías. Había visto a muchos compañeros perecer en batalla, sabía que de continuar podría ser uno de ellos.

—No es una sentencia de muerte, Reina, me sé cuidar las espaldas. Solo quiero ser precavido, ¿entiendes? —dijo besándola— No debería ser momento de tristeza, sino de alegría, es un casamiento.

—Un casamiento —dijo tratando de congeniar.

—Un casamiento —dijo tomándola por las mejillas—, tú y yo como marido y mujer.

Reina no pudo evitar reír.

—Aún sigue siendo raro, tu y yo marido y mujer.

—Ajá, y mientras más rápido sea, menos raro será —dijo abrazándola aliviado de verla más calmada.

Al día siguiente, la luz del sol iluminaba ya el pasillo superior. Reina abrió la puerta del cuarto de Raisa, y para su sorpresa encontró la cama vacía. Después de buscar por todos lados, bajó a trompicones la planta baja.

—¿¡Carmen, has visto a mi hermana!?

—No —dijo apareciendo con una cesta de verduras—, acabo de llegar del mercado.

—¡Se fue, se fue!

Reina tuvo que tomar asiento para tratar de calmarse.

—¿Por qué se pone así? Pudo haber salido a dar una vuelta.

—Es lo que me preocupa, ayer casi la matan a golpes.

—¿¡Cómo!?

—Una larga historia, pero pensaron que era un afeminado.

—¡Y por eso...! Bueno... recibí una carta hoy temprano, era para su hermana.

—¿Una carta para ella? Ella no tiene a nadie más que yo aquí. ¿Quién la envió?

—No tenía remitente, perdón. ¿Habrá sido el señor Omar?

—¿Omar? —dijo pensativa.

Las horas pasaban y pasaban, Reina miraba por la ventana por si aparecía su hermana, pero no daba señales. A las cuatro de la tarde decidió salir, tomó su sombrilla y salió al pueblo junto con Carmen.

—¿A dónde vamos?

—A ver a alguien que tal vez pueda ayudar.

Llegaron a la posada y pidió ver a Sergio, poco después, el hombre bajó los escalones del lobby de dos en dos como si su vida dependiera de ello.

—Reina —dijo casi sin aliento y secando sus manos sudorosas en el pantalón—, te ves hermosa, como toda una dama.

—Cuide sus palabras joven —dijo Carmen con ojo perspicaz.

—No vengo a verte en específico, ¿has visto a mi hermana?

—Pensé que estaba contigo.

Reina suspiró de angustia ante la mirada preocupada de Sergio.

—¿Qué pasó?

—Desapareció desde esta mañana luego de recibir una carta sin remitente.

—Ya le dije —dijo Carmen— ¿por qué no mejor vamos a ver a Don Omar?

—Omar, Carmen, no pediría verla, la guardia tiene reunión, Víctor está con él.

En ese momento se escucharon disturbios afuera, disparos aquí y por allá. La gente en el hotel se dispersó y Sergio las hizo agachar. Vieron a unas turbas armadas correr mientras la milicia española les caía detrás a disparos.

—Los rebeldes —dijo Reina.

—¿Rebeldes? —dijo Sergio mirándola contrariado— ¿Desde cuándo llamas rebeldes a los patriotas? ¿Acaso ese español te tiene tan lavado el cerebro?

—Solo digo que hay mejores formas de hacer las cosas, Sergio.

—¿Cuáles? ¿Dejar que esa gente siga invadiendo nuestro país?

—Las cosas pueden arreglarse con el diálogo.

—¡Por amor de Dios! ¿¡En qué te has convertido por ese hombre, Reina!?

El tumulto pasó y todos se pusieron de pie, varios cristales fueron rotos, pero lo peor fue que dos personas resultaron heridas. Uno de ellos sangraba a borbotones por una herida en el estómago.

—Esto es lo que causa la guerra, Reina, una guerra por un país que nos pertenece y que nos quieren quitar —dijo él observando al pobre hombre morir.

Reina estuvo a punto de las lágrimas, pero se dio la vuelta para salir.

—Yo las llevo.

—No es necesario, joven —dijo Carmen, aún desconfiada.

—Insisto, la calle está muy peligrosa y ya está anocheciendo, necesitan la compañía de un hombre.

Carmen miró a Reina, pero no insistió, Sergio fue a buscar su fusil y salió a caminar con ellas. La calle estaba hecha un desastre y había manchas de sangre por doquier.

—Ni siquiera duró 5 minutos y mira todo lo que causó.

—No has visto los campos de batalla —dijo él con labios apretados.

Cuando llegaron a casa el sol ya se había ocultado, el farolero ya había prendido las lámparas de las calles. Pero cuando entraron, Reina se llevó una gran sorpresa al ver a Víctor en medio del salón junto a Omar, su cara lo decía todo cuando vio a Sergio tras ellas.

—¿Qué significa esto? ¿Estoy fuera todo el día y tú vas a verte con este?

—¡Más respeto para Reina! —dijo Sergio alzando la voz.

Víctor se le acercó como bestia y ambos hombres se encararon.

—¿Quién coños te crees para alzar la voz dentro de mi casa? ¡Ah!

—¡Por favor, los dos! —dijo Reina en medio de ambos.

—Quiero una explicación, Reina —dijo mirándola con ojos feroces.
—Señor, yo salí con ella, no dejé que se le acercara, solo fue a preguntar si su hermana estaba con él.
—¿Raisa? —dijo Omar de repente— ¿Qué pasó?
—Desapareció desde esta mañana cuando le llevé una carta sin remitente.
—¿No habrá sido su padre? —dijo Omar tratando de disimular su preocupación sin éxito.
—Mi padre no sabe de esta dirección, además, no le escribiría sin un remitente.
—Me preocupa, porque los hombres de la ciudad podrían reconocerla y volver a atacar.
—Hay que ordenar una búsqueda con mis hombres ya mismo —dijo Víctor tratando de centrarse.

En ese instante la puerta doble se abrió y todos miraron a Raisa aparecer como un fantasma. Literalmente como un fantasma, porque estaba tan pálida como el papel más blanco.

—Buenas noches —dijo en un hilo de fuerzas.
—¿¡Raisa!? —dijo Reina corriendo hacia ella para tocarla— Estás fría.
—Ha de ser el sereno, creo que aún sigo enferma, esta mañana me sentía mejor.
—¿A dónde fuiste, Raisa? —preguntó Sergio tratando de sostenerla.

Omar fue enseguida y la tomó de la cintura.

—¿Qué ocurre contigo?

Raisa miró a Omar por primera vez y abrió mucho los ojos.

—¡Omar! —dijo echándose a llorar— Mi querido guardián, eres tú.
—No me llames así, no soy tu guardián —dijo él tratando de disimular su afecto.
—Llévela a su recámara, joven —dijo Carmen en tono pícaro.

Omar lo pensó unos segundos, pero luego la tomó en sus brazos y subió los escalones con ella. Todos se quedaron en silencio mientras procesaban. Reina por fin sonrió de alegría.

—Al menos está bien, no le pasó nada ni le hicieron daño.
—Me parece que está muy pálida —dijo Carmen—, voy a prepararle una infusión.
—Reina —dijo Sergio—, pregúntale quién le envió esa carta. Yo tengo que marcharme, cuídala.
—Gracias por todo —dijo ella un poco tensa mientras notaba la mirada iracunda de Víctor sobre él.

Cuando la puerta se cerró, por fin quedaron solos. Víctor hizo que la mirara.

—¿En serio preferiste buscarlo?
—Por favor, Víctor, entiéndeme, estaba desesperada.
—Más fácil te hubiera podido ayudar yo que ese pelele, ¿por qué no acudiste a mí primero?

Aunque aparentemente calmado, Reina notaba su cólera contenida solo por estar frente a ella.

Así que se acercó y lo abrazó para aplacarlo un poco, pero él no la abrazó.

—Tenías una importante reunión hoy, no quería interferir ante lo que podría ser nada, solo fui a ver a Sergio para preguntar, no para pedir ayuda, llevé a Carmen conmigo.

Reina sonrió para sí al notar como poco a poco sus manos la correspondieron, ambos se quedaron en aquel dulce abrazo que ninguno quiso romper.

Omar colocó a Raisa en el lecho con mucho cuidado, ella lo miró con ojos de borrega mientras sonreía débil.

—Estás aquí, todavía no sé si es un sueño.

—Solo vine a casa de un amigo, no a verte. Ahora si me disculpas...

—Espérate, por favor —dijo tomándolo de la mano.

—Solo quería decirte que ahora sí podemos estar juntos.

—Contigo jamás, me oíste —dijo por lo bajo como no queriendo hacerle daño con la voz.

—Soy una mujer también, Omar, una mujer que ama, a pesar de que Dios también me creó hombre. No sé para qué, tal vez para cuidar de mis hermanas como siempre lo hice. Sus caminos son misteriosos.

—No metas a Dios en esto —dijo volteando su cara.

—Omar, mírame.

—Yo te amo.

Omar no pudo evitar derramar una lágrima, poco a poco levantó su mano para acariciar su rostro.

—Yo... yo también te amo.

—Me haces muy feliz, Omar —dijo llorando—, por eso... lo hice por ti, para que estemos juntos.

—¿Hacer qué?

—Quitar... la raíz de tu repudio hacia mí, ya no será... un problema —dijo ella con ojos cerrados.

—¿Hiciste qué...?

Omar levantó su mano y observó con horror que estaba totalmente roja.

Reina se encontraba aún abrazada a Víctor mientras se fundían en un beso.

—Ni siquiera tienes por qué estar celoso, eres el hombre que amo ahora, no hay nadie más.

—Júralo por lo más sagrado —dijo esbozando una sonrisa.

—Lo juro por mi fallecida madre.

En ese instante se horrorizaron al escuchar gritos provenientes de la planta alta. Vieron a Omar bajar los escalones como si sus botas tuvieran cemento, Reina abrió mucho los ojos al ver que se tocaba la cara empapada en sangre, sentía que sus piernas le fallarían. Omar gritaba desolado como un niño pequeño sin rumbo.

—¡Omar! —dijo Víctor zarandeándolo— ¿¡Qué pasó!?

—¿¡Qué le hiciste!? —gritó Reina.

—¡Se me fue en las manos, se me fue...!

—¿¡Qué pasó!? —dijo Reina con ojos llorosos.

—Que se me fue... —dijo sin poder decir otra cosa mientras se sentaba en los escalones a seguir llorando.

Ambos subieron los escalones, pero Reina tomó la delantera al subir de dos en dos. Al abrir el cuarto fue como si hubiera recibido un fuerte golpe en la cara y la dejara desorientada y sin aliento. Raísa estaba tendida en la cama y su vestido estaba empapado en sangre desde su entrepierna.

Reina corrió a su lado para tocarla y tratar de despertarla, pero no respondía. Víctor la tocaba en busca de signos.

—¡Raisa, Raisa! —dijo entre lágrimas.

—Reina —dijo tomándola del brazo para alejarla y abrazarla—, murió.

SAN FRANCISCO (día siguiente)

Cuatro hombres hacían la marcha con el féretro hacia la casa, Diógenes y Theresa estaban abrazados esperando a la puerta mientras lloraban desolados.

—Mi querido hijo —dijo Diógenes lacrimoso al destapar el féretro.

Reina se le acercó llena de ira.

—No te atrevas a llamarla así en su último lecho, ¿me oíste!? No te lo voy a permitir.

—Yo... la quería. Haría lo que fuera por volver el tiempo —dijo tocando el cadáver.

Reina por primera vez notó a aquel hombre como lo que era, un anciano, y lo estaba tanto que no se había dado cuenta lo senil que ya estaba. Ella lo abrazó sin importar los golpes del pasado.

—Perdóname, hija, también te hice mucho daño por no querer reconocerte.

—Ya pasó, el tiempo no vuelve, padre.

Reina observó a Theresa mirarlos a lo lejos, estaba un poco renuente, pero se acercó de a poco y los abrazó a ambos.

—La vida es muy corta para estar peleados —dijo Reina—, mañana podría ser tarde para todos. Solo quiero decirles que a pesar de todo, los amo.

—Yo también, hija.

—Yo... también —dijo Theresa entre dientes.

Padre e hijas continuaron el abrazo bajo la mirada preocupada de Víctor, quien aún reconfortaba a Omar.

Mientras Sergio iba dentro junto a Pepillo no paraba de pensar.

—Tiene cara de tragedia, hombre —dijo Pepillo.

—Me enteré de que murió un ser muy querido de la familia, señor. Mi cuñada.

—¿La negrita?

—No, la blanca, señor.

—Fíjate —dijo con poca importancia mientras encendía un habano— Bueno, Nazario, ¿quiere uno? Después no me diga que no le ofrecí por su pena.

—Estoy bien, señor —dijo Sergio, melancólico.

—Sé que puedo parecer frío, Nazario, pero he perdido a mucha gente también —dijo observando su habano—, he asesinado a mucha gente en mi vida también, supongo que Dios nos castiga en su momento.

—Lo ha hecho por política, señor.

—Puede ser, pero asesinar es asesinar. Es un pecado capital aún, un pecado de Dios.

—Dios también ordenó a su pueblo a asesinar gente, señor, a veces es necesario.

—¿Es usted religioso, Nazario? —dijo observándolo perspicaz.

—Muy católico, señor.

—Este país se construyó bajo sangre, España lo invadió hace siglos.

—¿Y por qué defiende la invasión? —dijo Sergio sin poder controlar su disgusto.

—Porque vivimos otros tiempos, hoy somos lo que somos gracias a las inversiones de la corona. Sé cuáles son los planes de la reina con el país, no son para nada mezquinos.

—Bueno, señor...

—Nazario, nos hemos levantado de una crisis gracias a la corona. La corona le dio riquezas a los que hoy son pudientes, y esos pudientes hoy quieren deshacerse de la corona por no querer pagar tributos, lo quieren todo. No hay sentido patrio en todo este bodrio, solo cuestiones personales por la avaricia.

—¿Avaricia? —dijo observándolo incrédulo.

—Ajá, no me caben dudas de que podrían ganar, la reina podría hartarse. Y cuando eso pase, podrían reescribir la historia a su antojo, decir que fue patriotismo, poner cargos de crímenes a gente inocente y hacerlos villanos de la historia, toda historia precisa de un villano. Hasta podrían hacerme villano a mí si me quitan del camino. Hay quienes quieren mi cabeza.

—¿Quiénes?

—Todos, en especial ese gordito de Gaspar. Ese come mierda que parece no romper un plato.

—Señor, no importa cuántos planes tenga la corona para este país, nosotros deberíamos decidir nuestra propia suerte, ser libres e independientes. Esa es la gran verdad.

Pelillo exhaló el humo y lo miró sonriente.

—La gente suele creer tener hambre de la verdad, pero detestan el sabor cuando se las sirves.

—¿Por qué lo dice?

—Eres muy joven para entender ciertas cosas. Solo digo...

El carruaje paró de repente y ambos se pusieron tensos, Sergio tomó su fusil en alerta. Luego escucharon una voz conocida.

—Señor Salcedo.

Ambos bajaron del coche para ver adelante al joven Gregorio Luperón montado a caballo.

—¿Qué hace?

—Vengo a buscarlo, señor, no puede volver a Santiago, tuve que venir por usted tan pronto como pude.

—¿Por qué?

—Es Gaspar, se ha enterado de que se reunía con los de la corona, y así lo ha hecho saber al comité. Me temo que lo esperan para fusilarlo.

—Fusilarme —dijo tragando saliva mientras asimilaba.

—Sí, señor.

—¿Cómo está mi familia? ¿Águeda, mis hijos...?

—No les harán daño, solo lo quieren a usted. Debo llevarlo fuera del país, a Haití, por ahí podría tomar un barco con destino a Madrid, yo me encargo luego de enviar a su familia con usted.

Sergio observaba todo con ojos en grande, Pepillo estaba frío pero sin dejar caer su temple. Asintió con la cabeza y Gregorio se bajó de su caballo para subir al coche y relevar al cochero.

—Nazario —dijo Gregorio—, suba también, tendrá que acompañarlo hasta llegar a Madrid, ¿le parece?

—Sí, no hay problema.

—Será recompensado, Nazario —dijo Pepillo subiendo con él

El carruaje fue a toda marcha en sentido contrario, Sergio observaba como Pepillo se frotaba las manos inquietamente, aunque si cara no reflejaba emoción alguna. Maldijo en sus adentros, no podría siquiera llegar al funeral de Raisa por la protección de alguien que no le caía muy bien. No lo podía creer cuando leyó la carta, lastimosamente cuando volvió a la casa de Víctor ya todos se habían marchado a San Francisco. Una persona joven y con toda la vida por delante. ¿Y Reina? ¿Cómo estaría Reina en aquellos momentos?

Los lloros se escuchaban fuerte y alto en la casa de los Molina, pero solo una persona parecía no poder contenerse mientras lloraba alto al abrazar el cuerpo sin vida en el ataúd. Reina se acercó a Omar para acariciar su espalda en un gesto de consuelo, pero lloraba como un niño sin consuelo.

—No le hubiera gustado verte así —dijo por lo bajo.

—Ya nada me importa, ¿por qué se tuvo que ir así? Se lo cortó por mi culpa.

—Te quería mucho, solo quería tu aprobación, no tomó la mejor decisión al hacer eso, estaba desesperada por tus rechazos... —Reina se detuvo al darse cuenta de que inconscientemente descargaba su resentimiento contra él en aquellos momentos, tuvo que contener sus impulsos, pues sabía que ya era suficiente— Las cosas pasan y a veces no las podemos evitar.

—Pero yo pude evitarlo si no la hubiera rechazado, estaría aquí viva y no habría ido con aquel carnicero de mierda —dijo aun aferrándose al cuerpo.

—Estaba... en cinta, y no lo sabía, nunca lo supo. De haberlo sabido no lo habría hecho.

Omar detuvo sus lloros de repente, de pronto había solo silencio en el lugar. Su mirada se tornó sombría mientras se seguía aferrando. Con su melena desparramada sobre su rostro parecía una criatura de las tinieblas.

—Estaba esperando —dijo muy por lo bajo.

—Tenías que saberlo, al menos tú —dijo preguntándose si había hecho bien diciéndole—. Ven conmigo, te prepararé un café bien fuerte.

—Por favor, dejadme solo con ella.

Reina cerró los ojos y asintió mientras giraba y volvía con Víctor, quien veía desde lejos.

—Ya se lo dije.

—¿Cómo lo tomó?

—Ya lo ves, se detuvo, aunque se puso algo extraño.

Víctor tomó a Reina de la mano y la llevó fuera de la casa, en el lugar había poca gente, solo algunos pocos 10.

—Al parecer la familia cayó en desgracia —dijo ella observando—, debiste ver el funeral de la señora de la casa, cuando falleció acudió medio pueblo. Mi pare perdió mucha influencia con el tiempo, mucho dinero mal invertido.

—Es típico, cuando se está en el poder mucha gente intenta ser cercano para obtener favores. Soy testigo de qué gran parte de la sociedad está impulsada por el egoísmo, importas por lo que puedas hacer por ellos.

—¿Por qué lo dices?

—En mi tierra, cuando no era marqués, muchos me trataban con acritud, a diferencia de mi hermano, cada vez que aparecía era como Dios en la tierra, para ellos, siempre estuvo rodeado de

gente. Y recientemente, cuando recibí el título, todos se volcaron a mí de la misma forma que lo hacían con él.

—Vaya sociedad.

—Ajá, me sentí un tanto asqueado, entendí que a las personas les mueve el dinero, les importas por lo que representes o puedas brindarles.

Reina se detuvo y se cruzó de brazos.

—Yo te dije que no quiero nada de ti, y prometiste dejarme trabajar...

—No, por favor... —dijo riendo mientras acariciaba su rostro mientras la abrazaba— Sé que esas cosas no te mueven, una de las razones por las cuales me enamoré de ti, no veo avaricia en tus ojos, eres... una mujer práctica y sencilla.

Reina quitó sus manos de su rostro mientras se apartaba muy seria.

—Ni tanto, hice cosas por dinero que nunca debí, llorar, fingir pena y tristeza por los muertos ajenos. Ahora que murió mi hermana pareciera que no tengo muchas lágrimas para ella. Tal vez es un castigo divino.

—Nada de eso —dijo abrazándola por detrás—, era algo bonito.

—¿Bonito?

—Un muerto merece ser llorado, a falta de seres queridos que le importen, tú estabas ahí.

—Ah, sí, para derramar lágrimas a cambio de dinero.

—Imagina si las funerarias trabajaran de a gratis, lo que hacías era un trabajo digno, ¿vale?

Reina sonrió ante la idea, por lo menos se sentía bien sabiendo que un hombre como Víctor estaría allí para ella. Su sonrisa se borró al pensar contarle aquello a Raisa, pero sintió su corazón estrujarse al recordar que ella nunca más estaría. Unas lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Huele a humo —dijo Víctor olfateando—, algo se quema.

—Sí —dijo Reina en alerta.

En ese momento Theresa salió de la casa gritando histérica.

—¡Se la llevó, ese loco se la llevó!

—¿¡Qué!?! —dijo Reina acercándose.

—Está en el granero, ¡incendió el granero y se metió con ella, lo vi por la ventana!

Todos corrieron a la parte trasera para llegar al granero, el cual estaba ya completamente en llamas vivas y voraces. Reina llevó sus manos a su boca para ahogar un grito de horror mientras caía de rodillas. Omar ya estaba muerto junto con Raisa.

AL DÍA SIGUIENTE

Al momento en que el carruaje aparcó en la frontera, Gregorio descendió de inmediato y fue a reunirse con algunos hombres haitianos. Sergio miraba por la ventana observando cómo el hombre era recibido por militares armados, un hombre viejo y delgado apareció para hablar con él.

—¿Con quién habla? —preguntó Sergio.

—Fabre Geffrard, es el presidente de turno —dijo Pepillo con ojos cerrados y aspecto cansino.

—Entonces lo va a recibir.

—Lo dudo, muchacho, ese hijo de su madre me detesta por cosas del pasado que no permití. No me dejará pasar,

Sergio vio cómo se despedían los hombres, al parecer se habían caldeado un poco los ánimos, Gregorio escribió algo y se lo entregó a un cartero. No pasó mucho tiempo para que volviera con cara de pocos amigos. Entró y miró a Pepillo con seriedad.

—Es un no, dice que no quiere problemas con la república.

—Hiciste lo que pudiste.

Gregorio se reclinó en el respaldo sin saber qué hacer.

—Te dije que no debías involucrarte con esa gente, ahora el imbécil de Gaspar encontró el modo de hundirte de verdad.

—Quería paz, Gregorio, paz, un acuerdo para evitar otro baño innecesario de sangre —dijo con ojos cerrados como si estuviera buscando el sueño.

—Siempre te dije que debíamos atacar, a estas alturas ya nos los habríamos librado de esa gente, y tú no estarías en este problema.

—Lo sé.

—Entonces usted sí quería evitar la anexión, señor —preguntó Sergio, muy sorprendido.

—Claro, ¿por quién me tomas?

Pepillo se incorporó y miró a Gregorio.

—Lléveme a Montecristi.

—¿Por qué?

—Me quedaré con una vieja amiga, ella podría ofrecerme protección. Después quiero que vuelvan a sus casas y se olviden que existo.

Gregorio y Sergio se miraron con preocupación, pero Gregorio no dijo más, salió para volver a

conducir. Y por un lado, Sergio agradeció el poder volver a San Francisco más pronto de lo esperado.

Condujeron por horas hasta llegar a la provincia, pero poco después de llegar se encontraron con una emboscada. Montones de hombres montados aparecieron por doquier, militares que los apuntaban con sus fusiles.

—Solo queremos a Salcedo.

Sergio miró al hombre sin poder hacer nada frente a tantos hombres, pero Pepillo solo sacó una cartera de su pecho y se la entregó.

—Cuando vea a mi esposa, entréguele esta carta, por favor.

Estaba pensativo, atrapado en sus primeros pensamientos azarosos, pero salió inmediatamente escuchó su nombre por segunda vez.

—Aquí me tienen —dijo con las manos arriba.

Sergio y Gregorio vieron impotentes cómo lo tomaron para encaminarlo hacia el frente. No quiso vendaje, así que procedieron con immediatez. Recargaron, apuntaron, y abrieron fuego.

Reina estaba junto a Theresa observando desde a los hombres trabajar en las ruinas del incendio. De pronto Reina sentía que los días en su pueblo parecían mucho más sombríos de lo que recordaba.

—Dime una cosa —dijo Theresa de pronto—, ¿alguna vez fuiste feliz aquí?

—¿Por qué la pregunta?

—Siempre fuiste como nuestra esclava, trabajando todos los días por techo y comida, cuando eres hija de mi propio padre.

—Sí, bastante infeliz —dijo amargamente.

Hubo un silencio entre ambas, no entendía por qué hablaba de ello de repente, pero luego entendió lo mucho que la muerte de Raisa la afectó. ¿No quería ser hija única?

—La gente que quiero siempre se va, Reina. Primero mi madre, luego Raisa, Sergio se fue, nunca fue mío, mi padre tampoco durará mucho más, está viejo. E inclusive tú te irás a España.

—Con la diferencia de que nunca me quisiste.

—Pensé que así era, pensé que te odiaba a morir, y más porque mi Sergio tenía los ojos en ti. Pero luego entendí que nunca fue “mi Sergio”, estos días pensé que nada es seguro, y que no tenemos nada en realidad. Si te pasa algo como a Raisa, creo que no lo soportaría.

Reina observó a su hermana menor queriendo contener las lágrimas, se dignó a abrazarla mientras sonreía por dentro. Irónico como Raisa tuvo que morir para unirlos.

—Solo quiere decir que estás madurando, pequeña. Pero recuerda mantenerte fuerte ante los golpes de la vida, más adelante después de cada tormenta el sol vuelve a brillar.

—Tengo miedo de quedarme sola, ¿de qué sirve el estatus si no hay nadie a tu alrededor?

—Puedes contar conmigo, hasta podríamos vivir juntas en España si lo deseas. Pero... ten paciencia con Sergio, en algún momento volverá y recapacitará.

—No quiero saber de un hombre que ama a otra, y más si esa otra es mi hermana. Es denigrante, pero lo merezco, porque yo fui quien se opuso entre ustedes, siempre lo supe.

—Es cosa del pasado, ahora amo a otro hombre.

Ambas observaron a Víctor cargando escombros con su marcado torso desnudo y sudoroso. Ambas mujeres rieron en complicidad sin decirse nada.

Llegada la noche, los cuatro estaban sentados a la mesa comiendo en silencio luego de llegar del panteón. Una atmósfera de pesadez inundaba todo al cricar de los grillos.

—Tengo 76 años —dijo Diógenes de repente—, y aunque he vivido mucho, no puedo parar de pensar que la vida es muy corta. Hoy estamos y mañana ya no, he sido testigo de ver a muchos seres queridos morir, es la consecuencia de vivir tanto.

—Aún le faltan muchos años, don Diógenes —dijo Víctor con gesto amigable.

—Gracias, hijo. Pero hoy tengo a mis dos hijas aquí, una casada y otra a punto. Otra murió y se llevó consigo a su hombre amado. No dejo de pensar que solo existe una cosa que mantiene al mundo. Es el amor. Luchen por el amor de forma justa y sincera, si aman, si resuelven las cosas con el amor y la comunicación, la felicidad no tardará en llegar. Ahora solo pienso ¿qué habría sido de mi vida si tan solo hubiera seguido al amor en vez del estatus, las apariencias y el qué dirán?

—Solo mire al frente, padre —dijo Theresa.

Diógenes llenó su copa y tomó hasta el fondo sin querer mirar a Theresa.

—No, a veces debemos mirar atrás para acordarnos de nuestros errores. Si hubiera aceptado a mi Raisa como era habríamos tenido más tiempo de felicidad, si hubiera aceptado a Reina como hija legítima, ella habría crecido más feliz también. Me he dado cuenta del terrible error que he cometido por las apariencias, he dañado a mucha gente en el proceso, gente que amo y amé. Y un amor que perdí solo porque era negra y pobre.

Reina y Theresa lo miraron perplejas.

—¿No amaste a mi madre? —dijo Theresa.

—No —dijo Diógenes mirándola con ojos llorosos, pero resueltos—, amé a la madre de Reina, Grecia. Iba a dejar todo por ella, pero mi padre y mi suegro me amenazaron con quitarme todo si la tomaba como esposa. Poco después, Grecia desapareció estando embarazada, la busqué por todas partes hasta que encontramos una canoa cerca del río con una bebé dentro, Reina. Estaba envuelta en la ropa de su madre, quien había desaparecido. Al parecer intentó llevar el bote a tierra luego de perder las palas, pero estaba débil y se ahogó.

—¿Y por qué me trató tan mal si la quería?

—Por... —dijo frotando su cara— porque me recordabas mucho a ella, y no quería apegarme contigo de ninguna manera. También... aunque eras la niña más bonita que había visto, en mi familia nadie quiso mezclarse con negros, yo fui el primero, también mi esposa y mi suegro me decían que me arrepentiría si te aceptaba como hija legítima, toda la familia de hecho. Por eso fue más fácil construir ese desapego contigo, pero... siempre te quise.

—¡Ah, pues vaya amor, vaya amor! —dijo Reina un tanto asqueada por su padre mientras ignoraba la mano conciliadora de Víctor.

—Es la verdad, por más patética que sea. Reina —dijo extendiendo su mano para tocar la suya—, es tiempo de perdón. Quiero saber si me perdonas, hija.

Reina respiró hondo mientras evitaba mirarlo. Víctor apretó su mano para hacerla recapacitar sin palabras, hasta que por fin asintió.

—Lo perdono, padre. No vale la pena estar peleados por siempre. Y si está arrepentido de corazón, nada me hace más feliz.

—Gracias —dijo a punto de lágrimas mientras se levantaba de su asiento para abrazarla.

Esa misma noche serena, en cama y al cricar de los grillos, Reina no podía parar de llorar, permanecía abrazada a Víctor. Lloró todo lo que no había llorado desde la muerte de Raisa. Víctor solo podía consolarla en aquellos momentos, pues sabía que para Reina no solo aquellas eran lágrimas de dolor, sino de una extraña mezcla ligada con felicidad, pues la muerte de Raisa había unido a los tres de una forma que nunca imaginó.

—Me siento culpable... ¿Por qué tuvo que haber una muerte para darnos cuenta del valor de cada uno? Mientras estábamos en la mesa me encontré deseando que Raisa estuviera con nosotros. Lo deseaba más que yo. ¿En qué momento pasó esto?

—No debes culparte de nada, a veces las cosas solo suceden, Reina.

Ella se incorporó para verlo a los ojos.

—Alguien le hizo eso, alguien le prometió el cielo al ofrecer quitarle la parte viril, lo hizo por dinero y lo envió a casa mientras sangraba. Tuvo que ser doloroso, muy difícil y aun así lo hizo por... Omar.

—Omar no paró de culparse, sé cuánto la quería. No paraba de hablar en llevarla a Madrid y casarse con ella.

—¿Te dijo eso? —dijo ella con un atisbo de sonrisa como buscando consuelo.

—Sí, no paraba de hablar de ella. Desde que la vio en aquel hotel quedó prendado. Y yo... también le hablaba de llevarte conmigo, tal vez haríamos una boda doble en Madrid, ambos estábamos enamorados de dos hermanas...

Tuvo que detenerse al ver que Reina volvía a llorar, la abrazó y la llenó de besos, intentando adentrarse a lo más profundo de su ser y apagar su dolor.

—Perdón, no quise...

—No, no, lo que cuentas es muy bonito. Hubiera sido precioso —decía mientras secaba sus lágrimas.

—Cuando acabe mi servicio quiero llevarte a Madrid, haré una boda enorme, hasta invitaré a la reina. Tú vestida con lo mejor de lo mejor, luego nos mudamos a mi palacete en Alcácer, tenemos 10 hijos...

—Ah, por favor... —dijo ella rompiendo en risas.

Víctor se sonrió aliviado al saber que la sonrisa de su amada aún estaba ahí.

—Haré lo posible por...

En ese momento se escucharon disparos a lo lejos, ambos quedaron paralizados a la expectativa, luego los disparos fueron aumentando y con ello llegaron gritos. Víctor saltó de la cama para vestirse en cuestión de segundos a la vez que se hacía de su fusil.

—¿¡Qué está pasando!?! —dijo Reina yendo a la ventana.

—¡No te pares ahí! —dijo tomándola por detrás— No sabemos quiénes son. Abajo.

Víctor fue a la ventana y se paró de lado a discreción mientras veía. Sus ojos se agrandaron al ver a la bandada de guerrilleros camino a la hacienda. Rápidamente, tomó a Reina del brazo y la sacó del cuarto hasta el pasillo donde ya Theresa y Diógenes habían salido con caras de angustia.

—¿Qué pasa? —dijo Theresa.

—¡Patrón! ¡La revolución, ya saben que usted está aquí! —dijo uno de los tres hombres de Víctor desde la planta baja.

—¿¡Cuántas cabezas!?! —dijo uno de los tres hombres de Víctor desde la planta baja.

—¡Unas 14 antorchas, patrón!

Unos disparos se volvieron a oír, los otros dos hombres de Víctor cuidaban la entrada a la hacienda.

—¡Patricio y Polo no van a resistir por mucho tiempo!

—Don Diógenes —dijo Víctor con una calma violenta— ¿Hay alguna manera de salir por atrás?

—¡Venga!

Bajaron los escalones a toda prisa, llegaron al patio donde había una carreta con un caballo. Víctor tomó a Reina y la ayudó a subir, Theresa se echó para atrás cuando vio que la tomaría a ella también.

—¿¡A mí por qué!?! ¿No soy fugitiva?

—Hazle caso.

Víctor apuntó a la oscuridad solo para ver a Sergio aparecer de entre la oscuridad con manos levantadas. Estaba sudoroso y sucio. Theresa corrió para abrazarlo.

—¡Mi amor!

Ella empezó a llenarlo de besos, pero él la interrumpió.

—Tienes que subir con Reina e irte ahora —dijo mirándola con seriedad.

—Pepillo calló, fui testigo —dijo mirando a Víctor—, ahora mismo está escapando de Gaspar, se enteraron de todo lo que hacía con España. No sabemos de lo que puede ser hacer Gaspar para probar poder, podrían apresar a Reina también, fusilarla...

—No creo que sea capaz de... —dijo Theresa.

—A ti también te podría fusilar, sigues perdiendo tiempo.

—¿¡A mí!?! Yo no soy una rebelde.

—Sí, fui mano derecha de Pepillo, estás casada con un posible rebelde, y siendo hermana de reina esa gente podría tomarte a ti también. Te viste o no, así te van a ver.

—Es muy descabellado... —dijo Theresa a punto del colapso mientras oía más disparos.

Sergio la tomó sin esperar más y la metió al carruaje sin importarle sus lloros. Luego se dirigió a Víctor.

—Llévalas fuera, por favor, y cuídalas.

Víctor lo miró unos segundos, por primera vez reconocía la valía de aquel hombre, fue como verse al espejo. Solo se dignó a darle unas palmadas en el hombro.

—Cuidaos también.

Subió al carruaje y arrió al caballo, salieron disparados justo cuando los disparos empezaron a romper ventanas.

Reina y Theresa despertaron cuando el carruaje tembló de golpe y se detuvo. Theresa levantó la cabeza del regazo de Reina, había llorado todo el trayecto sufriendo desamparo de Sergio. “No quiero quedar viuda”, decía una y otra vez. Reina abrió el carruaje y vio el débil resplandor del sol asomarse mientras los pájaros cantaban. Había sido como escapar del infierno. De inmediato notó donde estaban, cerca el muelle.

Víctor las ayudó a bajar, Reina veía a su alrededor y estaba lleno de militares, tantos como no había visto antes. No cruzaron palabra alguna, solo las condujo de inmediato al muelle hasta un barco mediano al fondo.

—¿A dónde vamos, Víctor?

Pero no dijo nada, y no supo nada, hasta que llegaron frente al barco y vieron al general de la Gándara, despidiéndose de su llorosa mujer Onirys, y una muy calmada mujer de ojos negros le clavaba la mirada mientras se abanicaba, Felippa. Solo ahí pudo entender, así que se volteó y lo miró.

—¡Te vas a quedar y me vas a llevar a España!

CAPÍTULO 12

—Tienen que irse, es lo más seguro —dijo Víctor.

—¡No voy a irme sin ti!

—Debo cumplir con lo que vine a hacer, vosotras os iréis a Madrid, al menos hasta que las aguas se calmen por aquí.

—¿Y tú qué? ¿Qué pasará con ustedes?

—Yo no quiero ir a ningún lado sin mi marido, ni siquiera sé lo que le pasó en casa.

—Tu marido estará bien, mis hombres tienen experiencia, y él también se sabe cuidar. Si hacéis esto más difícil será difícil manteneros a salvo, primero sois vosotras. Entended, por favor.

Reina observó a su alrededor, habían más soldados que llegaban con sus mujeres para sacarlas del país. Theresa seguía discutiendo con Víctor de manera irracional, pero ciertamente sabía que no valdría de nada luchar para quedarse, ¿qué harían dos mujeres civiles en tiempos de guerra mientras sus maridos deben luchar?

—Estarán más tranquilos si nos vamos —dijo secando sus lágrimas—, será también muy difícil para nosotras sin tener noticias tuyas.

—Será un sacrificio por ambas partes —dijo él tomando su mano para besarla.

—¿Y si mueren en batalla!? ¡Por el amor de Dios!

—Theresa, entienda... —dijo intentando calmarla.

—Quiero un vestido blanco.

Ambos vieron a Reina con el ceño fruncido sin saber nada.

—¿Cómo dices? —dijo Víctor aun tomándola de la mano.

—Quiero un vestido blanco, de cola y velo largo. El más bonito que haya.

Notó como el semblante de Víctor cambió a más relajado, lo vio sonreír antes de besarla.

—Tendrás el vestido más bonito, la boda más vistosa que haya visto Madrid.

—Es una promesa —dijo ella sin sonreírle siquiera.

—Promesa —dijo él besando con afecto su mano—, pero tenéis que ir os ya.

Reina se dio la vuelta y vio cómo Theresa con ojos cerrados como aceptando la situación. Tomó su mano y la obligó a caminar al barco sin mirar atrás. Cuando llegaron a subir las escaleras notó a Felippa observándola con ojos viperinos, pero le importó muy poco.

Todas las mujeres fueron conducidas a la pequeña recepción para esperar la repartición de recámaras. El barco no tardó en zarpar a los pocos minutos, pero reina corrió para llegar a cubierta y observó el muelle donde permanecía Víctor conversando con el general. Al volver a verlo sus ojos se iluminaron como si no lo hubiera visto hacía años, él le decía adiós con las manos y eso la rompió.

—¡Estoy en cinta!

Vio como Víctor se quedó en shock sin saber qué hacer, el general lo sacudió de los hombros para que reaccione. El muelle se hacía cada vez más pequeño, escuchó que le gritó algo, pero ya no pudo escuchar qué era. Reina no pudo evitar seguir sonriendo como tonta, quiso decírselo desde hacía días, pero no encontró nunca el tiempo.

—¿Estás esperando?

Ella volteó para ver a Felippa detrás, Reina se puso en alerta y la miró con cara de pocos amigos, estaba a punto de irse cuando le volvió a hablar.

—Yo siempre quise tener un hijo, estuve casada por años, pero sabía que no se podría. Nunca me llegan las lunas.

Reina volteó para mirarla, por primera vez parecía otra, pues nunca la vio derramar lágrimas como en ese momento.

—Pues lo siento mucho —dijo sin querer involucrarse más y seguir su camino.

—Es difícil ser esposa, las mujeres tenemos el deber de dar hijos. Cuando mi marido se enteró pensó en devolverme, se sintió estafado y con razón. Mi familia se lo escondió muy bien.

—Ah, bueno —solo pudo alcanzar a decir.

—Siempre pensé qué habría sido de mi vida si me hubiera casado con Víctor, siempre supe que quería tener muchos hijos. Eso nunca se lo habría dado, que se uniera contigo, creo... que fue lo mejor. Estoy segura de que lo acabas de hacer el hombre más feliz.

—¿A qué se debe esta cercanía tuya? Hace rato parecías aún querer sacarme los ojos —dijo ella con ojos perspicaces.

—Porque... —dijo señalando su vientre al borde de lágrimas— un hijo lo cambia todo, ¡vas a ser madre! Eso quiere decir que él va a hacer todo lo posible por volver a salvo, porque ahora tiene dos razones.

—Gracias —dijo dándose la vuelta.

Reina caminó de prisa hasta la recepción donde le fue indicada su recámara, al llegar lo primero que vio le heló la sangre. Onirys estaba platicando entre risas con su hermana.

—Oh, ya llegó mi hermana. Reina, ¿cómo te hiciste amiga de mujeres de tan alta clase? No me dijiste nada. ¡Es la esposa del general!

—No somos amigas —dijo observando a la mujer muy fijamente—, no sabes quiénes son.

—Le explicaba a tu hermana que no nos conocimos en las mejores circunstancias —dijo levantándose mientras intentaba parecer humilde—, tu hermana es muy dulce

—La otra también lo era —dijo aun observándola con ojos felinos.

—Sí, ya me enteré de lo que pasó, las malas noticias vuelan rápido. Te ofrezco mis condolencias.

Aquello se sintió como un golpe para Reina, a pesar de todo lo que sabía sobre esas mujeres nunca se le cruzó por la cabeza que en verdad podrían intentar algo con alguien de los suyos por simple capricho, pero observando a aquella mujer con su falsa modestia cara a cara le hacía pensar que ellas tuvieron algo que ver con la muerte de Raisa. ¿Podría ser? ¿Por qué? ¿Tanto la odiaban? Aunque debía recordarse que una vez estuvo a punto de morir, muy posiblemente por su culpa.

Reina aún la miraba atenta, pero su mente volaba a todos los escenarios posibles, buscaba un atisbo de humanidad en aquellas dos, alguna posibilidad, pero no, no la encontró.

—¿Reina? La señora te ofrece disculpas —dijo Theresa aún prendada.

—Creo que la señora tiene que irse, salga de mi recámara.

—Reina... —dijo Theresa visiblemente abochornada.

—Salga ya o la saco a patadas —dijo tomándola del brazo para arrastrarla hacia la puerta.

—Estoy tratando de hacer las paces, Reina —dijo volviéndose para verla—, son tiempos difíciles y no vale estar peleadas entre mujeres. Nuestros hombres están en una guerra, debemos unirnos para apoyarnos.

—Apoye a su madre. No soy estúpida, no se acerquen a mí o a mi hermana o me van a conocer. ¿Ve esta mano? Dicen que pego muy fuerte, y me alcanza para las dos —acto seguido cerró la

puerta.

Theresa la observaba en shock, pero Reina no le dio importancia, fue a su cama y se acostó tratando de pensar en la situación.

—¿Qué acabas de hacer? ¿Esas son formas de tratar a una hidalga?

—¿Una hidalga? Las apariencias engañan, no conoces el mundo —dijo tras una risa falsa.

—¿Y tú sí? Conocí a una por primera vez en mi vida, y mira cómo la tratas, ¿qué pensará de nosotras? ¿Qué somos campesinas?

—¡Eso es lo que somos!

—¡Lo serás tú! Yo me crié con lo mejor, siempre quise conocer gente acorde a mi estatus.

—¡Estatus, ¿crees que el estatus se come?! Nada de eso importa, deberías saberlo ya.

—¿Lo dices tú que pudiste conseguirte a un hidalgo?

Reina se levantó de golpe solo para encargarla.

—Recuerda muy bien que Sergio y yo nos íbamos a casar hasta que entraste tú, no preferí a un hidalgo, sino a él, un hombre de una familia con menos que mi padre.

—Te olvidas de algo, que Sergio era el más codiciado del pueblo, no te ibas a casar con un pobre diablo. Comparado con lo que eras hubiera sido un sueño para ti.

—¿Y qué era yo?

—Una mera plañidera, no creas que no me di cuenta, además de una sirvienta.

Aquello fue como un golpe para Reina, intentó respirar y alejarse un poco.

—Con que esas tenemos, ya me había olvidado de lo mucho que me herían tus palabras.

—Tal vez somos muy diferentes —dijo antes de salir.

En los próximos dos días siguientes, Reina y Theresa seguían muy distantes, pues ella prefería buscar compañía en las otras damas, en especial sus dos enemigas. Algo en el pecho le decía que debía estar alerta, ¿cómo podía proteger a su hermana de las hienas si ella iba directo a sus bocas para ser presa? No sabía si exageraba, pero había aprendido a desconfiar de la gente, en especial porque sabía que unos cuantos nunca cambian. Aunque dormían en la misma recámara Theresa la evitaba, no importaba cuantas veces intentara reactivar el lazo. Reina simplemente había olvidado lo mimada que era aquella chica, y lo poco que conocía el mundo.

Al tercer día llegaron a Cuba, cuando el barco atracó se dispuso a empacar su bolsa donde le habían traído ropa básica desde el primer día. Cuando Theresa entró al cuarto se llevó una sorpresa.

—¿No empacaste las mías?

—Ah, ¿por fin me hablas? Aprende a empacar tus cosas, recuerda que ya no soy tu sirvienta —dijo sin mirarla.

—Claro, las cosas cambiaron —dijo con desdén.

Cuando bajó del barco se encontró con un día muy soleado, el próximo barco que tomarían era mucho más grande y zarparía en unas horas. Se había vestido con algo muy sencillo, pues era lo que había, pero Theresa vestía ropa más exquisita, ya que sus dos nuevas amigas le habían prestado ajuares.

Llegó a un café donde intentó comer algo sin mucho éxito, solo podía pensar en Víctor, en si estaba bien y si pensaba en ella. Trataba siempre de mantenerse fuerte por la criatura en su vientre. No pudo evitar esbozar una sonrisa al darse cuenta de que ella y Raisa darían a luz casi al mismo tiempo, ahora tenía un sabor amargo.

Algo en la distancia llamó su atención, otro barco había atracado, se trataba de un barco negrero. Fue testigo de cómo hombres y mujeres negras eran obligados a bajar de prisa. Aquello le recordó que su abuela fue esclava, y si las cosas hubieran seguido su curso en su país, ella también sería esclava.

—Tal vez fui media esclava —se dijo a sí misma.

Observó a Theresa alejarse junto a Felippa y Onirys, se adentraron en la ciudad, lejos de la playa. Algo en aquello no le gustó, así que se levantó y caminó lo más rápido posible. Las vio subir en un carruaje hasta alejarse rápidamente.

Con el corazón en la mano revisó su monedero, el cual tenía bastante gracias a que Víctor se las puso antes de partir sin darse cuenta. Se dirigió a un cochero y le indicó seguir al coche que se había ido. Reina intentó ver por la ventana, pero no vio rastros a pesar de la rapidez de su

cochero. Estuvo a punto de sentir cómo el corazón se le salía del pecho, pero al doblar una esquina el coche volvió a aparecer, el cual después de varios minutos se detuvo en una zona muy alejada de la urbe. Las vio bajar entre risas y se metieron a una casa de madera de dos pisos.

—¿Qué es este lugar? —dijo ella bajando.

—Es un burdel.

—¿¡Cómo dice!?

—Pues sí, es zona caliente, por aquí se ve de todo.

—¿Puede esperarme aquí?

—Le va a costar cada minuto.

—No hay problema —dijo ella pagándole con monedas, pero él hombre aprovechó para tomar su mano y arrancarle el costoso anillo de compromiso para darse a la fuga de prisa.

—¡Hijo del infierno!

Pero Reina no le prestó más atención, alzó su vestido y corrió directo hacia el burdel, y nada más entrar se encontró con algo que le heló la sangre; Theresa ya estaba llorando frente a aquellas dos, pero en el lugar habían varias personas, todos hombres a excepción de una señora de unos 60 años que vestía de pantalones, ella tenía su mano en su mejilla mientras un hombre alto y fuerte la tenía agarrada de las manos. Todos voltearon a verla al llegar.

—¿¡Qué está pasando aquí!?

—¡Reina! —dijo Theresa un tanto aliviada.

—Wow, esto no me lo esperaba —dijo Onirys con contentura burlona.

—¡Suéltela ya mismo!

—¿O qué? —dijo Felippa.

—¿Y esta quién es? —dijo la señora con cara de pocos amigos— ¿Se atrevieron a venir con alguien que siguió la pista?

—Pero no es nadie —dijo Felippa—, una negra que se cree la gran cosa.

—¡Es la mujer de un marqués, es teniente general de la reina! —dijo Theresa.

A estas palabras todos parecieron acobardarse, el hombre la soltó y Theresa corrió hasta Reina para abrazarla.

—¿La mujer de un marqués? —dijo la señora mirando con desaprobación a las dos y al cochero que las trajo —¿¡Qué mierdas han hecho aquí!?

—No es esposa de un marqués, es más bien la querida, no están siquiera casados —dijo Onirys.

—Es cierto, la mujer soy yo —dijo levantando la mano para dejar ver el costoso anillo—, mire su mano, no trae nada.

La señora fue hasta ella y tomó su mano, efectivamente no traía nada. Reina maldijo su suerte.

—Ella es viuda, se casó con el hermano que ya falleció.

—Por favor, Raquel, me conoces —dijo Onirys—, miranos, somos mujeres muy ricas. ¿Crees que esta mujer podría casarse con un marqués?

—Pues es muy bonita.

—Tan bonita para ser querida, además es negra. Usa la cabeza.
—¡Ustedes son de lo peor! —dijo Theresa.
—Te vendría bien una negra como ella también.

Raquel alzó la mano y un hombre se paró detrás de Reina para inmovilizarla.

—¿¡Qué intentan!?

Raquel la agarró del mentón para ver mejor sus dientes.

—Pues tiene dientes blancos como perlas recién y sacadas del mar, ¿entonces no es pura?
—No, pero está esperando —dijo Felippa—, si la vendes te saldría bien cara.

Reina escuchaba todo con ojos, pero lejos, cada vez que miraba a aquellas dos quería matarlas con sus manos hasta que no quedara rastro de ambas.

—¡No me toquen!
—Y es arisca —dijo maravillada la señora—, pero conozco de alguien que me pidió una con estas características. Onirys, creo que tu deuda conmigo se salda con las dos, las otras anteriores estaban enfermas y murieron la primera semana, pero estas parecen en salud.
—Soy mujer de palabra. Ahora nos vamos, no queremos perder el barco.
—¡Se van a arrepentir todos ustedes, no saben quién soy yo! —dijo Theresa.

Raquel le propinó una bofetada.

—Yo me voy a encargar de apagar tus protestas.

Theresa pareció bastante sorprendida, pues era la primera vez en la vida que alguien le alzaba la mano y le pegaba. Reina vio como las dos mujeres salieron en modo muy triunfal, la mirada de Felippa la siguió hasta el último tramo de la salida. Pudo leer en esa mirada un “Yo te vencí”. Pero Felippa se detuvo y volvió hasta ella.

—¿Sabes lo que le pasó a tu hermana o hermano? Sabrá Dios lo que era.

Reina abrió los ojos en par, una furia incontrolable la inundó, y sin que Felippa lo viera venir, Reina la tomó del cuello para estrangularla. Los hombres tuvieron que hacer acopio de sus fuerzas para separarlas.

—¡Es una animal! —gritó Felippa.
—¡Te voy a matar!
—Yo sabía lo que quería ese engendro, contactamos a un doctor para que le ofreciera deshacerse de su cosa asquerosa, y cayó muy fácil.
—El doctor tenía órdenes mías para que perdiera sangre y no se recuperara más —dijo Onirys—
¿Todavía te sorprende?
—Hacerle daño a los tuyos fue lo que te advertimos y no hiciste caso, íbamos a hacer lo mismo

con esta, pero te metiste igual.

—Pero así es mejor, nos libramos con dos pájaros de un tiro —dijo riendo—. Ya vámonos.

Las mujeres por fin salieron, y Reina no podía creer lo lejos que habían llegado aquellas dos. De inmediato, un hombre se llevó a Theresa a otra parte entre gritos de rabia e impotencia mientras gritaba el nombre de Reina.

—A ella llévala de inmediato a la hacienda de Polonio, dile que es la esclava que prometí, no vengas sin el dinero en mano, o me la traes de vuelta. Anda.

El hombre tomó las manos de Reina y le puso unos pesados grilletes, acto seguido la hizo caminar, pero como no quería se la echó a la espalda sin importar sus gritos.

Fue puesta en una carreta de carga donde fue encadenada. Reina no podía creer lo que estaba pasando, no se explicaba en qué momento habían cambiado las cosas. ¿Sería una esclava? Aquella idea le aterraba sobre manera, más aún por las historias que sí abuela le llegó a contar.

El sol era intenso, el hombre condujo por un poblado muy rural, luego el camino fue cambiando llevas altas y espesas, burros, vacas y cabras por doquier, campesinos observándola sin mucha importancia, como si fuera otro ganado más. Más de treinta minutos de viaje que parecieron horas, y el hombre se detuvo frente a una casa enorme aunque hecha de madera ya muy vieja pero robusta. Un adolescente de unos catorce años, solo ceñido de un pantalón, se encontraba dando de comer a las gallinas.

—Llama a tu patrón.

El niño corrió al interior como alma que lleva el diablo, y a los pocos segundos salió una mujer delgada vestida con pantalones y botas, una melena negra y rizada, y en su mano un fusil.

—Bonitos los ojos qué la ven, Petra.

—¿Qué traes? —dijo ella sin hacerle mucho caso.

—La esclava que pidió don Polo.

El hombre la bajó de la carreta y la llevó frente a la mujer. Reina ahora debía imaginar cómo se veía; pelo alborotado y lleno de paja, y hedionda y sucia por las porquerías de la carreta. La mujer se le acercó y revisó sus dientes.

—¿Doncella?

—Dicen que está esperando.

—Entonces es fértil —dijo la mujer inspeccionándola

—Vino con premio, ya sabe, le va a costar.

La mujer sacó su monedero y le pagó de inmediato. Cuando le entregó el dinero, el hombre trató de acariciar su mano, pero ella tomó la suya y giró su muñeca haciendo que cayera de rodillas por el dolor.

—Ya te he dicho que no inventes conmigo, ¡ahora fuera!

Reina tuvo un atisbo de alegría por eso, pero de inmediato la mujer la tomó por la cadena haciéndola caminar al interior. Dentro todo parecía muy distinto al exterior, pues la casa parecía otra, debido a lo bien decorada que estaba, no era una casa de gente muy pudiente, pero intentaban parecer que sí.

Reina fue llevada hasta la espaciosa cocina donde fue sentada a regañadientes, una mujer muy anciana estaba en el fogón cocinando algo que olía muy bien. La mujer fue a la tinaja y le ofreció un vaso de agua fresca, Reina la tomó de inmediato, no se había dado cuenta de lo sedienta que estaba. Cuando terminó se encontró con la mujer sentada frente a ella, observándola.

—¿Cómo te llamas tú, niña?

—Yo ya no tengo nombre, así que decida usted.

—Veo que no naciste esclava, ¿me equivoco?

—No —dijo de la mala gana.

Reina la observó mejor, se llevó una gran sorpresa por no darse cuenta antes, pues la mujer también era negra, incluso un poco más negra que ella misma. En ese mismo instante llegó un hombre muy alto y bastante negro, de pelo y barba blanca. Puso su machete sobre la mesa y fue a la olla para tomar algo de estofado.

—¿Y esta quién?

—La que pediste, Polonio.

—Ah —fue lo único que dijo mientras comía del plato aun de pie, sin prestar mucha atención.

—Está en cinta, ¿no la quieres?

—Pues para qué —dijo levantando por fin la mirada del plato para verla brevemente—, me va a servir.

El hombre salió de la cocina aun con el plato en mano. Era un hombre de unos 70 años, pero bastante robusto para su edad.

—Cuando tiene el estómago vacío no piensa en nada más —dijo la mujer—, tanto que pidió a una negra joven, y ahora que la tiene...

Reina volvió a caer en la realidad, estaba de pronto en una incertidumbre que la ahogaba, poco a poco estaba cayendo en cuenta de la realidad. Solo trataba de recordar lo que le decía su abuela, acerca de la paciencia, de esperar el momento oportuno para escapar, de no pelear con una circunstancia más grande que uno mismo hasta llegar el momento indicado. “Eres inteligente, Reina, vas a escapar” se decía una y otra vez. No sabía cómo la estaba pasando Theresa, el solo hecho de que esas dos también quisieron meterse con la única hermana que le quedaba le hervía la sangre. Ahora no podía parar de pensar una y otra vez en vengarse de las dos sin importar el costo.

—Estás muy callada.

—¿Qué me van a hacer?

—Pues te vas a la barraca con los otros esclavos, todos los días te vas a levantar a las 5 de la mañana, vas a ordeñar las vacas y vas a llenar 12 cubetas. Luego vas a hacer cazabe, es lo que hacemos aquí para vender. Vas a ser instruida por Marietta.

—Aquí estoy para servir —dijo la anciana poniendo frente a ella un plato de estofado.

—No tengo hambre.

—¡Come! —dijo Petra golpeando de repente la mesa en un repentino estado de furia— He sido decente contigo, lo mínimo que puedes hacer es aceptar.

Reina quedó horrorizada, pudo ver que aquella mujer podía ser bastante inestable. La vio levantarse y volver a tomar su fusil.

—Otra cosa, no solo vas a servir como mano de obra en esta casa, si el señor quiere que lo acompañes a la caja así lo harás.

Reina la vio salir ante un alegato que quedó ahogado en su garganta, miró sus manos aún esposadas. Rápidamente, Marietta tomó una llave y se las quitó, las sintió entumecidas.

—¿No va a comer en verdad? Es la única comida que va a comer hoy.

—No tengo hambre.

La esclava tomó el plato y se lo dio al niño prieto que vio en la entrada, el cual la miraba desde una esquina. Abrió mucho los ojos al ver el plato y agradeció antes de irse.

—¿Dónde está su madre?

—Se murió —dijo viendo a la puerta y haciéndole seña para levantarse.

Reina se levantó y la acompañó al patio, el cual era enorme. Habían 3 hombres negros cosechando tubérculos y otras dos mujeres de mediana edad guayando yuca en una palangana. Todos levantaron la cabeza para ver a la recién llegada.

—Yo no pertenezco aquí —dijo Reina esperando no romper a llorar.

—Pues debes acostumbrarte, niña.

Llegaron a la barraca donde habían camas improvisadas en el suelo hechas de paja.

—Vas a dormir ahí —dijo señalando un rincón con un montículo de pajas cubierto por una sábana.

—No es una cama.

—Es lo que hay, trata de adaptarte, muchacha —le dijo en un acento rural.

—Ahora mismo debería estar tomando un barco rumbo a España.

—¿Y cómo llegó usted aquí?

—Alguien me hizo un mal, yo no nací esclava, soy una mujer libre.

—Será mejor que te olvides, muchacha...

—Mi marido es un hombre rico, algún día vendrá a buscarme.

La anciana la miró con cara de preocupación, la acercó a la ventana y la hizo mirar a la distancia. En cada cuadra había un hombre con un fusil en mano observando a los esclavos.

—Mejor ni intentar escapar, si lo intentas te atrapan y te dan 5 latigazos, o peor, te cortan unos dedos o te matan.

Reina miró a la mujer con horror, parecía dulce y gentil a sus posibles 80 y tantos años, pero no sabía si podía confiar en ella si un día quisiera escapar. No quería por nada del mundo llegar a su edad siendo esclava.

—Báñate ahí atrás, hay una palangana con agua, luego la llenas por aquel estanque. Límpiarte bien, debes descansar por hoy, mañana te despiertas temprano a trabajar.

La anciana salió de prisa y cerró la puerta, Reina se dejó tumbar en la cama de paja, y ya que estaba a solas lloró, lloró como niña chiquita pidiendo ser salvada. Pero de un momento a otro se acordó de las risas de aquellas dos, de lo que hicieron con sus hermanas, y ya no hubo lágrimas, sino un profundo odio y deseo de venganza.

—Las dos me la pagan, malditas, ¡la van a pagar!

Horas después, mientras dormía, se despertó por un barullo. El sol ya se había ido y los esclavos estaban entrando a la barraca, se sorprendió de ver a unos 14 entre hombres y mujeres, todos juntos. De pronto aquel lugar ya de por sí pequeño se hizo más pequeño aún, todos la iban mirando como una cosa extraña sin decir nada. Marietta no tardó en volver con una lámpara de queroseno, trayendo consigo una agradecida iluminación ante tanta oscuridad.

Se llevó una horrible sorpresa al ver que los hombres y mujer se estaban desnudando ahí mismo para irse a bañar. Cuando tapó sus ojos otra mujer se sentó frente a ella, era una chica delgada, casi de su edad, y otra un poco regordeta.

—Ey, ¿de dónde vienes tú?

Era una mujer de unos treinta y tantos años que la miraba con recelo mientras se quitaba el pañuelo de la cabeza, dejando ver una cabeza calva.

—República Dominicana.

—Ah, mira —dijo la gordita en tono burlón.

—Según escuché, en ese país ya no hay esclavos, todos los negros son libres —dijo la calva.

—Así es —dijo intentando no ver a los hombres bamboleando sus genitales como si fuera lo más normal.

—¿Entonces qué haces aquí?

—Por unas enemigas.

Las dos mujeres se echaron a reír.

—Entonces, te conseguiste a unas terribles enemigas. Mírate, tal vez no salgas de aquí.

—Pareces una mujer fina, ya decía yo que no eras esclava.

—Mira esos ojos, ese pelo, ¿tu mamá se acostó con un blanco?

—Basta —dijo Marietta llegando a preparar su cama—, la muchacha debe estar cansada ya.

Marietta se sacó un paquete del pecho y las otras se emocionaron, abrió un paquete envuelto en tela. Era cazabe, lo repartió entre las dos mujeres y le dio un pedazo a Reina, la cual aceptó por cortesía, en realidad no tenía hambre de nada, solo salir.

—Gracias.

—Siempre nos salvas el pellejo, Mari —dijo una con un trozo en la boca—, moría de hambre.

—Hago lo que puedo —dijo la anciana tomando agua mientras comía.

Algo se rompió en Reina al ver toda esa miseria, miró su migaja en mano y sintió mucho más pesar. Sí, había sido sirvienta casi esclava en casa de su padre, pero la comida y la cama nunca faltaron.

—¿En serio solo les dan una comida al día?

—Ajá, el patrón dijo que gastaba mucho en nosotros y que podíamos mantenernos con una ración.

—Antes no era así —dijo la gordita.

—¿Qué pasa si descubre que usted le roba?

Se hizo silencio entre ellas, de pronto la calva se levantó.

—Pues espero que no seas chismosa o lo vas a pagar. Nadie quiere ver a Marietta siendo castigada con látigo.

—Mbala, gracias, pero no hay que decir esas cosas, la vas a asustar.

—Solo que le quede claro.

Las mujeres se dignaron a continuar comiendo su cazabe sin decir más, Reina no podía siquiera masticar, pero se recordó que dentro de sí llevaba a otra vida. Sonrió cuando tocó su vientre al recordar quién era el padre.

CUATRO DÍAS DESPUÉS

Madrid, España

Un carruaje se habría camino al palacio real, por la ventana Onirys veía cómo la imponentia del castillo se hacía cada vez más grande ante sus ojos.

—¡Madre de Dios, es más grande de lo que creí! —dijo abanicándose.

—Sí, se nota que estás impresionada —dijo Felippa muy preocupada mientras leía un libro.

—No es para menos, ¡vamos a ver a la reina! —dijo con cara de infante ante una golosina.

—Ya no puedo con el agobio —dijo cerrando el libro—, conozco a esa mujer, lo primero que hará será ordenar la búsqueda de esa negra, lo hará por Víctor, sé que le tiene aprecio.

—Pues será mejor que te tragues tus preocupes —le dijo con mucha seriedad—, no es la primera vez que trafico negros, he ganado buen dinero por ello. La gente a la que se los vendo sabe de discreción. Pero de todos modos, puede que las busquen por allí un par de días, lo sé, luego se calmarán.

—Víctor no se va a calmar, nunca, no lo conoces.

—Todos tienen un límite, ya les pagué a dos personas de confianza para que les den pistas falsas.

—¿Qué pistas? —dijo Felippa con ojos implorantes como si su vida dependiera de su respuesta.

—Mujer de Dios —dijo volviéndose a abanicar mientras se recostaba con despreocupación—, Onirys de los Santos no deja cabos sueltos, les dije que les dijeran que esas mujeres tomaron un barco con destino a Nueva Granada, el motivo sale sobrando.

Por primera vez en horas, Felippa decidió relajarse un poco.

—Sigo pensando que hubiera sido mejor matarlas, el que sigan vivas es un peligro.

—Prácticamente improvisamos, querida, ¿cómo saber que esa negra nos seguiría? Además, tenía deudas con esa gente, no iban a hacerme un favor más hasta que le diera algún producto a esa mujer.

—¿Producto? A veces me sorprende cómo hablas así de la gente, y más aún siendo mestiza.

—La vida es lo que es, yo marco mi destino. Si pensara como las demás aún seguiría siendo una maldita jornalera vendiendo... —se detuvo como si la sola palabra le diera asco— tortas.

Cuando Felippa comenzó a reírse, la sola mirada furibunda de Onirys la silenció.

—Soy una sobreviviente —continuó—, nací en el seno de gente miserable y muerta de hambre. Una madre hermosa, pero con el cerebro de una hormiga, vendía su cuerpo por nada, para alimentar a sus 7 hijos, ni siquiera sabía cuál era padre de cuál. Pero fui más inteligente que ella, usé mi juventud y belleza para atraer a hombres que valieran la pena, escalar de a poco y darle mi flor a quien estuviera dispuesto a pagar el alto precio. Y eme aquí, camino a ver a la

mismísima reina de España.

El vehículo se fue estacionando y un guardia la ayudó a bajar. Fueron conducidas por un escolta por varias salas amplias que parecían laberintos, y en cada una de ellas Onirys no dejaba de voltear a todos lados sin saber dónde ver ante tanta opulencia. Hasta que por fin llegaron a salir por un enorme y verde jardín donde había una fuente de agua en un estanque, y frente a él estaba la reina de espaldas dando de comer a sus peces.

—Su majestad —dijo el escolta.

La mujer volteó y vieron a una mujer de unos treinta y tantos, de pechos grandes y de cuerpo voluminoso. Aunque no era muy agraciada ni muy alta, su presencia era un tanto solemne. Miró a ambas con cara de preocupación.

—Me alegro de que estéis sanas y salvas.

—Majestad —dijo Onirys acercándose para hacerle una reverencia ridículamente cortés—, me complace que haya pedido nuestra presencia.

—Tenía qué —dijo quitando importancia—, ¿cómo es eso de que la mujer de Víctor Alcácer y su cuñada están perdidas?

Un tanto preocupadas, ambas mujeres compartieron una mirada de complicidad.

—Sí... —dijo Felippa.

—En el viaje a Cuba compartimos más con la hermana de Reina (así se llama su mujer), y nos dijo que ella y su hermana planeaban tomar otro barco con destino a Nueva Granada.

—¿Nueva Granada? ¿Y qué iban a hacer ahí?

—Eso no lo sé, majestad.

—No hablamos mucho más cuando salimos del barco, las dejamos a solas, luego en verdad no volvieron a aparecer, así que nos fuimos todos.

—¿Pero vosotras estáis seguras de que dijeron que irían a Nueva Granada?

—Claro, majestad —dijo Felippa—, si llegaron o no, pues no sabemos más. Todo fue muy rápido.

—Alcácer estará destruido —dijo pensativa.

—No debería preocuparse.

—Es la mujer de uno de mis mejores hombres y un gran amigo, ¡claro que he de preocuparme! Debo... debo ordenar una búsqueda por Cuba y otra por Nueva Granada. Esas muchachas deben aparecer por algún lado.

Ambas mujeres se miraron, Felippa parecía muy nerviosa, aunque su persona fría no lo dejaba ver en el exterior. Onirys por su parte, ya parecía más en sus aguas como si no hubiera cometido algún crimen.

—Sí, es lo que deben hacer —dijo con cara de igual consternación—, esas pobres muchachas no sé en qué pensaban. Creo que la guerra y el miedo las dejó perturbadas. Podrían seguir en Cuba o podrían ya estar en Nueva Granada. Sus maridos sufrirán mucho si no saben nada de ellas.

—Voy a ordenar la búsqueda hoy mismo.

Les hizo un gesto hacia la mesa llena de aperitivos matutinos, ambas mujeres se sintieron halagadas y se sentaron junto a la reina para el desayuno.

Reina se levantó y estiró su cuerpo, de repente sintió un fuerte mareo, había ordeñado ya varias cubetas de leche, y aún le faltaba hacer cazabe todo el día. Su cuerpo dolía más de lo normal, no le temía al trabajo duro, pero ni siquiera trabajando en casa de su padre le demandaba tanto al cuerpo, cada día era un martirio, solo había espacio para el trabajo. Su existencia se reducía solo a ser un producto de trabajo. Se cuestionaba si en verdad aquella sería su nueva vida, si acaso su hijo nacería esclavo.

Se detuvo al pensar en aquella terrible posibilidad, habían pasado cuatro días y nadie venía en su auxilio. En las noches no hacía más que llorar de solo pensar en cómo estaría Víctor, no sabía si acaso seguía vivo. Tocó su vientre y le juró con determinación que no nacería esclavo.

—¿Estás bien, muchacha?

Reina miró a la señora Marietta y sonrió, pero la mujer pareció preocuparse aún más, la tomó del brazo y la llevó a la casa grande, ya en la cocina la hizo sentar en la mesa.

—Estás pálida, mujer, deja y te preparo un agua con azúcar.

—Estoy bien, solo es cansancio.

En ese momento llegó Petra y puso su rifle en sobre la mesa para ir a tomar agua.

—¿Tú qué haces sentada? ¿No deberías estar trabajando?

—Creo que está preñada —dijo Petra poniéndole el vaso con agua y azúcar.

Reina se mordió el labio maldiciendo por dentro, lo último que quería era que la señora lo supiera.

—¿Preñada? —dijo volteando a verla con sorpresa. ¿Quién te preñó? ¿Fue Casimiro?

—No, tenía marido antes que me enviaran aquí.

—Ah —dijo como volviendo a perder interés—, pues olvídate de esa vida, pagué una alta suma por ti. En cuanto al niño... creo que sería bueno venderlo.

—¡No, a mi bebé no lo toca nadie! —dijo levantándose con los puños cerrados.

—Tus derechos terminaron cuando pagamos por ti, ¡si yo digo que a ese bebé lo voy a vender es porque así será!

—¡Primero muerta!

Petra fue a la mesa, tomó el rifle y le apuntó a la barriga.

—Puedo hacer eso si quieres, ¡aquí y ahora! Tú decides.

Reina quedó con la garganta seca de solo ver la boca del rifle apuntando al vientre, no se

cuestionaba si sería capaz, ya tenía claro que aquella mujer estaba loca. Lentamente, se volvió a sentar sin decir más nada.

—Así me gusta, dócil —miró a Marietta quien permanecía con las palmas en la boca en un rincón—, dale doble ración de comida a la negra, ese bebé debe nacer sano si lo quiero vender.

Acto seguido volvió a salir, Marietta se acercó a reina y no dijo nada, solo la abrazó y la acompañó en su llanto.

En ese momento apareció un negro alto y robusto, se quitó el sombrero para sentarse a la mesa sin decir nada. Marietta tuvo que romper el abrazo para servirle el desayuno. Mientras lo hacía, el negro no paraba de observarla con una atención que incomodaba a Reina, pues en su cara neutral proyectaba una mirada recelo. Tenía una espesa barba negra, pero podía percibir que tenía unos pocos treinta.

—¿De dónde viene ella? —preguntó sin dejar de mirarla.

—Es dominicana —dijo Marietta sirviendo leche.

—Me tiene en frente, no hace falta preguntar a nadie más —dijo Reina ahora devolviéndole aquella mirada desafiante.

Acto seguido empezó a comer como si su sola presencia ya no le importara. Pero luego, mientras comía sopa con una hogaza de pan, volvió a levantar para decir algo que la tomó por sorpresa.

—Si intentas escapar, te mato.

—¡Rómulo, por Dios! —dijo Marietta indignada.

Reina no dijo nada, muy por dentro le daba miedo aquel grandullón, pero por nada del mundo aceptaría quedarse allí. Después de unos segundos muy incómodos, él se levantó, tomó su sombrero y se fue. Marietta volvió a sentarse junto a ella poniéndole en frente su desayuno.

—Come, debes estar fuerte.

—¿Quién es ese infeliz?

—Shhhhst —dijo con el dedo en medio de la boca—, si te escucha podría hacerte la vida difícil aquí, muchacha. Es un verdugo, ha matado ya a 4 esclavos que intentaron escapar.

—Marietta —dijo viendo a la demacrada mujer—, ¿nunca pensaste en huir?

—¿Y a dónde iría yo?

—Pues no sé, cualquier lugar es mejor que ser esclava toda la vida.

La mujer pareció pensarlo un poco, algo nubló su semblante como tratando de olvidar algo.

—Todos pensamos eso, pero ya he visto a tanta gente perder un brazo, una pierna, o la vida cuando el amo los encuentra... que simplemente se me quitaron las ganas. Yo nací esclava porque así lo quiso Diosito.

—Dios no quiere que nadie sea esclavo, Marietta, Dios es justo.

—Lo sé, pero a cada quien con lo suyo, Diosito no quiere que peleemos con nuestros amos,

debemos obedecer.

—Marietta, nadie debe ser propiedad de nadie. Esas leyes ya se están aboliendo, mira lo que pasó en República Dominicana, lo mismo debe pasar aquí en Cuba.

—Pues la reina no ha mirado por estos lados, todavía seguimos aquí. Además... ya estoy vieja, estoy acostumbrada.

—Pues yo no, Marietta —dijo tomando con fuerza su mano—, ¿podrías por favor ayudarme a escapar?

—¿Escapar? —dijo soltando su mano como si le quemara— Eso es terrible, muchacha.

—Hágalo por mi bebé, ya ve que me lo quieren quitar y venderlo como un esclavo. ¿Quiere eso para otro niño?

La mujer se levantó con cara de profunda angustia, tanta que Reina se arrepintió de perturbar a aquella anciana gentil, pero no tenía de otra. Se levantó y la encaró para hacerla tocar su vientre.

—Marietta, no deje que otra inocente criatura nazca en este infierno.

La anciana no dijo nada y se dio la vuelta para empezar a cortar unas verduras como si ella ya no estuviera. Reina suspiró con decepción, pero cuando se dio la vuelta para salir, Marietta se detuvo.

—Esta tarde.

Reina giró de inmediato para mirarla con el corazón en la mano.

—¿Cómo?

—Esta tarde puede que haya una oportunidad.

A las 5 de la tarde el establo estaba desocupado, una carreta estaba cubierta de paja. Marietta entró discretamente con Reina observando cada rincón. La hizo subir rápidamente para después cubrirla con paja hasta quedar completamente cubierta.

—No olvides que debes bajar unos 5 minutos de que la carreta se detenga, el carretero irá a pagar tributos y luego volverá para seguir. Trata de no llegar al destino ahí dentro porque van a desmontar de inmediato.

—¿Doña Marietta?

Marietta volteó de un respingo para ver al carretero llegar, con suerte, Reina se había cubierto de nuevo.

—Nada, ¿ya te vas, hijo?

—Sí, ya voy tarde. Cuídese.

El hombre subió y salió de inmediato con la carga, Reina no podía ver nada, solo esperaba en su

lugar tratando de no moverse. Sonrió con la sola posibilidad de volver a ser libre, de ver a Víctor, y con suerte, volver a por su hermana, quien debía estar pasándolo peor.

Cuando pasaron unos 10 minutos interminables la carreta por fin se detuvo. Trató de contar los segundos hasta llegar a 5 minutos. Se levantó lentamente del pajar y vio que estaba al aire libre, el sol estaba a punto de ponerse, y aquel hombre estaba frente a un establecimiento pagando sus tributos. Bajó lentamente de la carreta para echarse a correr al monte.

Corrió a todo pulmón entre el espesor de las hierbas hasta perder de vista la carretera, no supo cuánto tiempo se mantuvo corriendo pero no paró. De pronto se oyó un disparo, y de repente, un fuerte dolor que la hizo caer.

CAPÍTULO 13

Cuando Reina abrió los ojos lentamente todo estaba muy borroso, estaba en un cuarto oscuro y no podía ver nada. Tuvo que frotarse los ojos para ver mejor, se espantó al ver a Rómulo parado a su izquierda, observándola fijamente.

—¿Qué hace?

—Eso te pregunto yo, ¿qué haces negra? ¿Crees que podías escapar?

De repente sintió la boca muy seca y un dolor punzante en su pierna izquierda, estaba hinchada, vendada, y... encadenada. Casi rompe a llorar de la impotencia y la agonía.

—¿Cómo pueden hacer esto?

—Porque eres esclava —dijo con sencillez.

—¡No soy esclava, soy una mujer libre, maldita sea!

—No tienes temor de Dios, ¿verdad?

—Más que a todos ustedes juntos —dijo escupiendo en su dirección.

—¿Por qué mejor no aceptas tu conducción de esclava?

—Porque no soy una maldita esclava —dijo ya sin ánimos siquiera de mirarlo —, ¿es difícil de entender?

—Debes ser una buena esclava, si fueras pacifista todo sería distinto, actuando de esta manera solo conseguirás un mal destino.

—Fuiste tú quien me disparó, ¿verdad? Eres negro, la señora es negra, el señor es negro. ¿Acaso no ven que perpetúan un estigma contra su propia raza?

Rómulo tomó una silla y se sentó cerca de ella, y tras un rápido vistazo, ella notó qué estaba en alguna habitación de la casa grande, estaba en una cama normal y una habitación decente. La ventana abierta dejaba pasar la luz de la luna.

—Yo no soy un señor de nada, soy esclavo igual que tú.
—¿Ni eres hijo de los señores? —dijo con el ceño muy fruncido.
—No, soy un humilde servidor. El señor tiene dos hijos que viven lejos, ya se casaron y tienen sus propias tierras. La señora de la casa no es madre de ellos, ella llegó en tu misma condición de esclava hace años, cuando yo era un pequeño.
—¿Y cómo es... la señora hoy?
—Aceptando su condición de esclava, siendo buena, habiendo la voluntad de Dios. “Los mansos heredarán el reino”.
—Yo no-nací-esclava —dijo con dientes apretados.
—Ella tampoco; sin embargo, hoy es la señora de...
—Eso poco me importa, ¿no entiendes? No me importa.

Rómulo tomó una biblia de la mesita y la abrió.

—Tito 2:9-10: “Enseña a los esclavos a someterse en todo a sus amos, a procurar agradarles y a no ser respondones. No deben robarles, sino demostrar que son dignos de toda confianza, para que en todo hagan honor a la enseñanza de Dios, nuestro Salvador.”
—Los tiempos han cambiado.
—La palabra del señor nunca pasa ni cambia. Debemos ser como corderos, mansos, así un día seremos recompensados, ya sea en esta o la otra vida.
—¿Qué le estás diciendo?

Ambos vieron a Petra para en el marco de la puerta, Rómulo se levantó y se dispuso a salir sin decir más.

—Pensé que era su hijo —dijo un poco cansada.
—Es un arrastrado —dijo mientras ponía la palma en su frente.

Reina sintió algo extraño, un conforto protector que nunca antes había sentido, miró a la mujer parada frente a ella y se extrañó aún más.

—También me dijo que usted era esclava.
—Lo fui —dijo mientras tomaba una pequeña palangana, mojaba un trapo y lo pasaba por su frente—, lo fui y en parte lo soy. ¿Eres dominicana?
—De San Francisco, sí.
—Ah, lo intuí por tu acento. Yo también vine de por ahí hace años. Aunque mi acento se fue con los años, sí, soy de por ahí.
—¿Y cómo llegó aquí?

De pronto notó como su semblante se nubló, el aspecto relajado que tenía se tornó duro.

—Larga historia que no quiero recordar. ¿En serio creíste que sería fácil escapar, niña?
—Tenía que intentarlo.
—Pues lo que has hecho terminó en tragedia, pero pudo ser peor. A Rómulo, así como lo ves, es sanguinario, intuitivo, donde pone el ojo, pone la baja, ningún esclavo se le ha escapado, nunca.

Y mira que lo han intentado varios.

—Por el amor de Dios, tengo que volver a mi vida de antes. Estaba a punto de casarme, mi novio es un marqués, podría estar buscándome.

—Un marqués —dijo arqueando una ceja.

—Sí, antes de venir iba a embarcar rumbo a Madrid, al palacio de la reina, él es amigo de ella, nos iban a dar asilo mientras huíamos de la guerra —dijo esperando que aquello le fuera algún efecto a sus palabras.

—Increíble cómo mienten para obtener libertad. Eso no va a funcionar, negra, busca otra historia. ¿Sabes el mal que has causado? Mi marido está furioso, y cuando está furioso nada se queda así —dijo mientras se levantaba para salir.

—¿Qué me van a hacer?

—A ti nada —dijo desde el marco—, estás preñada y tengo que vender a ese bebé. Mañana será otro día.

Y así transcurrió una noche terrible, llena de pesadillas. Theresa vestida como ramera pidiendo a gritos que la salve, Raisa bañada en sangre pidiendo ayuda, su padre muriendo solo en cama, su hijo siendo vendido... Víctor muriendo en la guerra.

Despertó de golpe con un grito ahogado en el pecho. Ya el sol entraba por las ventanas. Unas mujeres llegaron y la hicieron levantar con cuidado, la llevaron al baño para ser aseada y vestida con otro vestido harapiento. Las dos mujeres se notaban perturbadas mientras la llevaban afuera, no le decían nada. Pero antes de llegar a la salida, una de ellas se tornó a ella con rabia.

—Esto es tu culpa.

—¿Qué ha pasado?

Al llegar afuera quedó horrorizada al ver a los esclavos reunidos en un semicírculo, en el centro estaba Rómulo sosteniendo un machete, y de rodillas estaba Marietta con su mano izquierda sobre una mesa de piedra. El señor de la casa y su mujer estaban esperándola. El hombre se aproximó a ella cuan alto era, sacó su puro y exhaló el humo en su cara.

—Mi mujer te salvó del castigo de hoy. Si no es porque estás preñada no le hago caso, pero es una mujer de negocios, supongo. Eres nueva y todavía no te sometes, ¿por qué?

Reina ya no podía decir nada, solo miraba en dirección a la pobre Marietta de rodillas ante Rómulo. De pronto la voz del hombre la sorprendió cuán fuerte y viva era, tanto que la estremeció del terror.

—!¿Que por qué?! ¿Ahora eres sorda, muchacha? —dijo jalando sus cabellos.

—Perdón, señor, no vuelve a pasar, no tiene por qué hacer esto. Ya entendí.

—Y todavía entendiendo se necesita escarmiento.

El hombre la empujó para que llegara cerca del semicírculo, Rómulo levantó el machete y al

golpear la mesa de piedra la mano de Marietta fue cortada. Un grito desgarrador se escuchó en la quietud del lugar. La mujer se tiró al suelo mientras sufría de agonía, los demás esclavos la auxiliaron y la llevaron de inmediato a la barraca para curarla.

Reina observaba todo con perplejidad y lágrimas brotando en sus ojos, empezó a gritar de la rabia que sintió por esos hombres. Cuando miró al señor de la casa fue a por él y le dio la bofetada más grande que había dado en su vida. El hombre pareció atontado unos segundos mientras todos veían anonadados la osadía de aquella mujer, pero luego él le devolvió el golpe con una puñalada directa a su quijada. Ella cayó al suelo y de inmediato fue socorrida por Petra.

—¡Polonio, te dije que está preñada!

—Un escarmiento no está de más —hizo una señal a Rómulo.

Dos hombres levantaron a Reina y la llevaron al centro.

—Polonio, me dijiste que no le harías daño —dijo Petra con horror.

—Y cumplo mi palabra, pero recuerda —dijo acariciando su espalda con alevosía—, el ganado siempre debe ser marcado.

Rómulo rasgó el vestido de su espalda y tomó la biblia.

—“Y si el esclavo dijere: Yo amo a mi señor, a mi mujer y a mis hijos, no escaparé otra vez; entonces su amo lo llevará ante los jueces, y le hará estar junto a la puerta o al poste; y su amo le perforará la oreja con lesna, y será su esclavo para siempre.” Amén.

—Si estás arrepentida, repite las palabras, negra —dijo Polonio.

Reina cerró los ojos y pensó en la vida que dejó atrás. ¿Realmente era esa su nueva realidad? Todo parecía una pesadilla interminable. Sintió a su hijo en el vientre y se obligó a mantenerse viva por su bienestar.

—Perdón, señor, lo quiero mucho, señor —dijo mordiendo su labio hasta sangrar— No volveré a escapar nunca más, amo a mis hermanos esclavos aquí presentes, cualquiera de mis acciones las haré pensando en ellos también.

—Así me gusta.

Rómulo tomó un hierro caliente y marcó su espalda con la P de Polonio, Reina gritó a todo pulmón y de pronto perdió el conocimiento.

OCHO MESES DESPUÉS

Reina miraba por la ventana mientras acariciaba su prominente panza. Los esclavos trabajaban de sol a sol, cosechando yucas y haciendo casabe. De vez en cuando la dejaban salir de aquel cuarto para tomar sol, fuera de eso no hacía más nada que ver los días pasar. Con cada día que pasaba su espíritu se quebrantaba más, ya no consideraba que era la misma de antes.

Cada día pensaba en Theresa, en todo lo que debía estar pasando en aquel burdel, era solo una niña que no sabía nada de la vida, ¿con cuántos hombres estarían obligándola a acostarse cada día? A Diógenes le daría un infarto de solo saber lo que pasaba con su tesoro. ¿Y Víctor? ¿Su querido y amado marqués no la buscaba por qué? ¿Estaría... muerto? ¿Cómo estaría él? En el fondo, Reina se decía que si no la buscaba era porque había pasado lo peor en la guerra. Ya ni siquiera mantenía esperanzas, lo había llorado innumerables noches.

Alguien entró en la habitación, era Mbala quien llegaba con una bandeja de comida que casi tiró en la mesita con todo el desgano del mundo.

—No me van a perdonar, ¿verdad?

—¿Quién va a perdonar a la culpable de la muerte de Marietta? Si no fuera por ti seguiría viva.

—Yo no soy el enemigo, me dolió profundamente la muerte de Marietta, pero esa gente es quien hace todo esto. Deberíamos ser...

—¿No sé quién te crees que eres? ¿Crees que porque eres bonita mereces más que nosotros? En serio tu madre sabía que tendrías aires de reina cuando te puso ese nombre.

La mujer salió del cuarto sin decir más, y Reina se sintió peor. Ahora que lo pensaba, pensaba más en su madre últimamente y no sabía por qué. Se decía a sí misma que nunca necesitó una, pero algo cambió. Sintió un dolor en el vientre y se obligó a sentarse. Empezó a llorar de la nada, definitivamente no quería que su hijo naciera allí, un esclavo.

—¿Qué te pasa?

Miró a Petra quien había aparecido.

—Nada, un pequeño dolor.

Petra entró su mano en su entre pierna y abrió mucho los ojos de la impresión.

—¡Ese bebé está a punto de nacer!

—¡No, claro que no! —dijo ella negando con terror en los ojos— Solo es una tontera...

—Voy a llamar a la partera —dijo tornándose para salir.

—¡No! —dijo levantándose de golpe.

En ese momento un líquido abundante bajó de su entrepierna y el dolor la hizo volver a tumbarse sobre la cama.

Horas después ya estaba Reina pujando para dar a luz. La partera y Petra la asistían habilidosamente. Reina no hacía más que sufrir, lloraba constantemente por el dolor extremo al que estaba sometida. De repente, la mano de Petra tomó la suya.

—Tú puedes, respira profundamente tres veces y luego puja con todas tus fuerzas, ¿oíste?

Reina hizo lo propio, respiró tres veces y pujaba a más no poder. Por fin sintió la cabeza asomar, y de pronto... un grito que llenó toda la habitación. Reina cayó inerte del cansancio, pero no dejó de sonreír al ver a su criatura.

—Es un varón —dijo Petra poniéndolo en su regazo.

—Un varón —dijo rompiendo a llorar—, le dije a su padre que sería varón.

—Está sano, y es muy lindo.

—Se parece a su padre, sé que estaría muy feliz de tenerlo ahora.

—¿Quién te preñó?

—El marqués de Alcácer, ya le dije —dijo sin quitar su mirada del bebé que chupaba con sus pequeños ojos cerrados.

—Llévatelo a bañar y ponerle ropa —dijo Petra a la partera.

—No, quiero quedarme con él un poco más.

—Niña, dame al bebé —dijo tratando de tomarlo por la fuerza.

—¡No, se lo van a llevar!

—¡Qué me lo des te digo!

Sintió la mano de la partera, colocarle un trapo por boca y nariz con un olor muy fuerte. Aunque quería aferrarse al pequeño, quedó lentamente somnolienta.

Al volver a abrir los ojos no supo ubicar muy bien dónde estaba, pero en cuestión de segundos recordó y se incorporó.

—¡Mi bebé! ¿Dónde está mi bebé!?

—Deberías agradecerme —dijo Petra entrando con una bandeja.

—¿Por qué debería agradecerte? —dijo mirándola con rabia.

—Porque tu bebé no será esclavo, una pareja lo va a adoptar. Es un lindo mulato, casi podría pasar por blanco. Ahora recupera fuerzas y come la sopa —dijo poniendo la bandeja en su regazo.

—¡No quiero la maldita sopa, quiero a mi hijo! —dijo estrellando la bandeja en el suelo.

—¿Así es como me agradeces!?

—No tengo nada que agradecerle, lo único que le interesa es vender a mi hijo. ¡Ojalá y se pudra en el maldito infierno!

Petra quedó inmóvil por largo rato mientras la seguía observando, Reina parecía querer sacarle los ojos. La vio levantarse e ir hacia ella con los puños cerrados, pero no sé inmutó. Ambas se vieron frente a frente sin decirse nada.

—La misma rabia que sientes tú la sentí yo cuando tuve a mi bebé, pero créeme, si sabes que tu bebé estará bien, dejarás de sentir tanto dolor.

—Eso nunca va a pasar, ¿cómo crees que una madre puede olvidar a su hijo?

—No hablo de olvidar, hablo de hacer lo mejor por tu bebé más allá de quererlo contigo. ¿Lo quieres aquí como esclavo? O siendo libre con una familia de bien?

—Yo... no soy esclava, y ese pequeño es hijo de un marqués.

—Otra vez con esa historia, niña. Haz lo mejor para tu hijo.

—No soy esclava.

—Mientras más temprano lo aceptes mejor. Yo fui traficada hace años, aun estando embarazada, pero pude salvar a mi bebé de mi propio destino. Tú puedes hacer lo mismo.

—No, por favor —dijo Reina arrodillándose—, yo no quiero que mi bebé crezca lejos de su madre, ¿quién me garantiza que aquella mujer la cuidará como yo? Yo nunca tuve a la mía, sé lo difícil que puede ser, no quiero que se repita.

—Sacrificate, una madre que se preste, debe hacer sacrificios. Tu madre habría hecho lo mismo por ti, piensa en eso —dijo dándose la vuelta para salir.

—Mi madre me dejó abandonada en un bote —dijo levantándose para ir a la ventana a tomar aire—, la gente decía que tal vez murió ahogada, pero yo nunca lo creí. Tal vez escapó y me abandonó.

Petra aún seguía de espaldas escuchándola, ya no podía dar un paso más. Se volteó y la miró mejor, como si fuera la primera vez en su vida.

—¿En un bote dices? ¿Dónde y cuándo?

—San Francisco, mi abuela fue quien me encontró a la vera envuelta en una sábana, nunca la volvieron a ver. Y mi padre... dijo que la buscaron por todas partes, pero nunca apareció, y nadie supo nada de ella. Es como si la tierra se la hubiera tragado.

Petra seguía atónita observándola sin decir nada.

—Yo sé dónde está —dijo casi ahogada en sus propias palabras.

—¿Usted sabe? ¿Cómo? —dijo Reina viéndola con ojos muy abiertos.

—Yo soy tu mamá —dijo casi afónica mientras empezaba a llorar—. Si tu abuela era Eloísa y tu padre Diógenes... yo soy tu mamá.

—¿¡Usted!? —dijo Reina llenando su mano a la boca.

—Me estaban siguiendo... la esposa de Diógenes pagó a gente a que me llevara lejos, yo me escapé en el bosque, quería irme, pero empecé a dar a luz. Te tuve en ese bote y sabía que sería imposible huir contigo, así que te guardé y me entregué porque en mi estado no podía ir muy lejos. Todo fue muy rápido...

—Usted es mi madre —decía Reina acercándose mientras la veía como a una visión.

—Dame un abrazo, eres mi hija, por Dios —dijo yendo hasta a ella y estrechándola muy fuerte.

Madre e hija lloraron juntas sin decir más, Reina no sabía qué sentir o qué pensar, pero con certeza, luego de tantos meses, se sentía en calma en un abrazo que la hizo sentir como en casa.

Theresa se maquillaba frente al espejo, su cara estaba bastante cargada de maquillaje y eso la hacía odiarse porque le recordaba lo que era. Antes no paraba de llorar todos los días, pero ahora lágrimas no le quedaban.

Estaba encerrada con otras tres decenas de mujeres en su misma condición, era un cuarto con solo una ventana alta que recibía la luz del exterior. Debía dormir en el suelo con una sábana harapienta, tres comidas al día y poca o nula recreación. Las pocas veces que debían salir del cuarto era para limpiar el cabaret, y por extraño que pareciera, hacer eso era un mérito, porque al menos podías salir unas horas del confinamiento.

No podía creer lo tanto que había cambiado su vida, pasó de ser una hidalga a una cualquiera. Cuando esos pensamientos le llegaban trataba de bloquearlos, ya no era Theresa Fernández de Nazario, ahora era simplemente Dolores. No sabía quién era esa Theresa, no sabía de ningún pasado, eso era solo un sueño. Su realidad siempre fue aquella, de no pensar así se volvería loca, y ella tenía que mantenerse cuerda.

La puerta se abrió tras un sonido pesado, Raquel entró al cuarto con sus hombres detrás. Todas se levantaron casi como si fuera un saludo militar. “¡Buenas noches, tía Raquel!”, dijeron.

—Espero que hoy estén mejor que nunca, hoy vienen hombres de mucho dinero al cabaret, tienen que estar a la altura.

Fue pasando de una en una hasta pararse frente a Theresa.

—Dolores, niña, creo que tú me puedes ayudar.

—Claro que sí, tía Raquel. ¿En qué? —dijo mientras jugaba con su pelo.

—Me has salido muy buena, muchacha, todos te prefieren. Pero hoy hay un hombre influyente que pide a la mejor, a alguien con tus características. Quiere hacer cosas malas.

—Confíe en mí tía, Raquel —dijo sonriendo con sus labios rojos.

Las mujeres fueron bajando los escalones hasta llegar al salón, ya el lugar estaba lleno de hombres. Tabaco, alcohol y sudor impregnaban el aire, Theresa no dejaba de abanicarse para alejar un poco aquel molesto honor del que nunca se podía acostumbrar, y en parte para no arruinar el maquillaje.

Raquel caminó con ella hasta una mesa donde habían unos civiles, ella miraba por otras partes en busca de los supuestos militares, pero no veía, hasta que llegaron frente a la mesa.

—Aquí la tienen, es nuestra mejor dama, sabe leer y escribir, tiene modales, además de que es muy bella y bastante joven.

—Lo sé, hoy cumple 20 años.

Theresa miró con ojos en par al hombre de espalda, ¡era la voz de Sergio! El hombre se levantó, y giró para verla con aquella sonrisa. Lucía un poco diferente, pues nunca lo había visto con el pelo corto.

—Sergio —fue lo único que pudo escapar de su boca débilmente.

Theresa se echó para atrás para ocultar su cara tras el abanico.

—¡No me mires!

—No es tu culpa, esposa mía, pero tu esposo está aquí para ti.

—¿¡Qué está pasando!? —dijo Raquel con el corazón en la mano.

—Pasa que todos vosotros estáis bajo arresto en nombre de la corona por traficar personas libres

—dijo otro hombre levantándose de otra mesa.

—Víctor —dijo ella sin poder creer lo que veía.

—¡Muchachos! —dijo Raquel echándose para atrás visiblemente asustada.

Los 12 hombres de Raquel levantaron sus armas en contra de los dos hombres, pero otros 30 hombres se levantaron al instante apuntándoles a todos por igual.

—Atacar a militares de la corona se considera otra agravante para vosotros —prosiguió Víctor —, rendíos por las buenas y les garantizo que no seréis condenados a la horca.

—¿¡A la horca!? —dijo Raquel por poniendo instintivamente sus manos sobre su cuello.

—Podrían fusilaros también, en especial a usted que es cabeza de este lugar de mala muerte. Rendíos por las buenas y vuestras vidas serán respetadas, os lo prometo.

—Pero... esto debe ser un error, mis niñas... ellas llegaron a mí por voluntad, yo las acogí, ¿verdad muchachas?

Theresa fue hasta la mujer y le propinó una sonora bofetada.

—¡Hizo de nuestras vidas un infierno! —dijo con lágrimas en los ojos.

—¡Dolores...!

—¡No soy Dolores, vieja puerca! Siempre le dije que no sabía quién soy yo. Le dije que el marido de mi hermana sí era marqués, pues aquí lo tiene.

—Mis hombres se pueden hartar, señora —dijo Víctor con cara de pocos amigos—, pida que bajen sus armas, somos más, y con puntería de oro. No tenemos toda la noche.

La mujer miró a todos lados, estaban rodeados por mucho. Vio cómo sin previo aviso su hombre de confianza sacó su arma para disparar a Víctor, pero Víctor desenfundó la suya en un abrir y cerrar de ojos y disparó directo a su frente, el cuerpo se desplomó sobre una de las mesas mientras la sangre brotaba. Las mujeres gritaron asustadas.

Todo el temple de Raquel pareció haberse evaporado para convertirse en una niña asustada.

—Bajen armas —dijo con voz temblorosa.

Cuando los hombres bajaron armas, las demás mujeres rompieron en aplausos y vítores de alegría, ¡eran libres al fin!

Sergio volvió a tomar a Theresa la cual continuaba sin querer verlo a los ojos por el aspecto y vida que llevaba. Mientras era evacuada rompió a llorar al sentir el frescor de la noche en su cara.

—No tienes por qué llorar —dijo abrazándola.

—Ya no soy la esposa que antes tenías, me convirtieron en... esto.

—Sigues siendo tú —dijo mientras acariciaba su pelo.

—No, ya no. Todo en mí cambió —dijo con seriedad—, he sido tocada por muchas manos.

—¿Está bien, cuñada? —dijo Víctor reapareciendo para abrazarla.

—Estoy bien, ahora mejor que están aquí. Sabía que volverían.

—¿Sabe dónde está mi mujer? —dijo cambiando su semblante a uno muy lúgubre.

—No está aquí, fue llevada a una hacienda, fue vendida como esclava por esa mujer. No la he vuelto a ver desde ese día.

—Tendrá que decirme a quién se la vendió —dijo Víctor con cara neutral.

Theresa podía notar que por dentro que batallaba por controlar un demonio lleno de furia. Aquel hombre ya no era el mismo que conoció hace más de un año.

—Cuñado... ella estaba embarazada, no parado de pensar en eso. A estas horas posiblemente ya debió haber dado a luz.

—Lo sé —dijo alejándose sin mirarla.

—No parece el mismo —dijo a Sergio.

—Nadie ha sido el mismo después de esta guerra.

—Esa mujer era mala, muy mala —decía Petra—, Diógenes me quería bastante. Hasta dijo que dejaría todo por mí. Pero la familia de su mujer era peligrosa, lo amenazaron de muerte. Cuando se dieron cuenta de que yo era la amante, ordenaron matarme, todo por defender el honor de la señora.

Ambas estaban sobre la cama escuchándose la una a la otra, conversaciones de años en un lapso de tiempo muy corto para ponerse al día. Reina la escuchaba y no podía creer que tenía a su madre en frente.

—Y te vendieron.

—Sí, como ya te dije, yo me entregué. Le dije que tuviera piedad y me dejara vivir, que si encontraba a mi hija no le hiciera daño. Me dio su palabra. Pero decidió venderme, y cuando supo que fue una niña no le dio importancia, siempre y cuando ella diera a luz al primer hijo varón de Diógenes. Me dijo que enviaría a mi madre a buscarte, pero yo debía desaparecer para cumplir su palabra, nunca supe si lo cumplió hasta hoy, eso me mataba todos los días.

—¿Por qué no envió alguna carta?

—Lo intenté, pero nunca recibí respuestas de mi madre, ella ni siquiera sabía leer. Pero esa mujer bien pudo evitar que llegaran y se la leyeran. Todos estos años he tenido pesadillas por haberte dejado en un bote, soñaba que esa mujer nunca envió ayuda para encontrarte y morías ahí. Pensé que me volvería loca... Bueno, de hecho pasó. Me volví una desalmada, sentí remordimiento con la vida que me tocó.

—Solo eres una mujer fuerte, no tengas duda.

—¿De qué hablas? Mírate por todo lo que pasaste, no imaginé que te tuvieran trabajando como esclava en la casa de tu propio padre, más como llegaste aquí y seguir así de fuerte.

—Tal vez lo saqué de ti.

Ambas mujeres se volvieron a abrazar entre lágrimas.

—Entonces, si la hermana que te queda aún está aquí, tal vez haya chance de recuperarla. Te voy a ayudar a salir, no sé... arreglar un barco con destino a España y llevarte a tu hijo. Pero tienes que irte primero tú.

—Gracias, madre.

—Es lo mínimo que puedo hacer por mi hija, ya que nunca pude hacer nada por ti, es una deuda de vida que no podré pagar.

—No digas eso, ¿por qué no vienes conmigo?

La mujer quedó pensativa un rato como si fuera tomada por sorpresa.

—Es mejor no tentar a la suerte, mi vida ya está aquí y esta es mi realidad...

—¡No, claro que no! Nadie debería tener esto como realidad, no estás aquí por tu voluntad y no amas a ese hombre.

—No pero...

—Vente conmigo, madre, huyamos juntas, ¿por qué no recuperar el tiempo?

La mujer lo pensó otra vez mientras cerraba los ojos con fuerza como a punto de llorar, pero cuando los abrió lo hizo con una sonrisa llena de paz.

—Que sea lo que Dios quiera. Hay una buena oportunidad.

—¿Cuándo?

Esa misma noche, Reina se paseaba de arriba a abajo, poco después se oyeron pasos acercándose al cuarto. Si madre abrió, iba vestida de negro con pantalones y sombrero, Reina de inmediato hizo su cama e hizo un bulto que arropó para simular que dormía. Ambas salieron con mucha cautela al corredor, bajaron los escalones y fueron directo al establo donde ya había una carreta y otra esclava encapuchada esperando con el bebé.

Reina tomó a la criatura y la estrechó en sus brazos sin poder contener las lágrimas. La esclava se quitó la capucha y se la colocó a Reina

—Que Dios las acompañe —dijo la mujer mayor.

—Gracias por tu valor, mujer —dijo Petra subiendo.

Reina subió con cuidado y bajó su capucha para no ser reconocida. La carreta partió despacio para no despertar al bebé, al llegar al portón de salida un vigilante la saludó.

—Señora Petra, ¿a estas horas?

—Debo llevar a este bebé con quienes pagaron, les urge.

—¿Y esta mujer? —dijo observando a Reina con atención, pero no podía ver muy bien su rostro.

—¿Quieres que conduzca la carreta con un bebé en el brazo?

—No, pero pudo pedir a cualquier hombre para que la ayudara a conducir, para eso estamos.

—Ustedes están para obedecer, ¿desde cuándo tengo que dar explicaciones de cómo hago las cosas? ¡Abre el portón, infeliz!

—Bien, bien, perdón, señora, yo solo decía —dijo mientras abría.

Petra dio riendas y salieron de la hacienda, de a poco, Reina volvía a respirar tranquila, el fresco viento, el olor de la libertad y una sonrisa dibujaba su rostro mientras miraba a su bebé.

—¡Estamos fuera, madre!

—Todavía no cantemos victoria, el barco zarpa a las nueve, faltan 20 minutos.

—¿Compraste boletos?

—Sí, iremos derecho a España. Tuve que robarle al demonio que tuve por marido.

Pocos minutos después divisaron el muelle, las luces de las antorchas eran fuertes y aclaraban el lugar, que a ojos de Reina, parecía el más bello del mundo. Pero el sonido de un disparo rompió la quietud del viaje, al mirar atrás notó con horror a unos cuantos caballos acercándose a toda

velocidad. “¡Párate, Petra!”

—Rómulo, ¡ese infeliz! —dijo Petra sin mirar atrás.

—¡Deberíamos detenernos, mamá! ¡Nos pueden matar!

—¡No, tengo que sacarte de aquí, es la única cosa buena que podría hacer por ti y mi nieto! ¡Dios es mi testigo!

—No, precisas...

Otro disparó se oyó más cerca y más contundente, aquello le helaba la sangre al saber que su hijo podría morir. Sorprendentemente, Petra se detuvo de a poco, con frustración bajó de la carreta para encarar a los hombres. Reina bajó con ella con ojos desorbitados de terror al verlos bajar para encañonarlos. Rómulo se acercó a Petra con sonrisa de oreja a oreja, una sonrisa que a leguas disfrutaba de su desdicha.

—Era cuestión de tiempo para verte cometer una locura, Petra.

—Y tú debes estar feliz, infeliz.

—Podría hacer cualquier cosa, le robaste al patrón y te llevaste a su esclava, te ibas también, después de todo lo que hizo...

—No me vengas con esas mierdas... —dijo Petra un poco falta de aliento—, deja ir a la muchacha y su bebé.

—¿Por qué debería?

—Es mi hija, ¡por amor de Dios! La acabo de encontrar.

—¡Oh! ¡Mira las sorpresas de la vida! Pero... no me interesa.

—Esta vez sí puedo darte lo que quieras Rómulo —dijo acercándose provocativamente.

—Eso ya no va a funcionar, vieja, ya ni siquiera estás tan de buen ver como antes —Miró a sus hombres—. Llévenselas.

—¡Rómulo, Rómulo, espérate! El... marido de mi hija es un general de la misma reina de la reina, y además es marqués. En cualquier momento podría venir y ponerlos en serios problemas.

Los hombres rieron a carcajadas.

—Nada va a salvarlas, ni tus mentiras. Cuando vuelvan las espera el patrón, 15 latigazos para ella, y de ti que Dios se apiade.

En ese instante Petra se desplomó en el suelo, Reina gritó del horror mientras se echaba al suelo para socorrerla con su bebé en mano.

—¡Madre, madre!

Al tratar de despertarla notó en su espalda un líquido espeso, era sangre. Ella lo miró a los ojos.

—¿¡Cómo pudiste, maldito!?

—Te podría pasar —dijo Rómulo a la vez que daba órdenes para custodiarla.

—¿¡Eso es lo que querías, una oportunidad para matarla!? Ni creas que siendo leal el patrón te va

a tener consideración, no eres su hijo, no eres nada, ¡solo un perro!

El hombre le enterró una cachetada qué casi la lleva al suelo y la dejó desorbitada.

—Deberías aprender a tener la boca cerrada, negra, nunca he visto a una mujer tan arisca, ¿en verdad te crees una reina? Eres esclava.

Reina no dijo más nada mientras aseguraba al bebé en sus brazos. El camino a la hacienda le pareció eterno, tenía a su madre en su regazo, su pulso era bajo, y rezaba porque estuviera bien. Pero tan pronto como llegaron vio a muchos hombres esperando, el patrón estaba a la puerta de brazos cruzados, envuelto en la humareda de su apestoso puro.

—Como dijo, patrón —dijo Rómulo acercándose con orgullo—, vivas o muertas, pero su mujer está con vida, estaba dando batalla como sabe, solo hay que sacarle la bala de la espalda.

—Esa esclava ya no es mi mujer, tírala en la barraca junto a los demás esclavos. Que Dios se apiade de su alma, porque yo no.

—¡No, debe atenderla un médico, no puede tirarla en la barraca...!

—Tú, negra —dijo el hombre exhalando humo en su cara—, desde que llegaste has sido un grano en el culo, pero mañana vas a prender. Te esperan 20 latigazos, si sobrevives tal vez se te quite ese aire de grandeza.

Tomó al bebé de sus brazos y dio órdenes de llevárselas. Reina no paró de ver a su criatura siendo llevada lejos de ella a la casa grande, tenía una impotencia que no cabía en su pecho. Las puertas de la barraca se abrieron y los esclavos se levantaron, los hombres las dejaron allí para volver a cerrar la puerta tras un fuerte crujido. Luego reinó el silencio. Las mujeres encendieron velas y depositaron a Petra en una de las camas. “La patrona” decían los incrédulos, luego miraron a Reina.

—Primero Marietta, y ahora la patrona —dijo Mbala acercándose para abofetearla— Eres una desgracia, llegaste para jodernos a todos.

—¿Pueden curarla? —dijo Reina sin reparar en nada mientras se tumbaba al pie de la cama de pajas— Salven a mi madre, por favor.

—¿Madre? —dijo Mbala sorprendida como todos allí.

—Sí —dijo la mujer que la había ayudado hacía poco—, la patrona misma me lo dijo. Es una larga historia. Hay que salvarla. No soy médico, soy curandera...

—Eso basta —dijo Reina levantando la vista de repente con ánimo renovado—, en mi pueblo yo fui asistente de un curandero, puedo ayudar.

—Entonces vamos, traigan agua fresca y trapos limpios, alcohol, mis yerbas...

En cuestión de nada la mujer se esmeraba ya en distraer la bala, mientras sudaba en el proceso, Reina secaba sus sudores y limpiaba los utensilios. Y después de casi media hora la bala estaba fuera, después de limpiar el área se cosió la herida, y el trabajo ya estaba hecho.

—La fiebre va a subir bastante, si logra vivir será un milagro, perdió mucha sangre.

A su mente volvieron las caras de aquellas dos mujeres que tanto daño le hicieron, todo aquello

que vivía fue hecho por ellas. Su hermana fue vendida a un prostíbulo, su hijo lejos de ella, ella misma vendida como esclava, la desgracia de Raisa...

Había encontrado a su madre, era lo único bueno de aquello, pero gracias a ese precio podría morir. Apretó los puños queriendo tenerlas en frente para acabar con ellas con sus propias manos, nunca antes había odiado tanto. No se explicaba cómo podía haber gente sin corazón, gente que hace y deshace por conveniencias mezquinas. Pensó que odiaba a su padre más que a nada, pero estaba más que equivocada.

—Ella debe vivir —dijo Reina tomando la mano de su madre—, ella va a vivir.

Cuando Reina abrió los ojos ya el sol estaba en su cara llegando desde la ventana abierta. Sintió una mano apretando la suya y fue cuando terminó de volver en sí, abrió los ojos y para su alegría vio a Petra aún boca abajo sonriéndole. Sus labios estaban blancos y secos, y sus ojos parecían hundidos, su piel estaba muy pálida, ¡pero estaba viva!

—¡Madre!

—Mi reina querida —dijo con voz muy apagada.

—¡Está viva, madre!

—Las piedras no se destruyen tan fácil.

—Todo va a estar bien, madre, no piense en nada malo.

—No pude sacarlos de aquí, lo siento mucho...

—Madre, no hable, debe cobrar fuerzas.

—Nunca hice nada por ti, hija mía, nada. Esta era mi oportunidad de hacer algo grande para que fueras feliz.

—Me dio la vida, madre, me salvó de las garras de la mujer de mi padre, y dio su libertad por la mía hace mucho tiempo —dijo besando su mano mientras lloraba.

La barraca estaba vacía, los demás esclavos ya estaban en sus jornadas, y en ese momento unos hombres irrumpieron y tomaron a Reina, la levantaron del suelo con brusquedad, pero ella no se resistió.

—¡A dónde se llevan a mi hija! —dijo Petra volviendo a cobrar fuerzas— suéltela.

—Madre, descanse, yo estaré bien —dijo con una sonrisa forzada.

Reina fue sacada casi a rastras a pesar de que trataba de seguir el paso a aquellos hombres enormes. Afuera todos los esclavos fueron reunidos en círculo, el patrón esperaba con su puro en la mano. El miedo se apoderó de ella y de su suerte, pensó en el hijo que muy posiblemente crecería esclavo y sin su padre, aun así no les dio el gusto de que la vieran temerosa. Rómulo estaba listo en medio ante el tronco, abrió la biblia.

—“Y si el esclavo dijere: Yo amo a mi señor, a mi mujer y a mis hijos, no escaparé otra vez; entonces su amo lo llevará ante los jueces, y le hará estar junto a la puerta o al poste; y su amo le

perforará la oreja con lesna, y será su esclavo para siempre.” Amén.

—Al parecer, la vez pasada hiciste una promesa ante Dios, una promesa que no cumpliste. Que Dios se apiade por tu castigo.

Reina carraspeó y escupió su cara.

—No es más que un viejo puerco, debería lavarse la boca antes de hablar de Dios.

—Veinte latigazos.

—¡No, Polonio!

Todos miraron a Petra apareciendo de pie entre el tumulto. Parecía un cadáver, pero aun así se mantenía en pie muy decidido.

—¡No tienes que hacer esto! Hazlo conmigo —dijo rogando llorosa.

—Tú, mujer del demonio —dijo acercándose—, te di todo, te saqué de la mugre, te hice señora, ¿y así me pagas!?

—Lo hice porque...

—Ya me contaron que es tu hija, ya veo de dónde lo sacó. ¿Pero sabes qué? El dolor físico que podría causarte lo vas a sufrir por mil a través de ella.

—¡No, Polonio! —dijo acercándose para tratar de tocarlo.

—Vas a ver como sufre ella, ¡mírala! —dijo tomándola con brusquedad e ignorando su estado.

—Nadie puede vivir a 20 latigazos, Polonio, me la vas a matar —dijo llorando sin fuerzas.

—Eso solo lo sabrá Dios.

Reina fue atada abrazando al tronco, Rómulo tomó el látigo, una bestialidad hecha de cuero y espinas de metal para ser enterradas en la carne y desmenuzar la carne en cada golpe, y el cuero prometía derretir la carne para abrirla. La espalda del desdichado quedaba abierta con los huesos expuestos, y la recuperación pendía simplemente de un milagro.

Cuando el Rómulo levantó la mano, un disparo se escuchó y su látigo cayó, su mano sangraba. Todos miraron alrededor y vieron a un hombre uniformado de militar apuntándole. Los hombres de Polonio sacaron sus armas, pero en el acto salieron de entre los árboles muchos más hombres armados, tantos que no podían contar de primera. Aquello fue surreal.

Reina quedó sin habla al ver a Víctor a pocos metros de ella, la alegría no cabía en su pecho.

CAPÍTULO 14

—¿Quiénes son ustedes? —dijo Polonio con ojos desorbitados del terror.

—Quiero que desatéis a mi mujer ahora mismo.

—Es mi esclava, por... por y me pertenece.
—No lo voy a repetir —dijo con una furia disfrazada de calma.
—Entonces era verdad —dijo Rómulo, observando a Víctor de arriba a abajo sin un ápice de intimidación—, la esclava tenía a un marido general.
—Tú —dijo volviendo a mirar al hombre con poca paciencia—, desata a mi mujer.
—Usted no está en sus tierras. ¿No escuchó que ya pagaron por ella?

Sin Rómulo verlo venir, Víctor levantó el arma y un disparo le voló la cabeza, su cuerpo sangrante cayó inerte ante los ojos incrédulos. Las mujeres empezaron a gritar del horror.

—Dije que no lo voy a repetir —dijo mirando a Polonio.

Polonio tragó fuerte e hizo señal a otro de sus hombres para desatar a Reina. Cuando por fin estuvo libre, ella corrió a abrazarlo, él la trató de consolarla mientras lloraba en su pecho.

—Pensé que no te volvería a ver... pensé tantas cosas.
—Lo sé, mi reina, pero ya estoy aquí —dijo besando su cabeza—, ¿diste a luz?
—Está a salvo —dijo Petra observándolos con ojos llorosos—, él lo tiene —dijo señalando a Polonio.
—Pues rece a Dios porque esté a salvo, viejo.
—Lo está, lo está —dijo Polonio apresuradamente—, lo llevaré con él y se lo daré junto con su buena mujer, pero me va a prometer que luego se irá y no volverá.
—Lléveme ahora.

Reina corrió con su madre y la abrazó.

—Está bien —dijo tocándola.
—No te preocupes de eso, hay que buscar al bebé.
—Ella es mi madre, es tu suegra —dijo Reina sonriendo.

Víctor la observó con vasta sorpresa, pero fue con ella y estrechó su mano.

—Mucho gusto, Señora, Víctor Alcácer, a sus órdenes. ¿Cómo se siente? —dijo inspeccionando su estado.
—Estoy mejor ahora que llegó a salvar a mi hija, no sabe cuánto se lo agradezco, la alegría no cabe en mi.
—Esta mujer debe ser atendida, llévenla al carruaje —dijo a sus hombres.

Y sin más siguieron a Polonio a la casa grande, el viejo caminó lo más pronto que pudo hasta llegar a la planta baja. Polonio se veía cada vez más tembloroso, se escuchaban los lloros de un bebé del otro lado de la puerta, antes de abrirla el hombre se tornó a Víctor.

—¿Me da su palabra de que se irá sin más?
—Solo abra la puerta —dijo con poca paciencia.

Cuando Polonio abrió la puerta encontraron al bebé acostado en una cama mientras gritaba, Víctor sonrió por primera vez en aquel lugar al ver al pequeño. Reina corrió hasta la cama para cargarlo con toda la alegría del mundo, pero se sorprendió de ver una cadena atada a su pie izquierdo. La sonrisa de Víctor se cayó al instante.

—¿Una cadena a un bebé? ¿A mi hijo? —dijo sin poder quitar la vista del bebé y la pesada cadena.

—No lo malinterprete, hay muchos ladrones de bebés, solo anoche mi mujer... bueno...

Víctor no había dicho una sola palabra más, pero su mirada lo decía y Polonio no tuvo dudas.

—¡Usted dijo que se iría sin más, lo prometió!

—No hago tratos con delincuentes.

En un segundo Víctor levantó su arma y disparó en la sien, el hombre cayó muerto al piso. Reina no podía creer lo que veía, ahora que lo veía mejor, Víctor ya no parecía el mismo, aquel hombre parecía tener mil demonios encima. Su mirada no podía despegarse de aquel hombre en el suelo cuya sangre se desparramaba como llave abierta. Había sido como una sandía estallando, habían restos de sesos por doquier.

Mbala qué había presenciado todo, entró con una llave y liberó a la criatura. Víctor tuvo que palmera suavemente los cachetes de Reina para volverla a traer en sí.

—Sé que no habías visto esta parte de mí, te pido disculpas por hacerlo enfrente de ti.

Ella lo abrazó para calmarse a sí misma, pero más aún para que no se sintiera más culpable.

—Solo es la sorpresa de ver una muerte así, tú estás acostumbrado a estas cosas, yo no. No te disculpes —dijo dándole al bebé.

Víctor volvió a sonreír al ver a su bebé en sus brazos, y ella lo miró detenidamente, aquel hombre desconocido de hace unos momentos se había ido para volver el Víctor que conocía. Lloró mientras lo besaba en la frente, la criatura lo miraba en silencio, parecía como si ambos se tomaran el tiempo para conocerse.

—Sacó tus ojos y tu cabello —dijo Reina sin poder dejar de llorar.

—Sacó tu nariz y la forma de tus labios —dijo sonriendo—, ¿acaso es...?

—Es varón.

—Un varón —dijo acariciando su cabeza—, no puedo creer que tengo a mi hijo en mis brazos.

—¿Cómo lo llamarás?

—Felipe, Felipe Fernández Alcácer. Nuestro futuro marqués de Alcácer.

—¿Y qué vamos a hacer ahora? —dijo Mbala entre los esclavos.

Víctor estaba en el exterior plantado frente a los esclavos de Polonio que lucían consternados y desorientados. Gente apenas vestidas en harapos y estados casi famélicos.

—Ningún hacendado tiene permitido el maltrato a su esclavo, las tres comidas debieron ser proporcionadas, horarios de trabajos decentes, y un buen lugar para el descanso. Vuestro antiguo patrón no os proporcionó nada de esto, además implementaba golpes y amputaciones como formas de castigo.

—Ahora deberíamos pertenecer a los hijos del patrón —dijo Mbala—, no deben tardar en aparecer para la herencia, esperamos que sean mejores patrones...

—Creo que no me estáis entendiendo. Debido a que su antiguo patrón violó varias leyes esclavistas, les estoy dando el indulto, sois hombres y mujeres libres.

“¿¡Libres!?”, empezaron a decirse los unos a los otros sin poder creerlo, y cuando notaron su seriedad cayeron en la realidad. La pequeña multitud empezó saltar de alegría entre gritos y abrazos, un camino lleno de oportunidades se abrió paso en sus mentes, algo antes impensable o que solo moría en sus sueños más locos. Libertad de hacer con el resto de sus vidas lo que quisieran.

Reina observaba todo al lado de Víctor con el corazón rebosante de alegría. Mbala seguía en su lugar sin poder procesar nada aún con sus palmas en la boca, la miró desde donde estaba y ambas derramaron lágrimas. “Gracias”, le dijo ella en voz baja.

Más tarde, estaba Reina observando al otro carruaje desde su ventana mientras estaban en marcha.

—Debí estar con mi madre.

—Tiene al doctor con ella, tú solo ocuparías espacio allí, Reina.

—Perdón, es que no puedo creer que la he encontrado en ese lugar. Fue lo único bueno. ¡Y tampoco puedo creer que esté libre!

Víctor la abrazó y la besó.

—Perdón por la tardanza, si hubiera sabido que no estabas en España hace tiempo que hubiera salido a buscarte.

—Pero llegaste, sabía que vendrías, mi amor —dijo abrazándolo—, y estás vivo. Muchas noches soñé que morías en la guerra. ¿Qué pasó?

Víctor suspiró y sonrió mientras tomaba su mano.

—Fueron meses terribles, aunque los he vivido peores. Muchos de mis hombres murieron, pero... finalmente la reina dio un alto, no estaba dispuesta a seguir financiando aquello, así que ordenó la retirada.

—¿Cuándo?

—Hace poco, dos semanas casi. El último presidente que escogieron los dominicanos fue Pedro Pimentel.

—¿¡Pimentel!?! —dijo sonriendo— Él y Sérgio hasta fueron compadres, ¿no será demasiado joven para el cargo? ¿¡Y Sérgio!?

—Tranquila, está con tu hermana ahora.

—¿¡La encontraron!?! —dijo volviendo a llorar.

—Están a salvo, ya los vas a ver. En fin, Comparado con Polanco, Pimentel es buen tipo, nuestra retirada tardó bastante por los cambios de poderes, debimos retirarnos en marzo y se extendió hasta julio, vinimos a Cuba, y fue cuando me informaron que tú y tu hermana estabais perdidas. La reina ya había ordenado la búsqueda hace meses.

—¿La misma reina? —dijo sorprendida.

—Sí, me quiso hacer el favor y a la vez no me quiso notificar mientras estaba en la guerra. Dijo que Felippa y Onirys vieron a vosotras tomar un barco hacia Nueva Granada, entonces la búsqueda se concentró allá.

Reina suspiró fuerte al volver a escuchar de aquellas dos.

—¿Y cómo nos encontraste?

—Tengo informantes aquí, Reina. Lo más lógico era empezar desde aquí, fue entonces que alguien me dijo que había una dominicana en un bar de mala muerte. Cumplía con todas las características de Theresa.

Reina apretó los dientes y lo miró con decisión.

—Esas dos mujeres nos vendieron.

—Lo sé, Theresa ya nos lo dijo, y la mujer del bar lo confirmó. Es algo muy grave —dijo con mirada sombría—, nunca pensé que Felippa fuera de esa manera, cada vez he descubierto capaz que no conocía.

—Y no es todo. Ella... y su amiga... Tengo la certeza de que orquestaron la muerte de tu hermano.

Víctor la miró con ojos desorbitados sin decir nada, ella aprovechó para seguir.

—Sé que es una fuerte acusación, pero... cuando ellas me contrataron fue una semana antes de que tu hermano falleciera, y según supe al llegar se estaba recuperando de las heridas que había sufrido. Cuando llegué ya había muerto hace una noche. Confronté a Felippa cuando me fue a ver a tu casa, no me quedaron dudas.

Víctor continuó pensativo un rato.

—Los tiempos no coinciden.

—Es lo que digo. Ya lo tenían planeado cuando me llamaron.
—¿Quiénes te hablaron de su estado en recuperación?
—La servidumbre que me atendió en la casa del general.

Se frotó la cara como si le costara procesar aquello.

—Esas mujeres son terribles. Pero, bueno... Ya me encargaré de ellas en España.

El carruaje se detuvo y salieron de inmediato para subir al barco. Víctor tuvo que ir de inmediato a hablar con sus hombres, Reina acompañó la subida con su madre, la cual dormía. Y ya dentro del barco, Theresa apareció casi de la nada para abrazarla, ambas hermanas lloraron de alegría.

—¡Todo fue por mi culpa! —dijo llorando.
—No digas más, esas mujeres hicieron todo esto, no tú.
—Perdóname —dijo arrodillándose.
—Basta, basta —dijo arrodillándose con ella para abrazarla—, no seas boba.
—Fui una niña tonta, pero aprendí a las malas. Te juro que cada mal que te hice lo pagué muy caro. Fueron días y noches... —dijo rompiendo a llorar.
—Calma —dijo abrazándola.

Reina observó a Sérgio quien las observaba a poca distancia, él también parecía muy cambiado. Sus ojos ya no tenían esa furia desmedida. Ambas mujeres se levantaron, y Theresa notó las miradas.

—Ustedes dos deben hablar —dijo ella sorprendentemente serena—, cualquier cosa que aún quede por hablar, por favor, resuélvanlo.
—Ya no hay nada que resolver... —empezó Reina.
—Por favor, un diálogo —dijo antes de irse.

Reina observó la puerta por donde salió como si ya no conociera a su propia hermana. ¿A dónde había quedado aquella niña caprichosa?

—¿Quiere que hablemos por qué?
—Porque sabe que todo precisa de un cierre o una continuación —dijo Sergio acercándose—, está así desde que la rescatamos de aquel burdel.
—No quiero problemas con Víctor.
—No te preocupes, él y yo ya ajustamos cuentas todos estos meses. Sabe y le dejé claro que ya no intentaría nada contigo. Él es un gran hombre, sería un acto infame apartarte de él para que te quedes con alguien como yo.
—Sérgio...
—No tuve que elegir la herencia de mi padre antes que a ti, es algo que siempre me va a carcomer hasta la tumba, Reina. Por esa ambición involucré los sentimientos de dos mujeres inocentes, y eso me hace poco hombre.
—No vale la pena lamentarse, ahora hay que mirar adelante. Debemos creer que la vida nos traerá algo mejor por lo cual luchar.

—Pues sí, por ello conociste a Víctor.

—Sí, y también me pasaron cosas muy malas, pero también muy buenas. Encontré a mi madre

—dijo con una sonrisa.

—¿¡Tu madre no murió!?

—No, estaba muy viva aquí en Cuba, ya la vas a conocer, es... En fin, yo... no quiero que haya rencores ni que Theresa esté incómoda.

—No lo habrá, yo apruebo tu relación con el español, no voy a luchar más por ti —dijo tratando de retroceder de a poco—, aunque sacarte de mi corazón sea imposible.

—¿Qué pasará contigo y Theresa?

—Ya lo hablamos. Vamos a luchar por la relación, y prometo serle un buen esposo, fiel hasta la muerte misma. Cuñada —dijo dándole la mano.

Reina no tardó en estrecharla mientras se sentía más que aliviada y con un nudo en la garganta. Solo Dios sabía lo mucho que amó a ese hombre, lo mucho que lo pensó y lo soñó de día y de noche. Ni siquiera cuando él se casó sintió que aquello había terminado, pero ahora, en ese momento, sentía que oficialmente aquella pasión había acabado para siempre. Ahora sus pensamientos eran para otro.

—Reina.

Ambos miraron a Víctor, quien había aparecido sin ser notado. Pero ella notó que aquel mero contacto de los dos no lo había puesto enojado. Algo más pasaba por su semblante y Reina temió una mala noticia.

—¿Qué?

—El doctor dice que tu madre quiere verte, no está bien.

Pocos minutos después entraron al cuarto, Reina sintió que el alma se le cayó al notar a su madre severamente pálida y con ojos cerrados. De inmediato fue hacia ella y puso la mano en su frente, y fue allí cuando Petra abrió los ojos de aspecto hundido.

—Hija mía...

—Madre, pensé que te estabas recuperando —dijo entre lágrimas.

—Los planes de nuestro señor son otros —dijo con voz en un hilo—, quería... que los dos estuvieran aquí.

—No creo que debas hablar más, madre.

—No pude cuidarte como debía nunca, has pasado por... demasiadas cosas... Pero, agradezco

—dijo tomando la mano de Sérgio para unirla con la suya—... Agradezco que este hombre se haya cruzado en tu camino. Si no te amara, no hubiera cruzado el mar para encontrarte a ti y a su hijo.

—Lo sé, madre —dijo sin poder detener el rodar de lágrimas en su mejilla.

—Con un hombre así nunca estarás sola, sé que me iré, pero sabiendo esto... me iré en paz.

—No, madre. Debes volver a tu tierra, encontrarte con papá. Tu vida no puede terminar así.

—Dios dispone, hija. Quisiera ver a Diógenes, su vejez, lo mucho por contar... Pero me voy en paz sabiendo que te encontré, que ahora estás bien tú y mi nieto. Eres... lo que siempre más amé.

Reina la tomó con sus dos manos mientras se veían a los ojos.

—Vas a llegar sana a tu tierra, madre. Todavía hay mucho que vivir, no puedes irte cuando ya te encontré.

—Reina —dijo Víctor tocando su hombro como si temiera que se rompiera en añicos—, ya se fue.

—No, no —dijo ella mirando a su madre que aún parecía mirarla a los ojos—, no, ¡claro que no! ¡Madre!

Reina se aferró a ella en un abrazo, mientras Víctor cerraba los ojos de su suegra ya difunta.

MADRID, ESPAÑA / 12 días después

Un carruaje entró por las puertas del palacio, a distancia muchos otros carruajes recorrían el camino del jardín frontal aquella tarde de luna llena. El cielo pintaba ya un azul oscuro y unos pocos rayos de sol adornaban el crepúsculo.

Dentro del carruaje, Felippa parecía preocupada, mientras que Onirys intentaba ver por la ventana al palacio que estaba cada vez más cerca.

—Hay mucha gente de alcurnia —dijo Onirys—, ¿crees que ese hombre vendrá?

—Sí, es de palabra. Mi familia lo conoce. Espero que se casen para que por fin me libre de tu deuda.

—Ni que fuera tan difícil para una mujer joven y bella como yo.

—No ha habido noticias de Víctor, ¿en serio crees que no encontraron a la plañidera y su hermana?

—Calma, envié una carta a Raquel y me devolvió hace 6 días, me dijo que Víctor y sus hombres estuvieron por la zona, pero se fueron rápidamente al no encontrar indicios. Tampoco llegaron a encontrar a Reina.

—¿¡Y ahora me lo dices!?

—He tenido la mente en otras cosas —dijo abanicándose.

—Otras cosas —dijo con cara de fastidio— ¿No pudiste calmar mis ansias con esa noticia? Sabes cómo estaba de preocupada.

—He tenido un aluvión de cartas de José, quiere saber dónde estoy que no me encuentra. Piensa que seguiré haciendo el papel de amante.

—Por lo visto solo piensas en ti —dijo con sequedad.

—Tranquila, tú también tendrás a tu marqués de vuelta. Déjalo que busque debajo de las piedras, cuando regrese ya se le habrá pasado el furor por la plañidera. Estará abatido, sí, pero tú deberás estar cerca.

—Espero. No tengo muchas ganas de acudir al cumpleaños de esa gorda por más reina que sea.

Onirys la miró con desaprobación.

—¿Por qué hablas así de la alta jerarquía de tu nación? Es tu reina.

—Es una boba, además de indecente. ¿Sabías que cada hijo que tiene es con un hombre diferente? Eso dicen, además, su esposo no gusta de ella, todos saben que es un caballero de tacón alto.

Onirys la continuó observando con el ceño fruncido.

—Querida, para saber quién reina sobre ti, simplemente descubre a quién no puedes criticar.

—¿Qué?

El carruaje se detuvo, la puerta se abrió y ambas salieron ayudadas por el cochero. La brisa fresca de la tarde las golpeó, Onirys podía oler los perfumes caros de los demás que se desmontaban. Ambas vestidas para la ocasión en suntuosos vestidos de diseñador parisino.

Observó las fuentes de agua, las luces, estatuas, la belleza de la tarde.... y sintió desde lo más profundo de su corazón aquel aire de grandeza que siempre soñó. Era una invitada más de la misma reina de España, ella, una hija de una vulgar señora de la calle, se estaba superando a sí misma.

Entraron al palacio con aquel aire de grandeza que las caracterizaba, como si el mundo no mereciera el suelo que pisaban. Al llegar al salón, Onirys quiso disimular su asombro al ver todo mucho más opulento, lleno de luces, cristalerías, gente de trajes costosos... la crema de la crema.

Vieron a la reina desde lejos con su marido. Justo cuando Onirys se iba a acercar, llegó un joven para saludarla. Sus ojos quedaron deslumbrados, era alto, robusto y de muy buen parecer.

—Él es Rodolfo de Mancera y Blanco —dijo Felippa guiando al hombre hasta ella—. Rodolfo, Onirys Montes de Oca.

—Felippa ya me había contado de usted —dijo tomando su mano para besarla—, aunque no sabía que se trataría de una mujer tan hermosa.

—Favor que me hace, señor —dijo tratando de no lucir extasiada.

—Felippa solo me dijo cosas superficiales de usted, no mucho, entonces, decidí conocer a la misteriosa mujer.

—No guardo muchos misterios, señor, se decepcionaría.

—Es lo que diría una mujer misteriosa.

Ella no pudo evitar reír y se maravilló cuando él hizo lo mismo mientras la miraba a los ojos. Había tenido experiencia con muchos hombres, ya, y sabía captar cuándo un hombre ya estaba enganchado por ella. La posibilidad de que un hidalgo se casara con ella era mucho para su mente, pero allí estaba la oportunidad que siempre soñó, en el lugar que siempre soñó.

—Onirys.

Casi queda petrificada al ver a José de la Gándara acercarse.

—Señor de la Gándara —dijo con disimulo.

—Veo que está acompañada —dijo observando al hombre con disimulado desdén.

—Rodolfo de Mancera y Blanco, para servirle —dijo dándole la mano.

—Sí, un gusto —dijo restándole importancia a su presencia—. Debo hablar con usted un rato, Onirys. Por cortesía.

—¿Me da un momento, señor Rodolfo? Debo hablar con mi tío un rato.

—Claro —dijo tomando una copa.

Al apartarse a una distancia prudente, Onirys notó su mirada furibunda a más no poder.

—¿Qué fue eso? ¿¡Tu tío!?

—Para que no vaya a pensar que entre usted y yo hay algo más —dijo abanicándose sin ser perturbada.

—¿¡No hay nada!? ¿¡Qué leches te pasa!/? Desde que pisaste España parece que me huyes, no has contestado mis cartas de hace más de un año. ¡Desapareciste!

—Baja la voz, ¿o quieres que tu mujer y toda Madrid se entere? —dijo mirando alrededor.

Él pareció recomponerse un poco después de sacar lo que llevaba.

—¿Qué está pasando? —continuó

—Pasa que usted y yo ya no podemos seguir juntos.

—¿¡Qué!/?

—Usted está casado, tiene hijos, nietos... Una vida hecha. ¿Yo, qué tengo? ¿Un amante? Yo también tengo derecho a seguir mi vida.

—Con un hombre más guapo y joven —dijo riendo de remordimiento—. ¿Después de todo lo que hice por ti? Eras nada, casi estabas en la calle, yo hice todo por ti.

—Yo también hice todo por usted, lo atendí, lo hice sentir bien después de un largo día de trabajo. Allá en la isla mi vida era para usted, pero todo debe quedarse por allá.

El hombre miró alrededor sin poder disimular su dolor, sus ojos brillaban y aspiraba su nariz. Onirys solo quería que se lo tragara la tierra.

—Lo que sentí por ti nunca lo sentí por mi mujer.

—¿Dejaría a su mujer por mí?

—No me pidas eso...

—Entonces, si me ama, me dejará volar para conseguirme a uno que sí esté dispuesto a darlo todo, porque en los planes de vida no está el ser la otra.

—Onirys...

—Por favor, váyase. La gente puede hablar.

Él la miró como si ya no la conociera. Ella estaba acostumbrada a ver el lado más vulnerable de los hombres más fuertes, tenía claro que lo que más le dolía era el orgullo de perder a una mujer por el rechazo.

—Ya veo que solo eres una asquerosa oportunista. Sabes que tengo el poder de acabar contigo, mujer. No eres nadie. Pero juro que no voy a poner mis pensamientos y energía en las alimañas nunca más. Ni siquiera tengo que ensuciarme las manos. Las cosas caen por su propio peso —dijo alejándose.

—Me saluda a su esposa —dijo con disimulo.

**

Felippa tomaba una copa mientras observaba a Onirys volver con Rodolfo. Pensó que José armaría un escándalo, pero no. Ya que estaba en su tierra, viuda y rica, podría decir que podía prescindir de aquella mujer, pero la necesitaba. Aunque sentía que la odiaba, era como odiarse a sí misma, pues eran iguales, y gracias a ella había logrado su cometido de librarse de su esposo, pero quería más, quería a Víctor.

Mientras se mezclaba en el ambiente notó algo extraño, aquello ni siquiera parecía la típica fiesta de la reina. De repente, la reina hizo llamar la atención y se hizo silencio.

—Debo agradecerles por su audiencia. Como sabrán, la corona ha estado pasando por momentos difíciles estos últimos años. He decidido dejar de financiar a algunas de nuestras colonias debido a intereses que no nos benefician más. Han habido hombres que me han apoyado y darme todo por la corona, uno de ellos...

Felippa se acercó a Rodolfo quien aún seguía enganchado con Onirys.

—Rodolfo, ¿sabes qué pasa?

—¿Cómo qué?

—No parece un cumpleaños de la reina, sabes cómo son.

—¿Cumpleaños? No, lo celebró ayer. La invitación de hoy fue para una boda.

—¿¡Una boda!?

—Nosotras recibimos una invitación para el aniversario de la reina —dijo Onirys.

—¿Vosotras habéis recibido eso? No, hoy todos los presentes vinimos a la boda de un marqués.

En ese momento vieron mejor el ambiente. Muchas rosas, alfombra roja la cual dividía a los presentes de un extremo al otro, el cura estaba allí... Felippa dejó caer la copa al ver a Víctor aparecer muy alegre entre abrazos de sus colegas, estaba vestido con uniforme militar y ornamentado. Ella caminó hasta él como si de un espejismo se tratara, pero en ese momento la gente empezó a callar y miraron a la entrada, el sonido de trompetas retumbó en el lugar.

Felippa no quiso mirar atrás, solo miraba a Víctor el cual observaba expectante la entrada. Cuando la música empezó tuvo que girar para ver a la novia entrar. Estaba envuelta en un voluminoso vestido aperlado, una tiara de brillantes con un muy largo velo que cubría su rostro. Parecía una muñeca, pero era ella, Reina.

Fue como si su vida pasara frente a sus ojos, el hombre de su vida se casaba con otra mujer de mucho menor rango social. Notó que su hermana le seguía detrás como dama de honor, y a medio camino fue escoltada por un anciano. Cuando vio que llegó al frente y Víctor tomó su mano sintió que le faltaba el aire. No podía estar más furiosa y herida.

—¡Plañidera! —dijo colocándose en medio del lugar— ¡Esa mujer es una plañidera, una campesina de campo que cobra por llorar muertos ajenos!

Hubo una conmoción en el lugar, Reina no parecía reaccionar, tampoco la hermana. Felippa solo observaba a Víctor quien la miraba con desprecio, aquello se sintió como un puñal al corazón.

—¿Por qué te casas con ella cuando me tienes a mí? Dijiste que ibas a luchar por mí, y ahora estás aquí. ¿Por qué me haces esto?

Felippa intentó acercarse a Víctor entre sollozos, él no dijo nada, pero hizo una señal con su mentón. De inmediato dos miembros de la guardia civil aparecieron para tomarla del brazo.

—Felippa Fernández Alcácer, usted está presa por planear y ejecutar la muerte de su esposo, Orlando Fernández Alcácer, y por traficar como esclavas a dos ciudadanas libres y católicas.

—¿¡Cómo decís!?

—Llévárosela —dijo Víctor sin querer verla un segundo más.

—¡No, Víctor, Víctor!

Los hombres se la llevaron casi a rastras del evento ante las miradas perplejas de los presentes.

—¿¡Onirys Montes de Oca, dónde está!/? —dijo el jefe de la guardia.

—Esa mujer ha salido, dijo que iría al baño —dijo Rodolfo Montero y Blanco, igual de conmocionado que los presentes.

—¡Buscadla!

Mientras la gente empezaba a acuchillar en voz alta, la reina volvió a llamar la atención.

—Por favor, mil disculpas, aquí no ha pasado nada, vamos a continuar con la ceremonia. Que esto no perturbe el día de los novios.

—Créame que es el día más feliz de mi vida —dijo Reina tomada de la mano de Víctor.

Ambos se miraron con afecto mientras Bienvenido Monzón empezaba la ceremonia. Sérgio por su parte, tomó la mano de Theresa, y ella lo miró con sorpresa. Carmen enjugaba sus lágrimas cuando de repente notó la mano de Diógenes sobre la suya y se sonrojó.

—Que la paz de Dios sea con vosotros en esta sagrada unión matrimonial. A pesar de los desafíos de hoy, ruego por la felicidad y prosperidad de esta pareja en todos los días de sus vidas. Que Dios los bendiga en su camino juntos y que siempre gocen de su misericordia y protección...

MESES DESPUÉS

Víctor y Reina se mudaron al palacete heredado al marqués de Alcácer, ella fue testigo de algo que nunca soñó, pues la propiedad era enorme. El jardín frontal tenía millas de distancia para poder llegar, era de tres niveles, y se sintió abochornada al ver a unos 12 empleados esperando.

Al bajar del carruaje con el bebé todos les dieron la bienvenida. A diferencia de la antigua casa en República Dominicana, aquella no tenía nada que envidiar a ningún palacio real, pues el nivel de opulencia e inmensidad era demasiado.

—No pensé que fuera tan grande. Capaz que me pierdo, en esta casa —dijo ella no sabiendo por dónde ver.

—Te vas a acostumbrar —dijo abrazándola con afecto.

—¿No es demasiado grande para tres personas?

—No, porque esta casa se va a llenar de crías.

Reina no pudo evitar sonreír de solo pensarlo. No podía aún procesar que estaba casada con el hombre de su vida, ni que ya era madre de un hermoso y saludable bebé.

Poco tiempo después, ambos fueron a Madrid para atestiguar en la plaza. Felippa fue traída casi a rastras y encadenada, estaba sucia y con un vestido harapiento. Su larga melena rubia platino y antes perfectamente peinada, ahora parecía un pajar lleno de suciedad de un color ocre. Estaba llorosa y asustada mientras la multitud le gritaba improperios. Mientras le ponían la soga al cuello, ella pudo divisarlos a ambos a lo lejos. Sus ojos antes lastimeros se transformaron en una amalgama de furia desmedida. “¡Mil veces malditos!”, pudo gritar antes de caer en el agujero que rompería su cuello.

Reina abrazó a Víctor mientras lloraba y decía que la sacara de allí, se había arrepentido de acudir a la ejecución de una de las personas que planificó la muerte de Raisa, y le había hecho la vida imposible a ella y Theresa.

—Estuve enamorado de un monstruo toda mi vida —dijo Víctor mientras la abrazaba pensativo—, pero ni siquiera la conocía, ni yo ni Orlando. Lo único bueno que hizo fue hacer que te conozca.

Víctor acudía con Reina de vez en cuando al palacio para visitar a Isabel. Ambas mujeres solían tomar el té junto a otras damas, y Reina se sentía como pez fuera del agua en un principio. Pero le agradó notar que a la reina no le gustaba compartir mucho espacio con gente de alcurnia.

—Son estirados —dijo una vez cuando se sentaron en la mesa de la cocina—, siempre tienen ojo para mirar y criticar. Yo prácticamente crecí en esta cocina con la servidumbre. Mi nana me dejaba comer todo lo que quería.

—Yo todavía no me acostumbro a esta vida, trato de estar a la altura de mi marido y su entorno, aunque dice que no le importa mi forma de ser.

—Creele, Víctor nunca ha sido pretencioso. Creo que por eso nos llevamos muy bien. Detesto los protocolos, los corsés... Si pudiera retirarme al campo con mis hijos lo haría, pero España está primero.

—Las mujeres no tenemos muchos privilegios de trabajo o titularidad. Me alegra que mi esposo me dejara vender mis abanicos.

—Una mujer debe ser independiente, siempre lo he pensado. Me hice reina siendo prácticamente una niña, me alejaron de mi niñera, la cocina, y la gente con quien solía compartir para pasar todo mi tiempo con gente respingada y llena de manierismos. Pasé de ser ignorada a que besaran mis pies. Créeme, es terrible.

—Pero es una buena reina.

—No, antes lo creía, pero ahora no tanto. He descuidado mis obligaciones por años. Nadie creyó que podría con el cargo, pero no había nadie para enseñarme a hacer lo que debía, así que aprendí por mi cuenta.

Reina se tornó sombría.

—¿Por qué quiso la reimplantación en República Dominicana?

Ella dejó la taza sobre la mesa.

—Para ese entonces era una niña, querida, mis hombres gobernaban, hacían y deshacían a mi nombre. Me tomó tiempo madurar para hacerme valer, y por eso me he ganado muchos enemigos en la corte. La corona hizo crecer a las Américas, ¿pero qué pasa cuando los hijos crecen? Se independizan. Tenía grandes planes en la Española, pero tuve que detener a mis hombres, no podía gastar más recursos en algo poco viable. Pero créeme que mis planes eran altruistas.

—Las cosas se tornaron terribles con la revolución.

—Lo sé, por eso y más di la orden de retirada. Pude haber enviado más hombres para retomar el control. Lo discutí con mis hombres, no les gustó mi decisión.

—Pero usted es la reina, su palabra es ley.

—Lo sé, he estado luchando por todo esto, soy enemiga de la misma esclavitud, hago lo posible por seguir las aboliciones, tú misma fuiste testigo de lo terrible que es. Lamentablemente, no estoy dirigiendo España sola, a veces mis dirigentes quieren hablar más alto y me quieren desmeritar.

—Pensé que reinar era diferente, pero hay mucha burocracia.

—Antes no tanto. En parte porque soy mujer, a esos hombres les molesta ser gobernados por una mujer, los hace sentir menos machos, creo. Pero no voy a mentir, he sido una mala reina, lo reconozco. No he prestado mucha atención a mi país como debería. De ser así, muchas cosas que han pasado en España y las colonias no hubieran ocurrido.

—Ya mejor no lamentarse, hay que mirar al futuro y lo que se puede hacer, ¿no cree?

—Puede que ya sea tarde, pero lo sigo intentando. He apostado por los ferrocarriles, las artes, la abolición esclavista, educación, la modernidad de España y las colonias... Pero no tienen mi visión, sé que quieren destronarme a cómo dé lugar. Incluso, sé que muchos planean mi muerte... A veces siento que mi fin se acerca. Mi destino siempre ha sido así de triste.

Tres años después la situación en España se tornó difícil. En el año 1868, la tensión y el descontento entre los partidarios de Isabel y los que querían su derrocamiento crecieron. En septiembre de ese año, un grupo de militares exigió que Isabel renunciara y la situación se tornó violenta. El descontento y la sedición se extendieron por las calles de Madrid como el humo de un incendio.

Un par de hombres de confianza, entre ellos Víctor, alertaron a la reina del posible peligro.

—Tiene que irse cuanto antes, usted, sus hijos y su esposo —dijo Víctor en el despacho.

—No voy a huir, no voy a dejar España y mi corona.

—Será eso o su vida.

—¡Ah, por favor...! —dijo reclinándose con pereza y preocupación.

Víctor miró a los hombres y no supieron qué más hacer. Dio unos pasos hacia ella y sin su consentimiento tomó asiento.

—Esto se lo diré como amigo. Quiero que revise la historia. María Antonieta y su marido el rey, ¿sabe por qué murieron decapitados? Por esperar demasiado, por necesidad, por no entender que vivían en serio peligro y de que su gente quería sus cabezas, hasta que lo entendieron muy tarde. Usted debe huir ahora que está más calmo, porque más tarde el fuego crecerá y vendrá por usted y su marido.

La reina suspiró entre lágrimas de dolor y desolación. Y en una madrugada de ese septiembre, con la luna menguante como una herida en el cielo oscuro, ella con sus hombres, sus hijos y su marido, se arrastraron furtivamente por los pasadizos de la residencia real. Salieron hasta un carruaje que esperaba entre los árboles, iba vestida de negro como sus hombres. Subieron al carruaje y se marcharon.

Isabel vio por la ventana cómo el palacio donde nació, creció y obtuvo su vida entera, desaparecía. Consigo llevaba solo un cofre que contenía su pesada corona..., tan pesada como el destino de España, y su propio triste destino. El carruaje siguió su camino hacia el exilio de la reina en Francia, y se fue perdiendo en la niebla hasta desaparecer.

En diciembre de 1869, Víctor y Reina viajaron a Santo Domingo, se quedaron allí unos días por cuestiones laborales, hasta que el día 31 decidieron emprender camino hasta San Francisco, a la casa de su padre. Mientras hacían parada para el descanso de los caballos, la feliz pareja bajó para visitar las tiendas y otros locales. Reina no podía creer lo mucho que todo cambió en solo 5 años de ausencia.

Aunque faltaba mucho camino, ya se empezaban a notar las reformas. Las antiguas construcciones se miraban renovadas, no habían tantos militares por doquier, se respiraba una identidad más criolla y auténtica, o por lo menos notaba que la gente buscaba construir su propia identidad, se notaba un ambiente más alegre a pesar de todo.

Reina se alejó un momento para comprar algunas cosas junto a su muchacha de servicio, en el mercado, mientras compraba algunas frutas se le acercó por detrás una mujer.

—Presteza, señora, vendo unas ricas tortas de maíz, ¿va a querer?

Reina no dijo nada mientras seguía absorta tomando algunas frutas. Solo alcanzó a hacer una seña a la criada para comprarlas. Cuando terminó de comprar las frutas se giró a la mujer, quien ahora estaba de espaldas junto a su criada que tomaba unas cuantas. En la espalda tenía a un niño de no más de un año amarrado, el cual dormía. Eso la conmovió.

—Gracias por comprar, señora, llevo todo el día sin vender casi nada, las ventas están difíciles —dijo la vendedora ambulante.

—No se preocupe, además, se nota que están ricas como dice. Me voy a llevar todo lo que venda —dijo mientras acariciaba a la cría—. Hace tiempo que no como nada de mi tierra, cinco años fuera, fíjese usted. ¿Es un varón?

La mujer pareció petrificada al oír su voz. Se volteó poco a poco, y la sonrisa de Reina se borró por completo. Aquella mujer de vestimenta barata era Onirys. Traía turbante, su cuerpo antes de cintura estrecha desapareció por uno en sobrepeso, grandes ojeras, y unos zapatos llenos de agujeros. Su expresión era de real espanto, como si viera al mismo Satanás en persona. No supieron qué decir mientras se miraban de pies a cabeza.

—Así que todo este tiempo estuviste aquí —dijo Reina obligándose a salir del estupor.

—Reina, yo... —dijo dando pasos atrás.

—¿A dónde crees que vas?

Onirys se dio la vuelta y tiró todo para echar a correr como alma que lleva el diablo. Reina pensó en llamar a Víctor y sus hombres, pero solo podía pensar en la cría que llevaba en la espalda. Cuando estuvo a una distancia bastante alejada, se detuvo y miró atrás, y Reina notó su dolor en su expresión mientras volvía a verla de pies a cabeza. Dolor, tristeza, rabia, envidia, vergüenza..., todo en una sola expresión. Todo lo que representaba Reina fue lo que una vez fue. Había luchado con uñas y dientes para no terminar siendo lo que ahora era. Reina pudo ver cómo se fue perdiendo entre la multitud.

—¿La conoce, señora? —dijo extrañada la criada.

—No, solo Dios la conoce.

Horas más tarde llegaron a San Francisco, no sin antes pasar por el cementerio donde

descansaban su madre y hermana. Depositó flores y lloró amargamente.

Entonces llegaron a la hacienda de su padre, la cual estaba en mejores condiciones que antes. Fue solo descender y sus antiguas vecinas salieron de sus casas para saludarla, aun no creyendo que la muchacha harapienta era ahora aquella mujer refinada que tenían en frente. Reina las abrazó con mucho afecto mientras casi lloraba recordando las veces que lavaba la ropa en el río con ellas, todas las conversaciones que compartieron.

Luego se obligaron a entrar, y Carmen los recibió de primera junto a su esposo Diógenes.

—Joven Víctor, Reina.

—¿Te trata bien, Carmen?

—Como una reina —dijo muy risueña.

Víctor dejó en el suelo a su hijo, quien en seguida fue corriendo a jugar con una niña.

—Veo que los primos se llevarán muy bien —dijo Theresa apareciendo para saludarlos.

—Pensé que llegarían más tarde —dijo Sérgio abrazándolos.

—Os lo prometí, familia —dijo Víctor sacando una botella de vino de una bolsa—, reserva del 1413.

Todos aplaudieron con alegría. Carmen tomó la botella y las mujeres fueron a la cocina a seguir la faena, mientras los hombres salían a fumar entre pláticas. Esa noche todos se sentaron a la mesa abundante para comer. Diógenes se levantó para brindar.

—Nunca vi mi mesa tan llena ni mi casa tan llena de vida, si hace 6 años me dijeran que tendría a dos de mis hijas casadas con buenos hombres, que me traerían nietos, o que me volvería a casar, no lo hubiera creído ni por asomo. Lamento que no estén los que se fueron a destiempo, siempre tendrán un lugar en nuestros corazones. He hecho cosas de las que no estoy orgulloso, he dañado gente, incluso a mis hijas. La vida golpea y te hace cambiar, este momento no fuera posible sin el perdón de mis hijas. ¡Que el 1870 sea un año próspero!

A Reina se le escapó una lágrima mientras aplaudía junto a los demás. Más aún, mientras observaba las dos sillas vacías e imaginaba a su hermana y su madre compartiendo el momento.

Todos comieron y bebieron, rieron y compartieron. Y a las 11:55 todos salieron para esperar el año nuevo mientras encendían lámparas de papel juntos. Reina echó un vistazo a su hermana y Sérgio quienes encendían sus lámparas muy abrazados. Carmen y su padre hacían lo mismo junto a sus nietos, y no pudo sentirse más que realizada.

—Hace años pedí un deseo —dijo Víctor abrazándola con una mano—, pero ya se me hizo realidad.

—¿Qué era?

—Una mujer maravillosa, una a la cual pudiera amar siempre igual que el primer día, una compañera idónea con la cual envejecer, una mujer que me diera una familia grande para nunca

más estar solo. Me has hecho un hombre completo, amada mía.

—Dios escuchó mis plegarias, porque tú eres el hombre que siempre pedí, amor mío.

Ambos se besaron, y los demás empezaron el conteo que trajo al año 1870. El cielo empezó a estallar y llenarse de colores por los fuegos artificiales, a la vez que dejaban volar sus lámparas de papel, unas lámparas que contenían nuevos deseos llenos de esperanza.

FIN

